



YUKIO MISHIMA
*La corrupción de
un ángel*

Lectulandia

Esta novela fue concluida por Mishima la misma mañana del día de su suicidio. Se inicia con la adopción del joven Toru por parte de Honda, viejo y acaudalado jurista. Toru, prototipo de belleza masculina, frío e imperturbable, evoluciona desde un talante ejemplar hasta alcanzar una sublimación del individualismo de modo cada vez más inhumano y autodestructivo. Una gran novela en donde Mishima expresa su desprecio por el Japón moderno y por el progreso económico, causa de la pérdida de los valores espirituales.

Lectulandia

Yukio Mishima

La corrupción de un ángel

(El mar de la fertilidad 04)

ePUB v1.0

Terpsicore 02.06.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Tennin gosui*;
Traducción: *Guillermo Solana Alonso*

Capítulo 1

Mar afuera, la neblina tornaba negros los barcos lejanos. Aun así el día era más claro que el precedente. Podía distinguir las crestas de la península de Izu. El mar de mayo se hallaba tranquilo. El sol era fuerte, apenas había mechones de nubes y el mar estaba azul.

Contra la orilla rompían diminutas ondas. Pero antes de quebrarse había algo de repelente en los colores de ave nocturna de las panzas de las ondas, como si contuvieran todas las variedades desagradables de algas marinas.

El batir del mar, jornada tras jornada, diaria repetición del batir del mar de leche en la leyenda india. Tal vez el mundo no le permitía reposo. Tal vez algo en el mar conjuraba toda la maldad que había en su naturaleza.

La turgencia del mar de mayo, agitando incansable e inquieto sus reflejos, una miríada de diminutos clavos.

Tres aves parecieron trocarse en una en lo alto del cielo. Luego se separaron en desorden. Había algo maravilloso en aquella unión y en aquella separación. Tenía que significar algo aquel llegar, tan juntas que podían sentir el viento agitado por otras alas; y luego, de nuevo, la distancia azul entre ellas. Tres ideas se fundirán alguna vez en nuestros corazones.

El negro casco de un pequeño mercante, cuya chimenea lucía como emblema una montaña sobre tres líneas horizontales, brindó con su relieve una sensación de grandeza y repentina pujanza.

A las dos de la tarde el sol se envolvió en un tenue capullo de nubes, un gusano blanquecino y brillante.

El horizonte era un acerado arco de azul oscuro que encajaba perfectamente en el mar.

Por un instante, en un solo punto de la orilla, una blanca ola se alzó como un ala blanca y tornó a caer ¿Qué significaría aquello? Tenía que ser alguna gran señal o quizás una grandiosa fantasía.

Ascendía poco a poco la marea, crecían las olas, la tierra yacía ante el más fuerte de los acosos. El sol se ocultaba tras nubes y el verde del mar cobró tonos sombríos y un tanto coléricos. Una larga línea blanca se extendía por encima, de este a oeste, como una especie de gigantesco triángulo invertido. Parecía liberarse de la llana superficie y, cerca, hacia el vértice, unas líneas en abanico se perdían sombríamente en el mar verde oscuro.

El sol salió de nuevo. Otra vez dio el mar terso cobijo a la blanca luz y a las órdenes de un viento del sudoeste, sombras innumerables, como lomos de leones marinos, se desplazaron hacia el nordeste y el noroeste, manadas inmensas de olas que se alejaban de la costa. La luna lejana mantenía un férreo dominio de la marea.

Nubes aborregadas cubrieron la mitad del cielo y su línea superior cercenó quedamente el sol.

Dos pesqueros se hicieron a la mar. Más allá navegaba un mercante. El viento cobró más fuerza. Del oeste llegó un pesquero como si hubiera de señalar el comienzo de una ceremonia. Era una humilde embarcación; pero, sin ruedas ni palas, avanzaba con una orgullosa gracia como si barrierla la superficie con un vestido de cola.

Hacia las tres los cúmulos se tornaron más livianos. Por el cielo de mediodía las nubes se desplegaron como las timoneras de una blanca tórtola hasta arrojar una profunda sombra por encima del mar.

El mar: un mar sin nombre, el Mediterráneo, el mar del Japón, la bahía de Suruga, aquí ante él; una vasta, innominada y absoluta anarquía, captada tras una larga pugna como algo llamado «mar», mas en realidad rechazando ese nombre.

Cuando el cielo se cubrió el mar se sumió en una hosca meditación, tachonado por diminutos puntos de color de un ave nocturna. Se erizó con olas espinosas como la rama de un rosal. En las propias espinas había indicios de tersura. Las espinas del mar eran tersas.

Tres y diez. No había barcos a la vista.

Muy extraño. Todo el vasto espacio se hallaba abandonado.

Ni siquiera alas de gaviotas.

Luego, hacia el poniente, surgió y desapareció un barco espectral.

La península de Izu quedó envuelta en la niebla. Durante algún tiempo dejó de ser la península de Izu. Era el fantasma de una península perdida. Luego desapareció por completo. Se había tornado una ficción en el mapa. Tanto los barcos como la península pertenecían al «absurdo de la existencia».

Aparecía y desaparecían. ¿En qué diferían?

Si la visibilidad era la suma del ser, entonces, el mar, mientras no se perdiera en la niebla, existía allí. Se hallaba sinceramente presto a la existencia.

Un solo barco trocó todo.

Cambió toda la composición. Desgarrando toda la trama del ser, un barco fue acogido por el horizonte. Se rubricó una abdicación. Todo un universo quedó arrumbado. Un solo barco a la vista para arrojar de allí al universo que había velado su ausencia.

Múltiples cambios en el color del mar, instante tras instante. Cambios en las nubes. Y la aparición de un barco. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué eran aquellos sucesos?

Cada instante les traía unos eventos, más transcendentales que la explosión del Krakatoa. Pero nadie los advirtió. No vale la pena tomar en serio la pérdida de un universo.

Los sucesos son los indicios de una reconstrucción, de una reorganización interminable. El tañido de una lejana campana. Un barco aparece y tañe la campana. En un instante el sonido hace todo suyo. En el mar son incesantes y la campana tañe continuamente.

Un ser.

No es preciso que sea un barco. Para que la campana empiece a tañer basta una sola naranja agria, surgida quién sabe de dónde.

Tres y media de la tarde. Una sola naranja agria manifestó su existencia en la bahía de Suruga.

Oculta tras una ola y apareciendo de nuevo, flotando y hundiéndose como un ojo que parpadeara incesantemente, el brillante puntito anaranjado iba poco a poco hacia oriente, entre las ondas próximas a la orilla.

Tres y treinta y cinco. Por poniente, de la dirección de Nagoya apareció, tétricamente, un negro casco.

El sol se hallaba tras las nubes, como un salmón ahumado.

Tôru Yasunaga apartó el ojo del catalejo de treinta aumentos.

Aún no se veía rastro del mercante *Tenrô-Marû*, que debía estar en el puerto a las cuatro.

Volvió a su mesa y distraídamente pasó la mirada por los avisos del tráfico portuario de Shimizu.

Arribadas previstas. Navegación no regular. Sábado, 2 de mayo de 1970.

Tenrô-Marû japonés, 16,00. Naviera Taishô. Agente, Suzuichi. Procedente de Yokohama. Fondeadero 4-5, muelle Hinodé.

Capítulo 2

Shigekuni Honda tenía setenta y seis años. Tras la muerte de su esposa Rié solía viajar solo. Elegía lugares de fácil acceso que no le cansaran en demasía.

Había visitado los altos de Nihondaira que dominan el Fuji y al regreso se había detenido junto al pequeño bosque de Mio y contemplando tesoros tales como el paño, probablemente del Asia interior, del que se decía que era un fragmento de la túnica del ángel. Cuando inició el retorno a Shizuoka descubrió que deseaba hallarse solo durante un tiempo en la costa. No importaría gran cosa que perdiera su tren. El viaje de regreso a Tokio le llevaría poco más de una hora.

Detuvo el taxi y ayudándose con un bastón recorrió los cincuenta metros que le separaban de la costa de Komagoé. Cuando contempló el mar se preguntó si ésta sería la playa de Udo, identificada en el siglo XIV por Ichijô Kanera como el lugar exacto en que cayó el ángel. Se acordó también de la costa de Kamakura en su juventud. Dio la espalda al mar. La playa estaba tranquila. Jugaban los niños y había dos o tres pescadores de caña.

Hasta aquel instante, atento al mar, no se había dado cuenta pero entonces sus ojos repararon en la rústica tonalidad rosácea de un convólvulo bajo el malecón. En la arena, a lo largo del murallón los vientos marinos habían amontonado basura y desperdicios: botellas vacías de Coca-Cola, latas de conserva, botes de pintura, bolsas de plástico no degradable, paquetes de detergente, ladrillos y huesos.

Las heces de la vida en tierra se habían precipitado contra la inmensidad. El mar, inmensidad hasta entonces no encontrada. Las heces, como el hombre, se mostraban incapaces de enfrentarse con su final como no fuese en la más horrible y sucia de las maneras.

Unos pinos dispersos a lo largo del ribazo despedían floraciones como rojas estrellas de mar. A la izquierda, en un retazo del terreno, los rábanos silvestres lucían, ignorados, blancas flores de cuatro pétalos. Pinos pequeños flanqueaban la carretera. Lo demás era tan sólo una enorme extensión de tejados de plástico para proteger los fresales. Bajo una multitud de semiesferas de plástico los fresales arrastraban sus frutos sobre terrados de piedra entre una profusión de hojas. Las moscas corrían por los bordes serrados de las hojas. Hasta donde alcanzaba su mirada llegaban, una contra otra, las semiesferas prefabricadas de un desagradable color blanco, hacinadas. Y entonces Honda reparó en algo que no había visto antes: una estructura que destacaba como una torrecilla entre las semiesferas.

Justo al lado de la carretera comarcal en donde se había detenido el taxi y sobre una plataforma de hormigón desproporcionadamente alta surgía aquella caseta de dos pisos. Resultaba demasiado elevada para garita de vigilancia de los fresales y demasiado humilde para ser una oficina. Tres de sus fachadas estaban casi

enteramente ocupadas por ventanales.

Curioso, ascendió hasta lo que parecía ser un patio. Sobre la arena se amontonaban en desorden blancos marcos de ventanas. Fragmentos de cristales reflejaban fielmente las nubes. Alzó los ojos y vio en una ventana lo que parecían ser viseras para las lentes de un catalejo. De la plataforma de hormigón emergían dos grandes tubos de hierro, rojos de herrumbre, que desaparecían después bajo tierra. Con pasos inseguros Honda cruzó los tubos y empezó a subir por un tramo de desgastados peldaños de piedra.

Al pie de la escalera de hierro que conducía a la caseta había un cartel resguardado. Decía en inglés:

ESTACIÓN DE TRANSMISIONES DE TEIKOKU

Y en japonés:

TEIKOKU, COMPAÑÍA DE TRANSMISIONES Y COMUNICACIONES.
DELEGACIÓN DE SHIMIZU.

Aviso de arribadas, partidas y amarres

Detección y prevención de accidentes en el mar

Comunicaciones tierra-mar

Información meteorológica marina

Recepción y despacho de naves

Otros servicios relacionados con la navegación.

A Honda le gustó la blanca pintura de las palabras, casi desconchada aquí y allá, con el nombre de la compañía trazado en caracteres antiguos. De la lista de servicios y funciones brotaba con fuerza, incontenible, el aroma del mar.

Miró escalera arriba. Todo estaba en silencio.

Abajo y tras él, hacia el noroeste, más allá de la carretera comarcal y de la ciudad, en donde los molinetes reflejaban la luz sobre las grímpolas que reproducían carpas en los tejados nuevos de azules tejas, se extendía el complejo portuario de Shimizu, un entramado de grúas en tierra y cabrias en los barcos, los blancos silos de las factorías y los negros cascos, el hierro descolorido por los vientos marinos y las chimeneas repintadas, una masa detenida en la costa y la otra llegada de todos los mares. Allí, en la distancia yacía desnudo el mecanismo del puerto, congregado en el lugar prescrito, deslumbrante de parte a parte. Y la serpiente reluciente y desmembrada del mar.

A lo lejos, el Fuji asomaba sobre las colinas. Únicamente era visible la cima como si una peña grande, blanca y aguzada hubiese sido alzada a través de la incertidumbre de las nubes.

Honda se detuvo a mirar.

Capítulo 3

La plataforma de hormigón era un depósito de agua.

Allí se conservaba el agua bombeada de un pozo y que servía para regar los fresales. La Compañía Teikoku de Comunicaciones había advertido las posibilidades de una plataforma tan elevada y alzado la caseta. Resultaba ideal para divisar las naves que por poniente venían de Nagoya o que por oriente llegaban de Yokohama.

Normalmente trabajaban allí cuatro señaleros en turnos de ocho horas. Pero uno de ellos llevaba enfermo largo tiempo y cada uno de los otros tres estaba de servicio veinticuatro horas seguidas. En el primer piso se hallaba el despacho del inspector, que sólo de vez en cuando llegaba de las oficinas instaladas en la zona comercial. Los tres señaleros disponían tan sólo, en el segundo piso, de un cubículo de desnudo suelo y apenas cuatro metros cuadrados, rodeado en tres de sus costados por ventanales.

Junto a una ventana había una mesa desde la que se podía ver en tres direcciones. Cara al sur había un catalejo de treinta aumentos; frente a las instalaciones del puerto por el este había unos prismáticos de quince aumentos y en la esquina del sudeste, para las señales nocturnas, se hallaba un transmisor óptico de un kilovatio. Completaban la instalación dos teléfonos sobre la mesa de la esquina del sudoeste, una estantería, mapas, banderas de señales ordenadas en altas repisas y en la esquina del noroeste una cocina, un armario y un catre. Frente a la ventana del este se alzaba una torre de acero, sustentadora de cables eléctricos. Sus aislantes de porcelana reflejaban el color de las nubes. Los cables descendían hasta la playa, en donde los sostenía una segunda torre. Después giraban hacia el nordeste para llegar a una tercera torre y luego, por la costa sobre torres plateadas cada vez más diminutas, alcanzaban el puerto de Shimizu. Desde este lugar la tercera torre constituía un excelente jalón. Cuando un barco penetraba en el puerto y cruzaba la tercera torre uno sabía que se aproximaba a la dársena 3-G, en donde se hallaban los muelles.

Incluso ahora la identificación se hacía a simple vista. Mientras que los caprichos de consignaciones y corrientes gobernarán los movimientos de las naves, éstas seguirían llegando demasiado pronto o demasiado tarde y no desaparecería un cierto romanticismo de la arribada. Se requerían observaciones más precisas para indicar a los funcionarios de aduanas y de cuarentena y a los estibadores y a los prácticos y a los lavaderos y a los avitualladores cuándo debían disponer sus servicios de recepción. Aún era más necesario contar con un árbitro imparcial que decidiera quién había de adelantarse cuando dos barcos entraban juntos y competían por el último fondeadero.

Ésa era la tarea de Tôru.

Había aparecido un barco bastante grande. El horizonte estaba ya oscuro y se requerían los ojos de un experto para precisar la identificación de la nave. Tôru se

dirigió al catalejo.

En la clara atmósfera de la mitad del verano o del invierno había un instante en que un barco surgía abruptamente en el umbral superior del horizonte. En las neblinas del preludio del verano, semejante llegada significaba una separación gradual del fondo. El horizonte era como una larga, blanca y empapada almohada.

El tamaño de aquel negro mercante parecía el adecuado para el *Tenrô-Marû* de 4.780 toneladas y el puente en popa también correspondía con lo que el registro había dicho a Tôru. La estela era blanca y limpia, como el puente. Había tres cabrias amarillentas. ¿Qué significaba aquella marca redonda y roja en las negras chimeneas? Tôru aguzó la vista: el signo de *tai*, «gran», en un círculo rojo. Naviera Taishô, sin duda alguna. Y mientras tanto la nave mantenía una velocidad de doce nudos y medio y amenazaba con escapar del campo visual del catalejo. Era como una mosca cruzando el cristal de una claraboya.

Aún no podía distinguir el nombre. Estaba seguro de que había tres caracteres y presentía que el primero era *ten*, «cielo».

Se volvió a la mesa y llamó por teléfono al agente.

—Oiga. Aquí Comunicaciones Teikoku. Dispóngase para la arribada del *Tenrô-Marû*. Está a punto de cruzar la torre. ¿Carga? —Tôru evocó una imagen de la línea de flotación que dividía a la nave en rojo y negro—. Me parece que mediada. ¿Cuándo estarán los estibadores? ¿A las cinco?

Eso le daría una hora. Había crecido el número de lugares que deberían ser informados.

Tôru se afanó entre la mesa y el catalejo e hizo unas quince llamadas.

La oficina del práctico. El remolcador *Shunyô-marû*. La casa del práctico. Varios abastecedores. La patrulla de servicio en el puerto. Aduanas. La agencia una vez más. La sección administrativa portuaria de la oficina de control. El departamento de estadística para el pesaje de la carga. Las oficinas de la naviera.

—Está llegando el *Tenrô-Marû*. Hinodé cuatro-cinco, por favor.

El *Tenrô-Marû* se encontraba ya en la tercera torre. Cuando la imagen se desplazó hacia la costa fue distorsionada por las ondas de calor que se alzaban del suelo.

—Atención. El *Tenrô-Marû* a la 3-G.

—Atención. Aquí Comunicaciones Teikoku. El *Tenrô-Marû* está en la 3-G.

—¿Aduanas? Policía, por favor. El *Tenrô-Marû* ha llegado a la 3-G.

—Atención. El *Tenrô-Marû* está en la 3-G. Dieciséis quince.

—Atención. El *Tenrô-Marû* llegó hace cinco minutos.

Las naves procedentes no del extranjero sino de Nagoya o Yokohama eran más frecuentes al final que al comienzo del mes. Yokohama estaba a ciento quince millas náuticas de allí, nueve horas y media a doce nudos. Tôru no tenía más obligaciones que la de mantenerse de guardia aproximadamente durante una hora antes de la

llegada prevista. Hoy no habría más arribadas salvo la del *Nitchô-maru* procedente de Keelung, que llegaría a las nueve de la noche.

Tôru siempre se sentía un tanto abatido cuando había concluido una ronda de llamadas. El puerto cobraría súbitamente vida. Él encendería un cigarrillo mientras observaba la agitación desde su remoto aislamiento.

En realidad no debería fumar. El inspector le reprendió una o dos veces cuando advirtió al principio la presencia del cigarrillo en la boca de un muchacho de dieciséis años. Después ya no dijo más. Sin duda había llegado a la conclusión de que lo más provechoso sería hacer como que no se daba cuenta.

El pálido rostro de Tôru, delicadamente esculpido, era como el hielo. No manifestaba emociones, ni afecto ni lágrimas.

Pero él conocía la felicidad de observar. La Naturaleza se lo había dicho. Ningún ojo puede ser más perspicaz y agudo que el ojo que nada tiene que crear, que no tiene más que mirar. El horizonte invisible más allá del cual no podía penetrar el ojo consciente era mucho más remoto que el horizonte visible. Y todo género de entidades surgían en las regiones visibles y accesibles a la conciencia. El mar, las naves, las nubes, las penínsulas, el rayo, el sol, la luna, las miríadas de estrellas. Si ver es una cita entre el ojo y el ser, es decir, entre el ser y el ser, entonces debe ser como las imágenes reflejadas de dos seres. No, se trataba de algo más. De ver más allá del ser, de cobrar alas como un pájaro. Transportaba a Tôru a un reino invisible para los demás. Allí incluso la belleza poseía unos confines podridos y costrosos. Tenía que haber un mar nunca profanado por el ser, un mar sobre el que jamás aparecieran los barcos. Tenía que haber un reino en donde en el límite de todas las capas diáfanos nada surgiera, nunca un reino de añil sólido y firme en donde la visión se despojara de todas las argollas de la conciencia y se tornara transparente, en donde los fenómenos y la conciencia se disolvieran como el óxido plúmbico en ácido acético.

Para Tôru la felicidad consistía en lanzar sus ojos hasta tales distancias. No existía para él manera más completa de desembarazarse de su ser que la propia visión. Sólo los ojos le brindaban el olvido, menos cuando observa su imagen en un espejo.

¿Y quién era Tôru?

Un muchacho de dieciséis años que se hallaba completamente seguro de no pertenecer a este mundo. Sólo la mitad de él estaba aquí. La otra se hallaba en el reino de añil. No existían en consecuencia leyes ni normas que le gobernasen. Él se limitaba a simular que se hallaba sometido a las leyes de este mundo. ¿Dónde están las leyes a las que ha de someterse un ángel?

La vida era sorprendentemente simple. No le inquietaban la pobreza y las privaciones, las contradicciones de la sociedad y de la política. De vez en cuando

permitía que una tibia sonrisa asomara a sus labios pero no había en ella simpatía. Era el último signo de rechazo de la humanidad, una invisible saeta lanzada por el arco de sus labios.

Cuando se cansaba de observar el mar tomaba de la mesa un espejo de mano y se miraba. En aquella cara pálida y bien conformada había unos bellos ojos, siempre rebosantes de la medianoche. Las cejas eran finas pero orgullosas, los labios tersos y firmes. Pero los ojos eran el rasgo más bello. Resultaba irónico que sus ojos fuesen la parte más bella de su ser físico, que fuera el más bello el órgano que determinara su propia belleza.

Las pestañas eran largas y la mirada, profundamente cruel, parecía al principio perdida en una ensoñación.

Este huérfano, uno de los elegidos, diferente de los demás hombres, sentía una confianza completa en su propia pureza, sea cual fuere el mal que pudiese obrar. Su padre, capitán de un mercante, había perecido en el mar y su madre murió poco después. Fue acogido por un tío arruinado. Tras graduarse en la escuela secundaria pasó un año en el centro de adiestramiento de la prefectura, se licenció como señalero de tercera clase y fue contratado por Teikoku Comunicaciones.

Tôru nada sabía de los callos petrificados por los ultrajes de la pobreza, como glóbulos de ámbar endurecido que nace de la savia manada a través de una corteza herida. Su corteza había sido siempre dura. La espesa y dura corteza del desdén.

El placer de ver, en donde todo era patente y conocido, residía tan sólo en el horizonte invisible, mucho más allá del mar. ¿Por qué tenía que ser una sorpresa? Al margen del hecho de que el engaño llegara puntualmente cada mañana a cada puerta, como la leche.

Conocía sus propias facultades hasta en sus más nimios extremos. Su sistema de inspección era impecable. Nada existía inconscientemente en él.

—Si yo llegara a hablar o a obrar, movido por el más mínimo impulso subconsciente, el mundo quedaría inmediatamente destruido. El mundo debería agradecerme mi conciencia de mí mismo. En la conciencia nada hay de qué sentirse orgulloso, es sólo una cuestión de dominio.

Tal vez, pensaba a veces, él era una bomba de hidrógeno dotada de conciencia. En cualquier caso estaba claro que no era un ser humano. Tôru era un muchacho meticuloso. Se lavaba las manos infinidad de veces al cabo del día. Constantemente restregadas, aparecían blancas y secas. Ante el mundo pasaba tan sólo por ser un chico limpio y aseado.

Se mostraba indiferente al desorden fuera de sí mismo. Se le antojaba síntoma de enfermedad preocuparse por las arrugas en los pantalones de otro. Los pantalones de los políticos eran un desorden de podredumbre y arrugas. ¿Pero qué importaba eso?

Oyó un ligero golpe en la puerta escaleras abajo. El inspector siempre abría

aquella puerta mal encajada como si aplastara una caja de cerillas y ascendía estruendosamente los peldaños. No podía ser él.

Tôru deslizó sus pies en las sandalias y bajó por la escalera de madera. Se dirigió a la forma rosácea en cristal turbio, pero no abrió la puerta.

—Aún es temprano. Puede llegar hasta las seis. Vuelve después de cenar.

—¿Cómo? —Inmóvil por un instante, la forma turbia se alejó.

—Entonces volveré. Tengo muchas cosas de qué hablar.

—Sí, vuelve.

Tôru se colocó tras la oreja el cabo de lápiz que sin razón alguna había llevado consigo y corrió escaleras arriba.

Como si hubiera olvidado a quien llamó, empezó a observar la aproximación del ocaso.

El sol se pondría tras las nubes, pero ese momento llegaría a las seis y treinta y tres. Aún quedaba más de una hora. El mar estaba tornándose gris y la península de Izu, por un tiempo invisible, retornó tenuemente, como perfilada en tinta.

Dos mujeres cruzaban entre las cubiertas de plástico con cestas de fresas a la espalda. Más allá se extendía el mar como metal en bruto. Alineado con la segunda torre un mercante de quinientas toneladas había permanecido anclado toda la tarde. Había zarpado pronto, al parecer para ahorrarse los derechos portuarios, y luego echó anclas con objeto de proceder a una pausada limpieza; una vez concluida, el barco levaba anclas de nuevo.

Tôru se dirigió a la cocina. Contenía un pequeño fregadero y un hornillo de propano. Calentó su cena. Sonó el teléfono. Control del puerto. Se había recibido un mensaje del *Nitchô-maru* confirmando que arribaría a las nueve.

Después de cenar leyó el periódico vespertino. Tomó conciencia de que aguardaba a quien había llamado antes.

Siete y diez. El mar se envolvió en la noche. Sólo parecía resistir el blanco de las cubiertas de plástico, como una capa de escarcha.

La vibración de motores ligeros resonó en los cristales. La flotilla pesquera había partido de Yaizu, a la derecha, rumbo a los bancos de sardinas frente a Okitsu. Cruzaron las luces verdes y rojas del centro de las embarcaciones, quizás unas veinte, pugnando por el primer puesto. La palpitación de las luces en el mar brindó una manifestación visual al esfuerzo primitivo de los motores.

Durante un tiempo la noche en el mar fue como una fiesta aldeana. Como una masa desordenada de peregrinos, cada uno con una linterna en la mano y pugnando ruidosamente por llegar a un oscuro templo. Tôru sabía que los barcos estarían hablándose. Apresurados, peleando por el umbral del mar, soñando con una espléndida captura, vitales y agresivos, brillantes los músculos que olían a pescado, estarían hablándose con megáfonos, mar afuera.

En el silencio que siguió a aquella agitación, el rumor del tráfico en la carretera comarcal mantuvo su firme zumbido. Tôru oyó llamar a la puerta. Sería Kinué otra vez.

Bajó y abrió la puerta.

Kinué, con su jersey rosa abierto por delante, se hallaba bajo la luz. Lucía en el pelo una gardenia grande y blanca.

—Entra —dijo Tôru con vigor masculino.

Tras una sonrisa de delicada desgana, como sólo puede permitirse una gran belleza, Kinué entró. Una vez arriba dejó sobre la mesa de Tôru una caja de chocolatinas.

—Para ti.

—Eres demasiado buena conmigo.

Los crujidos del celofán inundaron la estancia. Tôru abrió la caja rectangular y tomando una chocolatina sonrió a Kinué.

Siempre la trataba como si fuese una gran belleza. Ella se sentó más allá del transmisor luminoso. Tôru se sentó ante la mesa. Ocuparon sus posiciones a una distancia predeterminada y discreta como si estuvieran dispuestos a huir escaleras abajo.

Cuando él se colocaba ante el catalejo apagaba todas las luces, pero en cualquier otro momento los tubos fluorescentes del techo iluminaban brillantemente la habitación. La gardenia en el pelo de Kinué cobró un lustroso resplandor blanco. Bajo aquella flor su fealdad era verdaderamente espléndida.

Era una fealdad que no pasaría desapercibida a nadie. No guardaba ninguna relación con esa fealdad mediocre que en el momento y en el lugar adecuados se troca en una especie de belleza, ni con la fealdad que revela la belleza de un espíritu. Era fealdad y no cabía describirla como nada más. Era un don del cielo, una perfecta fealdad, negada a la mayoría de las muchachas.

Pero Kinué se sentía constantemente angustiada por su belleza.

—Lo bueno de ti —dijo, preocupada por sus rodillas y tirándose de la corta falda —, lo bueno de ti es que eres el único que nunca se propasa. Claro que eres un hombre y nunca podré sentirme suficientemente segura. He de advertirte. Si llegas a propasarte no volveré ni te veré más. Ése será el final. ¿Me prometes que tú al menos nunca te propasarás?

—Lo prometo solemnemente.

Tôru alzó la mano para dar más fuerza a sus palabras. Tenía que mostrarse muy serio en tales cuestiones cuando se hallaba con Kinué.

Cada conversación era precedida por ese compromiso. Una vez formulado, los modales de ella cambiaban. Se despojaba de su envaramiento, se relajaba su figura sedente. Tocó la gardenia en su pelo como si fuera a romperse. Le sonrió desde su

sombra y tras un hondo y repentino suspiro, empezó a hablar.

—Soy tan desgraciada que podría morirme. Dudo incluso de que pueda esperar que un hombre comprenda lo que significa para una mujer ser bella. Los hombres no respetan la belleza. Cualquier hombre que me mira siente los más despreciables deseos. Los hombres son bestias. Yo tendría más respeto por ellos de no haber nacido tan bella. En cuanto un hombre me mira se convierte en una bestia. ¿Cómo es posible que yo respete a un hombre? La belleza de una mujer se halla ligada a las cosas más horribles y para una mujer no existe peor insulto. Ya no me gusta ir al centro de la ciudad. Cada hombre con el que me cruzo, sin excepción, me mira como un perro babeante. Allí voy caminando tranquilamente por la calle y cada hombre que viene hacia mí tiene en sus ojos una mirada que dice, la deseo, la deseo, la deseo. Todos con la misma mirada en sus ojos que sólo puede significar esas palabras. Simplemente caminar por la calle me abrumea. Ahora mismo, en el autobús, uno quiso propasarse. Odioso.

Extrajo del jersey un pañuelito floreado y se frotó con elegancia los ojos.

—Era un chico de buena apariencia, a mi lado. De Tokio, me imagino. Llevaba una enorme bolsa de dos asas sobre las rodillas y una gorra de visera. De perfil se parecía un poco a... —y mencionó el nombre de un cantante popular—. No dejaba de mirarme y yo me dije, ya estamos otra vez. La bolsa era toda blanda y blanca como un conejo muerto. Metió la mano allí para que nadie pudiera verle y luego tendió un dedo y me tocó la pierna. Aquí mismo. En el muslo y también más arriba. Me quedé sorprendida, puedo asegurarte. Y la cosa era aún peor porque el chico parecía formal y educado. Chillé y di un salto. Los demás viajeros me miraron y mi corazón latía con tanta fuerza que no pude decir nada. Una señora muy amable me preguntó qué me pasaba. Yo iba a decirle que aquel hombre se había propasado conmigo. Pero él estaba rojo y miraba al suelo y yo soy demasiado buena. No pude explicarle lo que había sucedido. No tenía ninguna obligación de encubrirle pero dije que pensaba que habría sido un clavo, que la gente debiera tener cuidado con aquel asiento. Todos dijeron que eso era muy peligroso y observaron extrañados el almohadillado. Era de color verde. Alguien declaró que yo debería presentar una reclamación pero respondí que no valía la pena, que me bajaba en la siguiente parada. Y me bajé. Mi asiento seguía vacío cuando arrancó el autobús. Nadie deseaba correr ningún riesgo. Todo lo que vi fue un pelo negro brillando bajo la gorra de visera. Eso es lo que pasó. Me alegro de no haber perjudicado a nadie. Yo fui la única que salí perdiendo y me alegro. Ése es el destino de una persona bella. Simplemente aceptar toda la fealdad que hay en el mundo y ocultar la herida y morir sin revelar el secreto. Eso es suficiente. ¿No crees que una chica bonita y de buena figura tiene más probabilidades de convertirse en ángel? Te lo digo a ti y a nadie más. Tú eres capaz de guardar un secreto.

—Sí, es cierto. Sólo una mujer bella puede saberlo verdaderamente y ella ve en los ojos de un hombre la fealdad del mundo, el modo en que desaparece la verdadera forma de un ser humano.

Cada vez que Kinué pronunciaba la palabra «bella» era como si reuniera toda la saliva que guardaba dentro de sí y la escupiera.

—Una mujer bella mantiene el infierno a distancia. Recibe del otro sexo todas esas cosas horribles, las escupe, sonríe y lo llama destino. Así es una mujer bella. Realmente una vergüenza. Nadie sabe hasta qué punto. Es una desgracia que sólo alguien tan bello como ella puede comprender y no hay en realidad una sola persona que sea capaz de entenderla. Me corren estremecimientos por la piel cada vez que otra mujer dice que desearía ser tan bella como yo. Esas personas nunca comprenderán nuestro infortunio. Jamás. ¿Cómo es posible que entiendan la soledad de una joya? Pero un diamante se mantiene puro de la sucia codicia y yo me mantengo siempre pura de las sucias ideas. Si las personas supieran lo que es verdaderamente la belleza se arruinarían todos los salones de belleza y los especialistas de cirugía plástica. Quienes creen que es bueno ser bello son únicamente los que no lo son. ¿No es cierto?

Tôru hacía girar entre sus dedos un lápiz verde hexagonal.

Kinué era hija de un rico terrateniente. Se había mostrado un tanto extraña después de unos amoríos desgraciados y había permanecido seis meses en una clínica mental. Padecía un curioso síndrome denominado depresión delirante, intoxicación depresiva o algo por el estilo. Desde entonces no había dado muestra de ninguna otra perturbación grave y había llegado al convencimiento de que era la muchacha más bella del mundo.

Su engaño le había inducido a romper el espejo que tanto le atormentaba y a huir hacia un mundo sin espejos.

La realidad se tornó para ella maleable, selectiva, una visión de lo que era deseable y un rechazo de todo lo demás. A la mayoría de las personas ese camino les habría conducido a un desastre casi seguro, mas para ella no constituyó fuente de complicaciones ni peligro alguno. Tras haber arrojado al cubo de la basura el viejo juguete de la conciencia de sí misma había empezado a elaborar un nuevo juguete maravillosamente ingenioso y complejo y lo había adaptado a la perfección a sus necesidades y logrado que funcionara como un corazón artificial. Cuando acabó de construirlo, Kinué logró la perfecta felicidad o, como ella hubiese dicho, la perfecta infelicidad.

Probablemente su infortunio romántico surgió cuando un hombre mencionó su fealdad. En aquel instante Kinué vio extinguirse la luz en su único camino, el precipicio ante ella. Si no podía cambiar su propia apariencia entonces tenía que cambiar el mundo. Comenzó a trabajar en su propia y secreta cirugía plástica y logró

alterarlo todo. De la concha fea y cenicienta emergió una reluciente perla.

Como un soldado asediado que hallara el modo de escapar, Kinué encontró un nexo básico pero engañoso con el mundo. Y con ese nexo como punto de apoyo invirtió el mundo. La más extraordinaria de las revoluciones. Superchería exquisita la de considerar como desgracia lo que en su corazón anhelaba por encima de todas las cosas.

Echado hacia atrás, bien estiradas las piernas embutidas en unos vaqueros, Tôru sostenía el cigarrillo de una manera un tanto anticuada para sus años. Nada de lo que ella le había dicho le resultaba nuevo pero no denotó que estuviera aburrido. Kinué era muy sensible al interés de su audiencia.

Nunca se burlaba, como hacían sus vecinos. Por eso le visitaba ella. En esta mujer loca y fea que le llevaba cinco años él advertía un camarada en el aislamiento. Le gustaban las personas que se negaban a comprender al mundo.

Si era igual la dureza de los dos corazones, uno protegido por la insania, el otro por la conciencia; si su grado de dureza resultaba semejante, entonces no había por qué sentir temor de que se hirieran por mucho que se rozaran. Tampoco era preciso temer magulladuras carnales. Kinué se mantenía en guardia. Cuando Tôru se levantó, haciendo crujir su silla y se dirigió hacia ella, dando unas zancadas, Kinué lanzó un chillido y corrió a la puerta.

Él se precipitaba hacia el catalejo. Con el ojo pegado al visor agitó una mano tras de sí.

—Tengo trabajo que hacer. Vete a casa.

—Lo siento. No me di cuenta. Pienso realmente que no eres como los demás hombres pero me sorprendiste. Me han sucedido cosas tan horribles que cuando un hombre se levanta tan de repente creo que va a suceder de nuevo. Debes comprender que vivo con un miedo constante.

—Claro. Vete a casa. Estoy ocupado.

—Me iré pero...

—¿Qué sucede?

Con el ojo todavía en el catalejo advirtió que titubeaba al comienzo de la escalera.

—Yo... yo siento un gran respeto por ti. Bueno, adiós.

—Adiós.

Oyó sus pasos y luego el sonido de la puerta al cerrarse. Tôru seguía una luz con el catalejo.

Mientras escuchaba a Kinué había dirigido un vistazo a la ventana y había captado una señal. Aunque estaba nublado se distinguían luces dispersas arriba y abajo por poniente, en las colinas de Izu. Y cuando el signo de que se aproximaba un barco apareció entre las luces de los pesqueros surgió un cambio tenue y sospechoso como una chispa en la oscuridad.

El *Nitchô-maru* no tenía que aparecer hasta casi dentro de una hora. Pero no se debe confiar en que los barcos se atengan a los horarios previstos.

Allí, en la oscuridad, en el círculo del catalejo, moviéndose como un bicho, se hallaban las luces de una nave. Una pina se trocó en dos. El barco había cambiado de rumbo y las luces de proa y de popa se separaban. A juzgar por la distancia y por las luces del puente no sería un pesquero de algunos centenares de toneladas sino el *Nitchô-maru*, que desplazaba sus buenas cuatro mil doscientas. Tôru tenía ya experiencia para poder juzgar el tonelaje de una nave por su eslora.

Mientras el catalejo las seguía, las luces se apartaron de las lejanas de Izu y de los pesqueros. Segura de sí, la nave proseguía su ruta marítima.

Venía como una resplandeciente muerte. Las luces del puente se reflejaban en el agua. Cuando pudo distinguirlo claramente en la noche, la silueta por babor, la popa y las luces de cubierta, la forma de un barco, la forma especial de un mercante, como una completa y antigua pieza de cerámica, Tôru se hallaba ya junto al telégrafo óptico. Lo ajustó manualmente. Si sus señales eran demasiado rápidas, a la nave le costaría descifrarlas y si llegaban cuando estuviese demasiado cerca, la columna del sudoeste de la caseta podía impedir que alcanzaran la nave algunas de las señales. Y como además no cabía prever fácilmente el tiempo que tardarían en captarlas y en enviar la respuesta, no era en manera alguna fácil elegir el momento.

Tôru accionó el conmutador. La luz brotó tenue del viejo centelleador. Había unos prismáticos encima, como los ojos de una rana. La nave flotaba en un espacio redondo de la oscura noche.

Tôru envió tres saludos. Punto-punto-punto-[raya-punto](#)^[1]. Punto-punto-punto-[raya-punto](#). Punto-punto-punto-[raya-punto](#).

Sin respuesta.

Volvió a transmitir tres veces.

Una raya. Como rezumada de algún lugar junto al puente.

Podía sentir la resistencia del lejano obturador.

—¿Nombre?

Punto-[raya-\[raya-punto\]\(#\)](#), [punto-\[raya-punto-\\[raya-punto\\]\\(#\\)\]\(#\)](#), [raya-punto-punto-punto-\[raya\]\(#\)](#), [punto-\[raya\]\(#\)](#), [raya-punto-punto-punto](#).

Tras aquella [raya inicial](#), el nombre del barco, fantasmal.

[Raya-punto-\[raya-punto\]\(#\)](#), [punto-\[raya-\\[raya-punto\\]\\(#\\)\]\(#\)](#), [punto-punto-\[raya-punto\]\(#\)](#), [raya-\[raya\]\(#\)](#), [punto-punto-\[raya\]\(#\)](#), [raya-punto-punto-\[raya\]\(#\)](#), [raya-punto-\[raya-\\[raya-punto\\]\\(#\\)\]\(#\)](#).

Indudablemente, el *Nitchô-maru*.

Había una inquietud salvaje en las luces largas y cortas, como si entre los racimos de luces inmutables una sola luz hubiera enloquecido de júbilo. La voz que llamaba desde lejos, del oscuro mar, era como la voz de una loca. Una voz metálica gimiendo tristemente pero no triste, proclamando la angustia del júbilo. Sólo informaba del

nombre de la nave, pero la voz infinitamente alterada de la luz transmitía también en cada fragmento la irregularidad de un pulso sobrecitado.

Las señales serían probablemente obra del segundo oficial, de guardia. Tôru podía advertir en los signos que le llegaban de un puente los sentimientos de un segundo oficial de regreso a casa. En aquella lejana estancia, cargada con el olor a pintura blanca y en donde brillaba el latón de la brújula y el timón reinaría el cansancio del largo viaje y del sol persistente del sur. El retorno de una nave, agobiada por los vientos y por su propia carga. Un profesionalismo que refrenaría un desfallecimiento masculino. Una experta celeridad y toda la intensidad febril de un regreso a casa. Dos estancias iluminadas y solitarias frente a frente con el oscuro mar por medio, y cuando surgió la comunicación, la existencia de otro espíritu humano en la oscuridad fue como una luz fantasmal en el mismo mar.

Tendría que anclar fuera de puerto y entrar mañana. Los servicios de cuarentena cerraban a las cinco y no abrirían hasta las siete de la mañana. Tôru aguardó hasta que la nave pasó la tercera torre. Si había preguntas ulteriores, sólo tendría que dar la hora.

—Los que vienen de puertos extranjeros llegan siempre pronto —se dijo Tôru.

A veces hablaba consigo mismo.

Eran ya cerca de las nueve. El viento había cesado, el mar estaba en calma.

A eso de las diez salió afuera para respirar un poco de aire y prevenirse contra el sueño.

Aún había tráfico en la carretera comarcal. Las luces en torno del puerto de Shimizu, por el nordeste, centelleaban nerviosamente. El monte Udo, que en los días claros se tragaba el sol poniente, era una oscura masa. Se oían cantos de borrachos en el dormitorio de los astilleros.

Dentro, de nuevo, escuchó el parte meteorológico. Habría lluvia, mar gruesa y mala visibilidad. Luego llegaron las noticias. Las operaciones americanas en Camboya habían inutilizado hasta octubre el cuartel general, puestos de avituallamiento y hospitales del Frente de Liberación. Diez treinta.

La visibilidad era ya mala y las luces de Izu habían desaparecido. Mejor era esto, pensó Tôru soñoliento, que una noche de luna clara. En las noches de luna resultaba difícil distinguir las luces de navegación entre el reflejo de las aguas.

Puso el despertador a la una y media y se tendió en el catre.

Capítulo 4

Aproximadamente a la misma hora, Honda, en su casa de Hongô, tenía sueño.

Se había acostado temprano y, fatigado por el viaje, pronto se quedó dormido. Tal vez bajo la influencia del pinar que había visto aquel día, el sueño estaba relacionado con ángeles.

Sobre los pinos de Mio volaba no un ángel sino una multitud de ángeles, masculinos y femeninos. El sueño hizo buen empleo de lo que Honda sabía acerca de las escrituras budistas.

Sonando, Honda se dijo que las escrituras eran verdaderas. Rebosaba una felicidad pura.

Allí estaban los ángeles de los Seis Mundos del Deseo y los seres sensibles de los diversos Mundos de la Forma. Los primeros son los mejor conocidos. Como en el sueño de Honda los ángeles masculinos retozaban con los femeninos, parecía probablemente que procediesen de los Mundos del Deseo.

Portan luces de siete colores, fuego, oro, azul, rojo, blanco, amarillo y negro. Como gigantescos colibríes de irisadas alas que revolotearan de acá para allá.

Su cabello es azul, sus dientes brillan muy blancos cuando sonríen. Los cuerpos son la delicadeza misma, la auténtica pureza. Las miradas son imperturbables.

Los ángeles masculinos y femeninos de los Mundos del Deseo se abordan constantemente pero los ángeles del tercer mundo se contentan con tenderse las manos, los del cuarto con intercambiar pensamientos, los del quinto con intercambiar miradas y los del sexto y más allá con intercambiar palabras.

Aquella debía de ser una de tales reuniones, se dijo Honda. Había flores esparcidas, delicados perfumes y música. Honda se sentía extasiado ante esta introducción en sus diversos mundos. Sabía que, si bien los ángeles son seres sensibles superiores a los humanos, aún no han escapado al ciclo del nacer y del renacer.

Parecía de noche y sin embargo era una tarde clara, parecía de día y sin embargo brillaban las estrellas y había una media luna vuelta para abajo. No existían figuras humanas a excepción del propio Honda. Se preguntó si él podría ser el pescador que en Mio trató de robar la túnica del ángel.

Las escrituras budistas han declarado: «Los ángeles masculinos han nacido de las rodillas de los arcángeles masculinos y los ángeles femeninos de los hombros de los arcángeles femeninos y saben de los lugares en que antes nacieron y beben de la corriente celestial de santificación».

Remontándose y descendiendo, los ángeles parecían bromear con Honda. Se acercaban de puntillas hasta casi rozar su nariz. Observó sus blancos dedos y los que se asomaban tras la cara que le sonreía, la cara de la princesa Thai Ying Chan,

coronada de flores.

Ahora los ángeles prestaban menos atención a Honda. Se aproximaron a las dunas junto al mar y penetraban bajo las ramas bajas de los pinos. Honda era incapaz de ver todo. Se sentía deslumbrado por aquel brillante torbellino. Del cielo llovían incesantemente blancas flores. El sonido de dulzainas y laúdes celestiales. Cabellos azules y faldas y mangas y pañuelos de seda cruda, ceñidos por los hombros hasta envolver los brazos, agitados por la brisa. Ante sus ojos persistió por un instante la imagen de un seno inmaculadamente blanco, la pura planta de un pie se esfumó en la distancia. Un bello y blanco brazo, iluminado por un arco iris, cruzó junto a sus ojos como si se apoderase de algo. En aquel instante percibió la oquedad de un dedo delicadamente curvado y, flotando dentro, la luna. Al cielo se alzaban, extendidos, bellísimos y blancos brazos que exhalaban un aroma celestial. Las suaves líneas de las caderas, dibujadas claramente contra el azul del firmamento, les seguían como mechones de nubes. Luego, desde muy lejos, se clavaron fijamente en él dos negros ojos y con un leve movimiento de una blanca frente en la que se reflejaban las estrellas, la figura alzó sus tobillos y se lanzó en vertical lejos de él.

Entre los ángeles masculinos pudo distinguir claramente a Kiyooki y a un adusto Isao. Intentó seguirles, pero en la trama de luces del arco iris que cambiaban constantemente era incapaz de retener sus ojos en cualquier figura por sereno que fuera su vuelo.

Observando el lugar en donde había visto a Ying Chan se preguntó si podía ser más complejo el tiempo en los Mundos del Deseo y si, cambiando de forma fantasmagóricamente, el pasado y el presente podrían ocupar el mismo espacio. La silenciosa y pequeña tragedia desapareció ávidamente incluso cuando parecían tejerse nuevos lazos.

Sólo los pinos eran de este mundo. Sus acículas se dibujaban con detalle, el tronco del pino rojo en el que Honda se apoyó era áspero y duro al tacto.

De allí a poco aquel constante movimiento fue para Honda irritante e incluso insoportable. Aún seguía observando, como si se hallara en un parque bajo un gigantesco cedro de la India. Un parque de humillación. Cláxones de coches en la noche. Siguió observando, reduciendo todo a un común elemento, la más sagrada y la más sórdida de las cosas. Todo se le antojaba lo mismo. Todo era lo mismo. Desde el principio hasta el fin. Profundamente deprimido, Honda abrió los ojos y ahuyentó lejos el sueño, como un hombre que hubiera llegado hasta la costa nadando por el océano se desembarazaría de las algas marinas adheridas a su cuerpo.

Podía oír el tic-tac de su reloj en su caja, junto a su almohada. Encendió la lámpara de la mesilla. La una y media.

Temió que permanecería despierto hasta que llegara el día.

Capítulo 5

Alertado por el despertador, Tôru, por la fuerza de la costumbre, acudió al fregadero y se lavó las manos. Luego se acercó al catalejo.

La almohadilla del visor estaba cálida y desagradablemente húmeda.

Observó a corta distancia. No pudo ver nada.

Había dispuesto el despertador para la una y media ante la eventualidad de que el *Zuiun-maru*, que tenía prevista su arribada para las tres, pudiera adelantarla. Tornó a mirar y no vio nada. Hacia las tres el mar cobró vida. Enjambres de pesqueros se acercaban por la izquierda, haciendo vibrar sus motores y pugnando sus luces por el primer puesto. Por un momento el mar a sus pies fue como una fiesta callejera. Los pesqueros procedentes de los barcos de sardinas de Okitsu tenían prisa por llegar al mercado matinal de Yaizu.

Tomó una chocolatina y se preparó un cuenco de tallarines. Una llamada de la estación de comunicaciones de Yokohama. El *Zuiun-maru* se había retrasado y no llegaría hasta las cuatro. Podría haber dormido más tiempo.

Bostezó varias veces. Los bostezos parecían abrirse paso desde las más hondas simas de los pulmones.

Tres y media y aún no había rastro de la nave. Para desembarazarse de una somnolencia cada vez más insistente, bajó las escaleras y salió afuera para respirar grandes bocanadas de aire frío. Estaría ascendiendo la luna pero estaba nublado y no había estrellas. Sólo podía distinguir filas de luces rojas en las salidas de incendios de unos bloques de viviendas y mucho más allá el resplandor de las luces en torno del puerto de Shimizu. Croó quedamente una rana y el primer gallo captó un indicio del alba en el aire frío. Las capas de nubes por el norte eran de un tenue color blanco.

Volvió adentro. Eran las cuatro menos cinco. El primer atisbo del *Zuiun-maru* despejó su somnolencia. Llegaba la penumbra del alba y las cubiertas de plástico de los fresales semejaban un paisaje nevado. No le costó identificar el barco. Orientó el telégrafo óptico hacia la luz roja de babor y le llegó rápidamente el nombre. Con las primeras luces el *Zuiun-maru* se deslizó lentamente dentro de la 3-G.

A las cuatro y media enrojecieron tenuemente las nubes del este. La línea entre el mar y la tierra era clara, cobraron forma y lugar el agua y los reflejos de los pesqueros.

Ante la mesa, a una luz apenas suficiente para escribir, Tôru anotó una y otra vez, sin finalidad alguna: *Zuiun-maru*, *Zuiun-maru*, *Zuiun-maru*. La luz tomó más fuerza en un instante. Miró y pudo advertir los pliegues de las olas.

El sol salió a las cuatro cincuenta y cuatro. Tôru se acercó a la ventana de oriente y la abrió para que penetrara la belleza de los últimos momentos antes de que asomara el sol.

Justamente sobre el punto por donde se alzaría el sol unas delicadas nubes cobraron unos profundos pliegues en relieve como los de una falda, como si fueran una cadena de montañas sobre el mar. Capas de nubes rosáceas se deslizaban por encima, dejando aquí y allá oquedades de un verde ceniciento. Por debajo de las crestas de los montes surgieron nubes de luz grisácea como el mar. El relieve de la montaña captó la luz rosácea hasta la parte inferior de la ladera. Tôru casi pudo ver puntitos de casas en las lejanas pendientes. Sobre ellas se extendía una visión rosada a punto de florecer.

De allí, se dijo, era de donde él procedía. De ese país de espejismo, sólo visible de vez en cuando en las troneras del cielo del alba.

La brisa matinal era fría. Las arboledas bajo la ventana habían cobrado un verde vivo. En el alba resaltaba la blancura de los aislantes de porcelana de las torres. Hacia el este la línea de torres se extendía más y más, hacia el lejano punto en que apuntaba el sol. Pero el sol no apareció. Justo en el momento en que hubiera debido salir, el rosa se esfumó absorbido por azules nubes. En vez del rosa desaparecido, las nubes se dispersaron como hilos de seda, pero no había sol.

Por fin apareció a las cinco y cinco. Los primeros rayos de sol llegaron de una oquedad en las nubes grises y oscuras del horizonte, justo por encima de la segunda torre. Eran carmesíes, melancólicos, como si el sol no estuviera saliendo sino poniéndose. Por arriba y por abajo lo recortaban unas pantallas de nubes, como labios brillantes. Entre las nubes flotó brevemente una irónica sonrisa de delgados labios coloreados de carmín. Cada vez más delgados, cada vez más tenues, dejaron una sonrisa sardónica que estaba allí y no estaba. De lo alto del cielo llegó una luz más cálida y brillante.

Hacia las seis, cuando arribó un mercante con un cargamento de chapa de hierro, el sol se hallaba sorprendentemente alto, una bola de luz cuya visión aún soportaban los ojos. A esta luz débil el mar por oriente era un paño de oro.

Tôru llamó al remolcador y a la casa del práctico.

—Buenos días. Han llegado el *Nitchô-maru* y el *Zuiun-maru*. Sí, por favor.

—¿Fuji Norte? El *Nitchô-maru* y el *Zuiun-maru* están aquí. Sí, a las cuatro y veinte, el *Zuiun-maru*, 3-G.

Capítulo 6

El relevo fue a las nueve. Tôru dejó las chocolatinas para el que le sucediera. Las previsiones meteorológicas habían errado. Era un día maravillosamente claro. Cuando aguardaba el autobús, el sol resultaba ya demasiado brillante para unos ojos que no habían dormido bastante.

La carretera que lleva hacia la estación de Sakurabashi del ferrocarril de Shimizu se extendía antaño entre arrozales pero éstos habían sido rellenados y parcelados. Las brillantes planicies eran ya un revoltijo insípido de tiendas nuevas, como la calle mayor de cualquier población rural americana. Tras descender del autobús, Tôru se desvió a la izquierda y cruzó un regato. Más allá se alzaba la casa de dos pisos en la que vivía.

Subió por la escalera, protegida por un toldo azul y abrió la puerta al final del segundo piso.

Se hallaba como él lo había dejado, limpio y ordenado, dos habitaciones con cocina, esterillas de 1,80 y de 1,40. Las persianas dejaban el piso en penumbra. Antes de subirlas fue a encender el calentador para el baño. La casa era pequeña pero con baño propio, calentado por propano.

Cansado de mirar, Tôru, que no tenía más ocupación que la de mirar, se apoyó en el alféizar de la ventana orientada al noroeste y observó la agitación de una mañana de domingo en las nuevas casas construidas más allá de los naranjos. Ladraban unos perros. Los gorriones revoloteaban entre las ramas de los naranjos. En las galerías del sur hombres que por fin tenían casa propia leían periódicos, desparramados en sillones de mimbre. Captó adentro retazos de mujeres en delantal. Las tejas nuevas que remataban los edificios eran de un violento azul. Las voces de los niños, como cristales hechos añicos.

Tôru gustaba de observar a las personas como animales en el zoo. El baño estaba dispuesto. Después del trabajo siempre se daba un largo baño y se frotaba cada oquedad de sí mismo. Sólo tenía que afeitarse una vez a la semana.

Desnudo, hizo crujir bajo sus pies la plataforma para lavarse y entró en el baño sin haberse lavado. Nadie lo usaría después de él. Había puesto el termostato y había errado en no más de un grado o dos. Ya caliente, salió y se lavó a placer. Cuando estaba cansado y no había dormido bastante, de su cara y de sus axilas brotaba un sudor frío. Se enjabonó a fondo y se frotó enérgicamente las axilas.

La luz de la ventana caía blanquiazulada sobre sus brazos alzados e iluminó la tetilla izquierda, junto a una axila ahora oculta bajo la espuma. Sonrió. Había nacido con tres lunares, como las Pléyades. No sabía desde cuándo, le parecían una prueba en su propia carne de que eran suyos dones sin límites.

Capítulo 7

Honda y *Keiko Hisamatsu* eran perfectos compañeros en la ancianidad. Cuando iba caminando con Keiko todo el mundo les tomaba por un matrimonio opulento y bien avenido. Podían verse casi todos los días y no sentirse hastiados. Se interesaban mutuamente por el índice de colesterol, las hemorroides y las enfermedades malignas y solían ser para los médicos causa de regocijo. Con gran frecuencia cambiaban de hospital, recelosos de los médicos. Incluso se comprendían en cuestiones económicas nimias. Estudiaban con ansiedad la psicología de los viejos, sin reparar en la suya.

Habían llegado además a lograr un equilibrio en la irritación. Uno de los dos asumía una discreta objetividad cuando el otro era víctima de una irritación insensata y cada uno alentaba el orgullo del otro. Cubrían mutuamente sus fallos de memoria. Cuando uno olvidaba lo que acababa de decir o manifestaba todo lo contrario, el otro (a quien muy bien hubiera podido ocurrirle lo mismo) se abstenía cortésmente de reírse.

Ambos se sentían un tanto confusos respecto de lo sucedido en los últimos diez o veinte años pero en cuestiones antiguas, referentes a la familia y cosas por el estilo, competían en precisión, como si estuvieran leyendo un archivo. Y a menudo se daban cuenta de que, no escuchando ninguno al otro, se habían perdido en soliloquios coincidentes.

—El padre de Sugi fundó la Sugi Chemical que después se transformó en la Nihon Chemical. Su primera esposa procedía de una vieja familia de su ciudad natal, llamada Honji. No funcionó y ella tomó de nuevo su apellido de soltera. Luego volvió a casarse, con un primo segundo. Ella era intratable y compró una casa junto a la de él en Kagomachi. Entonces un adivino del que hablaba todo el mundo, no me acuerdo cómo se llamaba pero poco importa, le dijo que el pozo estaba mal situado. Y ella hizo exactamente lo que le recomendó y construyó un templete en el jardín, mirando hacia afuera. La gente acudía a rezar en enjambres y en hordas. Duró hasta los bombardeos pero...

Era la clase de soliloquio a que se entregaba Honda. Y ésta es la clase de cosas que decía Keiko:

—Era la hija de una concubina y por eso hermanastra del vizconde de Matsudaira. Se enamoró de un cantante italiano de ópera y fue desheredada y le persiguió hasta Nápoles y él la abandonó. Entonces intentó suicidarse. Apareció todo en los periódicos. Una prima de la esposa del barón Shishido, el barón Shishido habría sido su tío pero esta prima se casó con un miembro de la familia Sawado. Tuvo dos varones gemelos y apenas cumplidos los veinte años murieron en accidentes de tráfico, uno tras otro. En ellos se inspiró *Capullos gemelos del Pesar*. Muy famosa. Puede que la hayas leído.

La audiencia nunca se mostraba atenta a este desovillamiento de genealogías, pero no importaba. La desatención era mejor que la mirada de tedio que sobreviene con la atención.

Tenían en común una dolencia que deseaban ocultar a todos: la vejez. Todo el mundo quiere hablar de sus dolencias y cada uno había tenido la habilidad de hallar el oyente adecuado. Lo que les diferenciaba un tanto de la mayoría de las parejas era que Keiko no sentía necesidad de disimular ni de adoptar un aire juvenil.

Inquietud, prejuicios, hostilidad hacia los jóvenes, excesiva atención a los detalles, miedo a la muerte, irritabilidad por todo, eran cosas que Honda y Keiko hallaban en el otro pero nunca en sí mismos. Y por lo que a obstinación se refiere, cada uno disponía de una provisión que equilibraba por completo la del otro.

Se mostraban muy tolerantes con las muchachas y muy intolerantes con los muchachos. Les gustaba quejarse de los jóvenes, y los Zengakuren y los hippies no escapaban a sus lanzazos. Eran anatema, por ser atributos de la juventud, las pieles tersas, los cabellos negros y abundantes, las miradas soñadoras y de sorpresa. Para un hombre es pecado ser joven, decía Keiko y Honda le escuchaba complacido.

Si la vejez era la realidad más desagradable de aceptar y más constantemente hallada, Honda y Keiko habían logrado construirse mutuamente un refugio en donde protegerse de la realidad. Su intimidad no era yuxtaposición sino roce al cruzarse anhelantes en busca de un refugio. Intercambiaban casas vacías y se apresuraban a encerrarse en ellas. Cada uno solo, dentro del otro, respiraba a gusto.

Keiko consideraba su amistad con Honda como su fiel cumplimiento de la última voluntad de Rié. Cuando agonizaba, Rié tomó la mano de Keiko y le imploró que cuidara de Honda. Veía así el futuro de su marido de la manera más perspicaz.

Fruto de aquella unión fue un viaje a Europa el año anterior. Keiko sustituyó a Rié, que se había negado obstinadamente a ir. Rié aborrecía la idea de viajar al extranjero y cada vez que él se lo sugería pedía a Keiko que fuera en su lugar. Sabía perfectamente bien que a su marido no le gustaba viajar con ella.

En el invierno, Honda y Keiko fueron a Venecia y a Bolonia. El frío resultó un poco penoso pero fue muy de su agrado la paz y la decadencia de la Venecia invernal. No había turistas, no tenían clientes los ateridos gondoleros y los puentes surgían uno tras otro como cenizas de sueños destruidos. En Venecia vieron el final de toda su plenitud, la belleza roía hasta su propio esqueleto por el mar y las fábricas. Honda se enfrió y tuvo mucha fiebre. La celeridad con la que Keiko encontró un médico que pudiera hablar inglés, la meticulosidad de sus cuidados hicieron comprender a Honda que en la ancianidad es necesaria la compañía.

Por la mañana descendió la fiebre. Honda le expresó su gratitud con la turbación de un muchacho.

—Toda esta amabilidad y todo este afecto maternal. Ahora comprendo por qué te

quieren las chicas.

—No es lo mismo, en absoluto. —Keiko, de buen talante, fingió enfadarse—. Yo soy sólo amable con los amigos. Para gustar a las mujeres tengo que ser cruel. Si la chica que más me gustase tuviera una fiebre como la tuya, tendría que desembarazarme de todas mis preocupaciones y escapar. Preferiría morirme antes que llegar al tipo de arreglo de la mayoría, viviendo juntas como si fueran marido y mujer y cuidándose mutuamente al llegar a viejas. Son legión las casas endiabladas en donde viven mujeres hombrunas con criadas corcovadas y atrocamente fieles. Los hongos medran en la humedad y de eso viven ellas y tejen telarañas y duermen unas en los brazos de otras. La mujer hombruna es siempre muy trabajadora y así, muy juntitas, calculan sus impuestos. No, no es la clase de romance que a mí me gusta.

Gracias a la fealdad de la vejez masculina, Honda constituía un sacrificio muy idóneo para esta impertérrita resolución. Tales son las inesperadas ventajas de la ancianidad.

A modo de recompensa, quizás, Keiko se burlaba de Honda porque en recuerdo de Rié llevaba consigo un pequeño cenotafio de madera. Lo había mantenido en secreto, pero cuando su fiebre llegó a treinta y ocho empezó a formular sus últimas instrucciones, convencido de que se hallaba en las angustias postreras de la neumonía. Uno de sus encargos fue que volviera al Japón con el cenotafio.

—Ese tipo de cosas le pone a una la carne de gallina —dijo Keiko, no muy amablemente—. Ella no quería venir, así que la trajiste contra su voluntad.

La mañana de su recuperación a Honda le pareció agradable aquel cielo despejado y la recriminación constituyó un placer adicional.

Incluso tras las observaciones acerbas de Keiko, no consiguió comprender lo que había pretendido de Rié. Había sido hasta el final una esposa casta, de eso no tenía duda; pero existían espinas en todos los rosales y en todos los rincones de la castidad. La estéril Rié puso siempre de manifiesto las reservas que el propio Honda sentía acerca de su benevolencia. La infelicidad de él era la felicidad e inmediatamente advertía lo que había en él tras una muestra ocasional de amabilidad y de afecto. En aquella época los granjeros llevaban a sus mujeres fuera del país. Habida cuenta de la posición de Honda, su ofrecimiento era desde luego muy modesto. Su negativa fue siempre extraordinariamente tenaz. A veces incluso llegó a gritarle.

—¿Qué son Londres, Venecia y París para mí? Yo soy una vieja. ¿Qué esperas que saque en limpio, arrastrándome a sitios como éstos?

Un Honda joven probablemente se habría quedado desconcertado ante semejante brusquedad, pero el viejo Honda se preguntó si en su ofrecimiento de llevar a su mujer al extranjero había en definitiva algún género de solícito afecto. Rié se había acostumbrado a observar con suspicacia cualquier muestra de afecto y Honda había acabado por contraer el mismo hábito. Quizás sus proyectos de viaje encarnaban un

anhelo de desempeñar el papel de marido virtuoso. Trocando todo en lo opuesto, convirtiendo la resistencia de su mujer en timidez femenina, su frigidez en ardor reprimido, Honda había buscado la prueba de la propia benevolencia de él. Y quizás deseaba hacer de todo el viaje una celebración que señalara el paso de una etapa en su vida. Rié captó inmediatamente los motivos vulgares que se ocultaban tras su artificiosa benevolencia. Afirmó que se hallaba enferma y de hecho la dolencia alegada cobró realidad. Se sumió ella misma en el dolor físico. El viaje se tornó impensable.

Llevar consigo el cenotafio era un tributo postmortem a su honestidad. Si Rié hubiese visto a su marido introduciendo el cenotafio en su cartera (la suposición constituía desde luego una contradicción). ¡Cuánto se habría reído! Ahora a Honda le estaban permitidos todos los géneros de electo sentimental. Y quien se lo autorizaba era la nueva Rié.

La noche de su regreso a Roma, como a manera de compensación por los servicios que había prestado en Venecia, Keiko llevó a su «suite» del Hotel Excelsior una bella muchacha siciliana que había encontrado en Via Veneto, cerca del hotel. Las dos gozaron toda la noche en presencia de Honda.

Después Keiko dijo:

—Tus toses eran maravillosas. No te has recuperado enteramente del enfriamiento. Tosiste toda la noche, la tuya fue la más extrema de las toses. No puedo explicarte lo maravilloso que era oír esa graciosa tos tuya mientras en la cama de al lado yo tenía aquel cuerpo marmóreo con que disfrutar. Era la mejor música de fondo que pudiera haber imaginado. Me sentía como si estuviera haciendo algo, no sé exactamente qué, en una espléndida y lujosa tumba.

—Escuchabas al esqueleto.

—Eso es. Me hallaba entre la vida y la muerte. Era su intermediaria. Pero no me digas que tú no lo pasaste bien.

Keiko sabía que Honda se acercó y llegó a tocar un pie de la chica.

Durante aquel viaje Keiko enseñó a Honda a jugar a las cartas. Al regreso le invitó a una partida de canasta. Después de comer se instalaron cuatro mesas en el salón.

Con Honda jugaban Keiko y dos rusas blancas. Una era vieja y la otra una rolliza cincuentona. La tarde se presentaba triste y lluviosa. Honda no podía entender por qué Keiko, que tanto gustaba de las chicas jóvenes, sólo invitaba a aquellas reuniones a mujeres de edad. Al margen de Honda, únicamente había dos varones, un hombre de negocios ya retirado y un anciano profesor en el arte de disponer las flores.

Las rusas vivían desde hacía varias décadas en el Japón; para Honda fue una fuente de sorpresas descubrir que su único conocimiento del japonés consistía en una vulgar jerga chapurreada a gritos. Empezaron a jugar inmediatamente después de la

comida. Al punto las rusas retocaron sus caras con colorete y lápiz de labios.

Desde la muerte de sus maridos, también rusos blancos, habían seguido llevando una empresa familiar dedicada a la fabricación de cosméticos extranjeros. Eran muy mezquinas pero no les importaba gastar el dinero en ellas mismas. En un viaje a Osaka ambas sufrieron una persistente diarrea y, queriéndose evitar la turbación de innumerables viajes al lavabo durante el viaje de vuelta, fletaron un avión a Tokio y allí fueron conducidas a un hospital del que eran conocidas.

La anciana, con el pelo teñido de color castaño, vestía un jersey turquesa de cuello alto y sobre éste, uno abierto por delante y adornado con lentejuelas. Su collar de perlas era demasiado grueso. Estaba encorvada pero los dedos que tomaron el colorete y el lápiz de labios eran fuertes, tanto que torcieron a un lado el arrugado labio inferior. Parecía incansable en la mesa de canasta.

Su tema favorito era la muerte. Su última partida de canasta se hallaba segura. Cuando se celebrara la próxima ya estaría muerta. Y tras hacer esa declaración aguardó a que se formularan protestas.

El complejo dibujo de los naipes, dispersos sobre la taracea italiana, ofuscaba por completo la visión y en sus vigorosos dedos un ambarino ojo de gato se agitaba sobre las barnizadas figuras de las cartas como el corcho de un pescador. En la mesa tamborileaban las puntas carmesí de los dedos de unas manos moteadas como el vientre de un tiburón varado unos días en una playa.

Con un gracioso abaniqueo de los naipes Keiko barajó diestramente los dos mazos de cartas. Las barajas quedaron boca abajo después de que cada jugador hubiera recibido once naipes y una sola carta quedó boca arriba al lado. Era el tres de diamantes, con una especie de lunática lozanía en su color rojo. Honda contuvo la respiración. Vio tres lunares, manchados de sangre.

Los sonidos especiales de un juego de cartas: risas como las de la barra de un bar, suspiros, grititos de sorpresa. Era una zona en donde no se exigían inhibiciones para reír entre dientes y mostrarse inseguro o turbado, la astucia de la vejez. Era como una noche en un zoo de emociones. Gritos y risas surgían de todos los corrales y de todas las jaulas.

—Le toca a usted.

—No, a usted.

—¿No tiene nadie todavía una canasta?

—Pero me reñirán si me adelanto a mi turno.

—Es muy buena bailarina. Y también de discoteca.

—Jamás he ido a una discoteca.

—Yo, sí. Una vez. Es como un manicomio. Basta ver alguna vez una danza africana. Es lo mismo.

—A mí me gusta el tango.

—Yo prefiero los bailes antiguos.

—El vals y el tango.

—Los bailes antiguos son tan elegantes. Estos nuevos resultan espantosos. Hombres y mujeres vestidos igual. Y los colores. Como un nicky. ¿No es eso lo que ustedes dicen?

—¿Un nicky?

—Ya sabe. Toda clase de colores en el cielo.

—Ah, un *niji*. El arco iris.

—Sí. Un *niji*, eso es. Hombres y mujeres con toda clase de colores.

—Pero el arco iris es bonito.

—A este paso el arco iris será también un animal. Animal irisado.

—Animal irisado.

—Ya no me queda mucho. Sólo deseo una canasta más antes de morirme. Eso es todo lo que quiero, mi último deseo. Mi última canasta, señora Hisamatsu.

—No diga eso, Galina.

Aquella extraña conversación indujo a Honda, que no tenía cartas que jugar, a pensar en su despertar por la mañana.

Lo primero que veía cada mañana desde que cumplió los setenta era la cara de la muerte. Al sentir la llegada del alba en la tenue luz de las puertas de papel, despertaba con una agarrotadora acumulación de mucosidad. Durante la noche la mucosidad formaba una masa negro-rojiza y propiciaba su propia dureza de pesadilla. Algún día alguien le libraría de aquello con un par de palillos chinos que limpiamente lo extirparían.

Cada mañana la masa de mucosidad, como una babosa marina, informaba otra vez a Honda que aún seguía vivo. Y con la conciencia de la vida aportaba el miedo a la muerte.

Honda solía regalarse cada madrugada con un alud de sueños. Y los rumiaba como una vaca.

Los sueños eran claros y chispeantes, mucho más cargados de la felicidad de la vida que la propia vida. Poco a poco llegaron a predominar sueños sobre su niñez y su juventud. En un sueño recobraba el sabor de los bollos calientes que le hizo su madre un día de nieve.

¿Por qué tenía que ser tan insistente aquel episodio insignificante y fútil? Sin duda precisamente porque era un episodio pequeño y fútil que había recordado centenares de veces a lo largo de medio siglo. Honda no podía entender cómo se había aferrado a su memoria.

Los últimos rastros del antiguo comedor probablemente habrían desaparecido pues la casa de Hongô había sido reconstruida muchas veces. Estudiante de quinto curso en la escuela secundaria, Honda había ido con un amigo de regreso de la

escuela —tendría que haber sido un sábado— al edificio de los profesores. Después se dirigió a casa, hambriento y sin paraguas.

Por lo común entraba por la puerta de la cocina, pero aquel día dio la vuelta para ver la nieve en el jardín. Las esterillas para proteger a los pinos del frío del invierno estaban moteadas de blanco. Los fanales de piedra se hallaban cubiertos de un blanco brocado. Sus zapatos crujían sobre la nieve. Por un instante divisó la falda de su madre que pasaba junto a la ventana baja del comedor. Ya estaba en su hogar.

—Debes de tener hambre. Entra, pero antes sacúdete la nieve.

Su madre se ciñó el kimono más apretado. Honda se despojó del abrigo y se deslizó en el *kotatsu*. Como si estuviera tratando de recordar algo, su madre sopló sobre las ascuas. Con la mano alejó de las cenizas un mechón de su pelo.

—Aguarda un minuto —le dijo entre dos inspiraciones—. Tengo algo bueno para ti.

Colocó sobre las ascuas una pequeña cazuela, la frotó con papel engrasado. Dispuso círculos bien recortados de masa sobre la grasa caliente.

Era el sabor de aquellos bollos calientes que Honda tan a menudo recordaba en sueños; el sabor de la miel y de la manteca fundida aquella tarde de nieve. No podía recordar nada que fuera tan delicioso.

¿Pero por qué aquel detalle se había convertido en el germen de un recuerdo que persistiría toda la vida? Era indudable que ese insólito gesto de amabilidad por parte de su severa madre había realzado el placer. Había una extraña tristeza entretejida con el recuerdo: el perfil de su madre cuando soplaba sobre las ascuas; el brillo de sus mejillas cuando los tizones se avivaban a cada soplido, tizones a los que no se les permitía caldear la sala de este hogar frugal, oscuro incluso a la luz de la nieve. Y quizás oculto en la intensidad de sus movimientos y en el raro gesto de amabilidad existía un dolor que ella se había negado toda su vida a confesar. Quizás había llegado hasta él, transparente e instantáneo en el espléndido sabor de los bollos, a través de su paladar joven e inexperto, en el sentimiento del afecto. Sólo así podía hallar explicación de tristeza.

Como en un instante, habían pasado sesenta años. Algo había caído sobre él para alejarle de la conciencia de la vejez, una especie de intercesión, como si hubiera enterrado su rostro en el cálido seno de su madre.

Algo que a través de sesenta años le traía el sabor de bollos calientes en un día de nieve, algo que le aportaba un conocimiento, dependiente no de su conciencia de la vida sino de una lejana y fugaz felicidad, que destruía la oscuridad de la vida al menos por ese momento, como una luz en un oscuro y lejano páramo destruye una oscuridad infinita.

Un momento. Honda podía sentir que nada en absoluto había sucedido en el intervalo que separaba al Honda de dieciséis años del Honda de setenta y seis. Un

instante, el tiempo que necesita un niño para saltar desde un cuadro a otro, jugando a la rayuela.

Con harta frecuencia había comprobado cómo se cumplía el Diario de los Sueños que Kiyoaki llevaba tan meticulosamente. Tenía pruebas suficientes de la superioridad del estado onírico sobre el de vigilia. Pero no había pensado que su propia vida estuviera tan rebosante de sueños. Había felicidad en los sueños que se derramaban sobre él como las inundaciones en los arrozales tailandeses; mas en comparación con la deliciosa fragancia de los sueños de Kiyoaki sólo contenían la nostalgia de un pasado que no volvería. Un joven que no soñaba se había convertido en un viejo que soñaba a veces, y eso era todo. Sus sueños poco tenían que ver con símbolos o con la imaginación.

Este rumiar sobre los sueños mientras yacía en la cama cada mañana procedía en parte del miedo a los dolores reumáticos que con seguridad surgirían después. Aún con el recuerdo del dolor casi insoportable de ayer en las caderas, el dolor se desplazaría esta mañana a los hombros y a los costados. En realidad, hasta que no se levantara de la cama no sabría en dónde surgiría. Lo ignoraba mientras permanecía en el lecho, carne ajada y huesos crujientes entre los gelatinosos restos de los sueños, pensando en un día que con certeza no le aportaría nada interesante.

Le fatigaba incluso alcanzar el teléfono interior que había instalado hacía cinco o seis años. Tendría que soportar los chillones buenos días del ama de llaves.

Tras la muerte de Rié tuvo en casa a un estudiante de Derecho, pero pronto le resultó fastidioso y acabó por despedirle. Desde entonces la enorme casa había sido tan sólo para Honda, dos criadas y un ama de llaves. Las mujeres eran constantemente reemplazadas. Enfrentado con el desaliño de las criadas y la falta de honradez del ama de llaves, Honda hubo de comprender que su sensibilidad no se acomodaba a las costumbres y a la manera de hablar de las mujeres modernas. Por mucha diligencia que pusieran en su trabajo, le causaban una repulsión física todos sus latiguillos, expresiones del momento como «tomar el pelo» o «bueno, corta», una puerta abierta sin la debida ceremonia, una risotada sin una mano respetuosa en la boca, un error en el tratamiento, los chismes sobre los actores de la televisión. Cuando en su incapacidad para dominarse dejaba escapar una palabra de queja, podía estar seguro de que al día siguiente aquella mujer ya no estaría allí. Si se permitía formular una queja a la masajista a la que llamaba casi todas las noches estallaba una tempestad doméstica. La masajista había adquirido el gusto a la moda de que la llamaran «señora» y se negaba a contestar si no se le daba el tratamiento, pero Honda se sentía incapaz de llamarla así.

Por mucho que lo denunciase siempre había polvo en las estanterías de la sala. También hablaba de eso el experto en el arreglo de flores que acudía cada semana a dar su lección.

Las criadas solían invitar a los recaderos a que tomaran tazas de té y el whisky que él tanto apreciaba se lo bebía no sabía quién. De vez en cuando le llegaban carcajadas del vestíbulo del piso inferior.

Con los oídos martirizados por las cortesías matinales del ama de llaves le costaba trabajo pedir el desayuno y le irritaba indescriptiblemente la pegajosa adherencia de los pies a las esterillas del pasillo cuando las dos criadas abrían los postigos. Los grifos del agua caliente siempre fallaban y el tubo de pasta dentífrica jamás era reemplazado hasta que él lo ordenaba. El ama de llaves cuidaba bien del lavado y de la limpieza de su ropa, pero así se lo recordaba la etiqueta de la lavandería que le rascaba en el cuello. Sus zapatos brillaban pero guardaban dentro cuidadosamente la arena y aún seguía sin arreglarse el cierre de su paraguas. No había reparado en tales detalles mientras vivió Rié.

La más mínima rozadura, el arañazo más leve y un objeto quedaba definitivamente desechado. Entonces se sucedían escenas desagradables.

—Usted me dijo que lo mandara a arreglar pero en toda la ciudad no hay un sitio en donde me lo arreglen.

—De acuerdo, tírelo entonces.

—Al fin y al cabo no vale tanto dinero.

—El hecho de que valga mucho o poco dinero no tiene que ver con el caso.

Por un instante los ojos de la mujer mostraban el desprecio que le inspiraba su tacañería.

Tales incidentes le inducían a depender cada vez más de Keiko.

Keiko comenzó a mostrar activo interés por la cultura japonesa. Era su nuevo exotismo. Por vez primera en su vida empezó a ir al Kabuki y comparaba a ineptos actores con famosos actores franceses. Comenzó a aprender la música Nô y a recorrer los templos en busca del arte budista.

Siempre estaba pidiéndole que le acompañara a templos atrayentes y una vez llegó hasta el punto de sugerirle ir a Gesshûji. Pero ése no era templo para una frívola visita con Keiko.

Ni una sola vez en aquellas seis décadas había visitado Honda a Satoko, la abadesa de Gesshûji. Aunque había oído que aún vivía y que se encontraba bien, jamás le escribió. En los años de la guerra y en los siguientes sintió en varias ocasiones el impulso de ir a verla y disculparse por su desidia, pero siempre le vencieron los celos y guardó silencio.

Ni un solo instante se había olvidado de Gesshûji. Pero a medida que transcurrieron los años de silencio se tornó cada vez más fuerte la traba que él mismo se había impuesto, el sentimiento de que Gesshûji era demasiado precioso, de que después de todo aquel tiempo no debía invadir su santuario con recuerdos o contemplarlo en la ancianidad. En las ruinas de los bombardeos de Shibuya supo por

Tadeshina que Satoko era aún más bella, como una primavera es más límpida. Y no era que él mismo idealizase la belleza sin edad de la anciana bonzesa. Había oído a un amigo de Osaka describirla con tonos de asombro. Pero Honda se sentía temeroso. Temía ver una reliquia de la antigua belleza y aún temía más su belleza actual. Para entonces Satoko habría alcanzado un nivel de inspiración que estaría lejos del alcance de Honda. Si Honda, anciano, la visitaba, apenas perturbaría su serenidad. Sabía que estaba ya a salvo de sentirse amedrentada por los recuerdos. Pero cuando la miraba a través de los ojos de Kiyooki muerto, la imagen de Satoko, inmune en su túnica añil a todos los acosos de la memoria, le parecía otra semilla de desesperanza.

Y sobre él influía el pensamiento de que tendría que visitar a Satoko como representante de Kiyooki, aportando recuerdos.

—El pecado es nuestro, de Kiyoko y mío y de nadie más —le había dicho ella en el camino de regreso de Kamakura.

Sesenta años habían transcurrido y las palabras aún resonaban en sus oídos. Si visitaba a Satoko, era probable que tras reír quedamente ella hablara sin empacho de toda una cadena de recuerdos. Pero el viaje era demasiado para él. Viejo, feo y manchado con el pecado como se hallaba, la complejidad de la empresa parecía agrandarse.

Con el paso de los años el propio Gesshûji, ahora tiernamente envuelto en las nieves de la primavera, aparecía, capa tras capa, más lejano, con recuerdos de Satoko. Más lejano pero no con la lejanía de lo que se oculta en el corazón. Como quería recordarlo, Gesshûji se hallaba en una nevada cumbre, como un templo del Himalaya, su belleza de cara a las asperezas, su suavidad frente a un día de ira. La claridad definitiva, un templo lunar en el mismo fin del mundo, punteado con un solo punto, con la túnica purpúrea de una anciana abadesa cada vez más exquisitamente bella, parecía despedir una luz de hielo, como si se alzara en las mismas fronteras de la conciencia y de la razón. Honda sabía que podía llegar hasta allí inmediatamente en avión o en un tren expreso. Pero Gesshûji ya no era un templo para que un hombre lo visitara y contemplara, sino un rayo de luna a través de un desgarrón en los confines de su conciencia.

Le parecía que si Satoko estaba allí, allí seguiría siempre. Si él se hallaba encadenado a la vida eterna por la conciencia, entonces ella habría de permanecer allí a una infinita distancia de su infierno. Sin duda ella podría penetrar en la lejanía con su mirada. Y sintió que el infierno perpetuo de una conciencia acorralada y empavorecida y la inmortalidad celestial de ella habían dado vida a un equilibrio. Podría aguardar a verla trescientos años, mil años.

Se formuló todo género de disculpas y con el transcurso del tiempo todas las excusas del mundo llegaron a parecer como excusas para no visitar Gesshûji. Era como una persona rechazando la belleza que estaba segura de destruir. Su negativa a

visitar Gesshûji se tornó en algo más que una simple postergación. Sabía que la visita se había tornado ya en un imposible, quizás en la más angosta de las puertas en su vida. Y de insistir en la visita ¿no le rehuiría quizás, Gesshûji? ¿No desaparecería entre una niebla luminosa?

Pese a todo llegó a pensar que, dejando al lado su conciencia perdurable, la senectud había madurado el momento de una visita. Probablemente iría cuando estuviese a punto de morir. Satoko había sido una persona con quien Kiyooki debía reunirse aun a riesgo de la vida; y un joven y bello Kiyooki, aún desafiante ante Honda, le prohibía ir a no ser que Honda, testigo de la cruel imposibilidad, perdiera su propia vida. Podía reunirse con ella si se reunía también con la muerte. Quizás, íntimamente, Satoko sabía también de ese momento y aguardaba su llegada. Un inefable y dulce pozo de recuerdos se derramó sobre el anciano Honda.

El hecho de que Keiko estuviese aquí con él era un tanto incongruente.

Experimentaba dudas muy considerables sobre lo que Keiko entendía por cultura japonesa. Aun así había algo admirable en aquellos crecientes conocimientos a medias. Recorrió los templos de Kyoto y como esas señoras extranjeras de inclinaciones artísticas, atiborradas de los equívocos de una primera visita al Japón, proclamaba a gritos su entusiasmo por objetos que ya no interesaban a la mayoría de los japoneses y los disponían en torpes ramilletes. Se sentía tan fascinada por el Japón como por el Antártico. A la vista de un jardín de rocas se extasiaba tan desmañadamente como una señora extranjera de piernas con medias. En toda su vida sólo había conocido sillas occidentales.

Sufría un auténtico período de celo intelectual. Incurrió en el hábito de aferrarse públicamente a sus propias y peculiares nociones acerca del arte y de la literatura japoneses, si bien desdeñando un detalle aquí y otro allá.

Desde hacía mucho tiempo solía invitar a cenar sucesivamente a los embajadores extranjeros. Ahora se convirtieron en la audiencia de sus fervorosas conferencias sobre la cultura japonesa. Sus antiguas amistades jamás habrían imaginado que llegaría el día en que Keiko les honraría con discursos sobre los biombos de panes de oro.

—Pero son gentes que pasan en la noche sin el más mínimo sentimiento de gratitud —dijo Honda, previniéndole de la inutilidad de su esfuerzo—. Cuando vayan a sus nuevos destinos no guardarán en sus mentes un solo pensamiento acerca de éste. ¿Qué interés hay incluso en verlos?

—Las aves de paso son las únicas con las que no tienes que estar en guardia. No te tienes que preocupar de lo que vaya a suceder dentro de diez años y tener nuevos oyentes cada noche es algo bastante divertido.

Pero comenzaba a tomarse muy en serio, felicitándose a sí misma de un modo ingenuo por promover los intercambios culturales internacionales. Aprendía un baile

e inmediatamente se lo mostraba a sus diplomáticos invitados. Le afirmaba en su empeño saber que era improbable que sus huéspedes advirtieran sus fallos.

Pero por mucho que asiduamente perfeccionara Keiko sus conocimientos no llegaba a alcanzar la oscuridad por donde se extendían las más oscuras raíces de lo nipón. Se hallaban muy lejos los manantiales de sangre sombría que habían agitado a Isao Inuma. Honda decía del depósito de cultura japonesa de Keiko que era un congelador repleto de hortalizas.

Honda era conocido en las embajadas como el caballero amigo de Keiko. Siempre era invitado con ella a las cenas.

Le irritaba que en una embajada los lacayos lucieran el traje prescrito en la etiqueta japonesa. «No es nada más que exhibir a los nativos. Constituye un insulto».

—No me lo parece. Los hombres japoneses están mejor con trajes japoneses. A mí no me gusta nada tu esmoquin.

En las cenas de etiqueta de los diplomáticos, cuando los invitados se encaminaban pausadamente al comedor, las señoras en cabeza, y las flores sobre la mesa arrojaban profundas sombras bajo la luz de un bosque de candelabros de plata y afuera caía una serena lluvia de verano, la radiante tristeza de la escena favorecía extraordinariamente a Keiko. No se permitía ni un atisbo de la sonrisa tan común entre las japonesas y con la que tratan de congraciarse con quienes les rodean. En su figura en movimiento resplandecía la antigua tradición. Tenía incluso la voz ronca y melancólica de las antiguas aristócratas japonesas. Keiko se sentía vivir en compañía de los embajadores, cuyo tedio asomaba entre tanto oropel, y de los imperturbables consejeros, tan artificiosos cada uno a su propia manera.

Como en la mesa se hallarían separados, Keiko le dijo en voz baja camino del comedor:

—Saqué a colación *Túnica de Plumas*. Pero nunca he estado en Mio. Tienes que llevarme pronto. Hay muchos lugares que no conozco.

—Cualquier día. Acabo de estar en los altos de Nihondaira pero no me importaría volver. Me encantará acompañarte.

Su camisa almidonada continuaba oprimiéndole en la barbilla.

Capítulo 8

Al comienzo de *Túnica de Plumas* charlan dos pescadores, uno de ellos es el segundo personaje de la obra. «Los barqueros vocean cuando navegan por el tempestuoso canal de Mio». Luego se desarrolla una descripción del viaje. «De repente, a mil leguas de distancia, aparecen las acogedoras colinas envueltas entre nubes». Una fina y larga túnica de seda cuelga de un pino al fondo del centro. Hakuryô se dirige hacia allí, pensando hacerla suya. Aparece el ángel femenino, la protagonista. Él ignora sus súplicas y se niega a devolvérsela. Ella se siente desolada, incapaz de volar de regreso a los cielos.

«Hakuryô aferra la túnica. Ella se siente desamparada. Lloro y sus lágrimas son como el rocío en sus enjorados cabellos. Las flores se marchitan, surgen los cinco signos de la caída del ángel».

En el expreso de Tokio, Keiko leía a media voz el prólogo. De repente preguntó con ansiedad:

—¿Y cuáles son los cinco signos de la caída del ángel?

Honda estaba bien informado. Después de aquel sueño había estudiado la cuestión de los ángeles. Los cinco signos son las cinco marcas de que la muerte ha llegado hasta un ángel. Hay variaciones, dependiendo de las fuentes.

He aquí lo que dice el vigésimo cuarto pliego del *Ekot-taraâgama*: «Hay treinta y tres ángeles y un arcángel y los signos de muerte son quintuples. Se marchitan las flores de sus coronas, se manchan sus túnicas, se tornan fétidos los hoyuelos bajo sus brazos, pierden la conciencia de sí mismos y son abandonados por sus enjoradas doncellas».

Y *La Vida del Buda*, quinto pliego: «Son cinco los signos de que el tiempo otorgado ha concluido. Las flores de los cabellos se marchitan, un fétido sudor surge bajo los brazos, se manchan las túnicas, el cuerpo deja de emitir luz y pierde la conciencia de sí mismo».

Y el último pliego del *Mahâmâyâ-sûtra*: «Y en aquel tiempo Mahâ manifestó en los cielos cinco signos de su caída. Su corona de flores se marchitó, el sudor brotó bajo sus brazos, su halo se esfumó, sus ojos comenzaron a parpadear sin pausa y perdió toda satisfacción con su legítimo lugar».

Hasta ahí las semejanzas son más sorprendentes que las variaciones. El *Abhidharma-mahâvibhâsâ-sâstra* describe muy detalladamente los cinco signos mayores y los cinco signos menores. Los cinco signos menores aparecen primero.

Cuando un ángel se remonta y revolotea emite por lo común una música tan bella como ninguna música, ninguna orquesta y ningún coro podrían imitar; pero cuando la muerte se aproxima, la música se extingue y la voz se torna tensa y débil.

En tiempos normales, tanto de día como de noche, fluye del interior de un ángel

una luz que no permite sombras, pero cuando la muerte se acerca la luz se debilita de repente y el cuerpo se envuelve en tenues sombras.

La piel de un ángel es tersa y se halla bien ungida e incluso si se sumerge en un lago de ambrosía rechaza el líquido como hace la hoja del loto; pero cuando se acerca la muerte, el agua se adhiere y no se desprende.

La mayoría de las veces un ángel, como un molinete de fuego, ni se detiene ni es asible en lugar alguno, está allí y aquí casi al mismo tiempo, se escabulle, se mueve y escapa, pero cuando la muerte se aproxima permanece en un lugar y no puede huir.

Un ángel transpira una fuerza que jamás parpadea, pero cuando la muerte se acerca la fuerza desaparece y el parpadeo se torna incesante.

Éstos son los cinco signos mayores: las túnicas antaño inmaculadas se tornan sucias, las flores de la corona se ajan y caen, el sudor brota de las axilas, un fétido hedor envuelve el cuerpo, el ángel ya no es feliz en su propio lugar.

Se advertirá que las otras fuentes enumeran los grandes signos. Mientras que sólo se hallen presentes los menores, la muerte aún puede diferirse, pero una vez que surgen los grandes signos el desenlace es indudable.

En *Túnica de Plumas*, uno de los grandes signos había hecho ya su aparición y sin embargo el ángel se recobraría al devolverle su túnica. Cabe imaginar que Zeami se permitió esbozar un poético atisbo de decadencia y declive y no se preocupó de la meticulosa letra de la ley.

Honda recordaba con extraordinaria claridad las cinco marcas de la caída en el Rollo de Kitano, un tesoro nacional que había contemplado mucho tiempo atrás en el templete de Kitano. Poseía una copia fotográfica que evocaba algo, un cántico de horribles presagios a los que hasta entonces se había mostrado sordo.

En un jardín frontero a los bellos pedestales de un pabellón chino, muchos ángeles puntean cítaras y baten tambores. Pero no hay rastro alguno de vitalidad, la música ha descendido hasta el monótono zumbido de una mosca en una tarde de verano. Aunque punteen y batan, las cuerdas y los parches están flojos, lacios y desgastados. Hay flores en la entrada del jardín y entre ellas un afligido querubín se lleva sus mangas a los ojos.

La muerte ha sobrevenido demasiado súbitamente. La incredulidad se halla escrita en los bellos, blancos y por lo demás inexpresivos rostros de los ángeles.

Dentro del pabellón hay ángeles en posturas confusas. Algunos se esfuerzan sin éxito por formar graciosos arcos con sus mangas, otros se retuercen y contraen. Tienden lánguidamente sus manos sobre espacios angostos pero no pueden tocar nada, sus túnicas se hallan increíblemente sucias y la suciedad mana de sus cuerpos.

¿Qué está sucediendo? Han aparecido los cinco signos. Los ángeles son como princesas sin ninguna vía por la que huir, sorprendidas por la peste en un recoleto jardín tropical.

Las flores de sus cabellos están lacias, sus espacios interiores se inundan de repente de agua hasta la garganta. El grupo de gráciles y esbeltas figuras ha sido ya penetrado por una transparente podredumbre y en el mismo aire que respiran existe ya el hedor de la muerte.

Estos seres sensibles que por el simple hecho de existir atraían a los hombres hacia reinos de belleza y fantasía deben ahora juzgarse desamparados cuando, en un instante, la brisa de la tarde les arrebató su hechizo como los restos ajados de un pan de oro. El jardín, elegante al estilo clásico, se extiende sobre una pendiente. El polvillo dorado de una belleza y de un placer omnipotentes se esparce al viento. Como se lacera la carne, se les arranca la libertad absoluta para remontarse en el vacío. Las sombras se congregan. La luz muere. De los bellos dedos gotea y gotea una suave fuerza. El fuego tiembla en las profundidades de la carne, el espíritu se aleja.

Las losas cuadradas del reluciente piso del pabellón, las balaustradas bermejas no han desaparecido. Reliquias de grandeza, aún permanecerán allí cuando ya no estén los ángeles.

Bajo los brillantes cabellos se alzan unas bellas fosas nasales. Los ángeles parecen captar el primer rastro de la caída. Pétalos contraídos más allá de las nubes, una decadencia azul celeste que colorea el firmamento, idos ya todos los placeres de la visión y del espíritu, toda la jubilosa inmensidad del universo.

—Bien, bien —dijo Keiko, deseosa de que concluyera—. Estás muy informado.

Asintiendo vigorosamente, Keiko se llevó a las orejas un lujoso frasquito de Estée Lauder. Vestía unos pantalones de un diseño culebreante y una blusa del mismo tejido, un cinturón de gamuza en las caderas y un negro sombrero de cordobán, de factura española.

Honda se mostró un tanto sorprendido por el conjunto cuando la vio así vestida al reunirse en la estación de Tokio, pero se abstuvo de hacer comentario alguno sobre su chic.

Cinco o seis minutos más y llegarían a Shizuoka. Pensó en ese último signo, una pérdida de la conciencia del lugar. Él, que jamás había tenido semejante conciencia, seguía viviendo. Porque no era un ángel.

Distraídamente, Honda recordó un pensamiento que le vino a la mente en el taxi que le llevó a la estación. Pidió al taxista que fuera deprisa y tomaron la vía rápida de Kanda occidental. Había estado cayendo una llovizna del preludio de verano, no hubiera podido decir por cuánto tiempo. Avanzaban a ochenta kilómetros por hora entre filas de edificios de bancos y oficinas. Enormes, sólidas, las construcciones desplegaban grandes alas de acero y vidrio. Honda dijo para sí: «En el instante en que yo muera, todas desaparecerán». El pensamiento le complació, una especie de venganza. Ningún trabajo le costaría arrancar de raíz este mundo y devolverlo al

vacío. Todo lo que tenía que hacer era morirse. Había indudablemente un pequeño orgullo en la idea de que un viejo que sería olvidado aún tenía en la muerte ese arma incomparablemente destructiva. A él no le inspiraban miedo los cinco signos de la caída.

Capítulo 9

Mientras escoltaba a Keiko hacia el pinar de Mio, en la mente de Honda se debatía una cuestión. Temía arruinar su entusiasmo mostrándole la profunda vulgaridad a la que había sido reducido uno de los más bellos paisajes japoneses.

Era un lluvioso día laborable pero el inmenso aparcamiento se hallaba atestado de coches y en las tiendas de «souvenirs» el celofán sucio reflejaba un cielo ceniciento. Ni una cosa ni otra parecieron afectar a Keiko en lo más mínimo.

—Bello. Perfectamente encantador. Huele a aire puro y a sal. Está tan cerca el mar.

En realidad el aire rebosaba de olor a gasolina y los pinos estaban a punto de asfixiarse. Honda lo advertía mejor. Había visitado el lugar unos días antes y sabía lo que vería Keiko.

Benarés era basura sagrada. La propia basura era sagrada. Así era la India.

Pero en Japón la belleza, la tradición y la poesía jamás habían sido rozadas por la sucia mano de la santidad.

Quienes las rozaban y al final acababan por estrangularlas se hallaban completamente despojados de santidad. Todos tenían las mismas manos, vigorosamente frotadas con jabón.

Incluso en el pinar de Mio, ángeles en el vacío cráneo de la poesía respondían a las inefables exigencias de los hombres y se veían obligados a dar infinidad de vueltas y más vueltas, como si estuvieran trabajando en un circo. El trazado de sus danzas en los cielos semejava un entrelazamiento de plateados cables de alta tensión. En sus sueños los hombres sólo hallarían las marcas de la caída de los ángeles.

Eran más de las tres. «Pinar de Mio. Parque de la Prefectura de Nihondaira». La corteza de toscas escamas del árbol se hallaba envuelta en el verde del musgo. Más allá de un suave tramo de peldaños de piedra, los pinos lanzaban dardos de fuego contra el cielo. Las floraciones, velos de verde humo que despedían incluso las ramas de los pinos asfixiados, ocultaban un mar sin vida.

—¡El mar! —dijo Keiko alegremente.

Honda no confiaba en su júbilo. Había en su acento poco de su talante festivo, de elogio del lugar en que era huésped. Sin embargo la exageración puede desplegar el placer en algo que realmente no es nada. Al menos los dos no se sentían solos.

Ante un par de tiendas, con sus estantes en voladizo rebosantes de envases de Coca-Cola y de «souvenirs», había dos muñecos de fotógrafo con aberturas para asomar la cara: Jirôchô, el señor del puerto de Shimizu, y Ochô, su amante. El nombre de Jirôchô figuraba en el triángulo del paraguas que acunaba en su brazo. Vestía traje de camino, con bastón, mitones de azul pálido, polainas y, recogido hacia arriba, un kimono de finas franjas azules y blancas. Ochô lucía un moño alto y vestía

un negro kimono de satén y un obi o faja de tejido de Hachijô.

Honda apremió a Keiko a que se dirigieran al pinar, pero ella se sentía fascinada por los muñecos. Repitió para sí una y otra vez el nombre de Jirôchô. Nada sabía de él excepto su nombre, e ignoraba incluso el hecho elemental de que fue un famoso jugador. Las explicaciones de Honda sobre el asunto le fascinaron aún más.

Le entusiasman los tintes nostálgicos, la vulgaridad vigorosa y brutal. A donde quiera que buscara en su propia vida, en sus lejanos recuerdos carnales no podía captar ecos tan salvajes y tristes en su vulgaridad. Su gran virtud era que carecía de ideas preconcebidas. Aquello era algo que nunca había visto y de lo que nunca había oído jamás, aquello era «japonés».

Casi irritado, Honda trató de concluir con su amor por el muñeco.

—Venga, déjalo. Estás haciendo una tontería.

—¿No te parece que los dos podemos permitirnos todavía el lujo de hacer tonterías?

Bien abiertas las piernas en las que se entrelazaban las serpientes, con las manos en las caderas, Keiko adoptó la postura de una madre occidental regañando a su hijo. Había ira en sus ojos. Él había mancillado aquel poético instante.

Honda se rindió. Empezaban a llamar la atención. El fotógrafo llegó corriendo con un trípode y un paño de terciopelo rojo. Cuando Honda se ocultó tras el muñeco para sustraerse a las miradas de los curiosos su rostro apareció por el hueco. Los congregados rieron, el diminuto fotógrafo rió también y aunque no pareciera del todo apropiado que Jirôchô riera, Honda también se rió. Keiko le tiró de la manga y ocupó su lugar, Jirôchô había cambiado de sexo y lo mismo le había sucedido a Ochô. Ahora el jolgorio era más sonoro. Honda se sentía embriagado. Había conocido muchas mirillas pero jamás había tenido la experiencia de ascender a una guillotina en beneficio de un ruidoso gentío.

El fotógrafo se ocupó largo tiempo de sus lentes tal vez porque ahora era el centro de la atención.

—Quietos, por favor —y el gentío se inmovilizó en silencio.

El austero rostro de Honda asomaba por el agujero abierto en el tejido amarillo. Agachado, echando hacia afuera las caderas, había adoptado su postura ante la mirilla de Ninooka. Tras la escena de esta extravagancia humillante se produjo un cambio sutil cuando Honda, indiferente a las risas del gentío, comprobó que todo su mundo pendía del acto de observar. Recobró este papel y los que miraban se trocaron en mirados.

Había un mar, había un gran pino cuyo tronco estaba cercado de cuerdas: el pino de la túnica celestial. Las suaves y arenosas pendientes que llevaban hasta allí rebosaban de espectadores. Bajo el cielo anubarrado los diversos colores de su indumentaria eran uniformemente sombríos, el viento en sus cabellos le hacía parecer

un podrido pino vuelto del revés. Había racimos de gente, muchos agrupados espontáneamente; y el enorme ojo blanco del cielo aplastado sobre ellos. Y en el muro que formaba la primera fila las risas estaban vedadas. Contemplaban a Honda con una pétrea vaciedad.

Mujeres en kimono con bolsas de la compra en sus manos, hombres maduros con trajes de confección, chicos de verdes camisas a cuadros y chicas de piernas rechonchas en minifalda, niños, viejos, Honda les veía contemplando su propia muerte. Aguardaban algo, algún incidente tan divertido que debía poseer su propia grandeza. Los labios se relajaban en sonrisas plácidas. Los ojos relucían con una cruda bestialidad.

—¡Quietos! —El fotógrafo alzó su mano.

Keiko retiró al punto su cabeza del agujero. Permaneció majestuosamente erguida ante el gentío como un señor feudal. Jirôchô, agitando su cabeza, se había convertido en alguien de pantalones culebreantes y sombrero negro. La multitud aplaudió. Keiko tranquilamente escribió su dirección para el fotógrafo. Varios jóvenes, creyendo que se trataba de una famosa actriz de otros tiempos, se acercaron a solicitar su autógrafo.

Cuando llegaron al pino Honda se sentía exhausto.

Era un pino gigantesco, a punto de morir, que como un pulpo extendía sus brazos en diferentes direcciones. Habían rellenado con cemento las grietas del tronco. La gente se dispersaba en torno a un árbol que carecía incluso del número suficiente de acículas.

—¿Crees que el ángel tendría un traje de baño?

—¿Es un pino macho? ¿Lo eligió por eso la mujer?

—Pues no pudo llegar hasta la copa.

—Como pino, no tiene mucho de particular.

—Qué bien que hayan conseguido mantenerlo con vida. Simplemente sentir el viento del mar.

Y desde luego el pino se inclinaba hacia el mar más agresivamente de lo que hubiera debido un pino acostumbrado al mar, y las cicatrices del mar en su tronco eran tan innumerables como las de un casco varado. Hacia el mar y junto a la barandilla de mármol unos gemelos apuntaban desde un bípode bermejo como las patas de un ave tropical. En la distancia se divisaba, blanquecina, la península de Izu. Cruzaba un mercante grande. Como si el mar hubiese puesto a la venta todas sus mercancías, un círculo de pedazos de madera, botellas vacías y algas marcaba el límite de la marea alta.

—Bien, aquí lo tienes, el lugar en donde el ángel bailó la danza celestial para recuperar su túnica de plumas. Y ahí están todos esos haciéndose fotografías unos a otros. Ése es su estilo. Ni siquiera miran el pino, sólo se preocupan de salir en una foto. ¿Crees que les importa hallarse en un lugar donde sucedió algo memorable más

que para permanecer el tiempo suficiente de que les chasquee un obturador ante la cara?

—Te lo tomas demasiado en serio. —Keiko se sentó en un banco de piedra y encendió un cigarrillo—. Es bello y no me ha decepcionado. Puede que esté sucio y que el árbol se halle a punto de morir, pero posee un encanto. Si todo fuese bonito y de ensueño como en el teatro entonces sería una mentira. La naturalidad es muy japonesa.

Y tras esas palabras Keiko tornó a encabezar la marcha.

Disfrutaba de todo. Era su prerrogativa regia.

En la vulgaridad, tan pesada y penetrante como el viento sofocante y cargado de arena durante las lluvias del verano, ella, feliz y alegre, veía lo que deseaba y llevaba consigo a Honda. Al regreso visitaron el templo de Mio. Bajo el alero del santuario, sobre una tabla toscamente enmarcada había en bajorrelieve la pintura votiva de un nuevo buque de pasajeros. Para un templo de marinos parecía exactamente lo propio propiciar a esa nave en el mar azul. Contra el muro posterior del santuario había una tabla en figura de abanico sobre la que estaban grabados los nombres de los intérpretes de una representación de Nô. Se celebró seis años antes ante el Pabellón de la Danza.

—Un día para las señoras, *Kamiuta*, *Takasago*, *Yashima* y luego *Túnica de Plumaz* —Keiko se sintió impresionada.

Todavía excitada tomó y comió una cereza de uno de los árboles que bordeaban el sendero.

—Fíjate lo que estoy haciendo. Estoy tentando a la muerte.

Con pasos un tanto inseguros, Honda comenzó a lamentar su vanidad, que le había impedido llevar su bastón. Jadeante, emitiendo sonidos entrecortados, se había quedado retrasado cuando Keiko le advirtió.

Colgados de la cuerda que unía los troncos de los árboles, unos signos idénticos se agitaban bajo la brisa.

«Peligro. Insecticidas venenosos. No cojan ni coman las cerezas».

En las ramas cargadas de cerezas del rosa pálido al rojo de sangre se arracimaban nuditos de papel que portaban oraciones y súplicas. De algunas cerezas los pájaros apenas habían dejado más que las semillas. Honda sospechó que los signos eran vanas amenazas. Y sabía que una pequeña dosis de veneno no bastaba para llevarse a Keiko.

Capítulo 10

¿No había allí nada más que ver? ¿No había nada más que ver?, preguntó Keiko. Aunque agotado, Honda ordenó al chófer que volviera a Shizuoka por la carretera del monte Kuno. Se detuvieron ante la estación de comunicaciones que Honda había visto unos días antes.

—¿No te parece una construcción bastante interesante?

Honda la contemplaba desde la profusión de verdolaga en la base de piedra.

—Me parece que veo unos prismáticos. ¿Para qué son?

—Para observar los movimientos de los barcos. ¿Quieres que entremos?

Aunque sentían curiosidad, ninguno de los dos tenía el valor de llamar.

Habían remontado los escalones de piedra que rodeaban la base y se hallaban al pie de la escalera de hierro cuando una muchacha se cruzó con ellos, haciendo resonar el entramado metálico. Estuvo tan a punto de caer que uno de los dos lanzó una advertencia. Agitando su falda como tornado amarillo, pasó tan aprisa que no vieron su cara, pero les dejó un rastro como el de una fugaz quintaesencia de fealdad.

Y no era que fuese bizca o que tuviera una cicatriz desagradable. Fue simplemente una sombra de fealdad que obstruyó la visión por un instante, algo que desdecía todo ese orden cuidadoso y delicado que conocemos como belleza. Era como lo más oscuro de la oscuridad, una evocación carnal que exasperaba el corazón. Pero si se quería ver las cosas de un modo más cotidiano bastaba con pensar que era sólo una tímida doncella que volvía de una cita.

Subieron por la escalera y se detuvieron ante la puerta para recobrar el aliento. Estaba entreabierta. Honda la empujó y entró. La habitación parecía vacía. Llamó varias veces en dirección a la estrecha escalera que se dirigía al segundo piso. Cada vez que llamaba era presa de un violento ataque de tos.

Se oyó un crujido en lo alto de la escalera.

—¿Sí?

Un muchacho en camiseta miraba hacia abajo.

Sorprendido, Honda advirtió la flor azul que colgaba sobre su frente. Parecía una hortensia. Al mirar hacia abajo, la flor cayó y fue a parar a los pies de Honda. El muchacho se quedó sorprendido. Se había olvidado de la flor. Había cobrado un tono parduzco, estaba roída por los gusanos y marchita.

Keiko, todavía con su sombrero, observó la escena por encima del hombro de Honda.

Aunque la escalera estaba en penumbra resultaba evidente que el rostro del muchacho era claro y bien formado. De una claridad casi inquietante porque a pesar de que el chico estuviera a contraluz, enviaba hacia abajo su propia luminosidad. Tomando como excusa la necesidad de devolverle la flor, Honda cuidadosa pero

vivazmente subió por la escalera, apoyando una mano contra el muro. El muchacho descendió a mitad de camino para recogerla.

Sus ojos se encontraron. Honda supo que los engranajes de la misma máquina les movían a los dos con idénticos y sutiles movimientos y precisamente a la misma velocidad. La copia de los de Honda hasta el más mínimo detalle, incluso hasta en el profundo anhelo de un propósito, estaba allí como desnudo ante un vacío sin nubes. Idéntico al suyo en dureza y transparencia, pese a la diferencia de años, el delicado mecanismo dentro de este muchacho correspondía precisamente a un mecanismo dentro de Honda, en el terror de que alguien lo destruyera, el terror oculto en las más recónditas oquedades. En aquel instante Honda vio una fábrica sin obreros, pulida hasta una perfección de profunda destemplanza. La conciencia madura de sí mismo de un Honda en forma juvenil. Produciendo interminablemente sin consumidores, arrojando sin cesar su producción, horriblemente limpia, perfectamente regulados el calor y la humedad, crujiendo eternamente como un alud de satén. Sin embargo existía la posibilidad de que el muchacho, aunque fuese el mismo Honda, no comprendiera a la máquina. Su juventud sería la razón. La fábrica de Honda era humana por obra de un profundo anhelo de humanidad. Si el muchacho se negaba a considerarse humano, tenía razón. Honda estaba seguro de que aunque él había visto todo en el muchacho, éste no podía haber visto todo en él. En el talante lírico de su juventud se acostumbró a juzgar a la máquina como el paradigma de la fealdad; pero sólo fue porque en su errónea apreciación juvenil había confundido la fealdad carnal con la fealdad de la máquina en su seno.

La más fea de las máquinas, muy joven, muy exagerada, romántica, relevante en sí misma. Pero así estaba bien. Honda podía nombrarla con la más fría de las sonrisas. Exactamente igual que podía nombrar un dolor de cabeza o en el diafragma. Era maravilloso que la más fea de las máquinas tuviera un rostro tan bello.

El muchacho ignoraba desde luego todo lo que había sucedido en aquel instante.

A mitad de la escalera tomó la flor. Y aplastó en su mano el motivo de su turbación.

—Maldita sea —masculló para sí— se me había olvidado por completo.

La mayoría de los muchachos se habrían ruborizado. A Honda le interesó advertir que no había transformación alguna en su pálida serenidad.

El muchacho cambió de tema.

—¿Puedo hacer algo por ustedes?

—En realidad, no. Somos turistas y nos preguntábamos si podríamos echar por aquí una mirada para informarnos.

—Por favor, suban.

A toda prisa el muchacho hizo una reverencia desde las caderas y les tendió unas babuchas.

Estaba nublado pero la desnuda visión del paisaje pareció arrebatárles de repente de aquella oscura habitación y llevarles a un páramo abierto. A unos cincuenta metros al sur estaban la playa de Komagoé y el sucio mar. Honda y Keiko sabían muy bien que la vejez y la opulencia ahuyentan la desconfianza. Pronto estuvieron sentados, como si se hallaran en su propia galería, en las sillas que les habían sido ofrecidas. Sin embargo las palabras que siguieron al muchacho de vuelta a su mesa eran muy ceremoniosas.

—Siga adelante con su trabajo, por favor, como si nosotros no estuviésemos aquí. ¿No le importaría que mirase por el catalejo?

—Por favor, por el momento no lo necesito.

El muchacho lanzó la flor a la papelera. Tras un sonoro lavado de manos el bello perfil se inclinó sobre su cuaderno de anotaciones en la mesa como si nada hubiera sucedido; pero Honda podía advertir que la curiosidad esponjaba la mejilla como si fuese una ciruela.

Invitó a Keiko a que observara por el catalejo y luego miró él. No había barcos, sólo el agolpamiento de las olas, como un cultivo de bacterias verdinegras retorciéndose bajo el microscopio.

Eran un par de niños que pronto se cansaron de su juguete. No les interesaba especialmente el mar. Todo lo que en realidad deseaban era irrumpir por un instante en la vida y en el trabajo de un extraño. Observaron en torno a ellos los diversos instrumentos en los que resonaba la agitación del puerto como un eco lejano y triste pero fiel. Repararon en la mención de los «Muelles de Shimizu» y en el nombre de cada muelle en grandes letras negras, se fijaron en la ancha pizarra en la que figuraban todos los barcos en puerto, en los libros alineados en el estante, *Libro Mayor de Navegación*, *Registro Naviero Japonés*, *Códigos Internacionales*, *Registro de Armadores de Lloyd's 1968-69*, en los números de teléfono en la pared, los del agente, del práctico, de Aduanas, de la oficina de cuarentena, de avitualladores y los demás.

Todos estos detalles que les rodeaban, poseían innegablemente el olor del mar, la luz del puerto, a tres o cuatro kilómetros de distancia. Sea cual fuere ésta, un puerto anuncia su lánguida turbulencia con sus propios tonos metálicos y tristes. Era como una cítara gigantesca y lunática, tendida junto al mar y que enviara sobre las aguas una imagen ondulante, haciendo sonar y resonar por un momento la destrucción en las siete enormes cuerdas de sus muelles. Penetrando en el corazón del muchacho, Honda soñó con el mar.

Una perezosa arribada, un perezoso detenerse, un perezoso descargar, qué inacabable compromiso este ayuntamiento en éxtasis entre el mar y la tierra. Se unían engañándose mutuamente, la nave deslizaba una seductora cola y se alejaba esquiva con el balido amenazador de su sirena para luego volver de nuevo. ¡Qué mecanismo

tan desnudo e inestable!

Por la ventana del este podía ver la confusión del puerto inmovilizado en una neblina humeante; pero un puerto que no brilla no es un puerto, porque un puerto es una fila de blancos dientes tensamente atracados frente a un mar brillante. Los dientes de los muelles carcomidos por el mar. Tenía que brillar como la sala de un dentista y oler a metal, a agua y antisépticos, con bárbaras cabrias que empujan desde arriba y antisépticos que sumen a las naves en un sueño inmóvil y quizás, de vez en cuando, un rastro de sangre.

El puerto y esta pequeña sala de comunicaciones. La imagen del puerto capturada y estrictamente cobrada como pago de un peaje hasta casi poder imaginar que se hallaba en un barco varado sobre altas peñas. Eran más de unas cuantas las semejanzas con la sala de un dentista: la simplicidad y la colocación eficaz de los instrumentos, la frescura de los blancos y de los colores primarios, la disposición para una crisis que podía sobrevenir en cualquier momento, los combados marcos de las ventanas, roídos por los vientos marinos. Y la guardia, solitaria en el campo de blancos plásticos, en unión casi sexual con el mar, a través del día y de la noche, intimidado por el puerto y por la nave hasta que mirar se tornara una pura locura. La blancura, la negación de sí mismo, la incertidumbre y la soledad eran en sí mismas una nave. Pensó que nadie podría permanecer allí mucho tiempo sin sentirse embriagado.

El muchacho simulaba hallarse absorto en su trabajo. Pero Honda sabía que en realidad no existía trabajo cuando no había un barco a la vista.

—¿Cuándo llegará el próximo barco?

—Alrededor de las nueve de la noche. Ha sido un día flojo.

Había replicado con un aire de imperturbable eficiencia y su tedio y su curiosidad asomaron como las fresas entre las cubiertas de plástico.

Es posible que para el chico fuera cuestión de orgullo no vestirse de manera más formal. En cualquier caso no se puso nada encima de la camiseta. En el calor del día, aun con la ventana abierta, no había nada de anormal en su manera de vestir. El perfecto cuerpo, no henchido de carne sino más bien dotado de una especie de botánica esbeltez, suspendía de los hombros la inmaculada camiseta que cubría después la rotundidad del pecho inclinado. Era un cuerpo envuelto en una serena frialdad, sin atisbos de blandura. El perfil, las cejas aristocráticas, la nariz y los labios estaban bien formados y parecían los de la efigie de una desgastada moneda de plata. Los ojos, de largas pestañas, eran bellos.

Honda podía advertir que el muchacho estaba pensando.

Aún seguía turbado por la flor en el pelo. No le había costado ningún esfuerzo ocultar su turbación al recibirles pero ahora se debatía en su embarazo como entre una maraña de rojos hilos. Y como desde luego había reparado en la fealdad de la

muchacha, ahora había de hacer frente al equívoco y a unas disimuladas sonrisas de comprensión. La culpa de todo aquello era de su propia magnanimidad. El incidente había infligido a su orgullo una herida incurable.

Claro. Difícilmente podría creerse que aquella chica fea fuese el amor de su vida. Eran demasiado diferentes. Bastaba con observar los lóbulos de sus orejas, tan frágiles como el cristal más delicadamente labrado, y la flexible blancura del cuello para saber que el muchacho era uno de los que no amaban. El amor le era desconocido. Se lavó meticulosamente las manos tras aplastar la flor, tenía sobre la mesa una toalla blanca con la que enjuagaba constantemente su cuello y sus axilas. Las manos recién lavadas sobre el libro mayor eran como verduras esterilizadas. Como ramas jóvenes que se deslizaban por un lago. Conscientes de su propia elegancia, los dedos altivamente curvados, familiarizados con el cielo. No aferraban nada material y su tarea parecía consistir en asir el vacío. Semejaban frotar lo invisible pero sin humildad ni súplicas. Si hay manos reservadas para dirigirse al infinito y al universo, ésas son las manos del masturbador. He visto a través de él, pensó Honda.

Bellas manos para tocar la luna y las estrellas y el mar, no concebidas para un trabajo práctico. Hubiese querido ver los rostros de las personas que trataran de contratarle. Cuando contrataban a un hombre nada aprendían de detalles tan fastidiosos como los referentes a la familia y los amigos, la ideología y las relaciones de sus títulos y el estado de su salud. Y habían contratado a este muchacho sin saber nada de todas aquellas cosas; y era la maldad pura y sin mezcla.

Bastaba con verle. Maldad pura. La razón era simple. La íntima entraña de aquel muchacho era totalmente igual a la del propio Honda.

Con un codo apoyado en la mesa, junto al alféizar, simulando contemplar imperturbable el mar, bajo la protección natural de la melancolía senil, Honda observaba de vez en cuando el perfil del muchacho y sentía que en aquella mirada estaba contemplando su propia vida.

La maldad que bañó esa vida había sido la conciencia de sí mismo. Una conciencia de sí mismo que nada sabía de amor, que hacía pedazos sin alzar una mano, que paladeaba la muerte cuando daba lugar a nobles condolencias, que invitaba al mundo a la destrucción al tiempo que buscaba para sí el último momento posible. Pero había un rayo de luz en la ventana vacía. La India. La India con la que se encontró cuando se tornó consciente del mal y deseó rehuirlo aunque fuera por un instante. La India que enseñaba que había de existir en respuesta a las necesidades morales el mundo que él tanto se había esforzado en negar, envuelto en una luz y una fragancia a las que no podía llegar.

Pero durante toda su larga vida siempre se había inclinado por hacer del mundo un vacío, por empujar a los hombres a la nada, a su fin y destrucción completa. No lo

había logrado y ahora, al final de todo, cuando se aproximaba a su propia extinción individual, encontraba un muchacho que irradiaba idéntica maldad.

Tal vez todo había sido una ilusión. Sin embargo, tras sus errores y fracasos podía felicitarse de su destreza para ver a través de las máscaras. Su visión no le fallaba en tanto no estuviera nublada por el deseo. Sobre todo en aquello que no se acomodaba a sus más profundas inclinaciones.

A veces la maldad cobraba una forma silenciosa y botánica. La maldad cristalizada era tan bella como unos immaculados polvos blancos. Este muchacho era bello. Quizás Honda se había sentido alertado y embrujado por la belleza de su conciencia que no se interesaba en percibirse ni en percibir a otro.

Un tanto aburrida, Keiko se retocaba los labios.

—¿No crees que debemos irnos?

Frente al equívoco del anciano asumió la coloración protectora de su indumentaria y comenzó a deslizarse alrededor de la habitación como una enorme y lánguida serpiente tropical. Descubrió que el estante más próximo al techo se hallaba dividido en unos cuarenta compartimentos y que cada uno de ellos contenía una polvorienta banderita.

Atraída por los rojos, los amarillos y los verdes intensos de las banderas holgadamente enrolladas, las contempló durante un rato con los brazos cruzados. Luego, súbitamente, puso una mano sobre el duro y brillante marfil del desnudo hombro del muchacho.

—¿Para qué son esas banderas?

Se echó hacia atrás sorprendido.

—Ahora no las empleamos. Son banderas de señales. Sólo utilizamos el centelleador. De noche.

Indicó el transmisor óptico en un rincón de la estancia. Apresuradamente volvió la vista a la mesa. Por encima de su hombro Keiko examinó dibujos de chimeneas de barcos. Él no le prestó atención.

—¿Puedo ver una?

—Naturalmente.

Había permanecido inclinado sobre la mesa tanto como le era posible. Ahora se puso en pie y se dirigió al estante, rehuyendo a Keiko como podía evitar la maleza de una cálida jungla. Pasó frente a Honda. Se puso de puntillas y tomó una bandera del estante.

Honda se hallaba sumido en sus propios pensamientos. Miró al muchacho, con los brazos extendidos junto a él. Un tenue y dulce olor inundó las fosas nasales de Honda. Había tres lunares en el lado izquierdo de su pecho, más blanquecinos, y que hasta entonces había ocultado la camiseta.

—Usted es zurdo —dijo Keiko sin reticencia.

Mientras bajaba la bandera el muchacho le lanzó una mirada de disgusto.

Honda tenía que quedar completamente seguro. Se acercó aún más al muchacho. El brazo estaba doblado una vez más, como una blanca ala pero a cada movimiento dos de los lunares se revelaban oscuramente tras el dobladillo de la camiseta y un tercero quedaba al aire. El corazón de Honda latía con fuerza.

—Qué dibujo tan bonito. ¿Qué es? —Keiko desplegó una bandera de cuadros amarillos y negros—. Me gustaría hacerme un vestido así. ¿De qué cree que está hecha? ¿De lino?

—No sé nada del tejido —dijo el muchacho adustamente— pero es una «L».

—«L» de «love».

El muchacho regresó a su mesa; ahora aparecía irritado.

—Tómese el tiempo que quiera —murmuró como si hablara consigo mismo—. No hay prisa.

—Así que esto es una «L». Pues yo no lo diría. Vamos a ver. «L» tiene que ser de un verde oscuro. Estos cuadros negros y amarillos no le van en absoluto. Más pesados y más fuertes, como caballeros en un torneo. Quizás sería mejor una «G».

—La «G» tiene listas verticales amarillas y azules —dijo el muchacho, un tanto desesperado.

—¿Listas amarillas y azules? Eso sí que no le va. La «G» no puede llevar listas verticales en manera alguna.

—Me temo que estoy distrayéndole de su trabajo. Muchísimas gracias. Espero que no le importará si le envío unos dulces o algo así de Tokio. ¿Tiene usted una tarjeta?

Sorprendida ante esta exagerada cortesía, Keiko dejó la bandera sobre la mesa y fue a recoger su sombrero de los prismáticos pequeños de la ventana oriental.

Honda dejó cortésmente su tarjeta ante el muchacho. Éste extrajo una de las suyas con la dirección de la estación de comunicaciones. La mención «Bufete Honda» de la tarjeta pareció disipar todos sus recelos.

—Parece asumir graves responsabilidades —dijo Honda con indiferencia—. ¿Puede hacer frente a todo usted solo? ¿Qué edad tiene?

—Dieciséis. —Era una respuesta rápida y formal que deliberadamente ignoraba a Keiko.

—Es un trabajo muy útil. Siga con eso —cada sílaba puntual y precisa a través de sus dientes postizos. Luego Honda empujó cordialmente a Keiko hacia la puerta y comenzó a ponerse los zapatos. El muchacho les vio bajar la escalera.

De regreso al coche, Honda se sintió demasiado cansado para alzar la vista. Encargó al chófer que les llevara a un hotel de Nihondaira en donde había reservado habitaciones para la noche.

—Quiero un baño rápido y un masaje.

Luego, despreocupadamente añadió algo que dejó a Keiko con la boca abierta.

—Voy a adoptar a ese muchacho.

Capítulo 11

Tôru se sentía irritado y desasosegado.

Eran frecuentes los visitantes. El edificio parecía suscitar la curiosidad. La mayoría de los visitantes venían con niños y eran éstos los que apremiaban a entrar. Tôru les alzaba para que pudieran ver por el catalejo y eso era todo. Esta pareja había sido diferente. Se había presentado como si trataran de husmear algo y se habían ido como si hubieran robado algo. Algo que el propio Tôru era incapaz de identificar.

Las cinco de la tarde. Amenazaba lluvia y la oscuridad llegó pronto.

La larga línea de añil a través del mar era como una gran cinta de luto. Transmitía una sensación de paz. A la derecha, lejos, se veía un solo mercante.

Recibió una llamada telefónica de Yokohama informándole de una salida. No hubo más llamadas.

Era hora de cenar pero no tenía hambre. Encendió la luz de la mesa y hojeó las chimeneas de buques. Servían para ahuyentar el tedio.

Tenía sus favoritas y sus ensoñaciones entre ellas. Le agradaba el distintivo de la Línea Sueca del Asia Oriental, tres coronas amarillas sobre un círculo blanco, y le gustaba el elefante de los astilleros de Osaka.

Por término medio, una vez al mes entraba en Shimizu un barco que lucía el elefante. El elefante blanco sobre una media luna amarilla en un fondo negro era visible a una considerable distancia. Le gustaba aquel elefante que llegaba del mar cabalgando sobre su luna.

Le gustaba la Pince Line de Londres, una guirnalda con tres plumas inclinadas. Cuando entraba un transporte canadiense, le parecía que la blanca nave era un regalo y el emblema una pizpireta tarjeta de felicitación.

Ninguno de esos emblemas formaban continuamente parte de la conciencia de Tôru. Cuando se hallaban al alcance del catalejo, estaban con él por vez primera. Como brillantes naipes dispersos por el mundo, habían sido parte de un juego gigantesco en el que él no había participado.

Sólo amaba las imágenes distantes que no fuesen reflejo de sí mismo. Es decir, si es que amaba algo.

¿Quién y qué podía haber sido el anciano?

Aquí, en la estancia, sólo había sido alguien que se preocupaba de aquella vieja mimada y llamativamente vestida; pero ahora subsistía tras él una presencia aislada, la de un tranquilo anciano.

Fatigado, culto, unos ojos viejos e inteligentes, una voz tan baja que a Tôru le costaba entenderle, una cortesía que casi bordeaba el ridículo. ¿Qué era lo que estaba sufriendo?

Tôru jamás había conocido a nadie como él. Nunca había visto adoptar una forma

tan serena a una voluntad de dominio.

Todo debería haber sido agua pasada y sin embargo había algo en aquel anciano que se aferró a un rincón de la conciencia de Tôru como la punta de una roca y que no cedía. ¿Qué podía ser?

Pero luego se impuso su fría arrogancia y dejó de especular. El viejo era un abogado jubilado. Eso resultaba suficiente. La cortesía era un estilo profesional, nada más. Tôru advirtió en sí mismo una cautela de campesino y se sintió avergonzado de semejante sentimiento.

Al levantarse para calentar la cena lanzó a la papelera una hoja arrugada y reparó en la marchita hortensia.

Hoy fue una hortensia. Me la puso en el pelo y se fue. Ayer fue una amapola. Y antes, una gardenia. ¿Los extravíos de una mente enferma? ¿O significaban algo? Quizás sencillamente no es idea suya. Tal vez alguien le pone una flor en el pelo cada día y luce una especie de señal sin saberlo. Quien habla es siempre ella pero la próxima vez tendré que preguntarle.

Quizás no había nada de accidental o de fortuito en los acontecimientos que se desarrollaban en torno de Tôru. De repente le pareció que se formaba en torno a él una fina trama de maldad.

Capítulo 12

Honda guardó silencio a lo largo de la cena y Keiko se hallaba demasiado sorprendida para poder hablar.

—¿Vienes a mi habitación? —preguntó Keiko cuando abandonaron la mesa—. ¿O voy yo a la tuya?

Cuando viajaban juntos y después de cenar siempre se reunían en la habitación de uno u otro y charlaban tras un whisky. Si uno de los dos alegaba fatiga el otro lo entendía.

—No me siento tan cansado como creía. Estaré contigo tal vez dentro de una media hora.

Tocó su muñeca y observó el número de su llave. A Keiko le divertía siempre el orgullo con que él incurría en estas pequeñas exhibiciones de intimidad. Podía mostrarse encantadoramente íntimo en un instante y amenazadoramente judicial en el siguiente.

Keiko se cambió de ropa. Se burlaría de él. Pero luego reconsideró su propósito. Advirtió que podría burlarse cuanto quisiera de él si el asunto era serio, pero entre ellos regía una ley según la cual todo lo frívolo siempre había de ser tomado en serio.

Se sentaron ante la mesita junto a la ventana. Honda pidió como de costumbre una botella de Cutty Sark. Keiko contemplaba los torbellinos que afuera formaba la neblina. Extrajo un cigarrillo. Con un cigarrillo en la mano Keiko siempre mostraba una expresión más rígida y tensa de lo habitual. Hacía ya tiempo que había renunciado al gesto occidental de aguardar a que él encendiera una cerilla. A Honda siempre le había desagradado.

Le habló sin rodeos:

—Estoy asombrada, completamente asombrada. Esa idea de quedarte con un chico del que nada sabes. Sólo se me ocurre una explicación. Has sabido ocultarme tus inclinaciones. Qué ciega he estado. Nos conocemos desde hace dieciocho años y jamás se me ocurrió sospecharlo. Ahora lo veo. No cabe duda al respecto. Hemos experimentado durante este tiempo los mismos anhelos, que nos unieron e hicieron que nos sintiéramos seguros, camaradas y aliados. Ying Chan era simplemente una parte del attrezzo. Tú sabías lo de ella y yo, y representabas tu papel. Nunca se tiene demasiado cuidado.

—No es eso en modo alguno. Ella y el muchacho son idénticos —respondió muy firmemente.

—¿Por qué? —preguntó ella una y otra vez. ¿En qué eran idénticos?

—Te lo diré cuando traigan el whisky.

Lo trajeron. No le quedaba otro remedio sino aguardar sus palabras. Había perdido la iniciativa.

Honda se lo dijo todo.

Le gustaba que Keiko le escuchase con tanta atención. Ella se abstuvo de sus habituales lugares comunes.

—Has hecho bien en decirlo y en no escribir nada sobre eso —el whisky había dado a su voz tonos de una piedad serena, de benevolencia—. La gente te habría creído loco. Y se habría venido abajo el nombre que has sabido labrarte.

—El prestigio no significa nada para mí.

—Ésa no es la cuestión. Hay algo más que me has ocultado y es tu cordura. No, un secreto tan violento como el más violento de los venenos, capaz de todo lo horrible, un secreto que torna insignificantes a cualquier género de secretos sociales. Podrías haberme dicho que en tu familia inmediata había tres locos, podrías haberme confesado que sientes unas inclinaciones sexuales de lo más extrañas, podrías haberme revelado cosas que avergonzaría decir a la mayoría de las personas. Una vez que conoces la verdad, el asesinato, el suicidio, la violación y la estafa resultan insignificantes y chapuceros. Qué ironía que deba ser precisamente un juez. Te ves atrapado en un círculo más grande que los cielos y todo lo demás carece de importancia. Has descubierto que sólo nos han enviado a pastar. Animales ignorantes a quienes se ata largo. —Keiko suspiró—. Tu historia me ha curado. Creo que he peleado bastante bien pero no había necesidad de pelear. Todos somos peces en la misma red.

—Pero éste es el golpe definitivo para una mujer. Una persona que sabe lo que tú sabes nunca podrá ser bella de nuevo. Si a tu edad aún deseas tener belleza, tendrás que taparte los oídos con las manos.

—Hay signos invisibles de lepra en el rostro del que sabe. Si la lepra de los nervios y la lepra de las articulaciones son lepras visibles, entonces llámala lepra transparente. Inmediatamente al final del conocimiento sobreviene la lepra. En cuanto puse el pie en la India fui un leproso espiritual. Lo había sido desde luego durante décadas, sin saberlo.

—Ahora lo sabes. Ahora puedes ponerte todas tus capas de maquillaje pero alguien que sepa verá a través de todas esas capas hasta llegar a la piel. Y te diré lo que verá. Una piel hartamente transparente; un espíritu en pie aunque muerto; carne que repele por su carnosidad, privada de toda belleza carnal; una voz áspera; un cuerpo despojado de pelo, caídos como hojas todos los cabellos. Pronto veremos en ti todos los síntomas. Los cinco signos de la caída de aquel que ve.

—E incluso si no rehúyes a la gente, advertirás, poco a poco, que te rehúyen. Sin saberlo ellos mismos, quienes saben emiten un desagradable olor de advertencia.

—La belleza carnal, la belleza espiritual, todo lo que a la belleza atañe, procede de la ignorancia y de la oscuridad y sólo de ellas. *No está permitido saber y seguir siendo bella.* Si la ignorancia y la oscuridad son lo mismo, entonces una pugna entre

el espíritu que no tiene nada en absoluto que ocultar y una carne que lo oculta todo tras su propia luz deslumbrante no es una pugna en manera alguna. La belleza es sólo belleza de la carne.

—Sí, es cierto. Y fue cierto en Ying Chan —dijo Keiko, con un leve recuerdo en los ojos mientras contemplaba la neblina—. Y lo que me pregunto es por qué no lo dijiste ni a Isao, el segundo, ni a Ying Chan, la tercera.

—Un despiadado género de solicitud, imagino, me impidió hablar por temor a estorbar al destino. Pero con Kiyoaki fue diferente. Entonces yo no conocía la verdad.

—Quieres decir que entonces eras bello —arrojó una mirada sarcástica de su cabeza a sus pies.

—No. Me afanaba en pulir los instrumentos que me hicieran saber.

—Entiendo. No he de decirle nada al muchacho hasta que tenga veinte años y esté preparado para morir.

—Exacto. Sólo habrás de aguardar cuatro años.

—¿Estás completamente seguro de que tú no morirás antes?

—No había pensado en eso.

—Aún hemos de hacer otra visita al Instituto Oncológico.

Tras echar una mirada a su reloj, Keiko tomó una cajita llena de píldoras multicolores. Con las puntas de las uñas seleccionó rápidamente tres y se las tomó acompañadas de un trago de whisky.

Honda había ocultado algo a Keiko: que el chico que habían conocido aquel día era claramente diferente de sus predecesores. El mecanismo de la conciencia de sí mismo era tan evidente como si se hallara tras una ventana. No vio nada semejante en los otros tres. Le pareció que las funciones internas del muchacho y las propias eran tan semejantes como una gota de agua a otra. Resultaba imposible que así fuera y sin embargo, ¿acaso no podía constituir el muchacho un caso tan extraño, el de quien sabe y es aún más bello gracias a su conocimiento? Pero eso era imposible. Y si resultaba imposible, ¿no cabía entonces la eventualidad de que, portador de las marcas adecuadas, con la edad precisa y los tres lunares, el muchacho fuera el primer caso de una impostura diestramente concebida y dispuesta ante Honda?

Empezaban a sentirse soñolientos. La conversación derivaba hacia los sueños.

—Yo rara vez sueño —dijo Keiko—. Sin embargo, incluso ahora sueño que tengo que presentarme a un examen.

—Dicen que siguen teniéndose sueños de exámenes a lo largo de toda la vida. Pero hace diez años que yo no tengo ninguno.

—Porque tú fuiste un buen estudiante.

Pero parecía completamente inapropiado hablar de sueños con Keiko. Era como hablar a un banquero acerca de hacer punto.

Finalmente cada uno estuvo en su propia habitación. Honda tuvo la clase de

sueño que negaba tener, un sueño acerca de un examen.

En el segundo piso de una escuela con vigas de madera, que se agitaban con tanta violencia como si colgaran de la rama de un árbol, Honda, adolescente, tomaba las hojas del examen que le pasaban rápidamente a través de filas de mesas. Sabía que Kiyoaki estaría dos o tres asientos detrás de él. Pasando la mirada desde las preguntas escritas en la pizarra a las hojas donde tenía que anotar las respuestas, Honda se sintió muy seguro de sí. Afiló los lápices hasta que se tornaron puntiagudos. Respondería inmediatamente. No había necesidad de apresurarse. Afuera, el viento agitaba los álamos.

Se despertó en la noche y recordó cada detalle del sueño.

Indudablemente había sido un sueño de exámenes pero Honda no había experimentado esa sensación de acoso que suele acompañar a tales sueños. ¿Qué le había hecho soñar?

Como sólo él y Keiko sabían de su conversación y no había sido Keiko, entonces tenía que haber sido el propio Honda. Pero él no había sentido el más ligero deseo de soñar. No se habría decidido a soñar sin consultar antes sus propios deseos sobre la materia.

Naturalmente Honda había leído muchos libros sobre el psicoanálisis vienés, pero no podía aceptar el principio de que uno deseara traicionarse a sí mismo. No, era más natural creer que alguien desde fuera observaba atentamente y te importunaba.

Despierto, tenía voluntad y, tanto si quería como si no lo quería, estaba viviendo en la historia; pero en algún lugar de la oscuridad existía alguien, histórico quizás, no histórico tal vez, oponiéndosele con sueños.

La niebla parecía haberse aclarado y había salido la luna. La ventana, un tanto alta para el visillo, mostraba por abajo un tenue brillo azul plateado, como la sombra de un gigante reclinado en la península que se extendía más allá de las aguas. Así parecía la India, pensó Honda, desde un barco que se acercara de noche por el océano índico. Volvió a dormirse.

Capítulo 13

10 de agosto.

Tras comenzar su turno de trabajo a las nueve de la mañana, Tôru, como siempre que se quedaba solo, abrió el periódico. No esperaba un barco hasta la tarde.

El diario rebosaba de noticias sobre la contaminación de las aguas del mar frente a Tago. En Tago había unas cincuenta papeleras, pero en Shimizu sólo existía una fábrica de papel y pequeña. Las corrientes predominantes pasaban más hacia el este y la contaminación industrial rara vez penetraba en el puerto de Shimizu.

Al parecer los Zengakuren habían logrado movilizar a un considerable número de jóvenes para las manifestaciones contra la contaminación. Pero quedaban más allá incluso del alcance del catalejo de treinta aumentos. Todo lo que sucedía fuera del radio de acción del catalejo carecía de importancia para Tôru. Era un verano fresco.

El día era de aquellos en los que la península de Izu parece adelantarse y las nubes de tormenta bullen en un cielo claro. La península se hallaba envuelta por la neblina, la luz del sol era tenue. Poco tiempo atrás había visto fotografías tomadas por un satélite meteorológico. La bahía de Surugu parecía estar siempre medio oculta por la contaminación.

De manera desacostumbrada Kinué apareció por la mañana. Le preguntó si podía entrar.

—Estoy yo solo. Él se ha ido a la oficina central de Yokohama.

Había temor en los ojos de la muchacha.

Durante las primeras lluvias del verano le censuró acremente su costumbre de traerle flores para que se las pusiera en el pelo y durante un tiempo dejó de venir. Ahora sus visitas se habían tornado de nuevo frecuentes, pero el temor y la inseguridad que constituían la excusa de su presencia parecían cada vez más acentuados.

—Por segunda vez. Es la segunda vez y un hombre diferente en cada ocasión.

Inició el relato en cuanto se sentó. Respiraba ruidosamente.

—¿Qué sucedió?

—Alguien te busca. Cuando vengo a verte me cercioro siempre de que nadie me vea. Si no lo hiciera podría causarte complicaciones. Si llegaran a matarte sería culpa mía y no tendría más remedio que matarme.

—¿De qué estás hablando?

—Es la segunda vez, te lo digo. Por eso estoy tan preocupada. Te lo dije la otra vez, ¿recuerdas? Pues ésta fue lo mismo aunque un poco diferente. Esta mañana fui a pasear a la playa de Komagoé. Cogí algunos lirios y luego me acerqué hasta el agua y empecé a mirar el mar sin pensar en realidad en nada.

»No suele haber mucha gente en la playa de Komagoé y yo pronto me canso de

que la gente me observe. Por eso me gusta mirar al mar. Me tranquiliza mucho. A veces pienso que si pudiera poner en una balanza mi propia belleza por un lado y el mar en el otro, se equilibrarían perfectamente. Así que es como si entregara mi propia belleza al mar y me librara de preocupaciones.

»No había nadie por allí. Tan sólo dos o tres pescando. Tal vez porque no había conseguido nada, uno de ellos no hacía más que observarme. Hice como que no me daba cuenta pero su mirada se me pegaba a la mejilla como si fuera una mosca.

»Dudo de que puedas entender cuan horriblemente me siento entonces. Ya está aquí de nuevo, me dije. Mi belleza actuando por su cuenta, robándome mi libertad. Se me antojó como algo distinto de mí, algo que no puedo dominar. Aquí estoy yo, sin molestar a nadie, sencillamente deseando estar sola y empieza a crear dificultades. Éste es un signo de la verdadera belleza. Lo sé. Pero la belleza es la cosa más molesta cuando empieza a actuar por su cuenta.

»Ya ha excitado de nuevo a un hombre, me dije. Apenas había tenido tiempo de pensar cuánto la odiaba y ya estaba allí, afanándose otra vez en atraer a un hombre. Hasta entonces había sido un inocente curioso y de repente se convirtió en una horrible bestia.

»Dejé de traerte flores pero cuando estoy sola me gusta ponerme flores en el pelo. Estaba cantando y lucía un clavel en la cabeza.

»No recuerdo lo que cantaba. No es extraño porque llevaba así un ratito. Pero creo que sería alguna canción triste y evocadora, adecuada para mi bella voz. Siempre sucede lo mismo. La canción más estúpida del mundo se torna bella en cuanto yo la canto.

»Finalmente, el hombre se acercó. Era joven y tan cortés que me dieron ganas de reír. Pero había algo sucio en sus ojos. No podía ocultarlo. Sus ojos eran como goma sobre mi falda. Habló de todo género de cosas. Pero fui capaz de protegerme yo sola. Eres tú quien me preocupa.

»Trató de confundirme hablando de todo género de cosas pero siempre volvía a referirse a ti. Me preguntó qué clase de persona eres, y cuánto trabajas, y si eres amable con la gente. Yo le dije, desde luego, yo le dije que eres la persona más amable y trabajadora del mundo. Hubo algo que pareció sorprenderle. Fue cuando afirmé que tú eras sobrehumano.

»Lo supe intuitivamente. Fue la segunda vez, ¿recuerdas? Hace una semana o diez días pasó casi lo mismo. Alguien sospecha algo de nosotros dos. Alguna horrible persona que hasta ahora no se ha dado a conocer, ha oído hablar de mí o quizás me ha visto a lo lejos y ha enloquecido por mí. Entonces habrá contratado a alguien para que me espíe y para eliminar al hombre que él supone que puede estar enamorado de mí. Esa loca pasión está cada vez más cerca de mí. Me siento aterrada. ¿Qué haré si te sobreviene algún mal, sin que tú tengas la culpa y sólo porque yo soy tan bella? Sé

que se trama algo. Sé que hay una conspiración incubada por un amor sin esperanza. Algún hombre terriblemente rico y poderoso, tan horrible como un sapo, me acecha en la sombra y está resuelto a acabar contigo.

Había hablado sin concederse pausa para respirar y ahora temblaba como una hoja.

Cruzadas las piernas, embutidas en sus pantalones de faena, Tôru fumaba un cigarrillo. Se preguntaba hasta qué punto había algo de cierto en aquello. Dejando al margen la febril imaginación de Kinué, estaba seguro de que alguien investigaba su vida. ¿Quién sería? ¿Y por qué? ¿La policía? Pero él no era culpable de nada más grave que fumar mientras aún era menor.

Reflexionaría sobre la cuestión cuando estuviera a solas y mientras tanto contribuiría a las fantasías con un giro de lógica.

Le respondió con gravedad:

—Probablemente es como dices pero no sentiría que me asesinaran por culpa de una bella mujer. En algún lugar un hombre rico, poderoso y horrible aguarda para saltar como un tigre sobre alguien puro y bello. Y sus ojos se han fijado en nosotros dos.

—Tienes que saber lo que estás haciendo cuando te enfrentas con alguien como él. Ha tendido sus redes por todas partes. Lo que hay que hacer es simular, no resistirse, ganar tiempo suficiente y hallar sus puntos débiles. Lo que es preciso es reunir tus fuerzas y atacar cuando conozcas cuáles son sus puntos débiles.

»Nunca debes olvidar ni un solo momento que la belleza pura es el enemigo de la raza humana. La gran ventaja de ese hombre es que tiene a su lado a toda la raza humana. No nos dejará un minuto hasta que nos arrodillemos y reconozcamos que nosotros somos también seres humanos. Y así cuando llegue el tiempo tendremos que renunciar y rezar a sus dioses. Si no rezamos como locos, nos asesinará. Y cuando procedamos así él se calmará y veremos sus puntos débiles. Hemos de resistir hasta que eso suceda, al tiempo que nos aferramos a nuestra propia dignidad.

»Te entiendo perfectamente. Procederé en todo como dices. Pero tienes que ayudarme. Esta ponzoñosa belleza mía hace que tema tropezar y caer. Si avanzamos los dos de la mano, podremos limpiar a toda la raza humana. Y entonces el mundo será un paraíso y ya nada habremos de temer.

—Así es. Todo irá bien.

—Me gustas más que nadie en el mundo. La muchacha dejó escapar estas últimas palabras al tiempo que cruzaba la puerta.

Tôru disfrutaba siempre de su ausencia. ¿Qué diferencia guardaba con la belleza tal fealdad cuando no se hallaba presente? Faltando la belleza, premisa de toda la conversación, Kinué siguió vertiendo su fragancia después de su marcha.

A veces le parecía que la belleza sollozaba en la distancia. Quizás justamente más allá del horizonte. Chillaba con una voz aguda como la de una grulla. La llamada resonaba y desaparecía. Si cobraba forma humana era sólo por un instante. Sólo Kinué, un cepo de fealdad, había capturado la grulla. Y la había nutrido largo tiempo con la conciencia de sí misma.

El *Kôyô-maru* apareció a las tres dieciocho de la tarde. No se aguardaba otro barco hasta las siete. Incluyendo los nuevos que aguardaban a fondear, había veinte barcos en el puerto de Shimizu.

Lejos, en la Tercera Área, estaban el *Nikkei-maru II*, el *Mikasa-maru*, el *Camellia*, el *Ryûwa-maru*, el *Liang Bay*, el *Umiyama-maru*, el *Yôkai-maru*, el *Denmark-maru* y el *Kôyô-maru*.

En el muelle de Hinode, el *Kamishima-maru* y el *Karakasu-maru*.

En el muelle de Fujimi, el *Taiei-maru*, el *Hôwa-maru*, el *Yamataka-maru* y el *Aristonikos*.

Junto a las boyas de Orito, el puerto para la madera, estaban el *Santen-maru*, el *Donna Rossana* y el *Eastern Mary*.

En razón del peligro, un solo petrolero, el *Okitama-maru*, se hallaba junto al oleoducto en el área de amarre, reservada a los petroleros. Estaba a punto de zarpar.

Los grandes petroleros que traían crudos del Golfo Pérsico se situaban en el área de amarre mientras que los petroleros pequeños con productos refinados penetraban en la dársena de Sodeshi, en donde se hallaba un solo barco, el *Nisshô-maru*.

De la estación de Shimizu partían unos raíles que pasaban junto a varios fondeaderos y unos solitarios tinglados, reflejando la intensa luz del verano. Luego penetraban por la hierba. Entre los almacenes les llegaba la luz del mar como burlándose de este extremo de la tierra. Pero los raíles proseguían como si hubieran sido concebidos para arrojar al agua a las viejas locomotoras. Y entonces, de repente, los raíles enmohecidos y curvados se topaban con el mar brillante. Aquello era lo que se llamaba el muelle del ferrocarril. No había allí barco alguno.

Tôru acaba de anotar en el registro de la Tercera Área el *Kôyô-maru*.

Había anclado lejos del muelle y las operaciones de carga habrían de aguardar hasta el día siguiente. No había gran prisa en notificar su llegada. Alrededor de las cuatro recibió una llamada, preguntándole si en realidad había arribado.

A las cuatro llamó un práctico. Había ocho prácticos que trabajaban en turnos sucesivos. La llamada tenía por objeto informarle de las llegadas del día siguiente.

El tiempo le pesaba en las manos. Tôru observó el mar a través del catalejo.

Pero mientras miraba tornaron a él la incertidumbre y el espectro del mal que había traído Kinué. Era como si un oscuro filtro se hubiera deslizado sobre las lentes.

En realidad era como si ese oscuro filtro hubiese caído sobre todo el verano. Sutilmente, el mal se había impuesto a la luz, para atenuar su irradiación y para

debilitar las intensas sombras del verano. Las nubes perdieron los trazos nítidos de sus siluetas, el mar se tornó hueco y la península de Izu, invisible sobre el acerado azul oscuro del horizonte. El mar era de un verde apagado y monótono. Lentamente, ascendía la marea.

Tôru bajó el catalejo hasta las olas de la playa.

Al romperse se deslizaban por sus lomos espumas como posos del mar y las pirámides de verde intenso cambiaban, se alzaban y se hinchaban cobrando un incierto color blanco. El mar perdía su serenidad.

Al alzarse y romperse en la orilla jirones de blancura de su alto vientre, como un grito de inexpresable angustia, se trocaban en un muro de vidrio muy terso y sin embargo infinitamente agrietado, como una vasta espuma. Al alzarse y quebrarse las guedejas se combaban en un bello blanco y al caer mostraban la nítida disposición azul y blanca de su corona y las líneas blancas se trocaban en un sólido campo blanco y así caían, como una cabeza cortada.

La espuma se extendía, desparramándose. Y manchitas de espuma se arrastraban sobre el mar como filas de chinches acuáticas.

La espuma cubría la arena como el sudor de la espalda de un atleta al final de su esfuerzo.

Qué sutiles eran los cambios que experimentaba el blanco monolito marino cuando se acercaba hasta deshacerse en la costa. La confusión de millares de pequeñas olas y las finas rayas de la espuma se trocaban rabiosas, en una infinidad de líneas trazadas sobre el mar como por gusanos de seda. Qué refinada maldad la de imponerse por la pura fuerza aunque cobrase la más delicada blancura.

Cuatro y cuarto.

El cielo en sus más altas regiones era azul. Un azul afectado y pomposo. Había visto un azul semejante en la biblioteca, en una colección de la Escuela de Fontainebleau. Todo líricamente integrado, como una justificación para las nubes, aquél no era en manera alguna un cielo de verano. Se había desplegado con una dulzona hipocresía.

Las lentes habían abandonado la costa y se habían vuelto hacia el cielo, el horizonte, el mar.

Captó una sábana de espuma que parecía alzarse hasta el mismo cielo. ¿Qué podía pretender aquel retazo de espuma elevándose por encima del resto? ¿Por qué había sido elegido?

La Naturaleza era un ciclo, del todo a los fragmentos, de los fragmentos al todo. Comparado con la fugaz blancura del fragmento, el todo era oscuro y hosco.

¿Y era el mal del todo?

¿O del fragmento?

Cuatro cuarenta y cinco. Ni un solo barco a la vista.

La playa estaba solitaria. No había nadadores, tan sólo dos o tres pescadores. El mar sin naves se hallaba a muchos mundos de los afanes y del trabajo. La bahía de Suruga se extendía profundamente serena, sin amor y sin júbilo. Tendría que haber barcos deslizándose hacia acá y hacia allá, trazando cortantes líneas blancas en esta perezosa e imperturbable perfección. Una nave era un arma de frío desdén contra la perfección, que cruzaba sobre la tensa y fina piel del mar y lo hería. Y sin embargo no penetraba más allá de su superficie.

Cinco en punto.

La blancura de las olas se trocó por un instante en un rosa amarillento para decir que se aproximaba el crepúsculo.

Vio dos petroleros, uno grande y otro pequeño, que por la izquierda se adentraban en el mar. El *Okitama-maru*, de mil quinientas toneladas, que había zarpado de Shimizu a las cuatro y veinte, y el *Nisshô-maru*, de trescientas toneladas, que había salido a las cuatro y veintitrés.

Eran como espejismos en la neblina. Ni siquiera se percibían sus estelas.

Bajó las lentes hacia la costa.

Cuando cobraron el color del atardecer, las olas se endurecieron. La luz mostraba cada vez más color del mal, los vientres de las olas eran ahora más feos.

Sí. Las olas, al romperse, constituían una clara visión de la muerte. Así se le antojaban a él. Bocas entreabiertas en el instante de la muerte.

Jadeando en la agonía, vertían innumerables hilos de saliva. En el crepúsculo la púrpura terrestre se trocaba en una boca lívida.

En la boca entreabierta del mar se hundía la muerte. Mostrando una y otra vez, al desnudo, la muerte, el mar era como una fuerza de policía. Rápidamente disponía de los cuerpos, ocultándolos a las miradas de la gente.

El catalejo de Tôru captó algo que no debería estar allí.

De repente sintió que un mundo distinto era extraído de aquellas mandíbulas entreabiertas. Como no era dado a ver fantasmas, parecía indudable que existía aquello. Pero ignoraba qué era. Tal vez se trataba de una trama formada por organismos microscópicos en el mar. Un mundo diferente aparecía a la luz que centelleaba en las oscuras profundidades y él sabía que era un lugar que conocía. Quizás tuviera algo que ver con recuerdos incalculablemente lejanos. Si existía una vida anterior, entonces se trataba de eso. ¿Y cuál sería su relación con el mundo que Tôru estaba constantemente buscando, un paso más allá del horizonte? Si era un juego de algas marinas en los vientres de las olas al romperse, entonces quizás el mundo entrevisto en aquel instante constituía una miniatura de las rosáceas y purpúreas grietas y cavidades viscosas de las hediondas profundidades. ¿Pero existían los resplandores y centelleos de un mar atravesado por los rayos? No era posible tal cosa en aquel tranquilo mar del crepúsculo. Nada había que exigiera que aquel

mundo y este mundo fuesen contemporáneos. ¿Se hallaba en un tiempo diferente el mundo que había atisbado? ¿En un tiempo distinto del medido por su reloj?

Meneó la cabeza. Al tiempo que huía de la desagradable visión, el catalejo también se tornó desagradable. Se dirigió hacia los prismáticos de quince aumentos en el otro rincón de la estancia. Observó el enorme casco de la nave que salía del puerto.

Era el *Yamataka-maru* de la Y.S. Line, 9.183 toneladas, rumbo a Yokohama.

—Un barco de Yamashita acaba de salir en su dirección. *Yamataka, Yamataka*. Son las diecisiete veinte.

Tras haber transmitido por teléfono el mensaje a la oficina principal de Yokohama retornó a los prismáticos y volvió a seguir al *Yamataka-maru*, cuyos mástiles desaparecían ahora en la neblina.

El emblema era una sola línea negra cerca de lo alto de un fondo de color nispola. En el casco aparecían, enormes y negras, las letras: Y.S. LINE. Puente blanco, cabrias rojas. El barco pugnaba por escapar del círculo de la lente. Lanzando blancas líneas desde el tajamar, se alejaba mar adentro. Desapareció.

Había hogueras en los fresales.

Habían retirado las cubiertas de plástico que ocultaron toda la superficie hasta el final de las lluvias del estío. Había terminado la estación de las fresas. Los esquejes que se llevaron a la quinta estación de Fuji bendecirían aquel invierno artificial. Retornarían en octubre para que hubiera fresas con destino al mercado de Navidad.

Estaban trabajando entre los pedestales y en la tierra húmeda y negra de la que incluso se habían retirado los pedestales.

Tôru se dispuso a cenar.

Su sencilla cena estaba sobre la mesa. Anochecía.

Cinco cuarenta.

Entre las nubes asomó una media luna, muy alta sobre el cielo meridional. Un instante después la media luna, como un peine de marfil que hubiera caído del cielo, era ya indistinguible de una nube.

Los pinos a lo largo de la orilla aparecían negros. Ya había suficiente oscuridad para percibir las luces traseras de los coches que los pescadores habían aparcado en la playa.

Enjambres de niños que llegaban de la carretera irrumpían en los fresales. Extraños niños del crepúsculo. Curiosos niños los que al anochecer aparecían como por ensalmo y trenzaban cabriolas alocadas por los campos.

Las hogueras lanzaban a lo lejos lenguas de fuego.

Cinco cincuenta.

Tôru observó más allá. Divisó un barco cuyo emblema no podía captar el ojo sin instrumento alguno y tendió la mano hacia el teléfono. Tal era su seguridad que se

dispuso a llamar incluso antes de haber comprobado el emblema. Respondió el agente del barco.

—¿Oiga? Aquí, la estación de Teikoku. El *Daichû*. Acabo de divisarlo.

Era como un tiznón, dejado por un dedo sucio sobre el tenue rosa del horizonte por el sudoeste. Como si examinara una huella dactilar en el cristal, lo enfocó y lo identificó.

El registro le dijo que el *Daichû-maru*, de 3.850 toneladas, era un transporte de lauán, de cien metros de eslora y que hacía 12,4 nudos. Los únicos barcos capaces de superar los veinte nudos eran los cargueros internacionales. Los madereros eran más lentos.

Se sentía especialmente ligado al *Daichû-maru*. Había sido botado la primavera del año anterior en los astilleros Kanazashi, aquí en Shimizu.

Las seis.

En la rosácea alta mar, la tenue forma del *Daichû-maru* se rozaba con la del *Okitama-maru*, que había salido del puerto. Era un extraño momento aquel en que una imagen surgía de un sueño para penetrar en la vida cotidiana, una realidad que procedía de una abstracción, un poema que se torna corpóreo, una fantasía que se troca en objeto. Si a través de un proceso penetra en el corazón algo carente de significación y sin embargo ominoso, surge en ese corazón un ansia de darle forma y así cobra vida. Quizás el *Daichû-maru* había nacido en el corazón de Tôru. Una imagen indistinta como una pincelada se había convertido en un gigantesco casco de casi cuatro mil toneladas. Y lo mismo estaba sucediendo siempre en algún lugar del mundo.

Seis y diez.

Escorzado por el ángulo de su aproximación, alzaba sus dos cabrias como los cuernos de un enorme y negro escarabajo.

Seis y cuarto.

Ahora resultaba completamente visible sin instrumentos pero ondulaba oscuramente en el horizonte como un objeto olvidado en un estante. La distancia se plegaba y el buque seguía allí, un escarabajo negro abandonado sobre el estante del horizonte.

Seis y media.

Diagonalmente, a través de las lentes, podía distinguir el emblema de la chimenea, una «N» roja en un círculo sobre fondo blanco. Pudo distinguir las pilas de lauán.

Seis cincuenta.

Ahora de costado por el canal, el *Daichû-maru* mostraba las rojas luces de los mástiles contra un cielo nublado y oscurecido que ya no tenía luna. Se deslizó junto al *Okitama*, que como un espejismo penetraba en el mar. Había una considerable

distancia entre las dos naves pero las luces aparecían en escorzo y era como si en el oscuro mar las puntas encendidas de dos cigarrillos se rozaran y separaran.

Procedente de un puerto extranjero, el *Daichû-maru* tenía en cubierta dos largos raíles de hierro para impedir que los troncos de lauán cayeran por la borda. Llevaba tantos que no se veía la línea de flotación. Los enormes troncos quemados por el sol tropical se apilaban uno sobre otro como los cadáveres atados de enormes y fuertes esclavos negros.

Tôru pensó en las nuevas regulaciones sobre la línea de flotación, enmarañadas en sus detalles. Las líneas de flotación de los barcos madereros eran de seis variedades, verano, invierno, invierno del Atlántico Norte, tropical, verano de agua dulce y tropical de agua dulce. La categoría tropical se dividía además en tropical por zona y tropical por estación. El *Daichû-maru* estaba incluido en la primera y sometido a las «normas especiales para el transporte de madera en cubierta». Tôru se había aprendido con fascinación las líneas que definían la zona tropical.

Desde la costa oriental de Norteamérica a lo largo del paralelo 13° hasta sesenta grados de longitud Oeste; desde aquí directamente a diez grados Norte por cincuenta y ocho grados Oeste; desde aquí, por el paralelo 10° a veinte grados Oeste; desde aquí, a lo largo del meridiano 20° hasta treinta grados Norte; y de aquí a la costa occidental de África... y luego a la costa occidental de la India... a la costa oriental de la India... a la costa occidental de Malasia... y de aquí a la costa sudoriental de Asia hasta el paralelo 10° en la costa de Vietnam... por Santos... la costa oriental de África hasta la costa occidental de Madagascar... el canal de Suez... el Mar Rojo, Aden, el Golfo Pérsico.

Una línea invisible trazada de continente a continente y de océano a océano y lo que quedaba dentro era llamado «tropical», y así de repente hizo su aparición un «tropical» con sus cocoteros, sus arrecifes, sus mares de cobalto, sus nubes de tormenta, sus turbonadas y los chillidos de sus loros multicolores.

Troncos de lauán, rociados con las etiquetas escarlata, oro y verde de los trópicos. Troncos amontonados de lauán: habían sido empapados por las lluvias tropicales y habían reflejado cálidos cielos estrellados, habían sido atacados por olas y carcomidos por los relucientes insectos de las profundidades y no podían imaginar que se aproximaban al final de su viaje, al tedio de la vida cotidiana.

Las siete.

El *Daichû-maru* rebasó la segunda torre. Brillaban las luces del puerto.

Como había llegado a una hora anormal, cuarentena y descarga tendrían que aguardar hasta la mañana siguiente. Incluso así, Tôru efectuó las llamadas habituales: el práctico, la policía, el superintendente del puerto, el agente, los avitualladores, la lavandería.

—El *Daichû* está llegando a 3-G.

—¿Oiga? Aquí la estación de Teikoku. El *Daichû* está llegando a 3-G ¿Carga? Apenas se distingue la línea de flotación.

—¿Avitualladores del Shimizu? Aquí la estación de Teikoku. Gracias por todo. El *Daichû* está llegando a 3-G. En este momento se encuentra ante el faro de Mio.

—¿Policía de Shizuoka? Está llegando el *Daichû*. Mañana, a las siete, por favor.

—El *Daichû*. *D-a-i-c-h-û*. Sí, por favor.

Capítulo 14

Aquella había sido una de sus jornadas libres. Acababa agosto. Tôru había cenado y tomado su baño. Salió a la galería para disfrutar del aire fresco del sur bajo el toldo azul, aún caliente de las horas de sol. Había puertas a lo largo de toda la deslucida galería a la que llegaba por una escalera de hierro.

Inmediatamente hacia el sur se extendía un depósito de maderas de más de cien metros cuadrados. Bajo las luces los troncos aparecían oscuros. A veces a Tôru toda aquella madera se le antojaba como una enorme y silenciosa bestia.

Entre los árboles que se alzaban más allá había un horno de incineración. A Tôru le hubiera gustado ver asomarse una llama entre el humo que brotaba de tan enorme chimenea. Jamás la había visto.

La cima de la oscura montaña hacia el sur era Nihondaira. Podía distinguir la corriente de luces de los coches que se encaminaban hacia allá. Había racimos de luces de los hoteles y de luces rojas de las torres de televisión.

Tôru nunca había estado en los hoteles. No conocía nada de la vida de opulencia. Ignoraba que la riqueza y la virtud son incompatibles, pero no tenía interés en lograr que el mundo fuera virtuoso. La revolución podía quedarse para otros. No existía concepto por el que experimentara tanta repugnancia como por el de igualdad.

Estaba a punto de ir adentro cuando un cigarro puro ascendió por la escalera. No era capaz de identificar a aquel hombre pero estaba seguro de haberle visto antes. Se quedó muy sorprendido cuando apareció el inspector.

El inspector portaba una gran bolsa de papel y cabeceaba escalera arriba como siempre que iba a la estación de comunicaciones.

—Yasunaga. ¿No es cierto? Buenas noches, me alegro de haberle encontrado en casa. Traje algo para beber. Vamos a tomar una copa y a charlar.

Evidentemente, no le importaba que le oyeran los vecinos.

Desconcertado por esta visita singular, Tôru abrió la puerta que había a sus espaldas.

—Usted es muy limpio.

El inspector se sentó en el cojín que le había ofrecido Tôru y miró en torno de sí mientras se enjugaba el sudor de su frente.

El edificio había sido terminado el año anterior. Era como si el polvo aún no hubiese tenido tiempo de acumularse. Los cristales translúcidos de las ventanas de aluminio mostraban unos dibujos de hojas de arce. Detrás se alzaban las puertas de papel. Los muros tenían un tono lavándula. La madera del techo lucía vetas casi demasiado buenas. Hasta la cintura de la puerta era de cristal translúcido con dibujos de bambúes y las puertas que mediaban entre las habitaciones mostraban también tramas insólitas. Los gustos del inquilino exigían los artículos de más reciente

factura.

La renta era de doce mil quinientos yens mensuales más doscientos cincuenta yens para gastos de comunidad. Tôru dio las gracias al inspector por el hecho de que la Compañía pagara la mitad del alquiler.

—¿Pero es que usted vive aquí completamente solo?

—Estoy acostumbrado a la soledad. También estoy solo en la oficina.

—Claro, es verdad.

El inspector extrajo de su bolsa una botella de Suntory Square así como unas raciones de pedacitos de jibia y quisquillas rebozadas. Si Tôru no tenía vasos, le dijo, unas tazas servirían igualmente.

Aquello era algo absolutamente anómalo. El inspector no solía presentarse con tales provisiones en casa de sus subordinados. Esta visita no auguraba nada bueno. Como Tôru no tenía que ver con la contabilidad no era probable que estuviese a punto de ser acusado de malversación de fondos; pero con seguridad tenía que haber cometido un grave error sin apercibirse de ello. Y aquí estaba el inspector, instando a que bebiera whisky el muchacho al que había reprendido por su afición al tabaco. Tôru se hizo a la idea de ser despedido; pero sabía muy bien que, incluso sin un sindicato, éste era un mundo en el que los jóvenes muy trabajadores no eran tratados de cualquier manera. Había muchos otros empleos si uno se molestaba en buscarlos. Dueño de sí mismo una vez más, observó al inspector con un sentimiento próximo a la lástima. Se hallaba seguro de que podría enfrentarse con dignidad a lo que sobreviniese, aunque fuese el anuncio de su despido. Tôru sabía que era una joya que no se encuentra fácilmente.

Rechazó el whisky que le ofrecía el inspector y se sentó en un rincón. Brillaban sus bellos ojos.

Podía hallarse solo en el mundo pero vivía en un pequeño castillo de hielo, absolutamente despojado de las ambiciones, de la codicia y de la lascivia que hacen perder su compostura a los demás. Como le desagradaba compararse con los demás, se encontraba exento de la envidia y de los celos. Como desde un principio se había vedado el camino a la armonía mundana, no disputaba con nadie. Permitía que la gente le considerara como un inofensivo y amable conejito blanco. La pérdida de un empleo carecía de importancia.

—El otro día recibí una llamada de la oficina central —el inspector bebía para armarse de valor—. Me pregunté qué podría ser y resultó que me llamaba el propio presidente. Permítame decirle que me quedé sorprendido. Fui a su despacho, preguntándome qué iría a suceder, y he de reconocer que a pesar de mis esfuerzos estaba temblando. Y allí estaba él, todo sonrisas. Siéntese, me dijo. Supe entonces que las noticias no iban a ser malas pero resultó que por lo que a mí se refería no fueron ni buenas ni malas. ¿Qué cree usted que pasó? Bueno, pues a usted se refiere.

Tôru mantenía sus ojos clavados en él. Lo que estaba diciendo no coincidía en manera alguna con lo que había sospechado. Aquel asunto no se refería a su despido.

—Sin embargo no me extrañó. Todo tenía su raíz en un anciano que había hecho muchos favores al presidente. Es alguien que desea adoptarle. Y a mí me corresponde lograr que usted acceda aunque tenga que obligarle. Viniendo el asunto del propio presidente ésta es una verdadera responsabilidad. Alguien le ha puesto un precio elevado. O quizás se trata de uno que conoce que un artículo es bueno cuando lo ve.

Tôru intuyó que tenía que tratarse del anciano abogado que le había dejado su tarjeta de visita.

—Me imagino que se llama Honda.

—Es cierto. ¿Cómo lo sabe? —el inspector se mostraba extrañado.

—Vino una vez a la oficina. Pero me resulta sorprendente que haya pensado en adoptarme, habiéndome visto tan sólo una vez.

—Parece que ha efectuado dos o tres investigaciones muy cuidadosas.

Tôru frunció el ceño. Recordó todo lo que había sabido de Kinué.

—No es muy correcto por su parte.

El inspector, un tanto confuso, se apresuró a añadir:

—Pero todo ha ido a las mil maravillas. Ha averiguado que usted es un joven ejemplar. Sin el más mínimo vicio.

Para entonces Tôru no pensaba tanto en el anciano abogado como en aquella vieja mimada y occidentalizada, de un mundo que le era profundamente extraño y que exhibía de la manera más ordinaria todos sus afeites.

El inspector mantuvo en vela a Tôru hasta las once y media. A veces, apoyando los brazos en las rodillas, Tôru dormitaba pero el inspector, que ya había bebido mucho, le meneaba para despertarle y seguía hablando.

Aquel hombre era un viudo opulento y famoso. Había advertido que serviría de la mejor manera a los intereses de la familia Honda y los del Japón si adoptaba a un joven verdaderamente inteligente y trabajador en vez de elegir al retoño de una familia bien situada. Contrataría profesores tan pronto como se hubiera llevado a cabo la adopción, para lograr que Tôru entrara en la mejor escuela preparatoria y en la Universidad. Su futuro padre adoptivo confiaba en que Tôru optara por el Derecho o por ciencias empresariales, pero naturalmente a él le correspondía decidir y su padre no trataría de apartarle de sus inclinaciones. No le quedaba mucho tiempo de vida pero no existían complicaciones familiares y la totalidad de la herencia iría a parar a Tôru. ¿Podía haber un ofrecimiento más atrayente?

¿Pero por qué? La pregunta hormigueaba en la dignidad de Tôru.

El otro había saltado por encima de algo. Se correspondía, por una coincidencia maravillosa, con algo por encima de lo cual había saltado el propio Tôru. Al parecer, al otro y al mismo Tôru la irracionalidad de todo el asunto les resultaba

completamente natural. Y los únicos que habían sido empleados en la gestión eran los intermediarios habituales, el presidente y los demás.

La noticia no provocó en Tôru la más ligera sorpresa. Desde que conoció a aquel sereno anciano había estado preparado para cualquier extraña consecuencia de su visita. Estaba seguro de que nadie le hallaría desprevenido, pero la facultad de no verse sorprendido le había otorgado confianza suficiente para juzgar con generosidad los errores que los demás cometieran acerca de él y para soportar los resultados. Si al final éstos fuesen vanos, serían los resultados de un magnífico error. Cuando se adoptaba como premisa evidente por sí misma una confusa conciencia del mundo cabía esperar cualquier cosa como consecuencia. Como conclusión final que conducía al cinismo prevalecía en Tôru la idea de que toda la benevolencia y toda la inquina orientadas hacia él se hallaban basadas en un error determinado por la incapacidad de advertir su dignidad y su abnegación.

Tôru sólo sentía desdén por lo que es inevitable y nada era para él la voluntad. Tenía sobradas razones para imaginarse atrapado en una vieja comedia de las equivocaciones. Nada podía existir más ridículo que la ira de una persona sin voluntad segura de que su voluntad estaba siendo atropellada. Si se comportaba de un modo fríamente racional, decir entonces que no sentía especial deseo de convertirse en hijo adoptado equivalía a afirmar que estaba dispuesto a convertirse en hijo adoptado.

La mayoría de las personas se habrían mostrado inmediatamente suspicaces ante las razones aducidas. Pero ésta era una cuestión de pesar la valoración de otro contra la propia estimación de uno, vía que los pensamientos de Tôru decidieron no seguir. Él no se comparaba con nadie. En la medida, desde luego, en que la oferta era un juego de niños carente del carácter de lo inevitable y en que parecía el capricho de un anciano, el elemento de la fatalidad se tornaba más tenue y la propuesta se volvía para Tôru más fácilmente aceptable. Una persona sin destino no está atada por lo ineludible.

En suma la propuesta equivalía a una limosna enmascarada de empeño educativo.

Un muchacho desinteresado y de un orgullo vulgar podría haber dicho: «Yo no soy un mendigo».

Pero ese género de protesta olía a revista juvenil. Tôru poseía el arma más enigmática de una sonrisa. Aceptó con una negativa.

En realidad el juego de luces cuando observaba en un espejo su enigmática sonrisa hacía que pareciera a veces la de una muchacha. Quizás alguna muchacha de algún lejano país, que hablara una lengua incomprensible, tendría semejante sonrisa enigmática como su única vía de comunicación. No deseaba que se entendiera que aquella sonrisa era femenina. Pero no era la sonrisa de un hombre. Poseía la cualidad de un pájaro que aguardara en su nido en el momento más exquisito, libre tanto de

coquetería como de timidez, entre el titubeo y la resolución, dispuesto a hacer frente a una crisis por culpa de un adversario, como si se tratara de caminar por un oscuro sendero. Entre la noche y el alba no era posible distinguir ni camino ni colina y cualquier paso podía significar la muerte. En ocasiones se le antojaba a Tôru que aquélla era una sonrisa que no había heredado de sus padres sino tomado de una muchacha, una desconocida con la que se encontró en su lejana juventud.

No era su amor propio el que le inducía a pensar así. Podía verse a sí mismo de una esquina a otra y la confianza que la más penetrante de las personas no podría ver en él como él la veía constituía la base de su dignidad; mientras que la propuesta se hiciera al Tôru que los otros veían, sería una propuesta a la sombra del auténtico Tôru, totalmente incapaz de herir su dignidad. Tôru se hallaba seguro.

¿Mas eran tan incomprensibles los motivos del hombre? No había en ellos nada que resultara mínimamente incomprensible. Tôru lo entendía a la perfección. La víctima del tedio es completamente capaz de vender un mundo a un trapero.

Con los brazos sobre las rodillas Tôru asentía soñoliento. Había tomado una decisión. Pero las buenas maneras exigían que demorara su aceptación hasta que el inspector pudiera sentirse un tanto más orgulloso del sudor que había gastado.

Se sentía más a gusto que nunca con su incapacidad de ensoñar. Había encendido en beneficio del inspector el repelente para los mosquitos, pero los mosquitos se cebaban en sus propios pies y tobillos. El picor brillaba a través de su embotamiento como la luz de la luna. Vagamente pensó que debería lavarse de nuevo las manos por haberse rascado.

—Bien, me temo que esté durmiéndose. Se halla en su derecho. La noche está ya muy avanzada. Caramba conmigo. Ya son las once y media. He estado demasiado tiempo. ¿Así que el asunto le parece bien? ¿De acuerdo?

Cuando se alzó para marcharse, el inspector puso una mano persuasiva en un hombro de Tôru.

Simulando haberse despertado sólo en aquel momento, Tôru dijo:

—Sí, estoy de acuerdo.

—¿Accede?

—Accedo.

—Gracias, gracias. Yo me ocuparé de todo lo demás. Piense en mí como si fuera su padre. ¿Conforme?

—Sí. Le agradeceré mucho todo lo que haga por mí.

—Pero será una pérdida para la oficina que se vaya un muchacho tan bueno.

Había bebido demasiado para poder conducir. Tôru fue en busca de un taxi y le envió a su casa.

Capítulo 15

Tôru tampoco tenía que trabajar al día siguiente. Pasó la jornada viendo una película y contemplando los barcos en el puerto. Su turno empezaría a las nueve de la mañana siguiente.

Tras diversos tifones el cielo de las postrimerías del verano desplegaba por vez primera nubes estivales. Se mostraba más atento que de costumbre a las nubes, pensando que éste sería su último verano en la estación de comunicaciones.

El cielo de aquella tarde era bello. Filas de nubes se hallaban suspendidas sobre el océano, como si fuera el mismo dios de las tormentas.

Pero el inmenso bosque anaranjado de nubes estaba decapitado por otra capa de nubes. Aquí y allá los potentes músculos de las nubes de tormenta enrojecían de timidez y el cielo vertía sobre ellos una avalancha de intensos azules. Esta capa era oscura y relucía como un arco radiante.

Era la capa de nubes más próxima y más alta. En una perspectiva exagerada, las capas que seguían detrás parecían descender en escalones más allá del cielo claro. Quizás, pensó Tôru, era un fraude perpetrado por las nubes. Quizás las nubes, a través de un juego de perspectivas, estaban engañándole.

Entre las nubes, como antiguas figuras de guerreros en arcilla blanca, había algunas que semejaban dragones retorciéndose airada y tenebrosamente hacia las alturas. Algunas, al perder su forma, se teñían de rosa. Luego se separaban en suaves rojos, amarillos y púrpuras y perdían sus poderes borrascosos. El rostro blanco y resplandeciente del dios había cobrado el tinte ceniciento de la muerte.

Capítulo 16

Sorprendido al saber que el nacimiento de Tôru, el 20 de marzo de 1954, había precedido a la muerte de Ying Chan, Honda ordenó ulteriores investigaciones. Pero de cualquier manera siguió adelante con los trámites de la adopción.

Lamentaba haber sabido de su hermana tan sólo que la muerte de ella sobrevino en la primavera y no haber recabado entonces una información más detallada. Inquirió en la Embajada de los Estados Unidos acerca de la residencia de la hermana, que había regresado a América. Realizó dos o tres indagaciones pero no obtuvo como respuesta la más mínima información. Logró que un amigo en el Ministerio de Asuntos Exteriores investigara en la Embajada japonesa en Bangkok, pero la única réplica fue la de que estaban efectuándose pesquisas. Después sobrevino el silencio.

Podría haber imaginado cierto número de recursos de no haber parado mientes en los gastos, pero una parquedad mal encaminada y la impaciencia de la vejez le impidieron buscar más a fondo en el asunto de la muerte de la princesa mientras aceleraba los trámites de la adopción. Le parecían excesivas las dificultades.

Los nervios del Honda de 1944, inquieto acerca de los principios monetarios clásicos, seguían siendo probablemente jóvenes y elásticos. Ahora, cuando caía hecho pedazos el viejo sentido común, Honda se aferraba a él con testarudez y el resultado fue una disputa con su asesor financiero, quince años más joven que él.

En el último cuarto de siglo había conseguido amasar sin embargo una fortuna de unos dos millones de dólares. El millón que le llegó en 1948 fue limpiamente dividido en tres partes que invirtió en acciones, inmuebles y en ahorros. La porción en bienes inmobiliarios se había decuplicado, la de acciones se había triplicado y los ahorros habían disminuido.

No había perdido el gusto por las acciones preferidas de los viejos caballeros que, con cuello de pajarita, jugaban al billar en clubs de estilo inglés. No se hallaba exento de las inclinaciones de una época en que el signo de una clase era poseer acciones «bonitas y seguras» como las de Tokyo Fire and Marine, Tokyo Electric Power, Tokyo Gas y Kansai Electric Power y sentir un desdén por la especulación. Sin embargo fueron las acciones carentes de atractivo las que triplicaron el valor de su cartera. Por obra de la desgravación del quince por ciento sobre dividendos, apenas pagaba impuestos por los beneficios que obtenía de sus acciones.

Los gustos en acciones eran como los gustos en corbatas. Las corbatas anchas y de estampados chillones no convenían a un hombre de edad. Si no percibía los beneficios de inversiones audaces, tampoco corría sus riesgos.

En la década transcurrida desde 1960, como en América, se había hecho posible calcular la edad de un hombre juzgando por las acciones que tenía. Las grandes celebridades entre las acciones se tornaban cada día más vulgares, cada día cobraban

más la apariencia del populacho. Las empresas que fabricaban pequeñas piezas de transistores, con ventas anuales de diez mil millones de yens y acciones que antaño rentaban cincuenta yens y ahora mil cuatrocientos, resultaban demasiado vulgares.

Mientras prestaba una gran atención a sus gustos en acciones, Honda se mostraba indiferente en lo que se refería a las propiedades inmobiliarias.

Había conseguido grandes beneficios de las casas que construyó en 1953 para los soldados norteamericanos cerca de la base de Sagamilhara. En aquellos días costaba más dinero construir casas que comprar terrenos. Siguiendo el consejo de su asesor financiero, al principio Honda ignoró las casas y compró unas cuatro hectáreas de terrenos baldíos a unos cien yens el metro cuadrado. Cada metro cuadrado valía ahora quizás unos veinte mil yens. Tierras por las que había pagado tres millones de yens suponían ahora un valor de unos setecientos cincuenta millones.

Se trataba desde luego de una ganga. Había tenido buena suerte con algunos terrenos y una suerte más bien mala con otros pero ninguno había perdido su valor. Lamentaba no haber dejado tal como estaban la mitad de los terrenos forestales, ahora valorados en un millón de dólares.

Era extraña su experiencia en ganar dinero. Desde luego, y de haber sido más audaz, podría haber ganado diez veces más, pero no creía haber errado en su proceder. Su prudencia le había prevenido contra las pérdidas. Y sin embargo advertía en él pequeñas pesadumbres y ligeros sentimientos de insatisfacción. En sus consecuencias últimas equivalían a un descontento con su propia naturaleza innata. El resultado inevitable de aquella conclusión era un cierto lirismo morboso.

Honda había logrado la seguridad aferrándose a sus principios anticuados aunque era plenamente consciente de los sacrificios que exigían. Veneraba a la trinidad del capitalismo clásico. Había en ella algo sagrado, la armonía de la economía liberal. Era simbólica, poseía en sí la arrogancia intelectual lenta y deliberada y el sentido del equilibrio que los caballeros de la metrópoli experimentaban hacia colonias todavía sumidas en la primitiva inseguridad del monocultivo.

¿Sobrevivían entonces cosas tales en el Japón? Mientras que no se alterara la legislación fiscal y las empresas siguieran dependiendo de las fuentes del dinero en vez de sus propios capitales, mientras los Bancos siguieran exigiendo terrenos como garantías de los préstamos, el gigantesco artículo en prenda conocido como tierra del Japón no participaría de los principios clásicos y los precios de los terrenos seguirían subiendo. La inflación concluiría sólo con el final del desarrollo económico o con un Gobierno comunista.

Aunque perfectamente consciente de estos hechos, Honda se mantenía fiel a la antigua alusión. Se hizo un seguro de vida y se convirtió en defensor casi desmesurado de un sistema monetario que día tras día caía en pedazos. Tal vez subsistía en Honda un lejano espejismo de la época del patrón oro, cuando Isao vivía

tan apasionadamente.

Hacía ya mucho tiempo que se había extinguido el bello sueño de la armonía, tan caro a los economistas liberales, y también había llegado a parecer bastante extraña la fatalidad dialéctica de los marxistas. Lo que se creía que tenía que morir había crecido y se había multiplicado y lo que se creía que tenía que desarrollarse (se desarrolló desde luego) se había transformado en algo completamente diferente. No había quedado espacio para la doctrina pura.

Era sencillo creer en un mundo encaminado a la destrucción, y de haber tenido veinte años el propio Honda quizás lo hubiera creído también; el rechazo mismo del derrumbamiento mantenía en pie a la persona que había de deslizarse sobre la vida como un patinador y luego morir siempre alerta. ¿Quién sería tan loco como para patinar si supiese que el hielo estaba agrietado? Y si existía la seguridad de que el hielo no se agrietaría, se le negaría a una persona el placer de ver caer a otras. El único interrogante consistía en determinar si el hielo se rajaría mientras uno patinaba y a Honda ya no le quedaba mucho tiempo para patinar.

Y mientras él continuaba en el empeño, sus propiedades crecían gradualmente por obra de los intereses y los diversos tipos de beneficios.

En cualquier caso la gente juzgaba que sus propiedades aumentaban. Crecían si se mantenían por delante de la inflación. Pero algo que crecía conforme a leyes fundamentalmente opuestas a las de la vida sólo podía existir devorando lo que se hallaba en las márgenes de la vida. Los beneficios del crecimiento eran las incursiones de las termitas del tiempo. Un ligero incremento aquí y allá constituía la consecuencia de un quedo y constante roer.

Y luego uno se tornaba consciente del hecho de que el tiempo para aportar beneficios y el tiempo para vivir eran de una naturaleza diferente.

Éstos eran pensamientos que inevitablemente cruzaban por la mente de Honda cuando yacía aguardando el día, demasiado despierto ya y mientras incurría en el hábito de alejar los pensamientos.

El interés crece como el musgo sobre una gran planicie de tiempo. No proyectamos perseguirlo eternamente porque nuestro propio tiempo nos lleva implacablemente cuesta abajo por la pendiente.

Era un Honda todavía joven el que pensaba que la conciencia de sí mismo es enteramente una cuestión del yo. Era un Honda todavía joven el que llamaba «conciencia de sí mismo» a la conciencia de una realidad como una holoturia oscura y espinosa que flotara en el transparente barril del yo. «Como dentro de un violento torrente, siempre fluyendo, siempre cambiando». Captó intelectualmente el principio cuando estuvo en la India pero le había costado treinta años lograr hacerlo parte de sí mismo.

Cuando envejeció, la conciencia de sí mismo se tornó conciencia del tiempo.

Poco a poco llegó a percibir el sonido de las termitas. Momento tras momento, segundo tras segundo, ¡con qué conciencia trivial se deslizaban los hombres a través de un tiempo que no retornaría! Sólo con la edad sabía uno que existía una riqueza, una embriaguez incluso en cada gota. Las gotas de un bello tiempo, como las gotas de un vino exquisito y singular. Y el tiempo goteaba como sangre. Los viejos se secaban y morían. En pago por no haber detenido el tiempo en el momento espléndido en que la sangre generosa, sin que lo supiera su mismo propietario, aportaba una espléndida embriaguez.

Sí. El viejo sabía que el tiempo contenía embriagueces. Y cuando el conocimiento sobrevenía ya no quedaba licor suficiente. ¿Por qué no había detenido el tiempo?

Aunque se recriminase a sí mismo, Honda juzgaba que si no había detenido el tiempo mientras pudo no fue por obra de su propia pereza y de su cobardía.

Sintiendo a través de sus párpados que se acercaba la luz del día, Honda se sumió en un soliloquio.

—No, nunca existió para mí un momento en que yo tuviera que haberlo hecho, detener el tiempo. Si poseo algo a lo que puede llamarse destino, entonces radica en esta incapacidad para detener el tiempo.

»Nunca existió para mí nada a lo que pudiera haberse considerado como el pináculo de mi juventud y en consecuencia no hubo momento alguno para detenerlo. Uno debe detenerse en el pináculo. Yo no pude advertir ninguno. Es extraño, pero no lo lamento.

»No, aún queda tiempo después de que la juventud se haya alejado un tanto. Sobreviene un pináculo y luego llega el momento. Pero si al ojo que discierne el pináculo se le llama ojo de la conciencia, entonces he de formular una pequeña objeción. Dudo de que nadie haya mostrado más diligencia en lograr que actuara el ojo de la conciencia, nadie que se mostrara tan implacable en mantenerlo abierto. Y no fue suficiente para advertir el pináculo. Se necesita la ayuda del destino. Soy completamente consciente de que pocos la han recibido en cantidad tan menguada como yo.

»Es fácil decir que me retuvo la fuerza de la voluntad. ¿Fue en realidad así? ¿Acaso no es la voluntad un desecho del destino? ¿No existen diferencias innatas entre la voluntad y la resolución como entre las castas de la India? ¿Y no es la voluntad la más pobre?

»No lo creía así cuando era joven. Pensaba que la volición humana pretendía hacer historia. ¿Y a dónde fue la historia, esa renqueante y vieja mendiga?

»Claro es que algunos se hallan dotados de la facultad de detener el tiempo en el pináculo. Sé que es cierto porque he visto ejemplos con mis propios ojos.

»¡Qué poder, qué poesía, qué bendición! Ser capaz de detenerlo justo cuando llega ante la vista la radiante blancura del pináculo. Existe allí una presciencia en el

estimulo sutil que brindan las laderas, en la distribución cambiante de la flora alpina, en el acercamiento a la divisoria de las aguas.

»Justo un poco más y el tiempo se hallará en la cumbre y sin pausa comenzará a descender. La mayoría de las gentes se engañan en este tramo, asumiéndolo en su beneficio. ¿Pero qué es lo que allí existe? Los senderos y las aguas se limitan a lanzarse hacia abajo.

»Una perpetua belleza física. Ésa es la prerrogativa especial de quienes detienen el tiempo. Justo antes del pináculo, en donde es preciso parar el tiempo se halla el pináculo de la belleza física.

»Una belleza clara y brillante, en el conocimiento de que la radiante blancura del pináculo se halla precisamente un poco más allá. Y una infortunada pureza. En ese momento la belleza de un hombre y la belleza de un antílope se encuentran en maravillosa correspondencia. Alzando orgulloso sus cuernos, levantando con ligereza la pezuña de la pata moteada de blanco frente a la negativa. Rebosante del orgullo del adiós, coronado con las blancas nieves de la montaña.

»Yo no podría haber alzado la mano en señal de despedida a los que se hallaban abajo, en donde aún corría el tiempo. Si hubiese alzado la mano a modo de súbita despedida en una encrucijada sólo habría conseguido parar un taxi.

»Quizás, incapaz de detener el tiempo, haya de contentarme con detener una sucesión de taxis. Con el propósito firme, y sólo con ése, de ser llevado a otro lugar en donde el tiempo no se detenga. Sin poesía, sin gloria.

»¡Sin la poesía, sin la gloria! Eso es lo importante. Y sé que sólo en ellas se halla la razón de la vida.

»Incluso si el tiempo se detiene hay un renacer. También lo sé.

»Y debo negar a Tôru esa poesía y esa gloria terribles. Así he de proceder.

Para entonces Honda estaba ya completamente despierto. Con dolores sordos aquí y allá y con mucosidades en su garganta para decirle que había comenzado un nuevo día, que se veía preso de la necesidad de juntar de nuevo cosas que se habían desintegrado mientras dormía. Consiguió salir de la cama como si abriera una vieja silla plegable. La habitación se hallaba iluminada. Solía dar noticia de que había despertado a través del teléfono interior pero hoy prefirió no proceder así. Tomó una caja lacada de un estante y sacó de allí el informe sobre Tôru que le había remitido la agencia de detectives.

Informe sobre proyecto de adopción.

Número M-2582

Cliente 1.493: señor Shigekuni Honda

20 de agosto de 1970

Agencia investigadora Dainichi

Tôru Yasunaga, nacido el 20 de marzo de 1954; dieciséis años.

Residencia permanente: 6-152 Yui, Ihara-gun, prefectura de Shizuoka.

Residencia actual: Meiwasô, 2-10 Funabara-chô, Shimizu, prefectura de Shizuoka.

Carácter y conducta:

El sujeto es muy inteligente, posee el infrecuente cociente intelectual de 159. Mientras que el 47 por 100 de los examinados tienen un cociente intelectual de 100, sólo el 6 por ciento pasan de 140. Parece lamentable que un muchacho de semejante talento haya perdido tempranamente a sus padres y, criado por un tío en circunstancias difíciles, se haya visto obligado a concluir su educación en la escuela secundaria. Además el muchacho no se muestra consciente de su propia capacidad. Desempeña sus obligaciones simples y rutinarias con la mayor atención y diligencia y su modestia y sus buenos modales le han ganado el afecto de sus colegas y superiores. Como sólo tiene dieciséis años, aún es demasiado pronto para que pueda decirse mucho de su conducta, pero parece que sus relaciones con una muchacha demente llamada Kinué, hazmerreír de la vecindad, nada tienen que ver con el sexo sino que son una prueba de su humanidad piadosa y caritativa. Por su parte, la chica considera al muchacho, que es menor que ella, como un dios.

Intereses y aficiones:

No parece tener intereses muy acentuados. En sus días libres acude a la biblioteca o a ver una película o contempla los barcos en el puerto. Por lo común va solo en tales ocasiones y parece tener inclinaciones solitarias. Cabría explicar su afición al tabaco, a pesar del hecho de que aún es menor, como un resultado de la naturaleza solitaria y rutinaria de su trabajo. El tabaco no parece haber tenido efecto en su salud.

Estado civil:

Desde luego está soltero.

Tendencia y asociaciones ideológicas:

Tal vez porque es aún muy joven no ha mostrado interés por los movimientos políticos extremistas. Al contrario, parece sentir repugnancia por la política y los movimientos políticos. No hay sindicatos dentro de su Compañía y él no ha tomado parte en movimiento alguno en pro de la sindicación. Pese a su juventud es un lector voraz y sus intereses en este campo son al parecer muy amplios. Casi no tiene libros pero es un entusiasta usuario de las bibliotecas. Es notable el poder de su memoria para dominar lo que ha leído. No existen pruebas de que se haya sentido influido por obras extremistas de la izquierda o de la derecha. Los datos parecen señalar por el contrario que ha buscado un conocimiento de tipo general y variado. De vez en cuando ve a compañeros de la escuela secundaria, pero parece no tener amigos íntimos.

Creencias religiosas y de otro género:

La familia es budista pero el propio sujeto parece poco interesado por la religión. No pertenece a ninguna de las nuevas sectas religiosas. Se ha resistido a fuertes presiones de afiliados a éstas.

Familia:

Las investigaciones sobre ambas ramas de la familia hasta la tercera generación no han revelado caso alguno de enfermedad mental.

Capítulo 17

Honda eligió un día de finales de octubre para dar a Tôru su primera lección de costumbres extranjeras en la mesa. En la salita se había dispuesto un banquete al estilo francés, incluyendo despensero y mayordomo, y Tôru vestía un nuevo traje azul marino. Fue informado de que debía sentarse en la silla pegado al respaldo y de que había de acercarla a la mesa, de que no debía poner los codos sobre la mesa o inclinarse demasiado sobre la sopa y de que debía mantenerse con los brazos pegados al cuerpo. Luego siguieron las instrucciones sobre la disposición de la servilleta y acerca de tomar la sopa con la cuchara inclinada hacia la boca con objeto de evitar los ruidos. Tôru se atuvo cuidadosamente a todas las instrucciones, repitiendo una y otra vez las secuencias que no se desarrollaban fácilmente.

—Las costumbres extranjeras en la mesa pueden parecer un tanto estúpidas —dijo Honda— pero cuando se siguen de una manera fácil y natural aportan a la persona en cuestión una sensación de seguridad. Las pruebas de una buena crianza proporcionan categoría a una persona y la buena crianza en el Japón significa familiaridad con la manera occidental de hacer las cosas. Sólo hallamos al japonés puro en los barrios miserables y en el hampa y cabe esperar que con el paso del tiempo se torne cada vez más aislado. El veneno conocido con el nombre de japonés puro está debilitándose, transformándose en una pócima aceptable para todos.

Pocas dudas podía haber de que, mientras hablaba, Honda pensaba en Isao. Isao nada supo nunca de las costumbres occidentales en la mesa. Tales accesorios elegantes no formaban parte de la grandeza de su mundo. Y en consecuencia Tôru, aun a los dieciséis años, debía aprender los hábitos occidentales en la mesa.

La comida se servía por la izquierda y las bebidas por la derecha. Había que tomar cuchillos y tenedores en orden sucesivo, partiendo de fuera a dentro. Tôru miró a sus manos como el que se halla sumido en un torrente.

Las instrucciones prosiguieron.

—Y debes mantener una conversación cortés mientras comes. Eso tranquilizará a tu vecino de mesa. Habrás de tener cuidado al tragar porque si hablas con comida en la boca existe el riesgo de que escupas algo. Y ahora Padre —Honda siempre se refería a sí mismo como «Padre»— te dirá algo y tú debes responder. Haz como si no fuese tu padre sino un hombre muy importante que puede hacer muchas cosas en tu favor si eres de su agrado. Vamos a representar la escena. De acuerdo, adelante: «Ya veo que estás estudiando mucho y has dejado a tus tres profesores mudos de admiración, pero me resulta un poco curioso que no tengas verdaderos amigos».

—No siento una gran necesidad de ellos.

—Ésa no es manera de responder. Si contestas de esa manera la gente pensará que eres un extravagante. Vamos, entonces. Dame una respuesta apropiada.

Tôru callaba.

—De nada sirve callar. Los estudios no te beneficiarán si no empleas el sentido común. Éste es el tipo de respuesta que debes dar, de la manera más amable posible: «Estoy estudiando tanto que en realidad no dispongo ahora de tiempo para los amigos pero tengo la seguridad de que los conseguiré tan pronto como ingrese en la escuela preparatoria».

—Estoy estudiando tanto que en realidad no dispongo ahora de tiempo para los amigos pero tengo la seguridad de que los conseguiré tan pronto como ingrese en la escuela preparatoria.

—Eso es, eso es. Ése es el estilo. Y ahora de repente la conversación deriva hacia el arte. «¿Cuál es tu artista italiano favorito?».

No hubo respuesta.

—¿Cuál es tu artista italiano favorito?

—Mantegna.

—No, no. Eres demasiado joven para Mantegna. Probablemente tu vecino de mesa jamás ha oído hablar de Mantegna y le harás sentirse incómodo y darás una desagradable impresión de precocidad. Así es como debes responder: «Me parece que el Renacimiento es sencillamente maravilloso».

—Me parece que el Renacimiento es sencillamente maravilloso.

—Eso es, eso es. Proporcionas a tu vecino de mesa una sensación de superioridad y pareces listo y agradable. Además así él tiene un pretexto para una larga conferencia sobre cosas que sólo entiende a medias. Debes escucharlo todo entusiasmado de curiosidad y de admiración aunque la mayor parte de lo que diga sea falso y el resto lugares comunes. Lo que el mundo exige de un joven es que se muestre muy atento, nada más. Ganarás si permites que sea él quien hable. No lo olvides ni un solo momento.

»El mundo no pide brillantez a un joven y al mismo tiempo una estabilidad demasiado acentuada despierta la suspicacia. Has de tener una o dos pequeñas excentricidades, algo que le interese. Tienes que tener unas pocas inclinaciones, no demasiado caras ni relacionadas con la política. Muy elementales, muy del promedio. Una afición a la mecánica, al béisbol o a tocar la trompeta. Una vez que sepa en qué consisten se sentirá seguro. Sabrá a dónde pueden encaminarse tus energías. Si quieres, puedes dar incluso la impresión de dejarte llevar un poco por tus aficiones.

»Debes hacer deporte pero sin permitir que sean un obstáculo para tus estudios, y han de ser deportes que revelen tu buena salud. Tienen la ventaja de hacerte parecer un poco estúpido. En Japón no existen virtudes más estimadas que la indiferencia en política y la devoción al equipo.

»Puedes graduarte en tu clase con las mejores notas pero has de mostrar una especie de vaga estupidez que haga sentirse tranquila a la gente.

»Ya te hablaré sobre el dinero una vez que estés en la escuela preparatoria. Te hallas en la feliz posición de no tener que preocuparte de eso por el momento.

Mientras instruía al atento Tôru, Honda experimentaba la impresión de que en realidad se trataba de instrucciones para Kiyoaki, para Isao y para Ying Chan.

Sí, debería haberles hablado. Debería haberles armado con la presciencia que hubiese evitado que se lanzaran tras sus destinos, haberles privado de sus alas, impedir que se remontaran y obligarles a marchar al paso del gentío. Al mundo no le gusta el vuelo. Las alas son armas peligrosas. Invitan a la autodestrucción antes de que puedan ser empleadas. Si hubiese logrado que Isao se acomodara a los estúpidos, entonces él habría podido simular que nada sabía de alas.

Hubiera bastado con que dijera a la gente: «Sus alas son un accesorio. No se preocupan por ellas. Acompañenle un cierto tiempo y verán que es un chico corriente y de confianza». Semejantes revelaciones podrían haber sido muy eficaces.

Kiyoaki, Isao y Ying Chan habían tenido que seguir adelante sin ellas y habían sido castigados por su desdén y por su arrogancia. Se habían mostrado demasiado orgullosos incluso en sus sufrimientos.

Capítulo 18

Los tres profesores eran estudiantes muy dotados de la Universidad de Tokio. Uno enseñaba sociología y literatura, otro matemáticas y ciencias y el tercero inglés. Se sabía que en 1971 los exámenes de ingreso en la escuela preparatoria tendrían más temas de disertación y menos cuestionarios de preguntas y respuestas breves y que se insistiría en el dictado en inglés y en la redacción en japonés. Tôru se sumió de repente en los boletines de noticias en inglés. Los grababa y los repetía una vez y otra.

He aquí una pregunta sobre geografía y los movimientos de los cuerpos celestes:

¿En qué posición se presenta Venus durante más tiempo para la observación matutina? Indíquese en el mapa. ¿Cuál es la forma de Venus vista desde esta posición? Por favor, señale cuál de las siguientes le parece la respuesta correcta:

La mitad oriental iluminada.

La mitad occidental iluminada.

Brilla como una delgada medialuna.

Redonda.

¿Cuál es la posición de Marte cuando se halla visible en el cielo meridional durante el crepúsculo vespertino? Por favor, indíquela en el mapa.

¿Cuál es la posición de Marte cuando se halla visible en el cielo meridional a medianoche? Por favor, indíquela en el mapa.

Tôru inmediatamente trazó un círculo en torno de la «B» del mapa y así respondió con éxito a la primera pregunta. Luego escogió la tercera posibilidad para la segunda pregunta, rodeó con un círculo una «L» para la tercera pregunta y hallando una «G» en donde el Sol, la Tierra y Marte se hallaban en línea, la circunscribió.

—¿Le habían formulado anteriormente este cuestionario?

—No.

—¿Por qué ha sido tan rápido entonces?

—Veo a Venus y a Marte todos los días.

Tôru respondía como si fuese un niño describiendo las costumbres de sus animales domésticos. En realidad Venus y Marte eran para él como los ratones que había en la estación de comunicaciones. Lo sabía todo acerca de sus hábitos alimentarios.

Pero no sentía nostalgia de la Naturaleza ni echaba de menos su catalejo. Tuvo la sensación de que aquel trabajo extraordinariamente simple era el suyo y de que el mundo de más allá del horizonte constituía para él una fuente de felicidad; pero no se sentía defraudado por haberlos perdido. Ésta sería ahora su tarea hasta cerca de los veinte años, explorar una caverna con un anciano.

Honda se había esforzado por elegir jóvenes profesores brillantes, afables e

inteligentes de tal género que Tôru pudiera tomarles como modelo. Cometió un ligero error de cálculo en el caso de Furusawa, el profesor de literatura de Tôru. Muy complacido con la disposición y la inteligencia de Tôru, Furusawa solía llevarle a cafeterías próximas cuando ambos estaban cansados de las lecciones y a veces daban juntos largos paseos. Honda agradecía tales servicios y le agradaba la cordialidad de Furusawa.

Furusawa no se privaba en manera alguna de hacer comentarios desfavorables acerca de Honda. A Tôru le complacía aunque cuidaba de no manifestar demasiado aprisa su aprobación.

Un día los dos descendieron caminando por la cuesta de Masago, dejaron atrás las oficinas del distrito y giraron a la izquierda hacia Suidôbashi. La calle estaba levantada para permitir la construcción de una nueva línea del Metro y el parque de Kôrakuen desaparecía tras las máquinas de las obras. La penumbra de finales de noviembre se filtraba a través del entramado de una montaña rusa como si cruzara por un cesto vacío.

Pasando ante tiendas de trofeos y de artículos deportivos y de restaurantes económicos habían llegado hasta la puerta de Korakuen. Dos filas de luces sobre la roja puerta centelleaban de izquierda a derecha: «No abriremos por la noche a partir del 23 de noviembre». Así que pronto concluirían las noches resplandecientes.

—¿Qué te parecería un buen meneo en una de esas «tazas de té»? —preguntó Furusawa.

—Bueno.

Tôru se imaginó dentro de una de aquellas «tazas de té», ahora más bien escasas de clientes entre sus centelleantes luces. Se vio tan agitado por el movimiento que los objetos se trocaban en ráfagas de luz.

—¿Quieres ir o no? No te quedan más que noventa y dos días hasta los exámenes pero estoy seguro de que no tienes por qué preocuparte.

—Preferiría tomar un café.

—Qué disipación.

Furusawa le precedió, descendiendo por los escalones que conducían a una cafetería llamada Renoir. Se hallaba al otro lado de la calle, frente al lateral de la tercera base del estadio de béisbol que era como un enorme trofeo que vertiera en torno oscuridad.

La Cafetería Renoir era más grande de lo que desde fuera había juzgado Tôru. Las mesas se hallaban generosamente distribuidas en torno de un mostrador. Las luces eran suaves y la moqueta de un tono castaño claro. Había unos cuantos clientes.

—No sabía que existiera un lugar como éste tan cerca de mi casa.

—Cómo iba a saberlo una doncella enclaustrada como tú.

Furusawa pidió dos tazas de café. Ofreció a Tôru un cigarrillo y Tôru se

estremeció.

—No es fácil ocultarlo a la vista.

—El señor Honda se muestra demasiado estricto. No te trata como si fueras un chico corriente de la escuela secundaria. Has salido al mundo. Quiere que vuelvas a ser un niño. Pero límitate a esperar a cumplir los veinte años. Ya desplegarás las alas una vez que estés en la Universidad.

—Eso es exactamente lo que pienso. Pero no se lo digo a nadie.

Furusawa frunció el ceño y luego lanzó una risotada de lástima. A Tôru le pareció que trataba de representar más edad de los veintiún años que realmente tenía.

Furusawa llevaba gafas pero su rostro afable cobraba atractivo cuando sonreía y se formaban arrugas en torno de su nariz. Las patillas de las gafas no se ajustaban y continuamente las empujaba nariz arriba con el dedo índice como si él mismo estuviera formulándose una reprimenda. Sus manos y pies eran grandes y resultaba considerablemente más alto que Tôru. Inteligente, era hijo de un obrero ferroviario. Dentro de él alentaba el tortuoso espíritu de una langosta roja.

Tôru no sentía prisa por destruir la imagen que Furusawa se había hecho de él, como otro muchacho pobre, aterrado de la suerte que le había favorecido. Otros, todos, se lo imaginarían como les antojara, pero estaban en su derecho. Como él en el de despreciarlos.

—En realidad no sé lo que se propone hacer el señor Honda, pero creo que eres un poco su cobaya. Eso está bien. Posee una gran fortuna y no tendrás que ensuciarte las manos como los demás, trepando hasta llegar a la cumbre del montón de basura. Pero aférrate a tu dignidad. Aunque te cueste la vida.

—Sí —replicó lacónicamente Tôru.

Se abstuvo de decirle que contaba con un gran acopio de dignidad.

Se había acostumbrado a saborear sus respuestas. Si le parecían sentimentales se las tragaba.

Honda había salido a cenar con algunos colegas. Comería algo con Furusawa antes de que los dos regresaran. Cuando Honda estaba en casa y pasara lo que pasase, Tôru había de cenar con él a las siete y media. A veces había invitados. Las cenas con Keiko constituían la prueba más difícil.

Su mirada era fría y serena cuando concluyó su café pero no había nada que ver. Examinó el semicírculo de los posos de café. El fondo de la taza, redondo como la lente de un catalejo, obstruía su visión. El fondo de este mundo revelaba un rostro blanco y limpio de porcelana.

Medio vuelto de espaldas, Furusawa habló súbitamente como si lanzara la colilla de sus palabras en el cenicero.

—¿Has pensado alguna vez en el suicidio?

—No —replicó Tôru, sorprendido.

—No me mires así. Tampoco yo he pensado en eso seriamente. No me gustan esos tipos débiles y enfermos que se suicidan. Pero existe una variedad que acepto. Las personas que se suicidan para afirmarse como tales.

—¿Qué clase de suicidio es ése?

—¿Te interesa?

—Un poco, quizás.

—Entonces te lo explicaré.

—Imagínate un ratón que piensa que es un gato. No sé cómo, pero lo piensa. Pasa por todas las pruebas y llega a la conclusión de que es un gato. Cambia su visión de los demás ratones. Son carne para él y nada más, pero se dice a sí mismo que se abstiene de comerlos sencillamente para ocultar el hecho de que es un gato.

—Supongo que se tratará de un ratón bastante grande.

—Eso no importa. No se trata de tamaño sino de confianza. Está claro que el concepto de «gato» se ha impuesto a la apariencia de «ratón». Nada más. Cree en el concepto y no en la carne. La idea es suficiente, el cuerpo nada importa. El placer del desdén es máximo.

»Pero un día —Furusawa alzó las gafas y mostró una arruga junto a su nariz—, pero un día el ratón se topa con un auténtico gato.

»—Voy a comerte —dice el gato.

»—No puedes —replica el ratón.

»—¿Y por qué no?

»—Los gatos no se comen a los gatos. Es imposible como cuestión de instinto y como cuestión de principio. Yo soy un gato, sea cual fuere mi apariencia.

»El gato se retuerce de risa. Ríe tanto que sus zarpas se agitan en el aire y su blanco y peludo vientre se estremece. Luego se levanta y empieza a comerse al ratón.

»—¿Por qué estás comiéndome?

»—Porque eres un ratón.

»—Yo soy un gato. Los gatos no se comen a los gatos.

»—Eres un ratón.

»—Soy un gato.

»—Demuéstralo.

»—En consecuencia el ratón salta en la tina de la colada, toda blanca de espuma y se ahoga. El gato mete una zarpa en el agua y luego se la lame. La espuma sabe horriblemente. Así que deja el cuerpo flotando allí. Todos sabemos por qué el gato se marcha sin comerse al ratón. Porque no es algo que pueda comer un gato.

»A eso me refería. El ratón se suicida para afirmarse. Desde luego no consiguió que el gato le reconociera como otro gato ni cuando se mató pensaba lograrlo. Pero se mostró valiente y perspicaz y rebosaba dignidad. Advirtió que en la ratoneidad existían dos partes. La primera consistía en que era un ratón en todos los detalles

físicos. La segunda, que resultaba comestible para un gato. Ésas dos. Había renunciado hacía largo tiempo a lo referente a la primera pero aún había esperanza en la segunda. Muere frente a un gato sin ser devorado y se afirma a sí mismo como algo que los gatos no comen. En esos dos aspectos ha resultado no ser un ratón. Todo eso. Era sencillo además demostrar que era un gato. Si algo que tenía la forma de un ratón no era un ratón, entonces podía ser cualquier otra cosa. Y así el suicidio es un éxito. El ratón ha conseguido afirmarse. ¿Qué piensas?».

Tôru sopesaba la parábola. Era indudable que Furusawa la había pulido repitiéndola para sí muchas veces. Hacía ya tiempo que era consciente de la disociación entre la apariencia de genialidad de Furusawa y sus funciones internas.

Si sólo atañía al propio Furusawa no había por qué preocuparse; pero si había advertido en Tôru algo de qué reírse, entonces Tôru debía proceder con cuidado. Tôru tendió una sonda mental. No encontró nada peligroso. A medida que hablaba, Furusawa se había hundido cada vez más en sí mismo; nada podía distinguir hallándose tan lejos de la superficie.

—¿Y asombró al mundo la muerte del ratón?

Furusawa ya no prestaba atención a su audiencia. Tôru advirtió que sólo tenía que oírle como quien escucha un soliloquio. Era la voz de un dolor lento, cubierto de musgo, como no la había oído nunca a Furusawa:

—¿Cambió de alguna manera la visión que del ratón tenía el mundo? ¿Se difundió la verdad de que había existido algo que tuvo la forma de un ratón pero que no era un ratón? ¿Hubo alguna grieta en la confianza de los gatos? ¿Se hallaban los gatos suficientemente afectados como para impedir la difusión de aquellas palabras?

»No te sorprendas. El gato no hizo absolutamente nada. Lo había olvidado. Estaba lavándose la cara y acomodándose para dormir un poco. Rebosaba gatuneidad y ni siquiera era consciente de ese hecho. Y en la pesadez de su sueño sobrevino sin esfuerzo alguno lo que el ratón había deseado tan desesperadamente llegar a ser. A través de la inactividad, de la satisfacción consigo mismo, de la inconsciencia, podía llegar a ser cualquier cosa. El cielo azul se extendió sobre el gato dormido, cruzaron bellas nubes. El viento transmitió al mundo la fragancia del gato, los pesados ronquidos eran música.

—Ahora estás hablando acerca de la autoridad. —Tôru se sintió empujado a formular unas palabras que indicaran que lo había entendido.

El rostro de Furusawa se quebró en una sonrisa afable.

—Sí, eres muy rápido.

Tôru se sintió decepcionado. Todo había acabado en el triste género de parábola política a la que tan aficionados son los jóvenes.

—Tú mismo lo entenderás algún día.

Aunque no había riesgo de que alguien les oyera, Furusawa bajó la voz y acercó

su rostro al de Tôru. Tôru recordó el olor de su aliento, olvidado por un instante.

¿Por qué lo había olvidado? En el curso de sus lecciones eran hartamente numerosas las veces en que olía el aliento de Furusawa. No había experimentado una repulsión específica pero ahora la sentía.

No existía un atisbo de malicia en la historia pero algo había irritado a Tôru. Decidió sin embargo no reprender por ello a Furusawa y temió que, de hacerlo, se rebajaría. Necesitaba otra razón, una que fuese completamente adecuada para que le desagradase a Furusawa, para sentirse incluso enojado con él. Así el olor de su aliento se tornó insoportable.

Sin reparar en lo que estaba sucediendo, Furusawa proseguía:

—Uno de estos días lo comprenderás. Con el engaño como su punto de partida, la autoridad sólo puede mantenerse mediante la difusión del engaño. Es como un cultivo de gérmenes. Cuanto más resistimos, mayores son sus poderes de duración y de propagación. Y antes de que lo sepamos tenemos los gérmenes dentro de nosotros.

Abandonaron la «Cafetería Renoir» y en un lugar cercano tomaron un cuenco de tallarines. A Tôru se le antojó más apetitoso que una cena con su padre y todos aquellos platos.

Mientras comía, los ojos contraídos contra el vapor, Tôru medía el grado de peligro en su relación con este estudiante. No podía dudar de que existía simpatía entre los dos. Pero en cierto modo la armonía se hallaba en sordina. Era posible que Furusawa hubiese sido contratado por Honda para poner a prueba a Tôru. Sabía que tras una de estas expediciones Furusawa presentaba un informe sobre el lugar en que habían estado y una cuenta de gastos. Naturalmente, Honda le había pedido que procediera así.

En el camino de regreso cruzaron junto al Kôrakuen de nuevo y de nuevo sugirió Furusawa que se dieran una vuelta en las atracciones de las «tazas de té». Tôru accedió, sabiendo que Furusawa lo deseaba. Las «tazas de té» se hallaban justamente al otro lado de la puerta. No aparecieron más clientes y el empleado, de mala gana, accionó el conmutador para que se pusiera en marcha la atracción de feria en beneficio de ellos dos solos.

Tôru se había metido en una taza verde y Furusawa escogió una taza rosada, situada a considerable distancia. Se hallaban adornadas con un dibujo floral barato, que recordaba las ventas especiales de tazas de té en algún lugar de los suburbios, junto a la portada demasiado iluminada de una tienda de servicios de mesa.

La taza empezó a moverse. Furusawa apareció de repente cerca y luego, alzando sus gafas sobre una cara sonriente, se alejó de nuevo a toda prisa. El frío Tôru había sentido en los fondillos de sus pantalones una ráfaga de frialdad. Aumentó la velocidad. Le agradaba que fuera así, deprisa, para no sentir ni ver nada. El mundo se convirtió en un Saturno gaseoso.

Cuando la taza se detuvo, agitándose suavemente por efecto de la inercia, como una boya, Tôru se puso en pie. Sintió vértigo y volvió a sentarse.

—¿Qué te sucede?

Furusawa llegó sonriente hasta él sobre una tarima que aún parecía moverse.

Tôru le devolvió la sonrisa pero permaneció sentado. Le desagradaba tener el mundo, hasta entonces borroso, ahora inoportunamente alineado en sórdidos detalles, los carteles medio despegados y los dorsos de los anuncios de Coca-Cola como grandes y rojos calentadores eléctricos.

Capítulo 19

—Furusawa me llevó al Kôrakuen —dijo Tôru a la hora del desayuno de la mañana siguiente—. Nos dimos una vuelta en las «tazas de té» de las atracciones y luego cenamos tallarines chinos.

—Eso está bien —dijo Honda, mostrando sus dientes postizos.

Debería haber sido la vieja sonrisa, blanda e insustancial que se acomodaba a los dientes postizos; pero Honda parecía genuinamente complacido. Tôru se sintió ofendido.

Desde que se instaló a vivir en casa de Honda, Tôru conocía cada mañana el opulento placer de extraer la pulpa de pomelo importado y cortarla en fragmentos con un cuchillito curvo. La inmensa abundancia del zumo, tenuemente amargo, la brillante blancura de la pulpa, madura en su plenitud, penetraban con su vigor en la pereza matinal de sus encías.

—Furusawa tiene mal aliento. Apenas puedo soportarlo cuando estudiamos juntos —dijo Tôru al tiempo que mostraba una equívoca sonrisa.

—Me pregunto por qué. ¿Piensas que será debido a alguna afección gástrica? Pero exageras. Creo que podrás soportarlo. No es probable que encuentres un profesor más capacitado.

—Supongo que no.

Retrocediendo un paso, Tôru concluyó su pomelo. Un pedazo de tostada, cuidadosamente observado, despedía a la luz de esta mañana de noviembre el brillo del cuero bien curtido. Tôru contempló cómo se fundía la mantequilla en la tostada y luego la mordió, cuidando de seguir las instrucciones que había recibido de Honda.

—Sí, Furusawa es un buen hombre —dijo tras el primer bocado—. ¿Pero has examinado sus ideas?

Le complació advertir cómo asomaba al rostro de Honda una confusión de tipo vulgar.

—¿Te ha dicho algo?

—Nada en especial. Mas no consigo deshacerme de la idea de que ha estado o está aún implicado en algún movimiento político.

Honda se mostró sorprendido. Confiaba en Furusawa y estaba seguro de que a Tôru le agradaba. Desde el punto de vista de Honda, la advertencia de Tôru tenía su base en la confianza y en la comprensión. Pero desde el punto de vista de Furusawa era claramente el informe de un confidente secreto. A Tôru le divertía observar cómo resolvería Honda este delicado problema ético.

Honda advirtió que no iba a formular el juicio fugaz que habitualmente atribuía al bien y al mal. Juzgada conforme a un amplio humanitarismo, en los términos que complacían a Honda, la conducta de Tôru era fea; pero juzgada de acuerdo con la

imagen que Honda se había hecho del propio Tôru, merecía ser creído. Honda se hallaba a punto de confesar que lo que buscaba en Tôru era la fealdad.

Para que Honda se sintiera más a gusto y brindarle la ocasión de una leve reprimenda, Tôru arrancó puerilmente con los dientes un buen pedazo de la tostada y desperdigó deliberadamente las migas sobre sus rodillas. Pero Honda no se dio cuenta.

No censuraría a Tôru por el elemento de bajeza en esta primera muestra de confianza de la que había dado prueba. Por otro lado, el viejo sentido de la ética exigía de Honda que informara a Tôru de la impropiedad de convertirse en delator, sea cual fuere la razón. Y así, algo más bien mezquino se hallaba a punto de irrumpir en esta plácida escena del desayuno.

Sus manos tropezaron torpemente cuando los dos las tendieron para alcanzar el azucarero.

Un azucarero que brilla con el reflejo de la traición a la luz de la mañana. Sentimientos de culpabilidad por haber tendido simultáneamente las manos. Le dolió a Honda pensar que éste había sido el primer atisbo de un lazo paternofilial.

A Tôru le complació sobremanera aquella evidente confusión. Era capaz de advertir los titubeos de Honda que no podía manifestar el patente axioma: es preciso mostrar confianza y respeto a alguien a quien siquiera momentáneamente se ha considerado maestro. Por vez primera se tornó clara la pugna interna de Honda y la maldad oculta en sus afanes educativos. Tôru se sintió como un niño liberado que escupe unas pipas de sandía.

—Bueno, déjame a mí. Tú sigue como hasta ahora. No te preocupes de otra cosa que no sean tus estudios. Déjame todo lo demás a mí. Lo principal es que apruebes.

—Tienes toda la razón —repuso Tôru, sonriendo complacido.

Honda reflexionó todo un día. Al siguiente pidió a un conocido de la División de Seguridad Pública de la Policía metropolitana que investigara. Al cabo de unos días llegó un informe. Furusawa había pertenecido a un grupo extremista de estudiantes. Honda recurrió a un pretexto trivial para despedirle.

Capítulo 20

De vez en cuando Tôru escribía a Kinué y recibía largas respuestas. Había de proceder con cuidado al abrir los sobres porque cada uno contenía una flor prensada de la temporada. A veces ella se disculpaba por enviarle una flor de invernadero a falta de flores silvestres en aquella época.

Envuelta en papeles, la flor era como una mariposa muerta. En vez de polvillo de las alas, había polen que sin embargo permitía imaginar que voló cuando vivía. Alas muertas y muertos pétalos son lo mismo. La evocación del color que voló a través del cielo y la evocación del color en la quietud y la resignación.

Sólo tras leer la carta reconoció un fragmento, seco y cobrizo como la piel de un indio, las vigorosas y rojas hilachas, desgarradas y rotas tras haber sido aplastadas, del pétalo de un bermejo tulipán de invernadero.

Las cartas constituían la interminable confesión que solía formular en la estación de comunicaciones. Invariablemente describían prolijamente su soledad tras la ausencia de Tôru y su deseo de ir a Tokio. Él siempre replicaba que debería tener paciencia por muchos que fueran los años que transcurriesen. Ya encontraría la ocasión de hacer que viniera.

A veces, tras haber estado tanto tiempo separados, llegaba casi a pensar que era bella. E inmediatamente se echaba a reír. Sin embargo deseaba saber lo que aquella muchacha lunática había significado para él.

Necesitaba una locura que entenebreciera su propia claridad. Debería tener junto a sí a alguien que viera de manera completamente diferente todas las cosas que él veía con tal claridad, nubes, naves, el sombrío vestíbulo de la casa de Honda o el programa de todas sus lecciones hasta el día de los exámenes, clavado en la pared de su habitación.

A veces Tôru anhelaba su liberación. La dirección estaba clara. Había de ser la dirección hacia lo incierto, el campo tras este mundo claramente definido, un campo cuyos fenómenos se precipitaran por una cascada.

Inconscientemente, Kinué desempeñaba el papel del visitante amable que aportaba libertad a la jaula.

No era eso sólo.

Llevaba el bálsamo para una cierta comezón en su seno. Una comezón hasta el grado de una herida. Su corazón era como un penetrante trépano que sobresaliera de su envoltura con la comezón de herir a alguien. Tras haber hecho pedazos a Furusawa, buscaba otro objetivo. Su limpidez, exenta de la última mota de herrumbre, más pronto o más tarde se desencadenaría. Tôru advertía que era capaz de algo más que de observar. La conciencia determinaba tensión y las cartas de Kinué le daban sosiego. No podía herirla porque era una loca.

El lazo más fuerte que existía entre los dos era su certidumbre de que él mismo no podía ser herido.

Apareció un sucesor de Furusawa, un estudiante del tipo más corriente. Tôru confiaba en desembarazarse también de los otros dos profesores en el plazo de dos meses porque no quería deberles nada cuando aprobara los exámenes.

Pero le retenía la cautela. Si Tôru derrochaba sus energías en personajes tan secundarios, Honda comenzaría a alimentar sospechas. Podría empezar a desatender las quejas de Tôru y, aun aceptando la verosimilitud de las faltas, hallar faltas en las mismas quejas. Y desaparecería el secreto placer. Tôru llegó a la conclusión de que debía mostrarse paciente. Había de aguardar a que apareciera alguien a quien valiera sobradamente la pena herir. Quien quiera que fuese proporcionaría un medio, incluso indirecto, de herir al propio Honda. Un medio que no dejara lugar al resentimiento. Un medio muy propio de Tôru, inmaculado y limpio, de que Honda sólo pudiera culparse a sí mismo.

¿Y quién penetraría en su vida, como una nave que surge en el lejano horizonte? Como los barcos que previamente cobraban forma en la mente de Tôru así aparecería un día su víctima, una sombra, ni nave ni espejismo, sin recelos y vulnerable, siguiendo los dictados del trépano en su corazón. Tôru casi llegó a alentar esperanzas.

Capítulo 21

Tôru ingresó en la escuela preparatoria que había elegido.

En su segundo año sobrevino una propuesta a través de un mediador adecuado. Una cierta persona tenía una hija casadera en la que pensaba que podría estar interesado Tôru. Tôru había alcanzado ya la edad legal para contraer matrimonio pero aún tenía sólo dieciocho años. Honda desdeñó la oferta. La otra persona, sin embargo, insistió y a través de otro mediador formuló nuevamente la propuesta; como el segundo hombre era una eminencia en el mundo de la abogacía, Honda no pudo rechazarla sin más.

Honda ansiaba algo: una esposa joven, contraída por el dolor ante la pérdida de su marido de veintiún años. Vestiría los pálidos y bellos tintes de la tragedia y así, sin gasto alguno, Honda conseguiría un nuevo encuentro con una pura cristalización de la belleza.

El sueño se hallaba más bien en desacuerdo con sus planes educativos. Sin embargo, de no haber habido en absoluto margen para el sueño y de no haber existido una sensación de crisis, Honda difícilmente se habría ocupado de unos planes encaminados a proporcionar a Tôru una vida larga y exenta de belleza. Lo que Honda temía era lo que Honda esperaba, lo que Honda esperaba era lo que Honda temía.

La propuesta fue repetida a intervalos apropiados, como el agua que gotea a través del techo. A Honda le divertía ser visitado por esa eminencia y escuchar su desesperada súplica. Juzgó que era demasiado pronto para decírselo a Tôru.

Honda se sintió fascinado con la fotografía que le trajo el anciano. La chica tenía dieciocho años y era una belleza, con una cara pequeña y delicada en la que nada había de brillante ni de moderno. Existía belleza en el tenue gesto de sorprendido resentimiento con que se enfrentaba al fotógrafo.

—Sí, es muy bella. ¿Es además físicamente fuerte? —preguntó Honda con una intención totalmente opuesta a la que debió suponer su amigo.

—Puedo asegurarle que la conozco muy bien. Es mucho más fuerte de lo que le permitiría creer esta fotografía. No ha padecido ninguna enfermedad seria. La salud, desde luego, es lo más importante. Fue su padre quien eligió la fotografía y me parece que se decidió por una de aire anticuado.

—¿Posee entonces un carácter alegre?

—No, me temo, si esa expresión supone una indicación de frivolidad.

Era una respuesta equívoca. Honda quería conocer a la muchacha.

Resultaba evidente que en la oferta se había tomado en consideración la riqueza de Honda. Sólo ésta podía explicar el ahínco por un novio de dieciocho años, fuera

cual fuese su talento. El objeto tentador tenía que ser apresado antes de que alguien más advirtiera sus posibilidades.

Honda era perfectamente consciente de todo eso. Y si había de aceptar la propuesta, la razón obvia sería dominar las ansias de un muchacho difícil de dieciocho años. Pero Tôru se le antojaba suficientemente dominado. En consecuencia los intereses de las dos partes eran cada vez más divergentes y Honda no veía razón alguna para proseguir las conversaciones. Experimentaba una cierta curiosidad acerca del contrato entre padres y la propia y bella candidata. Deseaba ver cómo exhibía su codiciosa dignidad. La familia que había hecho la oferta era de gran relieve pero tales consideraciones ya no preocupaban a Honda.

Se propuso la celebración de una cena en la que se hallarían presentes Tôru y la muchacha. Honda rechazó la sugerencia. En vez de eso él y la persona que había presentado la propuesta cenaron con la familia de la chica.

Durante dos o tres semanas, a sus setenta y ocho años, Honda se vio preso de la tentación. Vio a la muchacha en la cena e intercambiaron algunas breves frases. Recibió varias fotografías más. De ahí, la tentación.

No había dado una respuesta favorable ni llegado a una decisión pero su envejecido corazón era víctima de impulsos que su razón no podía dominar. El empecinamiento de la ancianidad le producía una comezón. Ansiaba mostrar las fotografías a Tôru y observar su reacción.

El propio Honda no sabía qué le había poseído, pero en la tentación operaban la felicidad y el orgullo. Sabía muy bien que si informaba de la propuesta a Tôru habría alcanzado un punto del que ya no podría volverse atrás. Pero en su obstinación no atendía a razones.

Anhelaba ver los resultados del emparejamiento, del choque de los dos unidos, una bola de billar blanca y otra carmesí. Estaría bien que a Tôru le gustase la chica y estaría bien que a la chica le gustase él. Ella le lloraría cuando muriese, él se sentiría excitado por su codicia y llegaría a ver a la humanidad tal cual es. De cualquier manera para Honda sería un resultado placentero. Una especie de fiesta.

Honda era demasiado viejo para alimentar pensamientos solemnes acerca de la naturaleza de la vida humana. Había alcanzado una edad en la que podía justificar juegos maliciosos. Fuera cual fuese la malicia la muerte estaba próxima para repararla. Había alcanzado una edad en la que la juventud era un juguete, la humanidad una colección de muñecas de barro, una edad en la que, poniendo los ritos al servicio de sus propios fines, podía entregarse honrada y sinceramente al juego del cielo nocturno.

Cuando los demás eran como si nada fuesen, rendirse ante tales tentaciones se trocaba en un género de destino.

Una noche, ya avanzada, Honda acudió al estudio de Tôru. Enmohecido por las lluvias estivales, era el estudio de estilo inglés que él había heredado de su padre. A Honda le desagradaba el aire acondicionado y había un tenue brillo de sudor en el blanco pecho de Tôru. A Honda se le antojó que tenía ante sí una hortensia blanca en toda su plenitud y ya condenada.

—Pronto llegarán las vacaciones del verano.

—Pero antes vendrán los exámenes.

Tôru mordisqueó la chocolatina que le había ofrecido Honda.

—Comes como una ardilla —dijo Honda, sonriendo.

—¿Cómo?

Tôru también sonrió. Era la sonrisa de alguien a quien no es posible herir.

Observando su pálido rostro, Honda pensó que ese verano el sol lo quemaría hasta tostarlo. Era una cara que no parecía correr el riesgo de granos. Con una deliberada desenvoltura, abrió un cajón y colocó ante Tôru, sobre la mesa, una fotografía.

Tôru se comportó espléndidamente. Honda no perdió detalle. Tôru la examinó primero con la solemne atención de un guardia que estudia un salvoconducto. Sus ojos interrogadores se alzaron hasta Honda y luego volvieron a la fotografía. Entonces reveló una curiosidad pueril y se ruborizó hasta las orejas. Dejando de nuevo la foto en la mesa, introdujo un dedo en la oreja.

—Es muy bella —dijo, con un tinte de irritación en su voz.

Muy, muy espléndido, pensó Honda. Había algo poético en la juventud de su respuesta (y la había formulado en un momento de crisis). Honda olvidó que Tôru había respondido como él quería que respondiera.

Era una compleja amalgama, como si la conciencia de sí mismo en Honda hubiese desempeñado por un instante un papel juvenil, disimulando su confusión con un rastro de rudeza.

—¿Te gustaría conocerla? —preguntó Honda quedamente.

Tosió algo nervioso, esperando que la próxima respuesta fuese apropiada. Tôru se puso ágilmente en pie y se inclinó para palmear la espalda de Honda.

—Sí.

La palabra era casi un gruñido. Aprovechando el hecho de que su padre no podía verle, sus ojos relucían cuando se dijo a sí mismo: «La espera lo ha merecido. He aquí alguien a quien vale la pena herir».

Más lejos, al otro lado de la ventana, llovía. Una lluvia triste y solitaria como un negro líquido que a la luz de la ventana proporcionaba a las cortezas de los árboles un vaporoso brillo. De noche, los trenes del Metro, que por allí corrían por encima del nivel del suelo, hacían temblar la tierra. Las brillantes luces de las ventanillas cuando el tren tornaba a sumirse bajo tierra devolvieron una visión a Tôru, que aún palmeaba

la espalda de su padre. Allí no había en la noche rastro alguno de un barco.

Capítulo 22

Supongamos que sales con ella durante un tiempo. Si no te agrada, simplemente lo dices. No existe ningún compromiso.

Tôru acudió a cenar una noche, ya iniciadas las vacaciones de verano. Tras la cena y a una indicación de su madre de que podía mostrarle su habitación, Momoko Hamanaka le llevó escaleras arriba. Era una amplia estancia al estilo occidental, femenina del uno al otro rincón, la primera experiencia que Tôru tenía de algo profundamente femenino.

De un rosa exuberante. Había feminidad en cada detalle del empapelado de las paredes, en las muñecas, en los accesorios. Exhalaban un seductor encanto juvenil. Tôru se sentó en un sillón. El grueso abigarrado cojín era un obstáculo a la posición sedente.

Momoko tenía una apariencia de madurez y sin embargo era indudable que todos aquellos detalles se debían a su elección. La fría palidez, un tanto descolorida, se acomodaba a sus rasgos anticuados no demasiado pronunciados. Su solitaria ansiedad la convertía en el único objeto que desentonaba de aquel encanto seductor. Su belleza parecía formalmente perfecta en exceso y como en la perfección formal de una cigüeña de papel había en ella algo ominoso.

Su madre trajo el té y se retiró. Los dos se habían visto antes en varias ocasiones pero se hallaban solos por vez primera. Este hecho no produjo nuevas tensiones. Momoko se sentía segura en el convencimiento de haber obedecido unas instrucciones. Tôru pensó que debía despertarla al peligro.

Le había repelido todas las solemnes atenciones durante la cena. Pero su disgusto estaba a punto de abandonarle. Se llevaba a cabo un emparejamiento. Un amor delicado tomado con pinzas y coloreado. El pastel estaba ya en el horno. Para Tôru tanto daba que hubiese ido por su propia voluntad o que hubiera sido puesto allí. No tenía razones para sentirse descontento de sí mismo.

Lo primero que hizo Momoko cuando se quedaron solos fue escoger un álbum entre cuatro o cinco numerados y entregárselo a Tôru. Así él pudo ser consciente de su mediocridad esencial. Lo abrió sobre sus rodillas y vio a un bebé con un babero, bien abiertas las piernas. Los pañales hinchaban las bragas hasta darle la apariencia de un caballero flamenco. La boca tenía, aun sin dientes, un tono rosáceo oscuro. Tôru preguntó quién podía ser aquel bebé.

La consternación de Momoko fue portentosa. Echó una mirada al álbum, puso una mano sobre la fotografía y le arrebató el álbum. Aferrándolo contra su pecho, se volvió hacia la pared, respirando con fuerza.

—Es verdaderamente horrible. Los números estaban equivocados. No pretendía que vieras éste. ¿Qué haré ahora?

—¿Es un secreto que hubo un tiempo en que eras un bebé?

—Qué frío eres. Como un médico.

Después de haberse calmado, Momoko devolvió el álbum a su lugar. Tras su equivocación, Tôru estaba seguro de que en el siguiente álbum vería a Momoko a los diecisiete años.

Pero el siguiente álbum contenía unas fotografías, en verdad anodinas, de un reciente viaje. Cada foto mostraba cuán popular era Momoko. Era un archivo de tediosa felicidad. Mucho más que por las fotografías de un reciente viaje a Hawaii, Tôru se sintió atraído por una imagen de Momoko en el jardín y junto a una hoguera. Había sido tomada en una noche del otoño anterior. La hoguera poseía unos vivos y sensuales tonos bermejos. Acurrucada junto al fuego, Momoko poseía la grandeza de una bruja.

—¿Te gusta el fuego? —preguntó.

Captó el titubeo en sus ojos. Experimentó la extraña seguridad de que se hallaba menstruando cuando miraba al fuego. ¿Y ahora?

¡Cuán pura y abstracta hubiese sido su malicia si se hubiera hallado libre de la atracción sexual! Advirtió que este nuevo reto no resultaría tan fácil como había sido deshacerse de su profesor. Pero tenía confianza en su frialdad, por mucho que pudiera ser amado. Radicaba en el reino añil dentro de él.

Capítulo 23

No queriendo dejar solo a Tôru, Honda se lo llevó a Hokkaido aquel verano.

Su programa era sosegado. No deseaban excesiva agitación. Keiko, a quien ya le resultaba difícil viajar con Honda, fue sola a Ginebra. El embajador japonés en Suiza era pariente suyo. Los Hamanaka querían pasar dos o tres días con los Honda y en consecuencia las dos familias alquilaron habitaciones en Shimoda. Abrumado por el calor del estío, Honda rara vez abandonaba su dormitorio dotado de aire acondicionado.

Acordaron cenar juntos todas las noches. Los Hamanaka acudieron en busca de Honda. ¿Dónde estaba Momoko?, preguntaron. Había llegado un poco antes, respondió Honda y había salido al jardín con Tôru. Y en consecuencia los Hamanaka se sentaron y aguardaron a que volvieran los dos jóvenes.

Honda permanecía junto a la ventana, con un bastón en la mano.

Todo resultaba muy estúpido. No sentía hambre y el menú era parco. Sin necesidad de ir al comedor sabía cuán vulgar era el esparcimiento familiar que le aguardaba. Y la conversación de Hamanaka en la mesa era el tedio mismo.

Las relaciones sociales se imponen a los viejos. Aunque le dolieran todas sus articulaciones un hombre de setenta y ocho años sólo podía ocultar su desinterés si recurría a un despliegue de ingenio y de buen humor. Pero el desinterés no perdía por eso su importancia. Era la única manera de vencer a la necedad del mundo. El desdén de una playa que cada día recibe a las olas y a los pedazos de madera que arrastra hasta allí el mar.

Honda había pensado que, fruncidos los labios y rodeado de criados, aún tenía en sí una pequeña vida, una escueta perspicacia con la que enfrentarse a los días de labios fruncidos y a los criados. Pero le había abandonado. Todo lo que en realidad le restaba era una impresión abrumadora de insensatez y una vulgaridad que se fundía en monotonía. Cuán numerosas eran las manifestaciones de lo vulgar. La vulgaridad de la elegancia, la vulgaridad del marfil, la vulgaridad de la santidad, la vulgaridad de la locura, la vulgaridad erudita, la vulgaridad del que pretende ser docto, la vulgaridad coqueta, la vulgaridad del gato persa, la vulgaridad de monarcas y mendigos, de orates, de mariposas, de cantáridas. La reencarnación era el pago de la vulgaridad. Y la suprema y desde luego única fuente de todo era el deseo de vivir. El propio Honda formaba sin duda parte de aquello. Lo que le distinguía era su insólito y agudo sentido del olfato.

Miró de soslayo a la pareja de seres envejecidos que tenía ante él. ¿Por qué habían penetrado los dos en su vida? La superfluidad de su presencia se enfrentaba a su sentido del orden. Pero ahora no había remedio. Allí estaban, sonrientes en su sofá, como si estuvieran dispuestos a aguardar una década.

Shigehisa Hamanaka, de cincuenta y cinco años, era el antiguo jefe de un clan feudal del Nordeste. Trataba de envolver en un aire bohemio el ahora huero orgullo de la familia. Había llegado incluso a escribir un libro de ensayos, *El Jefe*, que había alcanzado un éxito moderado. Era presidente de un Banco cuyas oficinas centrales radicaban en su antiguo feudo y había conseguido renombre en los barrios frívolos como un hombre de gusto al viejo estilo. Aun mostraba una abundante y negra mata de pelo sobre las gafas de montura de oro y el rostro almendrado, pero la impresión más fuerte que suscitaba era de insipidez. Narrador de anécdotas, muy seguro de sí, siempre se concedía la pausa apropiada antes de llegar a la ingeniosa conclusión. Un interlocutor inteligente que se esforzaba por suprimir los preliminares, persona de suave ironía que nunca olvidaba su respeto por los ancianos, jamás hubiera imaginado que era tedioso.

Taeko, su esposa, procedía de la aristocracia militar. Era una mujer obesa y de rasgos toscos. Por fortuna la hija se parecía al padre. Lo único de lo que Taeko podía hablar era de la familia. Nunca había ido a cines o teatros. Su vida transcurría ante un televisor. Se sentían muy orgullosos del hecho de que sus otros tres hijos se hubieran casado y vivieran independientemente y de que sólo les quedara Momoko.

La elegancia de otros tiempos se tornaba así trivialidad. A Honda le resultaba imposible soportar a Shigehisa cuando hablaba en términos desenfadados de la revolución sexual y a Taeko cuando le respondía escandalizada. Shigehisa empleaba las respuestas chapadas a la antigua de su mujer como parte de sus exhibiciones.

Honda se preguntó por qué no podía ser más tolerante. Sabía cómo se tornaba en una carga cada vez más pesada entablar nuevas relaciones, cuán difícil era lograr una sonrisa. El desdén era desde luego la primera emoción que surgía, pero incluso con éste experimentaba serias dificultades en estos tiempos. Pensaba cuán más fácil sería responder escupiendo en vez de proferir palabras aunque las palabras llegaran a sus labios, pero las palabras eran la tarea que subsistía. Con ellas un anciano podía retorcer el mundo como quien destroza el calado de una celosía.

—Qué joven parece usted ahí de pie —dijo Taeko— como un soldado.

—Una comparación muy inapropiada, querida mía. No debes comparar a un juez con un soldado. Nunca olvidaré a un domador de fieras que vi una vez en un circo en Alemania. Eso es lo que me parece el señor Honda.

—Pues a mí me parece mucho más inapropiada esta comparación, querido mío.
—Taeko parecía terriblemente divertida.

—No estoy adoptando una pose, créanme. Me he colocado aquí para ver la puesta del sol y a los jóvenes del jardín.

—¿Puede verlos?

Taeko acudió y se colocó junto a Honda. Shigehisa, con dignidad, abandonó también su asiento.

El jardín se extendía bajo la ventana del tercer piso. Era circular y se hallaba rodeado por un paseo que descendía hasta el mar. Había allí dos o tres bancos entre los arbustos. De la piscina, situada en un nivel inferior, regresaban algunos pocos grupos familiares con las toallas sobre los hombros. Arrojaban largas sombras vespertinas sobre el césped.

Momoko y Tôru paseaban de la mano hacia la mitad del círculo. Sus sombras se prolongaban hacia el Este. Era como si mordieran sus pies dos grandes tiburones.

La brisa del atardecer hinchaba la camisa de Tôru y agitaba los cabellos de Momoko. Constituían una pareja corriente, un chico y una chica, pero para Honda eran tan insustanciales como la gasa de un mosquitero. Las sombras representaban la sustancia. Habían sido corroídos por los sombras, por la profunda melancolía de un concepto. Eso no era vida, pensó Honda. Se trataba de algo menos fácilmente excusable. Y el hecho terrible era que probablemente Tôru lo sabía.

Si la sombra era la sustancia, entonces la transparencia a ella aferrada tenía que ser la de unas alas. ¡Volar! ¡Volar sobre la vulgaridad! Los miembros y la cabeza constituían una superfluidad, harto concreta. Si el desdén en él fuese tan sólo un poco más intenso, Tôru podría volar, la mano de la muchacha en la suya; pero Honda lo había vedado. Honda ansiaba con todas las fuerzas de su impotencia senil lograr que actuara su envidia y dar alas a los dos; mas ni siquiera la envidia ardía ya con mucho vigor dentro de él. Sólo ahora la veía tal como era, la emoción más fundamental que había sentido hacia Kiyoaki e Isao, la fuente de todo lirismo en un hombre intelectual, la envidia.

Muy bien, entonces. Supongamos que él concibiese a Tôru y a Momoko como los más soeces, los menos tentadores manjares de juventud. Ellos actuarían, caerían, caerían el uno en brazos de la otra, como un par de marionetas. Bastaba con que moviera un dedo. Movi6 dos o tres dedos sobre su bast6n. La pareja del césped camin6 hacia el sendero del talud.

—Míralos. Aquí estamos esperando y parecen que pretenden ir más allá.

Taeko acerc6 su mano al codo de su marido. Había un acento de excitaci6n en su voz.

Frente al mar, la pareja de jóvenes cruz6 entre los arbustos y se sent6 en uno de los toscos bancos de madera. Por el ángulo de las cabezas Honda pudo advertir que estaban contemplando el ocaso. Una mancha negra sali6 de debajo del banco. Honda no pudo distinguir si se trataba de un gato o de un perro. Momoko se puso en pie sorprendida. Tôru, alzado junto a ella, la tom6 en sus brazos.

—Bueno, ahora.

Las voces de sus padres, observando a través de la ventana, se alzaban suavemente como escarzo de dientes de le6n.

Honda no observaba. Quien sabe no contempla a través de su mirilla. Allí junto a

la iluminada ventana representaba a medias en su corazón los movimientos que su conciencia le había ordenado, orientándolos con la fuerza de todas sus facultades.

—Eres joven y debes dar prueba de una vitalidad aún más estúpida. ¿Habré de atronarte? ¿Un súbito rayo? ¿Tendremos que disponer algún curioso fenómeno eléctrico como hacer que broten llamas de los cabellos de Momoko?

Un árbol tendía como una araña sus ramas hacia el mar. Comenzaron a trepar por el tronco. Honda podía sentir la tensión en la pareja que tenía a su lado.

—No debería haberle dejado que llevara pantalones. —Taeko parecía a punto de echarse a llorar—. Esa pequeña tunanta.

Entrelazaron sus piernas en torno de las ramas y se columpiaron. Cayeron hojas dispersas hacia el suelo. Un árbol entre los demás parecía haber enloquecido. Los dos eran como grandes aves contra el cielo del atardecer.

Momoko fue la primera en saltar del árbol. Pero no se lanzó con suficiente audacia y sus cabellos se enredaron en una de las ramas bajas. Tôru la siguió y trató de desenredarlos.

—Están enamorados. —Taeko asentía sollozando una y otra vez.

Pero Tôru tardaba demasiado tiempo. Honda supo inmediatamente que a propósito enmarañaba aún más los cabellos. Sus delicados y exagerados esfuerzos desencadenaron una punzada de miedo. Confiada en su ayuda, Momoko trató de desembarazarse de la rama. El dolor fue agudo. Simulando que sin intención alguna empeoraba las cosas cuanto más lo intentaba, Tôru se montó en la rama baja como un jockey. Momoko, de espaldas a él, tiró de la larga coleta. Sollozaba y se cubría la cara con las manos.

Desde la ventana del tercer piso, al otro lado del espacioso jardín, era como una escena recogida en cera, como una silenciosa y pequeña pantomima. La grandeza estaba en la luz del ocaso, un alud que caía hacia el mar, en el resplandor de la luz que se precipitaba al mar desde las nubes, reliquias de lluvias de sol a lo largo de la tarde. Por obra de la luz, los árboles y las islas de la bahía, muy próximas, extendían el color en líneas duras y sutiles. La claridad era terrible.

—Están enamorados —dijo Taeko una vez más.

Un brillante arco iris se tendió sobre el mar como un afloramiento de la luz del sol en el corazón de Honda ante la necesidad de la escena.

Capítulo 24

Fragmentos del diario de Tôru Honda.

«No puedo excusarme de los diversos errores que estoy cometiendo a propósito de Momoko. Y ello porque hay que partir de la claridad y el más pequeño error de cálculo determina fantasía y la fantasía produce belleza.

»Jamás fui un devoto suficientemente apasionado de la belleza para creer que ésta produce fantasía y la fantasía es origen de errores de cálculo. Cuando aún era bisoño, en la estación de comunicaciones a veces identificaba erradamente un barco. Sobre todo de noche, cuando es difícil calcular la distancia entre las luces de los mástiles. En ocasiones confundía un ruin y diminuto pesquero con un mercante internacional y le enviaba una señal, pidiéndole que se diera a conocer. No acostumbrado a semejante trato, en ocasiones el pesquero contestaba dando el nombre de una estrella de cine. No era, sin embargo, cosa de gran belleza.

»La belleza de Momoko cumple desde luego todas las normas objetivas. Su amor me es necesario y debo entregarle la hoja con la que ella misma se corte. Un abrecartas no será suficiente.

»Sé muy bien que las demandas más firmes e insistentes no proceden de la razón ni de la voluntad sino del deseo sexual. En ocasiones se interpretan erróneamente como lógicas las prolijas exigencias del sexo. Creo que, para no confundirlas, he de tener otra mujer en lo que al sexo se refiere. Y ello porque los deseos más sutiles y delicados del mal no se cifran en una herida física sino espiritual. Conozco muy bien la naturaleza del mal en mi seno. Radica en las insistentes demandas de su propia conciencia, en una conciencia transformada en deseo. O, por expresarlo de distinta manera, ha sido una claridad en su forma más perfecta, representando su papel en las más lóbregas profundidades.

»A veces pienso que sería mejor que estuviese muerto. Porque mis planes pueden alcanzar realidad en el lejano extremo de la muerte. Porque allí puedo hallar una verdadera perspectiva. Lograrla mientras aún sigo con vida es una tarea extraordinariamente difícil. ¡Sobre todo cuando uno sólo tiene dieciocho años!».

«Me resulta muy duro entender a los Hamanaka. No hay duda de que desean que permanezcamos prometidos durante cinco o seis años y que luego ejercerán su opción y nos harán miembros dignos de la sociedad mediante un solemne matrimonio. ¿Pero qué garantías tienen? ¿Deben poseer semejante confianza en la belleza de su hija? ¿O es que han puesto grandes esperanzas en una indemnización por ruptura del compromiso?

»No, dudo de que hayan llegado verdaderamente a calcular todas las

posibilidades. Asumen la visión más cruda y vulgar de las relaciones entre hombre y mujer. A juzgar por sus gestos de admiración cuando oyen hablar de mi cociente intelectual, uno imaginaria que han consagrado todas sus energías al estudio del talento y sobre todo al talento con dinero.

»Momoko me llamó por teléfono desde Karuizawa el día en que regresé de Hokkaido. Quería verme y en consecuencia yo había de ir a Karuizawa. Era indudable que sus padres estaban tras el proyecto. Había tal acento de artificio en su voz que me atreví a mostrarme cruel. Le repliqué que, dado que me hallaba tan consagrado a mi preparación del ingreso en la Universidad, me era imposible aceptar su amable invitación. Y cuando colgué experimenté una inesperada sensación de tristeza. La negativa es en sí misma una especie de concesión y resultaba natural que la concesión aportara una sombra de tristeza sobre la propia dignidad. No lo siento.

»El verano casi ha concluido. Soy muy consciente de su paso. Tan intensamente como puedan expresarlo las palabras. Hoy en el cielo hay nubes aborregadas y cúmulos y en el aire un leve matiz de aspereza.

»El amor debe proseguir pero mis emociones no deben ir tras de nada. Tengo sobre mi mesa el pequeño regalo que Momoko me entregó en Shimoda. Es un fragmento enmarcado de coral blanco. Por detrás, en dos corazones traspasados, lleva la inscripción: “De Momoko para Tôru”. No comprendo cómo puede seguir mostrándose poseída por gustos tan pueriles. El marco está relleno de minúsculos pedacitos de estaño que al agitarlo se alzan como las blancas arenas del mar y el cristal está medio empañado de añil. La bahía de Suruga que conocí se halla comprimida en un marco que abarca treinta centímetros cuadrados; se ha convertido en una lírica miniatura, que me ha sido impuesta por una muchacha. Pero por pequeño que sea el coral posee su propia crueldad, grande y fría, mi conciencia inviolable en el corazón de su lirismo».

«¿De dónde proceden las dificultades en mi existencia? ¿O por decirlo de otra manera, la ominosa tersura y disposición de mi existencia?

»A veces pienso que semejante serenidad se debe al hecho de que mi existencia es una imposibilidad lógica.

»No es que yo formule a mi ser difíciles preguntas. Vivo y me muevo sin un poder motivador pero eso es tan imposible como el movimiento perpetuo. Tampoco es mi destino. ¿Cómo puede ser un destino lo imposible?

»Parece como si desde el momento en que nací en esta Tierra mi ser supiera que era contra toda razón. No nací con defecto alguno. Nací como un ser humano imposiblemente perfecto, una perfecta película negativa. Pero este mundo está lleno de positivos imperfectos. Sería terrible para ellos revelarme, cambiarme en un positivo. Por eso es por lo que me temen tanto.

»Lo que más me ha divertido ha sido el solemne precepto de que sea fiel a mí mismo. Eso es una imposibilidad. Si hubiera tratado de obedecerlo, habría muerto inmediatamente. Sólo hubiera podido significar hacer una unidad del absurdo de mi existencia.

»Habrían existido medios de no haber poseído yo dignidad. Sin dignidad habría resultado fácil lograr que otros y yo también aceptáramos todo género de imágenes distorsionadas. ¿Pero es tan humano ser desesperadamente monstruoso? Aunque desde luego el mundo se siente seguro cuando lo monstruoso es realidad.

»Soy muy cauteloso pero me falta en gran medida el instinto de autoconservación. Y tanto me falta que a veces me embriaga la brisa a través del foso. Como el peligro es lo habitual, no existen crisis. Bien está tener un sentido del equilibrio porque no me es posible vivir sin un milagroso género de equilibrio; pero de repente se torna en un cálido sueño de desequilibrio y colapso. Cuando más grande es la disciplina, mayor es la inclinación a la violencia y llego a cansarme de accionar el botón de control. No debo creer en mi propia docilidad. Nadie sabe qué sacrificio constituye para mí mostrarme amable y dócil.

»Pero mi vida ha sido sólo deber. He sido como un torpe grumete. Sólo gracias a los mareos y las náuseas he podido sustraerme al deber. La náusea correspondía a lo que el mundo llamaba amor».

«Por alguna razón a Momoko no le agrada venir a casa conmigo. Después de la escuela charlamos aproximadamente durante una hora en la “Cafetería Renoir”. A veces nos divertimos de un modo inocente en el parque, montando en la montaña rusa. A los Hamanaka no les preocupa mucho que su hija llegue tarde a su casa con tal de que no haya anochecido. Aunque naturalmente a veces la llevo al cine y he de informarles de antemano que volveremos tarde. No hay gran placer en estos encuentros previamente conocidos así que a veces tenemos otros, más breves.

»Momoko vino hoy de nuevo a “Renoir”. Quizás parezca anticuada pero se comporta como cualquier otra chica en las cosas desagradables que tiene que decir acerca de sus profesores, en los chismorreos sobre sus amistades, en charlar, si bien con la desdeñosa máscara de la indiferencia, sobre la conducta escandalosa de las estrellas de cine. Bromeo un poco, haciendo gala de una tolerancia masculina.

»Me falta valor para escribir más porque en la superficie mis reservas no parecen distintas de las reservas inconscientes de todos los demás jóvenes. Sea cual fuere mi perversidad, Momoko no la siente como tal. Así que doy rienda suelta a mis sentimientos. Sin proponérmelo, me torno sincero y honrado. Si realmente lo fuese entonces las contradicciones éticas en mi existencia quedarían al aire como las orillas fangosas en la marea baja, pero las peores son las que aún no están al descubierto. Cuando las aguas retroceden dejan atrás un punto en el que mis frustraciones no

resultan diferentes de las de cualquier otro joven, la tristeza que surca mi ceño traza una arruga no distinta a la de cualquier otro. No sería Momoko quien me sorprendiera allí.

»Estaba equivocado al pensar que a las mujeres les atormentan las dudas acerca de si son amadas. He deseado sumir a Momoko en la duda pero esta bestia pequeña y rápida ha eludido la captura. De nada serviría decirle que no la quiero. Pensaría que yo estaba mintiendo. Mi único recurso es aguardar y conseguir que sienta celos.

»A veces me pregunto si no he cambiado de alguna manera al disipar mi sensibilidad recibiendo a todas aquellas naves. Han tenido que tener algún efecto en mí. Los barcos nacían de mi conciencia y se trocaban en gigantes y conseguían nombres. Sólo hasta ahí me interesaban. Una vez que se hallaban en el puerto pertenecían a un mundo diferente. Yo estaba muy ocupado recibiendo a otras naves. No poseía el arte de convertirme alternativamente en barco y puerto. Esto es lo que las mujeres exigen. El concepto de mujer, tornado en realidad sensible, se negaría al final a abandonar el puerto.

»He experimentado el orgullo y el placer íntimos de ver cobrar forma gradualmente el concepto en el horizonte. He puesto allí mi mano desde fuera del mundo y he creado algo y no he saboreado la sensación de ser arrastrado al mundo. No me he sentido recogido como la ropa lavada cuando llega un aguacero. Ninguna lluvia ha caído que me diera existencia dentro del mundo. Al borde del anegamiento intelectual, mi claridad se ha mostrado segura del oportuno rescate de los sentidos. Porque la nave ha cruzado siempre. Jamás se ha detenido. Los vientos marinos han trocado todo en mármol veteado, el sol ha mudado en cristal el corazón».

«He confiado en mí mismo hasta el grado de la tristeza. Me pregunto cuándo incurrí en el hábito de lavarme las manos después de cada roce con la humanidad para no ser contaminado. La gente consideraba esta costumbre como algo fastidioso y anómalo.

»Mi desgracia tuvo claramente sus orígenes en el hecho de no reconocer la naturaleza. Es natural que yo no haya reconocido la naturaleza porque la naturaleza, al contener todas las normas, debe ser un aliado y “mi” naturaleza no lo ha sido. He logrado no reconocerla con dulzura. No he sido mimado ni maleado. Sintiendo siempre las sombras de personas inquietas por herirme, he tenido cuidado en mis dispendios de dulzura precisa para herir a los demás. Cabe advertir en ese cuidado un muy humano género de solicitud. Pero al emplear la palabra misma de “solicitud” surgen desagradables retazos de cansancio.

»He pensado que, en comparación con la naturaleza de mi propio ser, los asuntos, el mundo, los delicados y complejos problemas internacionales y cosas por el estilo no son problemas en manera alguna. La política, el arte y las ideologías han sido así

como innumerables rajas de sandía. Sólo rajas de sandía abandonadas a la orilla del mar, casi del todo blancas pero teñidas del tenue rosa del alba. Porque aunque pensé odiar lo vulgar, he reconocido en ello la posibilidad de la vida eterna.

»La incompreensión y el error han parecido preferibles a un incansable escudriñamiento de mis profundidades. Esto último denota una rudeza y una descortesía indescriptibles, imposibles sin la más horrible hostilidad. ¿Pero cuándo me comprendió una sola nave? A mí me bastaba comprender. Insípida y puntillosamente me daba su nombre y sin proferir otra palabra se deslizaba en el puerto. Suerte tuvieron las naves de que ninguna de ellas fuese consciente de la situación. Si en aquel instante una sola hubiese mostrado el más ligero recelo habría sido instantáneamente barrida de mi conciencia.

»He integrado una delicada maquinaria para averiguar lo que sentiría de ser humano. El inglés de adopción es más inglés que el inglés nativo, así dicen; y yo he llegado a ser más experto en humanidad que un ser humano. Más, en cualquier caso, que alguien de dieciocho años. La imaginación y la lógica son mis armas, más precisas que la naturaleza, el instinto o la experiencia, completamente impermeables en su conciencia de la apariencia y en su acomodación a ésta. He llegado a ser un especialista en humanidad como un entomólogo puede especializarse en escarabajos de Sudamérica. Con flores sin aroma he explorado los modos en que los seres humanos son capturados por el olor de ciertas flores, atrapados por ciertos sentimientos.

»Hay que observar. Desde la estación de comunicaciones veía cómo un mercante internacional, a una cierta distancia de la costa la avistaba y se dirigía a tierra a doce nudos y medio y con los más apremiantes anhelos del hogar. Esto era simplemente un sondeo porque en realidad mis ojos se hallaban clavados en un invisible reino más allá del horizonte. ¿Qué es ver lo invisible? Es la visión definitiva, el rechazo al final de toda visión, el propio rechazo de los ojos.

»Pero a veces temo que todos estos pensamientos y todos estos planes míos comiencen en mí y en mí acaben. Así sucedía, en cualquier caso, en la estación de comunicaciones. Todas las imágenes lanzadas hasta aquella pequeña estancia como fragmentos de cristales arrojaban su luz sobre las paredes y el techo y no dejaban tras de sí rastro alguno. ¿No sucede otro tanto en los demás mundos?

»Debo ser mi propio soporte y seguir viviendo. Porque siempre me hallo flotando en el aire, resistiéndome a la gravedad, en las fronteras de lo imposible.

»Ayer, en la escuela, uno de los profesores que más se jactan de su erudición nos enseñó un fragmento de un lírico griego:

*Aquellos que nacen con el don de los dioses
Tienen el deber de morir bellos
Sin disipar el don.*

»Para mí, para quien la vida toda es un deber, no existe este deber específico. Porque no tengo conocimiento de haber recibido un don».

«Sonreír se ha tornado una pesada carga y en consecuencia he resuelto mostrarme durante algún tiempo malhumorado con Momoko. Dejo lugar para parecer que soy un muchacho hosco y frustrado, del género más corriente, incluso mientras ofrezco una breve visión del monstruo. Y como se trata de una representación sin pausa, como resulta demasiado estúpida, debo tener una cierta medida de pasión. He buscado una razón. Y he hallado la más plausible. Es el amor nacido en mí.

»Casi rompí a reír. Porque me he tornado consciente de la significación del desenamoramiento como una premisa evidente en sí misma. Radica en la libertad de amar indiscriminadamente en cualquier momento. Como el chófer de un camión que en el verano se echa una siesta a la sombra, seguro de que cuando despierte podrá volver a conducir. Si la libertad no es la esencia del amor sino su enemiga, entonces dispongo a mano de un amigo y de un enemigo.

»Mi hosquedad parece haber resultado convincente. Eso resulta muy natural puesto que es la forma que cobra el amor que es libre, pidiendo mientras rechaza.

»Muy pronto perdió Momoko su apetito. Me miraba con gesto de preocupación, como si observara a un ave doméstica. Tenía la noción vulgar según la cual la felicidad ha de ser distribuida entre todos, como una enorme hogaza de pan francés. No comprendía el principio matemático según el cual la felicidad para uno debe ser la infelicidad para otro.

»—¿Ha sucedido algo?

»Era una pregunta inapropiada, viniendo de aquellos atrayentes labios en aquella cara ensombrecida por una silenciosa tragedia.

»Yo reía distraídamente y no respondía.

»Fue la única vez que me formuló la pregunta. Pronto se perdió en su propio parloteo. El oyente fiel ha de ser callado.

»Reparó en el dedo corazón de mi mano derecha que me había lesionado aquel día en el potro durante la clase de gimnasia. Advertí el alivio en cuanto reparó en el vendaje. Pensó haber hallado la causa de mi malhumor.

»Disculpándose por no haberse fijado antes, dijo con acento de gran preocupación que debía dolerme mucho. Le respondí con brusquedad que apenas me dolía.

»En realidad así era. No fui capaz de excusarla por hallar explicación tan simple. Y me desagradó que, a pesar de que me había esforzado por ocultarle el vendaje, le hubiera costado tanto tiempo descubrirlo.

»Acallé sus manifestaciones de simpatía con declaraciones cada vez más firmes de que no me dolía lo más mínimo. Con una expresión en su cara como de haber advertido claramente la razón de mis palabras y toda mi fingida impasibilidad, se

mostraba cada vez más comprensiva, habiéndose convencido de que debía extraerme una confesión.

»Insistió en ir inmediatamente a una farmacia para que me cambiaran la venda. La antigua tenía ya un tono grisáceo y aquello resultaba peligroso. Cuanto más intensa era mi negativa, más fuerte era su conciencia del poder de mi abnegación. Finalmente fuimos los dos y me cambió la venda una señora que obviamente había sido enfermera. Momoko permaneció a un costado, transida de terror y así pude ocultar que la herida era tan sólo un arañazo.

»Me preguntó ansiosamente cómo me encontraba ahora.

»—Se ve el hueso.

»—¡No! ¡Es horrible!

»—No tienes por qué alarmarte —repuse hoscamente.

»Se mostró aterrada cuando manifesté despreocupadamente la posibilidad de que tuvieran que amputarme el dedo. Su horror desmesurado revelaba con harta claridad su egotismo sensual pero no me desagradó.

»Hablamos mientras caminábamos. Como de costumbre ella llevaba el peso principal de la conversación. Se sentía feliz en el calor, la brillantez y la limpieza de su hogar. Me irritó que no experimentara la más ligera duda acerca de sus padres.

»—Supongo que tu madre habrá dormido algunas noches con uno o con dos hombres. Ha vivido mucho tiempo.

»—Desde luego que no.

»—¿Cómo lo sabes? Hubo cosas que sucedieron antes de que tú nacieras. Pregúntaselo a tus hermanos.

»—No es cierto.

»—Y me imagino que tu padre tendrá alguna chica guapa en algún sitio.

»—No, no. Claro que no.

»—¿Qué prueba tienes de lo que dices?

»—Eres horrible. Nadie me había dicho nunca cosas tan horrorosas.

»Estábamos a punto de iniciar una pelea pero a mí no me gustan las peleas.

»Nos hallábamos en la acera, bajo la piscina de Kôrakuen. Como siempre aquello hervía de gente en busca de distracciones baratas. De pocos de los jóvenes hubiera podido decirse que iban bien vestidos. Lucían camisetas de confección y jerseys hechos a máquina del género a la moda en ambientes provincianos. De repente un niño se agachó en mitad de la calle y empezó a recoger chapas de botellas de cerveza. Su madre le reprendió.

»—¿Por qué tienes que ser tan desagradable?

»Momoko parecía a punto de echarse a llorar.

»Yo no era desagradable. Constituía una amabilidad por mi parte no tolerar la presunción afectada. A veces pienso que soy una bestia terriblemente moral.

»Habíamos caminado a la ventura y nos hallábamos ante el jardín de Korakuen de la familia de Mito Tokugawa. “El caballero se afana por el mundo, sólo después se entrega al placer”, de aquí el nombre de Korakuen, “Jardín del Placer Ulterior”. Por cercano que estuviera, jamás lo había visitado antes. El cartel nos informaba que el jardín se cerraba a las cuatro y media y que no se vendían entradas después de las cuatro. Eran las cuatro menos diez. Apremié a Momoko a que entráramos.

»El sol se hallaba directamente ante nosotros cuando cruzamos la puerta. Cantaban los insectos de comienzo de octubre.

»Nos cruzamos con un grupo de quizás veinte personas que salían. Los restantes senderos estaban desiertos. Momoko quería darme la mano pero yo le mostré el vendaje.

»¿Por qué avanzábamos, entre inciertas emociones, por el silencioso sendero del viejo jardín a aquella última hora de la tarde, como si fuéramos enamorados? Desde luego yo tenía en mi corazón una imagen de infelicidad. Una escena de belleza amenaza al corazón, le enfebrecce y enfría. Si su sensibilidad hubiese sido suficiente, me habría gustado oír su discurrir en delirio, me habría gustado ver sus labios contraídos por el horror de haber conocido lo insondable.

»En busca de una soledad completa, descendí más abajo de la Cascada del Despertar. No caía agua y el estanque estaba turbio. Sobre la superficie los insectos zapateros habían tejido una maraña de hilos. Sentados en una peña contemplamos la charca.

»Podía advertir que al final mi silencio le resultaba ya amenazador. Estaba seguro de que no conocía su origen. Había introducido una emoción a modo de experiencia y me fascinaba ver que producía agnosticismo en otro ser. Sin emoción somos capaces de unirnos en cierto número de maneras.

»La superficie del estanque —más bien fangal— se hallaba cubierta de hojas y ramas pero aquí y allá recogía los rayos del sol poniente. La iluminación inapropiada resaltaba la acumulación de hojas en el cercano fondo, como una pesadilla.

»—Mira. Si arrojaras una luz sobre nuestros corazones, los verías tan superficiales y sucios como este estanque.

»—No el mío. El mío es profundo y claro. Me gustaría mostrártelo.

»—¿Cómo puedes decir que eres una excepción? Pruébamelo.

»Siendo yo una excepción me irritaba que alguien afirmara serlo también. En cualquier caso no veo cómo la mediocridad puede pretender ser una excepción.

»—Sencillamente lo sé. Y eso es todo.

»Podía advertir muy bien el infierno en que había caído. Jamás había sentido la necesidad de ponerse a prueba. Empapada en un deleite que goteaba tristeza, había disuelto todo, desde las chucherías femeninas hasta el mismo amor, en el oscuro líquido. Se hallaba sumida hasta el cuello en el baño de sí misma. Era una posición

peligrosa pero no se hallaba preparada para pedir ayuda y desde luego rechazaba la mano tendida. Para hierirla, resultaba necesario arrastrarla de allí. De otra manera la hoja no la alcanzaría, desviada por el líquido.

»Había chicharras otoñales en los árboles de la tarde y el rugido del Metro llegaba entre los gorjeos de los pájaros. Sobre el estanque una hoja amarillenta colgaba de la telaraña de una rama, reflejando una luz divina cada vez que revoloteaba. Era como una diminuta puerta giratoria que flotara en el cielo.

»La contemplamos en silencio. Yo me preguntaba qué mundo se abriría tras su dorado oscuro cada vez que se revolvía. Quizás, como si al girar a impulsos del viento me dejara ver el bullicio de alguna minúscula callejuela que brillara a través de una mínima ciudad en el aire.

»La peña estaba fría. Teníamos que apresurarnos. Sólo quedaba medida hora para que cerraran».

»Fue un paseo tan irritante como un padrastro en una uña. La serena belleza del jardín era presa de la desazón del ocaso. Aleteaban los pájaros acuáticos. Se había esfumado el tono rosa de la lespedeza junto a los lirios marchitos.

»La hora de cierre era nuestro pretexto para apresurarnos pero no nuestra única razón. Temíamos que el talante otoñal del jardín penetrara en nuestros corazones; y deseábamos que la celeridad de nuestros pasos alzara dentro de nosotros voces tan agudas como las de un disco cuando gira con demasiada rapidez.

»Nos detuvimos en un puente a lo largo del sendero circular. No se veía a nadie. Nuestras sombras se prolongaban con la sombra del puente hasta cubrir a la carpa que se deslizaba. Volvimos la espalda al estanque, repelidos por el enorme cartel que más allá indicaba que aquello era propiedad privada. Nos hallábamos ante una pequeña colina artificial cubierta de bambúes enanos y la red de sombras creadas por el sol poniente y los árboles que se alzaban más lejos. Me sentía como si fuera el último pez, debatiéndome bajo la violenta luz y negándome a ser atrapado por la red.

»Quizá soñaba en otro mundo. Por un instante experimenté la sensación de que había cruzado un momento portador de la muerte y que se había rozado con nosotros, dos alumnos de escuela secundaria que vestían pálidos jerseys sobre un puente. Por mi corazón pasó la plenitud sexual del suicidio por amor. No soy de los que piden ayuda pero pensé que si había de llegar una ayuda sólo vendría con el final de la conciencia. Allí, bajo la luz de la tarde surgiría el júbilo por la conciencia podrida.

»El pequeño estanque al oeste se hallaba cubierto de hojas de loto.

»Como medusas bajo la brisa vespertina las grandes hojas de loto ocultaban el agua. Cubiertas de polvillo, las grandes hojas verdes y correosas anegaban el valle que se extendía bajo la colina. Ablandaban radicalmente la luz, reflejando la de otras hojas y la sombra delicada de la rama de un arce. Temblaban inseguras, compitiendo

por la luz de la tarde. Era como si pudiera escuchar su tenue coro.

»Advertí cuán complejos eran sus movimientos. El viento podía llegar de una dirección pero no se inclinaban sumisamente hacia la opuesta. Un punto se agitaba incesantemente, el otro permanecía obstinadamente inmóvil. Una hoja mostraría su reverso pero las otras no le imitarían. Se inclinaban perezosa y dolorosamente a izquierda y a derecha. Vientos que rozaban las superficies y vientos que vagabundeaban entre los tallos producían un inmenso desorden. Empecé a sentir el frío de la brisa del crepúsculo.

»La mayoría de las hojas aparecían frescas por el centro pero se hallaban carcomidas por el moho en los bordes.

La podredumbre parecía extenderse a partir de las manchas mohosas. No había llovido en dos días y en los cóncavos centros había rastros de agua parda. U hojas secas de arce.

»El sol aún brillaba pero desde algún lugar la oscuridad pugnaba por llegar. Intercambiamos breves observaciones. Aunque nuestras caras se hallaban próximas era como si nos gritáramos desde los lados opuestos de un infierno.

»—¿Qué es eso?

»Como asustada, Momoko señaló una mata al pie de la pequeña colina, una maraña de fibras de un rojo intenso.

»Era un matorral de lirios araña cuyos tonos bermejos lanzaban fuertes reflejos.

»—Vamos a cerrar —dijo el vigilante—. Dense prisa, por favor».

«Nuestra tarde en Korakuen me empujó a tomar una decisión.

»Era una decisión trivial. Si había de herir a Momoko no en la carne sino en el espíritu, necesitaba urgentemente a otra mujer.

»Para hacer al mismo tiempo del tabú de Momoko una responsabilidad y una contradicción lógica. Y si mi interés carnal por ella era la fuente oculta de mi interés racional, entonces mi dignidad no tenía nada en qué sustentarse. Debía herirla con el reluciente cetro del “amor que es libre”.

»No parecía difícil contar con otra mujer. De regreso de la escuela acudí a una discoteca. Todo lo que tenía que hacer era bailar y había aprendido en casas de amigos, poco importara que bailara diestra como torpemente.

Varios de mis compañeros seguían una saludable rutina. Cada día al salir de la escuela pasaban aproximadamente una hora en la discoteca antes de dedicarse después de cenar a preparar los exámenes. Acompañé a uno de ellos y, transcurrida la hora, me quedé bebiendo una Coca-Cola. Me habló una muchacha de aire rural y muy maquillada y bailé con ella. No era, sin embargo, el tipo de chica que estaba buscando.

»Por mi amigo había sabido que en aquel lugar había con toda seguridad

“devoradoras de castidad”. Uno imaginaría que se trataba de mujeres mayores, pero no siempre era éste el caso. Las mujeres se interesan a veces por la educación, incluso cuando son jóvenes. Un número sorprendente de ellas tienen una magnífica apariencia. Su orgullo las veda someterse a un maestro del sexo. Prefieren ser ellas las profesoras y dejar una impresión duradera en corazones juveniles. El interés por la pureza del varón joven procede del placer de inducirle a la tentación; y sin embargo, como está claro por completo que las mujeres carecen del sentido de culpa, el placer debe proceder de dejar al hombre con la culpa cuidadosamente alimentada en otro lugar. Algunas se muestran brillantes y alegres, otras se envuelven en la melancolía. No existe norma pero son como gallinas que incubaran los huevos del pecado. No les interesa tanto incubar los huevos como destrozar las cabezas de los pollos.

»Aquella tarde conocí a una de ellas. Era una chica de veinticinco o veintiséis años, bastante bien vestida. Dijo que la llamara su Nagisa, “señorita al margen”, y no me reveló su auténtico nombre.

»Sus ojos eran casi incómodamente grandes y tenía unos labios finos y maliciosos. Sin embargo su cara poseía una vitalidad cálida como la de una naranja silvestre.

Su escote era sorprendentemente blanco y tenía unas piernas bonitas.

»—¡De verdad! —Ésta era su expresión favorita. No era parca en hacer preguntas pero devolvía cada una de las que le hacían a ella con un “¡De verdad!”.

»Como le había dicho a mi padre que estaría en casa a las nueve, sólo me quedaba tiempo para cenar. Me dibujó un plano, me dio un número de teléfono y me dijo que puesto que vivía sola no había necesidad de timidez.

»Quiero ser tan preciso como resulte posible acerca de lo sucedido unos días más tarde, cuando la llamé. Como estos hechos rebosan exageración sexual, fantasías y decepciones y se tergiversan, una persona se aparta de la verdad incluso cuando se esfuerza por mostrarse fría y objetiva; y si trata de describir la intoxicación cae en la conceptualización. Debo tomar en consideración el placer sexual, la temblorosa curiosidad por una nueva experiencia y una falta de armonía que puede ser sexual o racional. He de diferenciarlos claramente sin permitir que se entremezclen y debo trasplantarlos, perfectos e indemnes. La tarea no será fácil.

»Al principio pareció haber sobrestimado mi timidez. Se aseguró repetidas veces del hecho de que yo era “nuevo en la experiencia”. Yo no quería aparecer bajo un falso aspecto ni tampoco deseaba, por otra parte, ser uno de esos jóvenes que tratan de atraer a cierto género de mujeres con su inexperiencia, al fin y al cabo un rasgo no muy atrayente. En consecuencia asumí una arrogancia sutil que no era más que timidez envuelta en vanidad.

»La mujer parecía debatirse entre el deseo de tranquilizarme y el de excitarme pero en realidad pensaba en sí misma. Por experiencia sabía que una instrucción

demasiado ardorosa puede hacer vacilar a un muchacho. Ésta era la razón de su dulce reserva. Era el perfume con el que cuidadosamente se había envuelto. En sus ojos yo podía ver las oscilaciones de su sistema de medición.

»Como era completamente obvio que estaba empleando mi ansiedad y mi curiosidad para excitarse, no me agradaba que me observara. Y no porque me sintiera especialmente tímido, pero cuando pasé la mano por sus ojos para que los cerrara pareció que era un gesto de timidez. Supongo que así, en la oscuridad, una mujer sólo siente la rueda que gira sobre ella.

»No es preciso decir que mis sensaciones de placer concluyeron tan pronto como empezaron. Me sentí muy aliviado. Sólo en el tercer intento experimenté algo parecido al auténtico placer.

»Y así lo vi: el placer posee en sí y desde el comienzo un elemento intelectual.

»Lo que equivale a decir: se establece una cierta distancia, se determina un juego de placer y de conciencia, se determinan un cálculo y un tanteo y así no hay placer hasta que uno es capaz de observar desde fuera su propio placer como una mujer que fija la mirada en sus pechos. En realidad mi placer cobró una forma bastante espinosa.

»Pero para mi orgullo no era agradable saber que en la inicial, breve e insustancial satisfacción yace oculta la forma de algo que sólo se consigue tras una considerable práctica. Ese mismo algo no era en absoluto la esencia de un impulso, era la esencia del concepto, de prolongada elaboración. ¿Y las operaciones intelectuales del placer de después? ¿Logran quizás con el colapso lento (o precipitado) del concepto una pequeña presa y utilizan la energía eléctrica para enriquecer poco a poco el impulso? Si es así el camino intelectual hasta la bestia resulta muy largo.

»—Espléndido —dijo la mujer después—. Tienes auténticas posibilidades.

»¿Cuántas naves habría visto ella salir de puerto con ese mismo cumplido?

»Estoy precipitándome.

»Pero nada tengo que ver con el colapso y el hundimiento del yo. Este alud que deliberadamente destruye familia y casa, que hiere, que hace brotar chillidos de un infierno es algo que el viento invernal ha hecho caer suavemente sobre mí y en nada se relaciona con mi propia naturaleza básica. Pero en el instante del alud cambian de lugar la blandura de la nieve y la aspereza del tajo. El agente del desastre es la nieve no el yo. Es la blandura y no la aspereza.

»Mi clase de corazón, un corazón de irresponsable aspereza, estaba dispuesto desde hace muchísimo tiempo, desde el comienzo de la historia natural. Más vulgarmente, bajo la forma de una piedra. En la forma más pura de todas, como un diamante.

»Pero el sol demasiado brillante del invierno penetra incluso la transparencia de

mi corazón. Es en tales instantes cuando me contemplo con alas que no reconocen obstáculos y veo también que nada haré en absoluto con mi vida.

»Probablemente lograré la libertad pero una libertad próxima a la muerte. Ninguna de las cosas con las que he soñado vendrá a mí en este mundo.

»Como en mi visión del invierno desde la estación de comunicaciones de la bahía de Suruga, cuando podía distinguir incluso el reflejo de los coches en la península de Izu, ahora puedo ver con estos ojos cada detalle del futuro.

»Sin duda tendré amigos. Los más inteligentes me traicionarán y sólo los estúpidos subsistirán. Es extraño que la traición llegue hasta una persona como yo. Supongo que todo el mundo, enfrentado con mi claridad, experimenta el apremio de traicionarme. No puede existir mayor victoria para una traición que la de traicionar semejante claridad. Probablemente todas las personas que no son amadas por mí están seguras de ser amadas. Las únicas amadas por mí guardarán posiblemente un espléndido silencio.

»Todo el mundo deseará mi muerte y cada uno, tratando de adelantarse a los demás, tratará de impedirla.

»Mi pureza vagará entonces más allá del horizonte, hacia ese reino invisible. Probablemente al final del dolor insoportable trataré de convertirme en un dios. ¡El dolor! Lo sabré todo de él, el dolor del absoluto silencio, de un mundo de una nada absoluta. Me acurrucaré tembloroso en un rincón, como un perro enfermo. Y los felices entonarán monótonas cadencias en torno de mí.

»No existe remedio para eso. No hay hospital. En algún lugar de la historia de la raza se escribirá con pequeñas letras doradas: que yo fui el mal».

«Lo juro: cuando tenga veinte años arrojaré a mi padre al infierno. He de empezar a hacer planes».

«No me hubiera sido nada difícil presentarme del brazo de Nagisa en donde hubiese prometido reunirme con Momoko. Pero no quería una solución tan apresurada ni deseaba ver a Nagisa estúpidamente intoxicada con la victoria.

»Me había regalado una cadenita de plata de la que colgaba una medalla con la "N" de su inicial. No la luciría cuando estuviese en la escuela o en casa pero me la puse en el cuello para ir a ver a Momoko. Desde el incidente del vendaje sabía que no era fácil llamar su atención. A pesar del frío vestía yo una camisa de cuello abierto y un jersey escotado. Me aseguré, además, de que mis zapatos estuviesen mal anudados. Así colgaría afuera la medalla cuando los atara de nuevo.

»Me decepcionó considerablemente el hecho de que a pesar de atarme tres veces un zapato, Momoko no reparara en la medalla. La desatención procedía de una completa confianza en su propio bienestar. Por mi parte no podía exagerar el gesto.

»Ya desesperado, llevé a Momoko a nadar a la piscina climatizada de un gran complejo deportivo de Nagano. Se mostró entusiasmada ante esta pequeña evocación de nuestros felices días estivales en Shimoda.

»—Eres un hombre, ¿verdad?

»—Así lo creo.

»Este intercambio clásico de palabras entre hombre y mujer tenía lugar aquí y allá junto a la piscina en donde aparecía en su desnudez una de esas escenas de Harunobu, hombres y mujeres indiferenciados. Había hombres de cabellos largos, indistinguibles de las mujeres. Poseo la confianza suficiente para volar simbólicamente sobre el sexo pero jamás he sentido el apremio de fundirme en el otro sexo. No deseo ser mujer. La estructura misma de la mujer es antagonista de la claridad.

»Había nadado y ahora estaba sentado al borde de la piscina. Momoko se inclinaba hacia mí. Tenía la medalla a no más de diez centímetros de sus ojos.

»Finalmente reparó en ella.

»La tomó en la mano.

»—¿Qué significa la "N"?

»Por fin hacía la pregunta.

»—Adivínalo.

»—Tus iniciales son T. H. Me pregunto qué puede significar.

»—Piénsalo un poco.

»—Ya sé. La "N" es de Nipón.

»Me sentí abrumado. Empecé a situarme en una posición desfavorable al formularle a su vez preguntas.

»—Fue un regalo. ¿De quién piensas que pudo ser?

»— "N". Tengo amistades que se apellidan Noda y Nakamura.

»—¿Y por qué iban a hacerme un regalo tus amistades?

»—Ya sé. La N es de "Norte". Ahora caigo en que el dibujo del borde es como el de una brújula. Eso te lo dio una compañía naviera o algo así. En una botadura. Norte, de una Compañía ballenera. ¿A que sí? ¿He acertado? Una empresa ballenera, y te lo enviaron a tu estación de comunicaciones. Ya no me cabe la menor duda.

»No puedo estar seguro de si Momoko realmente creía lo que decía o si estaba intentando tranquilizarse o si intentaba ocultar su inquietud, haciéndose la inocente. En todo caso ya no sentía yo el apremio de decirle que estaba equivocada».

«Y en consecuencia mis manejos se concentraron en Nagisa. Era de un carácter flemático y podía recurrir a su dulce e inofensiva curiosidad. Le dije que si tenía

tiempo suficiente podría ver a cierta distancia a mi novia. Aceptó inmediatamente. Me preguntó una y otra vez si me había acostado con Momoko. Parecía muy interesada en la aplicación práctica que su alumno había hecho de sus lecciones. Le revelé cuándo me reuniría con Momoko en “Renoir” e hice que me prometiera que se comportaría como si no me conociera. Sabía que no era persona que mantuviera una promesa.

»Advertí la llegada de Nagisa poco después de que nos sentáramos. Se situó a nuestras espaldas y silenciosa y perezosamente, como un gato, parecía mirarnos de vez en cuando. Al no saber nada Momoko, el entendimiento entre Nagisa y yo se tornó de repente más íntimo, como si la mayoría de mis palabras fuesen dirigidas a ella. Cobró significado esa estúpida expresión de “vínculo físico”.

»Estaba seguro de que podía oírnos por encima de los murmullos. Consciente de que me escuchaba, mis palabras tomaron una cierta apariencia de sinceridad. Momoko se mostraba encantada de que yo pareciera de tan buen humor. Pude advertir que se felicitaba a sí misma de que las cosas fueran tan bien aunque ignorara por qué.

»Harto de la conversación, me quité la cadena del cuello y mordí la medalla. En vez de censurarme, Momoko rió de buena gana. Sentí el sabor de la plata y contra mi lengua la sensación de una píldora insoluble. La cadena me magulló el labio y la barbilla. Pero aun así era agradable. Me sentía como un perro aburrido.

»Por el rabillo del ojo vi que Nagisa se había puesto en pie. Cuando Momoko abrió los ojos de par en par supe que se hallaba a nuestro lado.

»De repente una mano de uñas pintadas de rojo tiró de mi medalla.

»—Supongo que no irás a comerte mi medalla.

»Me levanté y las presenté.

»—Siento haberte interrumpido. —Nagisa se despidió—. Te veré más tarde.

»Momoko estaba demudada y temblaba».

«Nevaba. Pasé en casa una tediosa tarde de domingo. Hay una ventana en el rellano de la escalera occidental. Sólo desde allí se distingue una buena vista de la calle. Con la barbilla sobre el alféizar, contemplaba arrodillado la nieve. Era una calle tranquila incluso en días corrientes y hoy los rastros de los coches se habían esfumado.

»La nieve despedía una luz tenue. Aunque el cielo estaba oscuro, la luz de la nieve marcaba un tiempo propio y extraño, diferente del tiempo del día. Tras la casa del otro lado de la calle se depositaba en los huecos de una cerca de hormigón.

»Un anciano, sin paraguas, con un abrigo pardo y una boina negra, apareció por el extremo de la derecha. Hacia la parte inferior su abrigo presentaba una pronunciada hinchazón que él sujetaba. Al parecer llevaba un paquete que deseaba preservar de la humedad. Bajo la boina pude ver un rostro demacrado y cavernoso que contrastaba

profundamente con la oronda silueta.

»Se detuvo ante la entrada de nuestra casa. Allí había una puertecilla junto a la principal. Pensé que sería alguien, súbitamente en apuros, que acudiría a formular una petición a mi padre. Pero observó en torno de sí, sin molestarse en sacudirse la nieve del ya blanco abrigo y sin hacer gesto alguno para entrar.

»La hinchazón desapareció. Al suelo cayó un fardo como si hubiera puesto un gran huevo. Lo observé. Al principio no pude comprender de qué se trataba. En la nieve relucía tenuemente un objeto esférico de muchos colores. Vi que eran cáscaras y fragmentos de frutas y verduras dentro de una bolsa de plástico. La bolsa estaba repleta de pedacitos de rojas manzanas, anaranjadas zanahorias y berzas de un verde pálido. Si había salido para arrojarlo todo fuera de su casa tenía que ser un vegetariano estricto que viviera solo. En tales cantidades proporcionaban a la nieve un extraño e intenso espectro cromático. Incluso los pedazos de col verde parecían respirar con sonidos sofocados.

»Fijos en el fardo, mis ojos se apresuraron a ir tras el viejo cuando se alejó. Daba cortos pasos entre la nieve. Le veía de espaldas. Incluso teniendo en cuenta que sus hombros estaban hundidos, el abrigo carecía de forma y parecía extraño. Aún seguía hinchado aunque no tanto como antes.

»Siguió caminando. Probablemente no se dio cuenta pero a cinco o seis pasos de la puerta algo cayó de su abrigo como una enorme mancha de tinta.

»Era un ave muerta, un cuervo al parecer. O quizás era un pavo. Pensé incluso que podía oír el sonido de sus alas al caer contra la nieve; pero el viejo siguió adelante.

»Aquella ave era un enigma. Se hallaba a considerable distancia, medio oculta por los árboles del jardín, disimulada entre la nieve y existía un límite a mi visión. Pensé en ir a buscar unos prismáticos o en salir para mirar, pero una todopoderosa inercia me retuvo allí.

»¿Qué clase de ave era? Mientras la miraba, casi durante demasiado tiempo, llegó a parecerme no un ave sino los cabellos de una mujer».

«Los sufrimientos de Momoko habían comenzado, como el incendio nacido de un cigarrillo. La muchacha perfectamente vulgar y el gran filósofo son iguales: para ambos la más pequeña trivialidad puede tornarse en la visión que borre el mundo.

»Tal como lo había proyectado, supliqué, me esforcé por adularla y seguí su juego afirmando de Nagisa las cosas más horribles. Lloró cuando me dijo que yo tenía que acabar con aquel asunto. Le respondí que nada desearía más pero que necesitaba su ayuda. Con alguna exageración aseguré que precisaría su colaboración si había de romper con aquel demonio de mujer.

»Accedió a ayudarme pero con una condición. Tenía que arrojar la medalla y ella

había de ser testigo del acto. Como aquello nada significaba para mí, acepté. Los dos fuimos al puente que hay frente a la estación de Suidôbashi. Me quité la cadena y se la entregué. Le dije que la arrojara con sus propias manos al sucio canal. La lanzó lejos de sí, haciendo que describiera un alto arco bajo el sol de la tarde invernal. Alcanzó las hediondas aguas sobre las que acababa de cruzar una gabarra. Se apretó contra mí, respirando con tanta fuerza como si acabara de cometer un asesinato. Los viandantes nos observaron con curiosidad.

»Ya era tiempo de ir a mis clases nocturnas especiales. La dejé, con la promesa de que volvería a verla el sábado por la tarde».

«Tenía que lograr que Momoko escribiera a Nagisa una carta dictada por mí.

»Me pregunto cuántas veces empleé la palabra “amor” aquella tarde de sábado. Afirmé que si yo estaba enamorado de Momoko y Momoko estaba enamorada de mí entonces debíamos unirnos para evitar una catástrofe, teníamos que escribir una carta engañosa.

»Nos reunimos en una bolera junto a los jardines de Meiji. Después de jugar un rato, fuimos paseando de la mano en la tibia tarde invernal, entre las sombras de los desnudos árboles ginkgos. Luego entramos en una nueva cafetería de la avenida Aoyama. Yo llevaba papel, un sello y un sobre.

»Aplicando el anestésico, le murmuré palabras de amor como cuando paseábamos. Con el paso del tiempo la había convertido en una persona no diferente a la loca Kinué. Respiraba tranquila sólo bajo el más obvio de los engaños, el de que nuestro amor era inmutable.

»Las dos son semejantes en su rechazo de la realidad. Kinué en su creencia de que es bella, Momoko en su creencia de que es amada. Pero Momoko necesita ayuda en su quimera mientras que Kinué no precisa palabras de afuera. ¡Si yo fuera capaz de alzar a Momoko al mismo nivel! Como existía en el deseo un apremio pedagógico —amor, por así decirlo— mis protestas de amor no carecían enteramente de sustancia. ¿Pero no había contradicción metodológica en que una afirmadora de la realidad como Momoko se convirtiera en alguien que la negaba? No sería fácil conseguir que, como Kinué, se enfrentara con el mundo entero.

»Pero mientras lee una y otra vez, inacabablemente, la sagrada fórmula “Te quiero”, un cambio sobreviene en el corazón del lector. Casi podía sentir yo que estaba enamorado, que algún rincón de mi corazón se había embriagado con la súbita y desordenada liberación de la palabra proscrita. ¡Cuán semejante es el tentador al instructor de vuelo que debe volar con un piloto bisoño!

»La otra exigencia de Momoko, muy apropiada para una muchacha un tanto chapada a la antigua, era nada más que una afirmación puramente “espiritual”, y todo lo que se precisaba para satisfacerla era una palabra o dos. ¿Acaso las palabras,

arrojando una clara sombra a su paso sobre la tierra, no han podido ser quizás el Yo esencial? Yo he nacido entonces para emplear las palabras. Si es así (estas frases sentimentales claro está que me molestan considerablemente) entonces quizás la lengua materna básica que he mantenido oculta es después de todo el lenguaje del amor.

»Mientras que el propio paciente ignora la verdad, su familia sigue diciéndole que tenga la seguridad de que sanará. Así, con la más acuciante ansiedad murmuraba palabras y más palabras de amor a Momoko bajo la bella red de sombras de los árboles invernales.

»Una vez que entramos en la cafetería, le hablé de la naturaleza de Nagisa, como si estuviera pidiéndole un consejo que habría de seguir. Describí en términos generales ciertas estratagemas que ofrecían la posibilidad de resultar eficaces. Desde luego creé a mi Nagisa con absoluta libertad.

»Puesto que Momoko era mi prometida y me quería, Nagisa no era el género de mujer a la que una súplica pudiera inducir a renunciar a mí. Semejante súplica sólo provocaría su desdén y la impulsaría a mostrarse aun más desagradable. Era una mujer que batallaba con la palabra “amor” y trataba de abatirlo mediante un asalto por la retaguardia. Había decidido dejar su impronta en muchachos que un día serían buenos maridos y buenos padres y mofarse así del matrimonio entre las sombras. Sin embargo ella tenía defectos tiernos. No concedía cuartel en su odio al amor pero sentía una extraña simpatía por una mujer que luchara por abrirse camino. Yo la había oído referirse a varias representantes de esta especie. El argumento que más probablemente la impresionaría sería el de que representaba un obstáculo no para el amor sino para el dinero y la seguridad.

»—¿Qué deberíamos hacer entonces?

»—Presentarme como una chica que no te quiere pero que te necesita por tu dinero.

»—Exactamente.

»La idea excitó considerablemente a Momoko. Era divertida, dijo ilusionadamente.

»La excitación que había reemplazado a su tristeza era demasiado brillante y manifiesta. Me puso de malhumor.

»Prosiguió:

»—Y desde luego hay un poco de verdad en eso. Mamá y papá lo guardan muy en secreto y yo jamás he dicho nada pero nuestra situación económica no es muy prometedora. Hubo problemas en el Banco y papá asumió la responsabilidad; todas nuestras tierras están hipotecadas. Como papá tiene tan buen corazón ha acabado siendo la víctima.

»Le fascinaba el esfuerzo de convertirse en una mujer mezquina y sin

sentimientos (desde luego jamás hubiera podido serlo) como una chica entusiasmada con su papel en una obra dramática de la escuela. Ésta es la carta que, finalmente, concebí para ella en la cafetería:

»Querida Nagisa:

»Deseo hacerte una petición. Lee, por favor, esta carta hasta el final. La verdad es que quiero que dejes de ver a Tôru.

»Te explicaré el motivo tan sinceramente como me sea posible. Tôru y yo tenemos la intención de prometernos pero no nos queremos. Creo que podemos ser unos buenos amigos pero mis sentimientos no van más allá. Lo que realmente quiero es un desahogo económico y la libertad, estar casada con un hombre inteligente sin problemas familiares graves. En esto sigo los deseos de mi padre. Al de Tôru no le queda mucho tiempo de vida y, cuando muera, Tôru heredará toda su fortuna. Mi padre tiene sus propios intereses en la cuestión. En el Banco ha habido dificultades de las que no hablamos, nos hallamos algo apremiados económicamente y precisamos de la ayuda del padre de Tôru y del mismo Tôru una vez que fallezca su padre. Quiero a mi madre y a mi padre y si el cariño de Tôru se orientara hacia otro lado eso significaría el final de todos mis planes y esperanzas. Y así, por decirlo con toda claridad, el matrimonio tiene una grandísima importancia por razones de dinero. He llegado a pensar que en este mundo no hay nada tan importante como el dinero. No veo en eso nada malo y me parece que están fuera de lugar expresiones tales como “amor” y “afecto” cuando no toman en consideración el dinero. Lo que para ti es quizás un pasatiempo momentáneo es una cuestión de la mayor importancia para toda mi familia. No estoy diciéndote que debas renunciar a Tôru porque yo le quiera. Estoy hablándote como una chica más madura y calculadora de lo que podrías creer.

»Siendo así las cosas, te equivocarías si pensaras que podrías seguir viendo a Tôru en secreto. El secreto acabaría indudablemente por ser conocido y no quiero que Tôru piense de mí que soy una mujer capaz de cerrar los ojos ante todo por razones de dinero. Precisamente a causa del dinero es por lo que debo vigilarle y conservar mi orgullo.

»No enseñes esta carta a Tôru. Me ha costado mucho decidirme a escribirte. Si eres una mujer malvada, enséñasela y convierte esta carta en un arma para apartarle de mí; pero vivirás el resto de tu vida sabiendo que has arrebatado a otra mujer, no el amor sino su propio medio de vida. Hemos de resolver la cuestión con la cabeza fría puesto que en este asunto no intervienen las emociones de ninguna de las dos. Me siento completamente capaz de matarte si le enseñas esta carta y dudo de que fuese un asesinato

corriente.

»Muy atentamente

»Momoko.

»—El final está bien. —Momoko todavía se hallaba excitada.

»—Si yo la viera podría suceder cualquier cosa —sonreí.

»—No me preocupa. —Se inclinó hacia mí.

»Tenía ya la dirección escrita en el sobre y puse un sello de urgencia. Caminando de la mano fuimos a echar la carta al buzón».

«Hoy estuve en el apartamento de Nagisa y vi la carta. Temblando de ira, se la arrebaté y escapé. En casa, aquella noche, penetré en el estudio de mi padre y, con el corazón destrozado, se la mostré».

Capítulo 25

Tôru empezó a estudiar en la escuela preparatoria a los diecisiete, dos años más tarde que la mayoría de los muchachos, e ingresaría en la Universidad a los veinte, en 1974, cuando alcanzase la mayoría de edad legal. Durante su tercer año en la escuela preparatoria no se concedió vacaciones en sus estudios para preparar los exámenes de la Universidad. Honda le previno contra el exceso de trabajo.

Un día de otoño de aquel tercer año Honda, pese a las protestas de Tôru, le llevó a pasar un fin de semana fuera. Tôru no quería ir muy lejos de casa y en consecuencia siguieron sus deseos y fueron en coche a Yokohama para ver los barcos. Era la primera vez en mucho tiempo que los contemplaba. Pensaban cenar en el barrio chino de Yokohama.

Por desgracia el cielo de comienzos de octubre se cubrió de nubes. Sobre Yokohama el cielo aparecía alto e inmenso. Fueron al muelle meridional. El cielo estaba cubierto de grandes nubes aborregadas, con algunas manchas blancas aquí y allá. Como el eco de una campanada, quedaba un rastro azulado más allá del muelle central. Parecía a punto de desaparecer.

—Si tuviéramos nuestro propio coche, yo habría podido traerte. Un chófer es un gasto innecesario.

—No todavía. Ya te compraré uno, te lo prometo, cuando ingreses en la Universidad. Sólo habrás de esperar un poco más.

Tras enviar a Tôru a comprar las entradas para entrar en el edificio del terminal, Honda se apoyó en su bastón y observó con gesto de cansancio las escaleras que tenía que remontar. Sabía que Tôru se mostraría dispuesto a ayudarle pero no quería pedírselo.

Tôru se sentía a gusto desde que llegaron al puerto. Sabía que sería así. No sólo Shimizu sino cualquier puerto era como una medicina cristalina que obraba en él una inmediata curación.

Eran las dos de la tarde. En los paneles figuraba el registro de las nueve de la mañana: el *Chung Lien II*, panameño, 2.167 toneladas; un barco soviético; el *Hai-i*, chino, 2.767 toneladas; el *Mindanao*, filipino, 3.357 toneladas. Para las dos y media se esperaba la arribada del *Khabarovsk*, un barco soviético que traía de Nahodka a cierto número de pasajeros japoneses. Desde el segundo piso del edificio del terminal, ligeramente más alto que las cubiertas, se disfrutaba de una buena vista de las naves.

Observaron la proa del *Chung Lien* y la agitación que dejaba detrás en el puerto.

Con el paso del tiempo no era infrecuente que los dos permanecieran uno junto al otro en el afrontamiento con la grandeza. Quizás era desde luego la mejor posición para los Honda, padre e hijo. Si la «relación» entre ellos consistía en emplear a la

naturaleza como mediadora entre sus conciencias separadas, sabiendo que el mal procede de un encuentro directo, entonces estaban utilizando la naturaleza como un gigantesco filtro con objeto de trocar en potable el agua del mar.

Bajo la proa del *Chung Lien* se extendía el fondeadero para embarcaciones de menor calado, como una acumulación de pedazos de madera arrastrados por el mar. Signos y carteles sobre el muelle de hormigón, vedando el paso a los coches, parecían las secuelas de un juego de rayuela. Un humo sucio venía de alguna parte y era incesante el ruido sincopado de motores.

La pintura se había desconchado del negro casco del *Chung Lien*. El rojo brillante del minio para evitar la corrosión dibujaba en torno de la proa una trama que parecía una fotografía aérea de las instalaciones portuarias. La enmohecida ancla sin cepo colgaba de la bocina del escobén como un gigantesco cangrejo.

—¿Qué carga lleva, toda embalada en esos fardos largos como husos? —Honda observaba ya a los estibadores faenando en el *Chung Lien*.

—Me imagino que cajas de algo.

Satisfecho de que su hijo no supiera más que él, Honda concentró su atención en los gritos de los estibadores y en un trabajo que nunca había conocido en su vida.

Lo sorprendente era que la carne, los músculos, los órganos (al margen del cerebro) otorgados a un ser humano pasaran toda una vida de indolencia, favorecidos con la salud y un dinero superfluo. Tampoco había manejado Honda grandes poderes de creatividad o de imaginación. Lo suyo habían sido tan sólo un frío análisis y un sólido juicio. Gracias a ellos había logrado suficiente riqueza. No sentía remordimientos de conciencia ante los estibadores sudorosos que veía en acción o en imágenes pero experimentaba una irritación incógnita. Las escenas y los objetos y los movimientos ante él no eran la realidad de algo que hubiese tocado o de lo que se hubiese beneficiado. Constituían una barrera, un muro opaco que siempre reía burlón hacia ambos lados, embadurnado de olorosa pintura, entre él y alguna realidad invisible y los seres invisibles que se beneficiaban de aquello. Y las figuras tan vivaces en el muro se hallaban sometidas a la más férrea servidumbre, dominadas por alguien más. Honda nunca había deseado hallarse así, en aquella opaca servidumbre, pero no dudaba de que eran las únicas que poseían sus anclas como las naves, bien afirmadas en la vida y en la existencia. La sociedad sólo pagaba una recompensa por el sacrificio. La inteligencia era pagada en medida proporcionada al sacrificio de la vida y del ser.

Pero no tenía por qué preocuparse en época tan tardía. Todo lo que había que hacer era disfrutar de los gestos que se desarrollaban ante él. Pensó en los barcos que llegarían al puerto después de que hubiera muerto y que zarparían para países soleados. El mundo rebosaba de esperanzas en las que él no participaba. Si él mismo fuese un puerto, aunque fuera un puerto sin esperanzas, tendría que dar fondeadero a

cierto número de esperanzas. Pero tal como era, podía muy bien declarar al mundo y al mar que él constituía una completa superfluidad.

¿Y si fuese un puerto?

Observó al único barquito en el puerto de Honda, Tôru, aquí junto a él, absorbido por las operaciones de descarga. Un barco que era exactamente lo mismo que el puerto, pudriéndose con el puerto, negándose siempre a zarpar. Honda, al menos, lo sabía. El barco se hallaba atracado. Eran un padre y un hijo modelos.

Las grandes y oscuras bodegas del *Chung Lien* estaban abiertas. La carga rebasaba las bocas de las bodegas. Las siluetas de los estibadores de jerseys pardos y fajas de lana verdidorada eran medio visibles entre las montañas de la carga; sus cascos amarillos se meneaban cuando gritaban a las grúas. Los mil cables de la cabria temblaban con sus propios gritos y cuando la carga oscilaba precariamente en el aire ocultaba y luego volvía a revelar las letras doradas del nombre del barco de pasajeros amarrado al muelle central.

Un oficial de gorra blanca supervisaba las operaciones. Sonreía. Parecía como si hubiese gritado algo jocoso para animar a los estibadores.

Cansados de las operaciones de descarga, el padre y el hijo caminaron hasta un punto en el que podían comparar la popa del *Chung Lien* con la proa del barco soviético.

La proa vibraba de vida, la baja popa se hallaba desierta. Respiraderos de color ocre apuntaban en varias direcciones. Grandes montones de basura. Antiguas barricas con enmohecidos cinchos de hierro. Chalecos salvavidas en la barandilla blanca. Efectos navales. Rollos de cuerda. Los delicados pliegues blancos de los botes salvavidas bajo lonas pardas. Una antigua linterna todavía encendida bajo la bandera panameña.

La quietud era como la de un bodegón holandés, teñida de la melancolía del mar. Era como dormir con las partes pudendas expuestas a los ojos indiscretos de las gentes de tierra, todas las largas horas de tedio a bordo del barco.

Desde arriba dominaba la escena la negra proa del barco soviético con sus trece grúas plateadas. La herrumbre del ancla que pendía de la bocina del escobén había dejado sobre el casco un rastro rojo semejante al de una telaraña.

Las amarras que los unían a tierra delimitaban perspectivas. Tres amarras se entrecruzaban, arrastrando flecos de abacá. Entre las inmutables pantallas de hierro se agitaba el bullicio incansable del puerto. Cada vez que un pequeño remolcador con negros neumáticos en las bordas o una estilizada lancha de práctico cruzaba dejando una suave estela, la oscura irritación se calmaba por un momento.

Tôru evocó Shimizu tal como lo veía cuando iba por allí, solo, los días de fiesta. Algo le era arrebatado cada vez de su corazón, sentía como un suspiro de los grandes pulmones del puerto, y cuando cubría sus oídos para protegerlos de los gritos, de los

rugidos y de los chirridos, saboreaba simultáneamente la opresión y la liberación y se llenaba de un dulce vacío. Sucedió lo mismo allí aunque la presencia de su padre tuviera un efecto inhibitor.

—Pienso que fue una buena cosa —dijo Honda— que rompiéramos con la muchacha de los Hamanaka al comienzo de la primavera. Puedo decírtelo ahora que pareces haberlo superado y estás tan dedicado a tus estudios.

—No importa.

Molesto, Tôru puso en sus palabras un matiz de melancolía y de valor juveniles. Pero no bastaron para detener a Honda. El verdadero objeto de Honda no era la disculpa sino la pregunta que durante tanto había deseado hacer.

—Pero esa carta, ¿no te pareció demasiado estúpida? ¿No fue exagerado que una muchacha hablara abiertamente de lo que nosotros éramos perfectamente conscientes y ante lo que cerramos nuestros ojos? Sus padres formularon todo género de excusas y el hombre que vino primero con la propuesta no supo qué decir cuando vio la carta.

Le desagradaba a Tôru que Honda, quien hasta ahora no se había referido a la cuestión, la abordara tan abiertamente, quizás incluso en exceso. Advirtió que a Honda le había complacido tanto romper el compromiso como establecerlo.

—¿Pero no supones que todas las propuestas que nos llegan son iguales? —Con los codos en la barandilla, Tôru no alzaba la vista—, Momoko fue honesta y en consecuencia pudimos tomar medidas a tiempo.

—Estoy completamente de acuerdo. No debemos renunciar. Ya encontraremos una buena chica. Pero esa carta...

—¿Por qué te preocupas tanto por eso ahora?

Honda lanzó a Tôru un ligero codazo. A Tôru le pareció que era pinchado por un hueso.

—¿La escribiste tú?

Tôru había estado esperando la pregunta.

—Imagina que fui yo. ¿Qué harías?

—Nada en absoluto. Lo único en consecuencia es que has hallado un medio de abrirte camino en la vida. Hemos de describirlo como un camino oscuro, sin dulzura alguna.

Tôru se sintió afrentado en su dignidad.

—No quiero que nadie me crea dulce.

—Pero tú te mostrabas muy dulce mientras todo marchaba.

—Hacía lo que querías que hiciera, me imagino.

—Sí.

Tôru se estremeció cuando el anciano mostró sus dientes al viento marino. Habían llegado a un punto de acuerdo y aquello llevó a Tôru pensamientos homicidas. Podía haberlos trocado en realidad empujando a Honda; pero temió que Honda fuese

incluso consciente de aquel impulso. Lo abandonó. Tener que vivir era más negro que la más inhóspita negrura. Tener que ver cada día a un hombre que se esforzaba por comprender y comprendía lo que había de más profundo dentro de él.

Poco más era lo que podían decirse. Después de dar la vuelta al edificio del terminal, permanecieron cierto tiempo observando al barco filipino en el extremo opuesto.

Directamente frente a ellos había un portalón que conducía a los camarotes de la tripulación. Podían ver el desgarrado linóleo que brillaba turbiamente y junto a una esquina la barandilla de hierro de una escalera que descendía. El corredor breve y vacío de lo cotidiano, de la vida humana paralizada, nunca por un momento lejos de seres humanos, por remoto que fuese el mar en que se hallara. En el gran barco blanco de pasajeros, aquel lugar era el equivalente del oscuro y deslucido pasillo en la tarde de cada casa. Y también en una casa vasta y despoblada en la que sólo vivían un anciano y un muchacho.

Honda se inclinó. Tôru acababa de hacer un gesto violento. Honda captó la palabra «Agenda» en el bloc que Tôru extrajo de su cartera. Lo lanzó más allá de la popa del barco filipino.

—¿Qué estás haciendo?

—Son notas que ya no necesito. Apuntes.

—Te multarán si te ven.

Pero no había nadie en el muelle y en el barco sólo un marinero filipino que miró sorprendido al mar. Por un instante el bloc de tapas de caucho flotó en el agua y luego se hundió.

Un remolcador con mástiles del color de una espinosa langosta a la parrilla acercaba al muelle a un blanco navío soviético con una estrella roja en la proa y el nombre *Khabarovsk* en letras doradas. Junto a la barandilla se agolparon los que esperaban con los cabellos revueltos por el viento. Algunos se pusieron de puntillas. Sobre los hombros de adultos los niños estaban ya gritando y manoteando.

Capítulo 26

La misma pregunta resultaba indignante: Keiko preguntó a Honda cómo pretendía Tôru pasar las Navidades de 1974. Desde el incidente de septiembre, Honda, que ya había cumplido ochenta años, se mostraba temeroso de todo. Había perdido por completo su mordacidad. Parecía amedrentado y tembloroso perpetuamente, víctima de una inquietud que jamás conocía alivio.

Este estado de cosas no se debía exclusivamente al incidente de septiembre. Se hallaban entonces en el cuarto año desde la adopción de Tôru por parte de Honda. Durante la mayor parte de ese tiempo Tôru había parecido sereno y dócil y en poco cambió; pero con la primavera alcanzó la mayoría de edad, ingresó en la Universidad de Tokio y todo se alteró. De repente empezó a tratar a su padre como si fuera su adversario. En el acto abatía cualquier indicio de resistencia. Después de que Tôru le golpeara en la frente con un atizador de la chimenea, Honda permaneció en una clínica durante varios días para que le trataran la herida. Dijo a los médicos que había tenido una mala caída. A partir de entonces se afanaba en adivinar los deseos de Tôru y en ceder ante ellos. Éste se mostraba deliberadamente grosero con Keiko, en quien reconocía a una aliada de Honda.

Tras largos años de rehuir a parientes que pudieran ir tras su dinero, Honda carecía de aliados dispuestos a simpatizar con su suerte. Quienes se habían opuesto a la adopción se mostraron complacidos. Todo había resultado tal como esperaban. No prestaron crédito a las quejas de Honda. Trataban tan sólo de despertar sus simpatías. Pero esas simpatías eran más bien para Tôru. Con unos ojos tan bellos, con unos modales tan impecables, con un sentido tan estricto del deber filial, sólo cabía concluir que un anciano suspicaz le había tomado ojeriza. Y desde luego las maneras de Tôru estaban por encima de todo reproche.

—Parece haber chismosos por ahí. ¿Quién puede haberle contado una historia tan estúpida? La señora Hisamatsu, tengo la seguridad. Es una persona amable pero cree todo lo que mi padre le dice. Me temo que ha ido demasiado lejos. Padece alucinaciones. Imagino que eso es lo que sucede cuando uno pasa tantos años preocupándose por el dinero: incluso a mí, bajo el mismo techo, me trata como si fuera un ladrón. Al fin y al cabo soy joven y cuando le replico empieza a decir a la gente que no me porto bien con él. La vez que se cayó en el jardín y se golpeó la cabeza contra las raíces del ciruelo, ¿recuerda?, dijo a la señora Hisamatsu que yo le había pegado con un atizador. Y ella lo creyó al pie de la letra y no me quedan muchas oportunidades de demostrar que no fue así.

Aquel fue el verano que trajo de Shimizu a la loca Kinué y la instaló en la casita del jardín.

—¿Ella? Oh, es un caso muy triste. Cuando yo vivía en Shimizu me ayudaba de

una u otra manera. Ahora quería venir a Tokio porque en su casa todo el mundo se burla de ella y los niños la persiguen y le gritan. Así que convencí a sus padres para que me permitieran traerla. La matarían si la encerraran en un manicomio. Sí, está muy loca, de eso no hay duda, pero es inofensiva.

Los miembros más ancianos de la familia se sentían conquistados por Tôru pero eran cortés y diestramente marginados cuando trataban de penetrar en su vida. Se mostraban inclinados a lamentar que un hombre antaño tan inteligente y capacitado como Honda fuera irremediablemente víctima de alucinaciones seniles. Eran gentes de gran memoria y se acordaban de su inesperada fortuna hacía ya más de veinte años. La envidia no cejaba.

Un día en la vida de Tôru.

Ya no había necesidad de observar el mar y aguardar a los barcos.

Ya no había necesidad tampoco de asistir a clase pero Tôru acudía para inspirar confianza. Iba en coche, pese a que, a pie, la Universidad se hallaba a menos de diez minutos de distancia.

No había abandonado la costumbre de madrugar. Juzgando por la luz filtrada por los visillos que caía una serena lluvia estival, pasaría revista al orden del mundo que él dominaba. ¿Se desarrollaban puntualmente el mal y la arrogancia? ¿Nadie era aún consciente del hecho de que el mundo se hallaba completamente dominado por el mal? ¿Se conservaba el orden, procedía todo conforme a las leyes sin que se detectara en parte alguna el más ligero rastro de amor? ¿Se sentían las gentes felices bajo su hegemonía? ¿Se había extendido sobre sus cabezas, en forma de poema, la maldad transparente? ¿Había sido cuidadosamente aventado «lo humano»? ¿Se habían tomado las disposiciones oportunas para que quedara ridiculizado todo indicio de cordialidad? ¿Estaba completamente muerto el espíritu?

Tôru estaba completamente seguro de que tan sólo con poner sobre él una bella mano, el mundo sucumbiría a una bella dolencia. Y era natural también que confiara en que fortunas esperadas siguieran a fortunas inesperadas. Por razones que ignoraba, un humilde señalero había sido elegido como hijo adoptivo de un anciano rico y un anciano con un pie en la tumba. Uno de estos días llegaría de algún país un rey y solicitaría adoptarle.

Incluso en invierno corría a la sala de duchas que había instalado junto a su dormitorio y se daba una ducha fría. Era lo mejor para despertarse.

El agua fría avivaba su pulso, azotaba su pecho con su transparente látigo y miles de agujas plateadas se clavaban en su piel. De cuando en cuando volvía la espalda al agua y luego presentaba de nuevo su cara al chorro. Su corazón aún no había aceptado aquel gesto. Era como si una sábana de hierro presionara contra su pecho, como si su carne desnuda fuera encerrada en una ajustada armadura. Se retorció y se

volvía, como un cadáver colgado de una cuerda de agua. Finalmente, su piel despertaba. Su piel se erguía regiamente, rechazando las gotas de agua. En aquel momento Tôru alzaba su brazo izquierdo y bajaba los ojos para observar los tres lunares como tres guijarros negros y brillantes en una cascada. Eran el signo de la élite, invisibles para todos, ocultos bajo un ala plegada.

Se secó. Respiró hondo. Su cuerpo enrojeció. A la criada Tsuné le incumbía traer el desayuno en el instante en que él lo pedía. Tsuné era una muchacha que había encontrado en una cafetería de Kanda. Obedecía todas sus órdenes.

Hacía tan sólo dos años que había conocido a su primera mujer pero rápidamente aprendió las reglas para lograr que una mujer sirviera a un hombre que no la amaba. Y sabía cómo reconocer instantáneamente a una mujer que hiciera lo que él ordenara. Había despedido a todas las criadas que hubieran podido atender los deseos de Honda y contratado mujeres a las que había descubierto y con las que se había acostado. Las daba el título de «doncella», empleando el término inglés. Tsuné era la más estúpida de todas y la única con pechos grandes.

Cuando el desayuno estuvo sobre la mesa, manoseó uno de sus senos a modo de saludo.

—Espléndido y firme.

—Sí, en muy buena forma —replicó Tsuné respetuosa aunque inexpresivamente. La misma carne pesada y morena era respetuosa. Especialmente deferente era el ombligo, profundo como un pozo. Las bellas piernas resultaban en cierto modo incompatibles con el resto de Tsuné. Ella era consciente del hecho. Cuando con el café avanzaba por el piso desigual de la cafetería, Tôru había visto cómo frotaba una pantorrilla contra las ramas inferiores de una marchita higuera enana del caucho, como un gato que se frotara contra una mata.

Tôru se acordó de algo. Se acercó a la ventana y miró hacia el jardín, abierta la parte superior de su batín a la brisa de la mañana. Incluso ahora Honda daba escrupulosamente su paseo matinal, justo al levantarse de la cama.

Apoyándose vacilante en su bastón entre las fajas de terreno iluminadas por el sol de noviembre, Honda sonrió y consiguió proferir unos buenos días a Tôru que apenas pudo oír.

Tôru sonrió y le saludó con un gesto.

—Maldita sea. El viejo aún sigue vivo.

Éstos eran sus buenos días.

Todavía sonriendo, Honda esquivó un peligroso estriberón. Ignoraba que caería sobre él si era tan incauto como para decir más. Sólo tenía que soportar este momento de humillación. Tôru estaría fuera de casa al menos hasta la tarde.

—Los viejos huelen mal. Vete.

La ofensa de Honda había consistido en acercarse demasiado.

La mejilla de Honda tembló de ira pero no le quedaba recurso alguno. Si Tôru le hubiese gritado, él podría haberle respondido, y lo habría hecho, con otro grito. Pero Tôru le había hablado queda y fríamente, mirando a Honda con sus ojos limpios y bellos, y una sonrisa en su pálida cara.

La aversión de Tôru parecía haber crecido a lo largo de los cuatro años que llevaban juntos. Le desagradaba tanto, la carne horrible e impotente, el inútil parloteo que ocultaba la impotencia, las incansables redundancias, cinco y seis veces, el automatismo que se tornaba impertinente en las mismas redundancias, la importancia que se atribuía y la cobardía, la tacañería y la indulgencia con sus caprichos, la pusilanimidad en el constante miedo a la muerte, la absoluta tolerancia, las manos arrugadas, el porte de un gusano que titubeara, la mezcla de arrogancia y de comedimiento en el rostro. Y Japón rebosaba de viejos.

Volviendo a la mesa del desayuno, ordenó a Tsuné que le sirviera el café. Después hizo que se lo azucarara. Se quejó de las tostadas.

Tenía una especie de superstición según la cual el éxito de un día dependía de un plácido comienzo. La mañana tenía que ser como un cristal sin mácula. Había sido capaz de soportar el tedio de la vida en la estación de comunicaciones porque la observación no dañaba su dignidad.

Una vez Tsuné dijo:

—El encargado de la cafetería solía llamarme Espárrago. Porque, decía, «eres larga y blanca».

Tôru replicó aplastando su cigarrillo encendido contra el dorso de una de las manos de ella. A partir de entonces, y por estúpida que fuese, Tsuné cuidaba de lo que decía. Sobre todo cuando le servía el desayuno. Las cuatro «doncellas» se turnaban en el servicio. Tres atendían a Tôru, a Honda y a Kinué y la cuarta libraba. La que servía a Tôru el desayuno era la que recibía en su cama por la noche. Cuando él concluía la echaba. A nadie permitía que pasara en su compañía toda la noche. Disfrutaban así de sus favores uno de cada cuatro días y podían salir de casa una vez a la semana. Honda admiraba en secreto la firmeza de aquel dominio y la ausencia de rebeldía. Las criadas obedecían las órdenes de Tôru como si correspondieran a la naturaleza de las cosas.

Él les había enseñado a llamar a Honda «el amo viejo» y por lo demás las había adiestrado impecablemente. Los visitantes ocasionales afirmaban que en aquella época no se veían en parte alguna criadas tan guapas y tan bien adiestradas. Aunque le humillara, Tôru no permitía que Honda echara nada de menos.

Tras haberse preparado para ir a clase, Tôru siempre visitaba la casita del jardín. Kinué, muy arreglada y envuelta en una bata suelta, le recibía siempre en la galería, tendida en una meridiana. Su más reciente coquetería era una enfermedad.

Tôru se sentaba en la galería y saludaba a aquella mujer fea con la amabilidad

más cordial y sincera.

—Buenos días. ¿Y cómo te sientes esta mañana?

—No demasiado mal, gracias. Dudo de que haya algo más bonito en este mundo que el momento en que una bella mujer, con tan sólo fuerzas para arreglarse, toda débil en su meridiana, recibe a un visitante y consigue decir «No demasiado mal, gracias». La belleza de ese instante aletea como una pesada flor y permanece en sus párpados cuando ella cierra los ojos. ¿No es cierto? Pienso en ello como en lo único que puedo hacer por tu gentileza. Pero me siento muy agradecida. Eres el único hombre en el mundo que me da todo y que no pide nada a cambio. Y ahora que estoy aquí puedo verte todos los días y no tengo que salir. Con tal de que tu padre no estuviese...

—No te preocupes por él. Uno de estos días renunciará y morirá. El asunto de septiembre le ha hecho mella y todo va bien. Creo que el año próximo podré comprarte quizás un anillo de brillantes.

—¡Qué espléndido! Esa idea me mantendrá con vida. Pero por ahora tendré que contentarme con las flores. Mi flor de hoy es el crisantemo blanco del jardín. ¿Me lo cogerás? Qué amable, no, ése no. El que hay en el tiesto. Ése. El blanco y grande con los pétalos que caen como hilos.

Negligentemente, Tôru arrancó los crisantemos blancos tan cariñosamente cuidados por Honda. Como una doliente belleza, Kinué envolvió lánguidamente sus dedos en las flores. Luego, con una sonrisa fugaz, colocó la flor en el pelo.

—Y ahora vete o llegarás tarde a la escuela. Piensa en mí entre clase y clase.

Y le despidió con un gesto.

Tôru se dirigió al garaje. Puso en marcha el coche deportivo, un Mustang, que había hecho que le comprara Honda en la primavera al ingresar en la Universidad. Si el motor abstraído y romántico de una nave podía penetrar tan limpiamente entre las olas y dejar tras de sí una estela, ¿por qué los seis cilindros sutilmente atentos del Mustang no podían dispersar el estúpido gentío, penetrar entre las masas de carne, dispersar rojas salpicaduras de la misma manera que el otro dispersaba salpicaduras blancas?

Pero tenía que ser quedamente dominado. Había de ser engatusado y encaminado hacia un amable simulacro de docilidad. Las gentes lo admiraban como admiraban una hoja afilada y reluciente. Su bello morro se obligaba a sonreír, todo brillante de pintura, para convencerles de que no era peligroso.

Capaz de hacer 200 kilómetros por hora, se degradaba a sí mismo, manteniéndose en el límite de velocidad de los cuarenta kilómetros mientras se abría camino en la mañana entre las multitudes de Hongô.

El incidente del tres de septiembre.

Empezó con un pequeño enfrentamiento que Tôru y Honda tuvieron por la mañana.

Durante todo el verano Tôru se había sentido a gusto, desembarazado de Honda, quien, huyendo del calor, se había refugiado en Hakoné. No deseando reconstruir su chalet de Gotemba tras el incendio, Honda había dejado el terreno tal como estaba y, siempre sensible al calor, pasaba los veranos en el albergue de Hakoné. Tôru prefirió quedarse en Tokio e ir de aquí para allá, a las montañas y al mar, en compañía de amigos. Honda regresó a Tokio en la tarde del dos de septiembre. Vio a Tôru por primera vez en algunas semanas. Era evidente la irritación en los claros ojos que le observaban. Honda sintió pavor.

Cuando salió al jardín en la mañana del tres de septiembre preguntó sorprendido qué había sido del arrayán. El viejo arrayán que se alzaba junto a la casita del jardín había sido cortado de raíz.

Kinué, que había vivido en el edificio principal, se había trasladado a la casita del jardín a comienzos de julio. Honda permitió que residiera en la casa grande por miedo a Tôru.

Apareció Tôru. Llevaba el atizador en su mano izquierda. Su habitación había sido antes sala y contaba con la única chimenea que había en la casa. Incluso en verano un atizador colgaba de un clavo junto al hogar.

Naturalmente Tôru sabía que bastaría que Honda lo viese para que se amedrentara como un perro apaleado.

—¿Qué estás haciendo con eso? Esta vez llamaré a la policía. En la otra ocasión guardé silencio porque no quería que se supiera pero ahora no te resultará tan fácil.

Temblaban los hombros de Honda. Había hecho acopio de todo su valor para hablarle.

—¿No tienes un bastón? Pues defiéndete con eso.

Honda había buscado el arrayán en flor, el brillo de sus flores contra la tersura de un tronco como la blanca piel de un leproso. Pero no había ninguno. En el seno del Alaya, el depósito de la conciencia, el jardín se había transformado en un jardín diferente. También deben cambiar los jardines. Pero en el instante en que lo comprendió, brotó de otra fuente una ira incontrolable. Gritó e incluso cuando gritaba sintió miedo.

Habían concluido las lluvias estivales y llegó el calor después de que Kinué se trasladara a la casita del jardín. El arrayán estaba en flor. No le gustaba, dijo. Le producía dolor de cabeza. Empezó a afirmar que Honda lo había plantado allí para que se volviera loca y en consecuencia Tôru lo arrancó después de que Honda se fue a Hakoné. Tan simple como eso.

La propia Kinué no se hallaba visible, sumida en los oscuros rincones de la casita. Tôru no dio explicación alguna a Honda. De nada hubiera servido.

—Supongo que fuiste tú quien lo cortó —dijo Honda, ya más sosegado.

—Eso hice —repuso Tôru cordialmente.

—¿Por qué?

—Era viejo e inútil —afirmó Tôru con la más espléndida de las sonrisas.

En semejantes ocasiones Tôru hacía descender ante sus ojos una pesada puerta de vidrio. Vidrio que era exactamente de la misma materia que la del límpido cielo matinal. Honda sabía que ningún grito, ninguna palabra, llegaría a los oídos de Tôru. Tôru sólo vería muelas postizas. Honda tenía ya dientes inorgánicos. Estaba empezando a morir.

—Ya veo. No importa.

Honda permaneció sentado en su habitación durante todo el día. Apenas probó la comida que le trajo la «doncella». Sabía que informaría de su conducta a Tôru.

—El viejo parece muy enfurruñado.

Tal vez los sufrimientos del anciano no eran en realidad más que un enfurruñamiento. Honda podía advertir que no tenía excusa. Era culpa suya y no de Tôru. No tenía por qué sorprenderse del cambio que Tôru había revelado. La primera vez que le vio Honda advirtió el «mal» en el muchacho.

Pero en aquel momento deseaba medir la profundidad de la herida infligida a su dignidad por lo que él se había buscado.

A Honda le desagradaba el aire acondicionado y tenía ya una edad en la que se cobraba miedo a las escaleras. Poseía una amplia habitación en el piso bajo desde la que veía el jardín hasta la casita. Construida en el estilo medieval *shoin*, era la estancia más antigua y oscura de la casa. Honda colocó en fila cuatro cojines de lino. Se tendió y luego se sentó sobre los talones. Cerradas todas las puertas deslizantes, dejaba acumularse el calor. De vez en cuando se acercaba a gatas hasta la mesita para beber agua. Estaba tan tibia como si hubiera permanecido a pleno sol.

Transcurría el tiempo a lo largo de la línea indefinible entre la vigilia y el sueño, como dormitar en el final preciso de la ira y la tristeza. Incluso el dolor de sus caderas hubiese sido una distracción, pero hoy no lo sentía. Tan sólo se advertía exhausto.

Un insondable desastre parecía precipitarse sobre él, aún peor por el hecho de que sobrevenía con matices precisos y sutiles, escalonados y que, como una pócima cuidadosamente preparada, estaba teniendo el efecto previsto. La ancianidad de Honda debería haberse hallado libre de vanidad, de ambición, de honores, de prestigio, de razón y, especialmente, de emociones. Pero faltaba regocijo. Aunque hacía ya tiempo que debería haber olvidado todos los sentimientos, la irritación y la ira oscuras seguían humeando como una cama de brasas. Al revolverlas, despedían un humo sucio.

El otoño brillaba en la luz del sol de las puertas de papel pero, en el aislamiento, no había signo de movimiento, de cambio en algo diferente, como el cambio de las

estaciones. Todo se hallaba inmóvil. Podía advertirlo claramente en sí mismo, ira y tristeza que no deberían estar allí, como charcos después de un aguacero. La sensación surgida aquella mañana era como una capa de hojas nacidas diez años atrás y se renovaba a cada instante. Todos los recuerdos desagradables caían sobre él pero no podía decir, como cuando era joven, que su vida era desgraciada.

Cuando la luz en la ventana advirtió a Honda acurrucado de la proximidad del crepúsculo, le agitó el deseo sexual. No fue un súbito despertar del deseo sino como algo tibio que se hubiera gestado a lo largo de las horas de tristeza y de ira y que se hubiera enroscado en su cerebro como un gusano rojo.

El chófer que tuvo durante muchos años se había retirado y su sucesor incurrió en algunas indiscreciones. En consecuencia Honda alquilaba ahora coches. A las diez llamó a una criada por el teléfono interior y le ordenó que pidiera un vehículo. Se puso un traje veraniego negro y una camisa deportiva gris.

Tôru no se hallaba en casa. Las criadas observaron con curiosidad la salida nocturna del octogenario Honda.

Cuando el coche penetró en los jardines de Meiji, el deseo de Honda se había trocado en algo semejante a un ligero amago de náuseas. Ahí estaba él de nuevo, al cabo de veinte años.

Pero no era el deseo sexual lo que le había quemado durante todo el trayecto.

Con las manos sobre el bastón, más erguido que de costumbre, murmuraba para sí:

—Sólo tengo que soportar seis meses más. Únicamente seis meses. Si él es auténtico.

Ese «si» le hacía temblar. Si Tôru moría en los seis meses que quedaban hasta que cumpliera veintiún años todo podría perdonarse. Sólo la conciencia de aquel aniversario había permitido que Honda soportara semejante arrogancia. ¿Y si Tôru era una falsificación?

El pensamiento de la muerte de Tôru había constituido un gran consuelo. En su humillación se concentraba en la muerte de Tôru, en su corazón ya le había matado. Su corazón estaba sosegado, su felicidad colmada, su nariz se fruncía con tolerancia y lástima cuando veía la muerte, como el sol a través de una pantalla de mica, más allá de la violencia y de la crueldad. Podría embriagarse en la manifiesta crueldad de lo que se llama piedad. Tal vez eso era lo que había hallado en la luz sobre la vasta y desierta planicie india.

No había advertido aún en sí mismo síntomas de una enfermedad mortal. No tenía nada de lo que alarmarse en lo que se refería a su tensión o a su corazón. Estaba seguro de que si conseguía vivir medio año más sobreviviría a Tôru aunque fuese tan sólo por unos días. ¡Qué lágrimas tan firmes y serenas sería capaz de derramar! Ante el estúpido mundo desempeñaría el papel de trágico padre, privado del hijo que tan

tarde le había llegado en la vida. No podía negar que existía un placer en aguardar la muerte de Tôru, en esperarla con el silencioso amor, exudando un dulce veneno, de alguien que lo sabe todo. La violencia de Tôru, seductora y adorable, contemplada a través del tiempo como a través de las alas de una libélula. Las gentes no aman a los animales domésticos que les sobreviven. La brevedad de la vida breve es condición para el amor.

Y quizás Tôru se angustiara ante la perspectiva como la de una nave extraña y desconocida súbitamente surgida en el horizonte que hubiese estado escrutando durante días. Quizás le agitaba y le irritaba la anticipación de la muerte. La posibilidad inundó a Honda de una bondad sin límites. Se sintió capaz de amar no sólo a Tôru sino a toda la raza humana.

¿Mas, y si Tôru era una falsificación? ¿Y si seguía viviendo y Honda, incapaz de soportarle, se extinguía?

Las raíces del sofocante deseo dentro de él estaban en la incertidumbre. Si había de ser el primero en morir, no podría negarse el más bajo de los deseos. Quizás también había sido destinado a morir humillado y como consecuencia de un error de cálculo. El error de cálculo acerca de Tôru podía haber sido la trama tendida por el destino de Honda.

El hecho de que la conciencia de Tôru fuese hartó parecida a la suya había sido durante largo tiempo una semilla de inquietud. Tal vez Tôru había leído todo. Quizás Tôru sabía que viviría una larga vida y, leyendo la resuelta malicia en la educación práctica que le había dado un anciano seguro de su muerte precoz, había dispuesto su venganza.

Tal vez el hombre de ochenta años y el de veinte se hallaban ahora enfrentados en una lucha a vida o muerte.

De noche en los jardines de Meiji, por vez primera en veinte años. El coche había girado a la izquierda tras pasar la entrada de Gondawara y avanzaba por el camino circular.

—Siga, siga. —Cada vez que Honda daba aquella orden añadía un golpe de tos, como molesto accesorio.

Entre los árboles bajo la noche aparecían y desaparecían camisas de color de huevo. Por vez primera en mucho tiempo Honda sentía en su pecho aquella palpitación tan peculiar. El viejo deseo aún yacía apilado bajo los árboles como las hojas del año anterior.

—Siga, siga.

El coche giró a la derecha tras la galería de arte, en donde la arboleda era más espesa. Había dos o tres parejas.

La luz era tan inadecuada como siempre. De repente, a la izquierda, surgió un

deslumbrante racimo de luces. En el centro del recinto la entrada a la autopista se abría entre una multitud de focos, como un desierto parque de atracciones.

A su derecha quedaría la arboleda del costado izquierdo de la galería de arte. En la noche los árboles ocultaban la cúpula y las ramas se inclinaban sobre la acera, una maraña de abetos, plátanos y pinos. Incluso desde el coche en marcha podía oír a los insectos en las matas de pitas. Como si hubiera sido ayer, recordó la ferocidad de los mosquitos en la espesura y el sonido de los palmetazos contra la piel desnuda.

Despidió el coche en el aparcamiento próximo a la galería de arte. El chófer le observó de soslayo bajo su estrecha frente. Era la clase de mirada que a veces es capaz de provocar un anonadamiento. Puede marcharse, le dijo Honda de nuevo, aún con más firmeza. Apoyó el bastón en la acera y salió del coche.

El aparcamiento se cerraba por la noche. Un cartel advertía que estaba prohibido el acceso. Una valla bloqueaba la entrada. No había luz en la caseta del vigilante ni signo alguno de vida.

Observando cómo se alejaba el coche, Honda descendió por la acera, más allá de las pitas. Desplegaban sus ásperas hojas, de un verde pálido en la oscuridad, silenciosas, como masas de malicia. Escaseaban los viandantes, tan sólo un hombre y una mujer en la acera opuesta.

Habiendo avanzado hasta la fachada de la galería de arte, Honda se detuvo y observó la gran construcción vacía. La cúpula y las dos alas se alzaban con fuerza en la noche sin luna. El estanque rectangular y la blanca gravilla de la terraza en donde grandes franjas de luz de los faroles cortaban la tenue palidez del suelo como la línea de la pleamar. A la izquierda se alzaba un curvo muro del Estadio Olímpico. Sus focos ahora apagados destacaban contra el cielo. Más abajo, los faroles, como entre la niebla, tocaban las ramas exteriores de los árboles.

En la plaza simétrica que no contenía sombra alguna de deseo, Honda se sintió como si estuviera en el centro de la Matriz Mandala.

La Matriz Mandala, uno de los dos mundos elementales, se empareja con el Diamante Mandala. Su símbolo es el loto y sus Budas manifiestan la virtud de la caridad.

La matriz tiene también un carácter incluyente. De la misma manera que la matriz de la mendiga contuvo el embrión del Señor de la Luz, así el corazón turbio del hombre vulgar posee la sabiduría y la piedad de todos los Budas.

La perfecta simetría del resplandeciente mandala mantiene en su centro el Patio del Loto de Ocho Pétalos, residencia del Señor de la Gran Luz. Doce patios se extienden en cuatro direcciones y las residencias de los diversos Budas se hallan determinadas con una simetría detallada y sutil.

Si se tomara por patio central a la cúpula de la galería de arte,alzada en la noche sin luna, entonces la avenida en donde se hallaba Honda, separada del edificio por el

estanque, sería quizás la residencia del Señor del Pavo Real, al oeste del Patio del Vacío.

Con los Budas geométricamente dispuestos sobre el dorado mandala, transpuesto a la oscura arboleda de la plaza simétrica, la extensión cubierta por la gravilla y el vacío de la acera se llenaron súbitamente de rostros benignos que aparecían por todas partes. Más de doscientas caras sagradas y más de doscientos del Diamante Mandala resplandecían entre los árboles y en el suelo centelleaba la luz.

La visión se esfumó cuando empezó a andar. La noche rebosaba de ruidos de insectos. Las voces de las chicharras cosían las sombras como si fueran agujas.

Allí estaba entre los árboles el sendero familiar, a la derecha de la galería de arte. Recordó anhelante que el olor de la hierba y el de los árboles en la noche habían sido parte indispensable del deseo.

Advirtió el retorno de una aguda sensación de placer, como si estuviera caminando por aguas poco profundas, próximas a la orilla, mientras a sus pies se agitaban los peces y los moluscos y las estrellas de mar y los crustáceos y los hipocampos. Como si se hallara de noche en un arrecife de coral, el agua golpeando cálida contra las plantas de sus pies, en peligro de que a cada paso se cortara en las rocas puntiagudas. El placer batía más allá, el cuerpo era incapaz de seguir. En todas partes había carteles y signos. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad vio camisas blancas dispersas entre los árboles, como tras una matanza.

Alguien había precedido a Honda entre las sombras en donde se había ocultado. Aunque sólo fuese por su oscura camisa, Honda podía afirmar que se trataba de un «voyeur» veterano. El hombre era tan bajo, sólo le llegaba a los hombros a Honda que al principio le tomó por un chico. Cuando asomó su canosa cabeza y se aproximó tanto su húmedo aliento, pareció pesado y estúpido.

Los ojos del hombre abandonaron su objetivo y se clavaron en el perfil de Honda. Éste miró deliberadamente hacia otro lado pero sintió que los pelos cortos y grises que brotaban hirsutos de las sienes se hallaban en cierta manera ligados a un recuerdo desconcertante. Pugnó por precisarlo. A su garganta llegó el golpe de tos habitual aunque se esforzó por ahogarlo.

La respiración del hombre denotaba una cierta seguridad. Recobró toda su altura y murmuró al oído de Honda.

—Así que volvemos a vernos. ¿Sigue viniendo por aquí? ¿No se ha olvidado?

Honda se volvió y observó aquellos ojillos de roedor. Le vino a la mente un recuerdo de veintidós años atrás. Éste era el hombre que le detuvo frente al almacén americano de Ginza.

Y recordó con temor cuán fríamente le había tratado aquel hombre, confundiendo su identidad.

—No tiene por qué preocuparse. Aquí es aquí y allí es allí. Lo pasado, pasado

está. —Aquella manera de anticiparse a los pensamientos de Honda aumentó su intranquilidad—. Pero tendrá que cortar esa tos.

Y tornó a mirar afanosamente más allá de los troncos de los árboles.

Honda respiró más tranquilo cuando el hombre se alejó un tanto. Entonces empezó a mirar hacia la hierba más allá del árbol. Pero las palpitaciones habían desaparecido. Habían sido reemplazadas por la inquietud y, de nuevo, por la irritación y la tristeza. El desinterés por sí mismo le esquivaba cuando él lo perseguía. Aunque el lugar era muy indicado para observar al hombre y a la mujer en la hierba, poseían una falsa cualidad, como si supieran que eran observados y estuviesen desempeñando unos papeles. No existía júbilo en verlos ni tampoco percibía la dulce presión de los escondrijos del escrutinio ni la embriaguez de la misma claridad.

Aunque se hallaban tan sólo a uno o dos metros, la luz era demasiado tenue para que pudiera apreciar detalles o las expresiones de los rostros. Parecía no existir obstáculo alguno entre él y ellos y no podía acercarse más. Esperó que, si seguía mirando, volverían las antiguas palpitaciones. Con una mano apoyada en el tronco y la otra en el bastón observaba a la pareja.

Aunque el hombrecillo no parecía tener la intención de estorbar su deporte, Honda siguió evocando cosas que no debería haber recordado. Como su propio bastón no estaba curvado, no podía tratar de imitar el virtuosismo del viejo que empleaba su bastón para alzar faldas. El hombre ya era anciano entonces y sin duda habría muerto ya. Era indudable que en el curso de aquellos veinte años habrían desaparecido gran cantidad de hombres de la «audiencia». Y no serían además pocos entre los jóvenes «participantes» quienes se hubieran casado y marchado o muerto en accidentes de tráfico o de cáncer juvenil o de hipertensión o de dolencias cardíacas o renales. Como los cambios y los traslados de los participantes tendrían que haber sido más vivos que los de la audiencia, algunos de ellos vivirían ya en bloques de viviendas de ciudades dormitorio a una hora o así de tren de Tokio. Ignorando a sus mujeres y a sus hijos, se habrían abandonado a los placeres de la televisión. Y estaba próximo el día en que alguno de ellos se uniera a la audiencia.

Algo blando rozó su mano derecha. Un gran caracol descendía del árbol.

Retiró su mano lentamente. La sucesión del cuerpo y la concha, como el celuloide de una jabonera tras la espuma pegajosa, le produjeron repugnancia. Con semejante impresión táctil, el mundo podría disolverse, como un cadáver en un baño de ácido sulfúrico.

Honda observó de nuevo al hombre y a la mujer. Casi había una súplica en sus ojos. Embriagadme cuanto antes. Jóvenes del mundo, en la ignorancia y en el silencio, embriagadme para júbilo de mi corazón en las formas de vuestra pasión que no tiene sitio para los viejos.

Tendida bajo el canto de los insectos, la mujer se alzó un tanto y pasó sus brazos

por el cuello del hombre. Éste, que lucía una negra boina, tenía una mano muy hundida bajo la falda. Los dedos de ella se movían enérgicamente sobre las arrugas de la camisa del hombre. Estaba contraída contra su pecho, como una escalera en espiral. Jadeante, alzó la cabeza y besó al hombre como si estuviera tragando alguna medicina.

Mientras Honda observaba tan fijamente que le dolían los ojos, sintió un apremio del deseo, como los primeros rayos del sol de la mañana, surgido de profundidades hasta entonces vacías.

El hombre echó mano a su bolsillo posterior. La idea de que en pleno deseo temiera ser robado congeló súbitamente el propio deseo de Honda. Al siguiente instante no dio crédito a lo que veía.

El objeto que el hombre extrajo de su bolsillo era una navaja de resorte. La tocó con el dedo índice y surgió un sonido como la rascadura de una lengua de serpiente. La hoja brilló en la oscuridad. Honda no podía estar seguro de que la mujer hubiera sido acuchillada pero oyó un grito. El hombre se puso en pie de un salto y miró en torno de sí. La boina se había deslizado hacia atrás. Por vez primera Honda observó su pelo y su rostro. El pelo era completamente blanco y la cara demacrada, la de un individuo de sesenta años, completamente surcada de arrugas.

El hombre pasó junto a Honda, que ahora sufría un verdadero shock, y se alejó corriendo a una velocidad que desmentía sus años.

—Salgamos de aquí —murmuró el hombrecillo ratonil al oído de Honda—. Esto puede costarnos muy caro.

—No podría correr aunque quisiera —dijo Honda débilmente.

—Lástima. Sospecharán de usted si no desaparece —el hombre se mordió una uña—. Tal vez deba quedarse a declarar como testigo.

Se oyó un pitido, rumor de pasos apresurados y la agitación de quienes se ponían en pie. Entre la maleza apareció sorprendentemente cerca la luz de una linterna. Los policías rodeaban ahora a la mujer y debatían el caso en alta voz.

—¿En dónde la hirió?

—En el muslo.

—No es un corte muy grande.

—¿Qué aspecto tenía? Díganos qué tipo de hombre era.

El policía que había permanecido acurrucado junto a la mujer, iluminando su cara con la linterna, se puso en pie.

—Dice que era un viejo. No puede haber ido muy lejos.

Temblando, Honda oprimió su rostro contra el tronco. Cerró los ojos. La corteza estaba húmeda. Era como si un caracol se arrastrara sobre su cara.

Abrió muy poco los ojos. Podía distinguir el haz de luz de la linterna. Alguien le empujó desde tan abajo que tenía que ser el hombrecillo. Honda abandonó,

tropezando, el refugio del enorme árbol. Su rostro casi chocó con uno de los agentes. El policía le sujetó por la muñeca.

En la comisaría se hallaba un reportero de un semanario especializado en escándalos. Se entusiasmó al enterarse del acuchillamiento en los jardines de Meiji.

Pidieron a la mujer, cuya pierna había sido firmemente vendada, que identificara a Honda. Y a éste le costó tres horas demostrar su inocencia.

—Estoy absolutamente segura de que no fue este anciano caballero —dijo la mujer—. Me encontré con el otro un par de horas antes en un tranvía. Era un viejo pero iba vestido como si fuera un joven, hablaba con simpatía, un tipo que cae bien a la gente. Jamás habría imaginado que podría hacer tal cosa. Eso es. No sé absolutamente nada de él, ni cómo se llama, ni dónde vive, qué es lo que hace, nada.

Hasta enfrentarse con la mujer, Honda permaneció detenido, determinaron su identidad y se vio obligado a revelar las circunstancias que habían llevado a una persona de su categoría al parque y a semejante hora. Fue una pesadilla; precisamente la estúpida historia que veinte años atrás oyó de su viejo compañero de profesión se convertía ahora en una experiencia de su propia vida. Todo parecía poseer la lucidez de un mal sueño, totalmente divorciado de la realidad: la sórdida comisaría, las sucias paredes de la sala de interrogatorios, la luz extrañamente brillante, la cabeza monda del inspector.

A las tres de la madrugada le permitieron marcharse a su casa. Apareció una criada y con gesto suspicaz abrió la puerta. Fue a su habitación. Sufrió pesadillas.

Al día siguiente permaneció en cama con un enfriamiento y necesitó una semana para recobrarse.

La mañana en que empezaba a sentirse mejor, Tôru le hizo una inesperada visita. Sonriendo, dejó un semanario sobre la almohada de Honda.

Llevaba este titular: «Los apuros de su Excelencia el Juez-Voyeur, falsamente acusado de apuñalamiento».

Honda se quitó las gafas. Sentía unas desagradables palpitaciones en el pecho. La información era sorprendentemente exacta. Incluso figuraba el auténtico nombre de Honda. Ésta era la frase decisiva: «La aparición de un voyeur de ochenta años parece indicar que el dominio del Japón por parte de los viejos se extiende incluso al mundo de los degenerados».

La observación de que sus inclinaciones no eran nuevas sino que desde hacía unos veinte años tenía conocidos entre los voyeurs permitió que Honda adivinara quién había sido el informante. Los propios policías habrían encaminado al reportero hasta el hombrecillo. Una demanda por difamación sólo serviría para empeorar las cosas.

Era un incidente vulgar del que merecía olvidarse pero Honda, que había creído que ya no tenía prestigio ni honor que perder, vio al perderlos que en realidad todavía

se hallaban presentes.

Parecía seguro que durante un período bastante prolongado la gente relacionaría su nombre no con logros espirituales e intelectuales sino con el escándalo. Los escándalos no solían olvidarse. Y no era la indignación moral la que inducía a recordarlos. Para encerrar a una persona el escándalo era el recipiente más sencillo y eficaz.

La tenacidad del enfriamiento le dijo que estaba desplomándose físicamente. Haber sido un sospechoso constituía una experiencia que, en la completa ausencia de dignidad intelectual, parecía provocar el derrumbamiento de la carne y de los huesos. De nada servían los conocimientos, la instrucción, el pensamiento. ¿De qué habría valido enfrentar al inspector con los sutiles detalles de los conceptos que había adquirido de la India?

A partir de entonces, y siempre que mostrase su tarjeta:

Shigekuni Honda
Abogado

la gente insertaría una línea en el angosto espacio entre las dos:

Shigekuni Honda
Voyeur de ochenta años
Abogado

Y así la carrera de Honda quedaría comprimida en una sola línea:
«Ex juez, voyeur de ochenta años».

Y así se había desplomado en un instante el edificio invisible que la conciencia de Honda había construido a través de su larga vida y una sola línea quedaría inscrita en los cimientos. Tan concisa como una hoja al rojo vivo. Y era verdad.

Tras el incidente de septiembre Tôru se dispuso fríamente a ser amo y señor.

Tomó como abogado a un profesional con el que Honda había reñido y le consultó sobre la posibilidad de lograr que Honda fuese incapacitado. Se necesitaría un reconocimiento para probar su debilidad mental pero el abogado parecía seguro de los resultados.

Y en realidad el cambio operado en Honda era evidente. Tras el incidente dejó de salir y parecía temeroso de todo. Resultaría fácil determinar la existencia de síntomas de alucinaciones seniles. Tôru tan sólo tendría que comparecer ante un tribunal de relaciones domésticas y conseguir que Honda fuese incapacitado; el abogado sería designado su tutor.

El abogado consultó a un psiquiatra con quien mantenía buenas relaciones. Tras los manifiestos extravíos de Honda el psiquiatra trazó una imagen de inquietud senil. Surgieron dos dolencias: «deseo sexual sustitutivo», una obsesión como un fuego que se reflejara en un espejo, que carecía de luz propia, e incontinencia como resultado de la senilidad. El abogado dijo que todo lo demás carecería de cuenta del sistema legal. Añadió que sería conveniente que Honda comenzara a gastar su dinero pródigamente, en tal forma que suscitara el temor de que peligrase su fortuna, pero por desgracia no se presentaban semejantes tendencias. En cualquier caso, a Tôru no le preocupaba tanto el dinero como el poder.

Capítulo 27

A finales de noviembre Tôru recibió de Keiko una espléndida invitación grabada y redactada en inglés. Llegó acompañada de una carta.

Querido Tôru,

Lamento no haberme puesto antes en contacto contigo.

Todo el mundo parece estar preparando la celebración de la Nochebuena. Por mi parte voy a dar una prematura fiesta de Navidad el día veinte. Hasta ahora siempre había invitado a tu padre pero he de reconocer que, dada su avanzada edad, una invitación este año constituiría para él un engorro y por eso te invito a ti. Considero que debemos hacer que no sepa nada. Por eso te envío a ti la invitación.

Temo que expresarme así esté diciendo demasiado pero la verdad es que desde el asunto de septiembre, y en atención a los demás invitados, me resultaba demasiado difícil invitar a tu padre. Sé que te parecerá que soy una mala amiga pero en nuestro mundo la estocada última surge cuando lo que era privado se hace público. He de tener mucho cuidado.

La verdadera razón por la que te invito es la de que deseo continuar a través de ti mis relaciones con la familia Honda. Por eso me encantará que aceptes esta invitación.

En consecuencia te ruego que me hagas el honor de venir solo. Entre los demás invitados habrá varios embajadores y sus esposas e hijas, el Ministro de Asuntos Exteriores y su mujer, el Presidente de la Federación de Organizaciones Económicas y su esposa y también muchas otras bellas damas. Por la invitación verás que se requiere esmoquin. Te agradecería mucho que me hicieras saber pronto si puedes asistir o no.

Atentamente

Keiko Hisamatsu

Cabía considerar esta carta como seca y altanera pero Tôru sonrió al imaginar la confusión de Keiko tras el incidente de septiembre. Podía leer entre líneas. Keiko, tan orgullosa de su inmoralidad, se refugiaba temblando tras siete cerrojos por miedo al escándalo.

Pero algo en la carta puso sutilmente en guardia a Tôru. Esa Keiko, tan firme aliada de su padre, ¿no estaría invitándole para reírse de él? ¿Acaso no sería su intención presentarle a todos esos pretenciosos invitados como el hijo de Shigekuni Honda, no para abochornar a Honda sino al propio Tôru?

Los instintos combativos de Tôru se despertaron. Iría a la fiesta como el hijo del

famoso Honda. Nadie desde luego suscitaría la cuestión. Pero él resplandecería como un hijo que no se disculpa de un padre escandaloso.

El espíritu sensible pasaría silenciosamente entre ellos, una tenue, bella y un tanto triste sonrisa en sus labios, los esqueletos del escándalo familiar (esos pequeños asuntos tan sucios) a su lado pero sin ser obra suya. Tôru podía advertir toda la pálida poesía. El desdén y el estorbo de lo viejo empujarían irresistiblemente a las muchachas en dirección a Tôru. Los cálculos de Keiko demostraban ser erróneos.

Como no tenía esmoquin, Tôru encargó rápidamente uno. El día diecinueve se lo entregaron. Inmediatamente se lo probó y así vestido acudió a mostrárselo a Kinué.

—Estás muy bien así. Maravilloso. Sé cuánto deseabas llevarme a bailar con ese traje. Qué lástima que esté siempre tan enferma. Una verdadera lástima. Y por eso has venido a enseñármelo. Eres muy amable. Por eso me gustas tanto.

Era la obesidad lo que había inmovilizado a Kinué. Tenía una salud excelente pero, como no hacía ejercicio, en seis meses había engordado hasta tornarse irreconocible. La corpulencia y la inmovilidad proporcionaban una mejor justificación a sus enfermedades. Tomaba constantemente píldoras hepáticas. Tumbada en la meridiana perdía la mirada en el cielo azul que divisaba a través de los árboles. Repetía constantemente que ya no le restaba mucho tiempo en este mundo y constituía una dura carga para las criadas a las que Tôru había prevenido para que en ninguna circunstancia se rieran de ella.

Lo que Tôru admiraba era la astucia con la que, ante una serie de condiciones, sabía burlarlas y alzaba defensas, se afirmaba en su belleza y le añadía quizás un tinte trágico. Había advertido inmediatamente que no pensaba llevarla a la fiesta y en consecuencia había recurrido a su enfermedad en beneficio de la situación. Tôru pensó que tenía cosas que aprender de este orgullo tan tenazmente preservado. Se había convertido en su maestra.

—Date la vuelta. Ah, está muy bien cortado. La línea de los hombros cae muy bien. En ti todo resulta muy bonito. A mí me pasa lo mismo. Bueno, olvídate de todo mañana por la noche y disfruta. Pero cuando mejor lo estés pasando, piensa un momento en la muchacha enferma que dejaste en casa. Pero sólo un momento. Necesitas una flor para el ojal. Si tuviese fuerzas suficientes iría y la cortaría yo misma. Chica, por favor. La rosa de invierno, la roja, sí.

Hizo que la criada arrancara un capullo carmesí a punto de florecer y ella misma lo colocó en el ojal.

—Así. —Moviendo lánguida y desmayadamente los dedos, pasó el tallo por el ojal. Palmeó la lustrosa seda de la solapa—. Sal al jardín y déjame que vuelva a verte.

La corpulenta figura parecía a punto de expirar.

A la hora fijada, siete de la tarde, Tôru, siguiendo el plano de Azabu que

acompañaba a la invitación, introdujo el Mustang en el jardín por una avenida cubierta de gravilla blanca. No habían llegado todavía los demás coches.

A Tôru le sorprendió ver cuán anticuada era la mansión de Keiko. Los faroles bajo los árboles iluminaban una curva fachada de estilo Regencia. Había algo fantasmal en el lugar, cuyo efecto intensificaba la roja yedra, oscurecida por la noche.

Tôru, precedido por un mayordomo de guantes blancos, cruzó un vestíbulo abovedado hasta llegar a una sala en el profuso estilo Momoyama en donde había una silla Luis XV. Le avergonzaba haber sido el primero de los invitados en llegar. La casa se hallaba brillantemente iluminada pero silenciosa. En una esquina se alzaba un enorme árbol de Navidad. Parecía fuera de lugar allí. Tras preguntarle qué deseaba beber, el mayordomo le dejó solo. Apoyándose en la vieja ventana de vidrios emplomados contempló más allá de los árboles las luces de la ciudad y un cielo al que el neón había tornado purpúreo.

Se abrió una puerta y entró Keiko.

Le dejó sin habla el brillante vestido de noche de la septuagenaria. Las mangas caían hasta la fimbria de su falda y las cuentas cubrían enteramente su superficie. El tornasolado y los dibujos que las cuentas formaban desde el escote hasta la falda eran tales que deslumbraban a los ojos. En el seno, las alas de un pavo real en verde sobre un fondo dorado; en el talle, unos dibujos repetidos de color vino, y en la falda, olas de púrpura y nubes de oro, con oro también en las diversas franjas que marcaban las diferentes fronteras. El blanco del organdí del fondo resaltaba por obra de una red plateada y triple de dibujo occidental. Bajo la falda asomaba la punta de una chinela de purpúreo satén y en el cuello siempre orgulloso lucía una estola Georgette en color esmeralda, que caía sobre los hombros y llegaba hasta el suelo. Bajo su pelo, más corto y menos suelto que de costumbre, colgaban unos pendientes de oro. Su cara mostraba la expresión congelada de quien más de una vez ha conocido la cirugía plástica pero aquellas partes que aún podía dominar parecían afirmarse con altivez. Los terribles ojos. La gran nariz. Los labios, como rojinegros pedazos de manzana que comienza a pudrirse, torturados en un rojo aún más brillante.

—Siento mucho haberte hecho esperar —dijo alegremente. La cara de cincelada sonrisa se aproximó a él.

—Caramba, estás espléndida.

—Gracias.

Breve y distraídamente, a la manera occidental le mostró sus bien formadas fosas nasales.

Llegaron los aperitivos.

—Tal vez deberíamos apagar las luces.

El mayordomo apagó las luces del candelabro. Por las luces del árbol de Navidad, centelleaban los ojos de Keiko y las cuentas de su vestido. Tôru comenzaba a sentirse

intranquilo.

—Los demás se retrasan. ¿O es que yo he venido demasiado pronto?

—¿Los demás? Esta noche tú eres mi único invitado.

—¿Así que me mentiste cuando hablaste de los otros?

—Ah, lo siento. Cambié de planes. Pensé que sería mejor celebrar la Navidad a solas contigo.

—Creo entonces que tendré que pedirte que me excuses.

—¿Por qué? —tranquilamente sentada, Keiko no hizo gesto alguno para detenerle.

—Una especie de complot. O una trampa. En cualquier caso algo de lo que has hablado con mi padre. Estoy cansado de ser objeto de diversión.

Le desagradó aquella vieja desde la primera vez que la vio.

Keiko no se inmutó.

—Si se tratara de algo de lo que hubiera hablado con el señor Honda, no me habría costado tanto esfuerzo. Te invité porque deseaba tener una charla contigo, a solas. Es cierto que te mentí porque sabía que no vendrías de haber conocido que eras mi único invitado. Pero una cena de Navidad con sólo dos personas sigue siendo una cena de Navidad. Aquí estamos los dos, vestidos de etiqueta.

—Supongo que pretendes darme una conferencia. —Tôru estaba irritado consigo mismo por haber permitido que se disculpara.

—Nada de eso. Tan sólo deseo hablar tranquilamente contigo acerca de algunas cosas. El señor Honda me estrangularía si se enterara. Se trata de secretos que sólo el señor Honda y yo conocemos. Si no quieres oír, bien, haz como te plazca.

—¿Secretos?

—Si quieres, siéntate y escucha.

Con una sonrisa elegantemente sardónica en sus labios señaló la algo deslucida fiesta campestre de Watteau en la silla de la que Tôru acababa de levantarse.

El mayordomo anunció la cena. Abriendo unas puertas que Tôru había tomado por un tabique, les introdujo en la sala inmediata en donde ardían rojas velas en la mesa puesta. El vestido de Keiko tintineaba.

Sin alguien que estimulara la conversación, Tôru comió en silencio. El pensamiento de que la destreza con que manejaba su cuchillo y su tenedor eran el resultado de la asidua tutela de Honda le enfureció de nuevo. Tutela para que los demás le juzgaran largo tiempo presa de una pusilanimidad que jamás había sentido hasta que conoció a Honda y a Keiko.

Los dedos de Keiko sobre el cuchillo y el tenedor, más allá de las pesadas y barrocas velas, despreocupadamente silenciosos y diligentes, como los de una vieja que hace punto, eran los dedos de una muchacha, puestos en juego en la ancianidad.

El pavo frío era insípido, como seca piel de un viejo. El relleno de castañas y de

jalea de arándanos tenía para Tôru el agrio sabor edulcorado de la hipocresía.

—¿Sabes por qué existía tanto interés en que te convirtieras en el heredero de la casa de Honda?

—¿Cómo voy a conocerlo?

—Qué indolencia por tu parte. ¿O es que no querías saberlo?

Tôru no respondió. Keiko dejó el cuchillo y el tenedor y a través del humo de la vela, señaló a la pechera de su esmoquin.

—Muy sencillo. Porque tienes tres lunares en el lado izquierdo del pecho.

Tôru no consiguió ocultar su sorpresa. Keiko estaba enterada de la existencia de aquellos tres lunares, la raíz de su orgullo, que a lo largo de toda su vida sólo habían despertado su propio interés. En un instante logró dominarse. La sorpresa había surgido del hecho de que, por casualidad, el símbolo de su propio orgullo había coincidido con un símbolo de algo para alguien más. Aunque los lunares hubieran desencadenado algo, eso no significaba necesariamente que hubiese sido descubierto. Pero Tôru subestimaba la intuición de los ancianos.

La sorpresa tan clara en su rostro pareció dar una mayor confianza a Keiko. Las palabras surgieron sin interrupción.

—¿Ves? No puedes creerlo. Desde el principio fue demasiado estúpido, harto carente de sentido. Creíste haber dispuesto todo de un modo frío y realista pero te has tragado todas las premisas carentes de sentido. ¿Quién sería tan loco como para querer adoptar a un completo desconocido, tras haberle visto una sola vez y tan sólo por capricho? ¿Qué pensaste la primera vez que te abordamos con la oferta? Naturalmente a ti y a tus superiores os formulamos todo género de explicaciones. ¿Pero qué es lo que pensaste tú realmente? Aquello te envaneció, me imagino. A las gentes les gusta creer que se merecen todo. ¿Creíste que tus sueños pueriles y nuestra propuesta encajaban admirablemente? ¿Que había quedado justificada tu extraña seguridad infantil? ¿Fue eso lo que pensaste?

Por vez primera Tôru experimentaba miedo de Keiko. No se sentía apabullado por su clase, pero hay personas dotadas de un olfato especial para husmear lo que vale la pena. Son los asesinos de ángeles.

La conversación quedó interrumpida por el postre. Tôru había dejado pasar el momento de responder. Sabía que había subestimado a su adversario.

—¿Crees que coinciden tus esperanzas y las de alguien más, que alguien puede hacer fácilmente realidades tales esperanzas? Las gentes viven para sí mismas y piensan sólo en sí mismas. Tú, que piensas más que nadie en ti mismo, has ido demasiado lejos y te has cegado.

»Creíste que la Historia tiene sus excepciones. No las hay. Pensaste que la raza tiene sus excepciones. No las hay.

»No existe un derecho especial a la felicidad como tampoco lo hay a la

infelicidad. No hay ni tragedia ni genio. Tu confianza y tus sueños carecen de fundamento. Si existe en esta Tierra algo excepcional, una belleza especial o una maldad especial, la Naturaleza lo encuentra y lo arranca. Todos deberíamos haber aprendido ya esa dura lección, la de que no hay “elegidos”.

»Pensaste, ¿no es cierto?, que eras un genio más allá de toda compensación. Te imaginaste, ¿no es cierto?, como una bella nubecilla de maldad, flotando por encima de la humanidad.

»El señor Honda lo advirtió todo en el instante en que distinguió tus lunares. En aquel momento decidió que debía tenerte con él, salvarte del peligro. Pensó que si te dejaba tal como te hallabas, si te abandonaba a tu “destino”, te mataría la Naturaleza a los veinte años.

»Intentó salvarte, adoptándote, haciendo pedazos tu orgullo “deiforme”, introduciendo en ti las reglas del mundo respecto de la cultura y la felicidad, convirtiéndote en un joven perfectamente corriente. No advertiste que tienes el mismo punto de partida que todos nosotros. El signo de tu negativa a reconocerlo eran esos tres lunares. El afecto le impulsó a adoptarte sin decirte por qué deseaba salvarte. El afecto, desde luego, de un hombre que sabía demasiado del mundo.

Tôru se sentía cada vez más inquieto.

—¿Por qué dices que moriré a los veinte años?

—Creo que probablemente el peligro ha pasado. Vamos a seguir hablando en la otra sala.

En la chimenea ardía un fuego vivaz. Bajo la repisa, un arco en oro viejo al estilo japonés, con una colgadura de Kôtatsu, se abrían dos puertecillas doradas para revelar el hogar. Tôru y Keiko se sentaron ante el fuego, separados por una mesita. Keiko repitió la larga historia de nacer y renacer que había oído de Honda.

Tôru escuchaba, contemplando el fuego. Se estremeció ante el tenue sonido de un tronco al deshacerse.

Aferrada a un leño con su humo, la llama se retorció y crecía y luego surgía de nuevo en la oscuridad entre leño y leño, brillante e inmóvil la cama de brasas. Como en una morada, el diminuto piso, deslumbrante en sus rojos y en sus bermellones, se hallaba sumido en una quietud que jalonaba el tosco marco de los leños.

A veces el humo que brotaba entre los sombríos troncos era como un fuego en la pradera de una planicie bajo la noche. El fuego creaba grandes paisajes y las sombras que se agitaban en las profundidades de la hoguera eran una miniatura de las llamas de un cataclismo político que trazan sombras sobre los cielos.

Cuando las llamas se extinguían en un leño surgía una mancha de sereno carmesí bajo la delicada concha de una capa de cenizas, temblorosa como un montón de blancas plumas. La firmeza de los leños se desplomaba hasta sus cimientos. Luego, manteniéndose en precario equilibrio, arderían como una gran roca en el aire.

Todo fluía, todo se hallaba en movimiento. La serena cadena de humo tan estable se fragmentaba constantemente. El colapso de un leño que había concluido su tarea aportó una especie de calma.

—Muy interesante —dijo Tôru más bien agriamente cuando hubo escuchado la historia hasta el final—. ¿Pero dónde está la prueba?

—¿Prueba? —Keiko vaciló—. ¿Hace falta una prueba para la verdad?

—Cuando tú dices «verdad» suena a falso.

—Si pides una prueba, supongo que el señor Honda habrá conservado todos estos años el diario de Kiyooki Matsugae. Puedes pedirle que te deje verlo. Sólo escribió sobre sueños y el señor Honda dice que todos se han trocado en realidad. Pero quizás eso no importe. Quizás nada de lo que yo he dicho tenga nada que ver contigo. Tú naciste el 20 de marzo y Ying Chan murió en la primavera y tú tienes esas tres marcas así que parece que tú eres su reencarnación. Pero no conseguimos averiguar exactamente cuándo falleció. Su hermana gemela ha dicho sólo que fue en la primavera pero parece incapaz de recordar el día preciso. El señor Honda, que ha investigado de diversas maneras la cuestión, no ha tenido éxito. Si le picó una serpiente y murió después del veintiuno de marzo tú conseguiste tu fortuna gratis. El espíritu vaga en torno al menos durante una semana. Así que tu cumpleaños tendría que ser una semana después de su muerte.

—En realidad, no sé en qué día nació. Mi padre se hallaba en el mar y nadie se ocupó de los detalles. Se indicó como fecha de nacimiento la de la inscripción en el registro. Pero yo nació antes del veinte de marzo.

—Cuanto más pronto, más tenue es la posibilidad —dijo fríamente Keiko—. Pero quizás eso no importe de ninguna manera.

—¿Que no importe? —Tôru mostró signos de indignación.

Al margen por completo de que creyera o no diera crédito a la terrible historia que había oído, el hecho de que le dijeran que no importaba le parecía como un manifiesto rechazo de sus razones para existir. Keiko tenía la habilidad de hacer que una persona pareciera como un insecto. Se ocultaba tras su inmutable jovialidad.

A la luz del fuego, el multicolor traje de noche despedía tintes profundos e intensos. Se contraía y se enroscaba en torno de ella como un arco iris en la noche.

—Quizás no importe. Quizás desde el principio fuiste un fraude. En realidad yo estoy más que segura de que eres un fraude.

Tôru observó su perfil. Había hablado al fuego como si le presentara una petición. Era imposible describir el esplendor de aquel perfil, iluminado por el fuego. En sus ojos el fuego resaltaba el orgulloso y alto puente de la nariz. Inducía en cualquiera un desasosiego pueril. Irradiaba un dominio implacable.

En Tôru brotaron pensamientos homicidas. ¿Cómo podría conmover a esta mujer, lograr que suplicara por su vida? ¿La estrangularía, la arrojaría a las llamas? Estaba

seguro de que volvería hacia él con orgullo su cara ardiendo, envuelta en una gran melena de llamas. Tôru, herido en su dignidad, temía que las próximas palabras de ella hicieran sangre. Lo que más temía era que la sangre fluyera de una herida abierta en su dignidad. Su hemofilia no permitiría que se detuviera el fluir. Y así hasta ahora había empleado todas sus emociones para trazar una línea entre la emoción y la dignidad y, rehuendo el peligro del amor, se había armado de incontables espinas.

Al decir lo que tenía que decirse, Keiko se mostraba resuelta, serena y ceremoniosamente.

—Sabremos con seguridad que eres un fraude si no mueres en los próximos seis meses. Sabremos que no eres el renacer de la bella semilla que el señor Honda buscaba y que constituyes lo que un entomólogo llamaría un simulador. Dudo de que tengamos que aguardar un año. No me parece que estés condenado a morir en el plazo de seis meses. No hay nada inevitable en ti, ni una sola cosa que una persona odiara perder. En ti no hay ni una cosa que haga sentir a una persona, al imaginar tu muerte, que una sombra se ha extendido sobre el mundo.

»Eres un muchachito campesino, malvado y astuto del tipo que vemos por todas partes. Quieres apoderarte del dinero de tu padre y así estás afanándote para declararle incapacitado. Te sorprende, ¿no es cierto? Yo lo sé todo. ¿Qué te propones lograr cuando tengas dinero y poder? ¿El éxito? Tus pensamientos no van un paso más allá de los de cualquier muchacho mediocre. Lo único en lo que ha fallado el adiestramiento del señor Honda es en que no ha servido más que para revelar tu naturaleza esencial.

»No existe nada que en ti que resulte mínimamente especial. Te garantizo una larga vida. No has sido elegido por los dioses, nunca te hallarás de acuerdo con tus actos, no posees en ti la luz verde que brille como rayo joven con la celeridad de los dioses y que te destruya a ti mismo. Todo lo que tienes es una cierta senilidad prematura. Tu vida es propia del que vive de los dividendos de sus acciones. Nada más.

»No puedes matar al señor Honda ni matarme a mí. Tu género de maldad es de tipo leguleyo. Todo engreído por ilusiones nacidas de conceptos abstractos, te pavoneas como un dueño de un destino aunque te falten todas las calificaciones precisas. Crees haber llegado con los ojos al fin del mundo pero ni una vez has sido invitado a ir más allá del horizonte. Nada tienes que ver con la luz o con la ilustración, no hay verdadero espíritu en carne o en corazón. Al menos el espíritu de Ying Chan estaba en la resplandeciente belleza de su carne. La Naturaleza ni siquiera te ha dedicado una mirada, ni mostrado un destello de hostilidad hacia ti. La persona que el señor Honda está buscando tiene que ser alguien que inspire los celos de la Naturaleza ante su propia creación.

»Eres un muchacho despierto, nada más. Si alguien paga tus gastos nadarás a

través de los exámenes de ingreso y al otro extremo estará esperándote un buen empleo. Un estudiante modelo para el Fondo de Educación. Material de propaganda para los benefactores que dicen que si se atiende a las necesidades materiales, emergerán todo género de tesoros ocultos. También fue bueno para ti el señor Honda y te otorgó una gran confianza. Prescribió la dosis errónea, eso es todo. Con la dosis adecuada tú volverás a encarrilarte. Te espabilarás en cuanto te hagan secretario de algún político vulgar. Me agradará presentarte uno, el que quieras, en cualquier momento.

»Conviene que recuerdes lo que te he dicho. Has visto y piensas haberlo visto todo. Pero sólo has visto el circulito en un catalejo de treinta aumentos. Supongo que te habrías sentido más feliz si te hubiésemos dejado creyendo que eso era todo el mundo.

—Fuisteis vosotros quienes me sacasteis de allí.

—Y lo que te hizo venir con tanta facilidad fue la idea de que eras diferente.

»Kiyoaki Matsugae se sintió atraído por un amor imprevisible, Isao Inuma por el destino, Ying Chan por la carne. ¿Y tú? ¿Tal vez por la más rastrera sensación de ser diferente?

»Si el destino es algo que se apodera de una persona desde fuera y la arrastra tras de sí, entonces los otros tres tuvieron destino. ¿Te ha capturado algo a ti? Sólo nosotros, el señor Honda y yo —el pavo real verde y dorado de su seno parecía haber cobrado fuego. Keiko rió—. Somos dos ancianos aburridos, fríos y cínicos. ¿Puede en realidad tu orgullo permitirte que nos llames destino? ¿Un viejo y una vieja horribles? ¿Un viejo voyeur y una vieja lesbiana?

»Es posible que creas que has conseguido el mundo. Los que pueden hacer venir a un muchacho como tú son los únicos que han conseguido el mundo. El único que saca a la luz el engreído proveedor de conciencia es el veterano ejercitante del mismo oficio. Nadie más hubiera llamado a tu puerta, puedes estar seguro. Con seguridad habrías pasado por la vida sin la llamada y los resultados habrían sido los mismos. Porque tú no tienes destino. La muerte bella no es para ti. No te corresponde ser como los otros tres. Tu papel es el del lúgubre y monótono heredero. Te invité esta noche para que lo supieras todo.

La mano de Tôru temblaba y sus ojos se clavaban en el atizador próximo al fuego. Le hubiera sido fácil alcanzarle, haciendo como que iba a avivar el fuego. No hubiera suscitado curiosidad su gesto y luego sólo hubiera tenido que hacerlo girar. Podía sentir el peso en su mano, podía ver la sangre, salpicando la dorada silla y las doradas puertas. Mas no lo alcanzó. Sentía una terrible sed pero no pidió agua. La ira que inflamaba sus mejillas se le antojó como la primera pasión que había conocido. Permaneció encerrada dentro de él.

Capítulo 28

Extrañamente Tôru se presentó ante Honda para formularle una petición. Quería que le prestara el diario de Kiyoaki.

A Honda no le gustaba dejárselo pero aún le gustaba menos no dejárselo.

Se lo dejó por dos o tres días. Se convirtieron en una semana. La mañana del veintiocho, cuando había decidido recuperarlo, le sobresaltó el griterío de las criadas. En su dormitorio, Tôru se había envenenado.

Como estaba concluyendo el año, no pudieron localizar al médico de cabecera. Honda hubo de correr el riesgo de la publicidad y llamar a una ambulancia. Había un muro de curiosos cuando llegó aullando la ambulancia. Ansiaban otro escándalo de la casa que ya les había proporcionado uno.

Tôru seguía en coma y experimentaba convulsiones pero su vida no se hallaba en peligro. Mas al recobrar el conocimiento sentía intensos dolores en los ojos. Ambos habían sido afectados y llegó a perder totalmente la vista. El veneno había atacado la retina, lesionada sin esperanza alguna de recuperación.

El veneno era alcohol industrial de madera, robado aprovechando la confusión del final del año de una fábrica que pertenecía al pariente de una de las criadas. La doncella, que obedecía en todo a Tôru, lloró e insistió en afirmar que no pensaba que se lo tomaría.

El ciego Tôru apenas dijo nada. Tras el Año Nuevo, Honda le preguntó por el diario.

—Lo quemé antes de tomar el veneno —replicó concisamente.

Su respuesta cuando le pidió una explicación fue muy atinada.

—Porque yo nunca sueño.

Mientras sucedía todo esto Honda solicitó la ayuda de Keiko en diferente número de ocasiones. Había algo extraño en ella. Era como si sólo Keiko conociera los motivos del suicidio frustrado.

—Tiene el doble de orgullo que la mayoría de los muchachos. Creo que lo hizo para demostrar que es un genio.

Cuando le acosó con preguntas ella reconoció que se lo había contado todo en su fiesta de Navidad. Afirmó que había procedido así en nombre de su amistad pero Honda repuso que no deseaba verla más. Así le anunció el final de una amistad que había durado más de veinte años.

La declaración de incapacidad fue revocada y ahora era el ciego Tôru quien

precisaba tutela. Honda redactó una declaración ante notario y designó al tutor más fiable que pudo hallar.

Tôru abandonó la Universidad, se encerró en la casa y sólo hablaba con Kinué. Las criadas fueron despedidas y Honda contrató a una mujer que tenía experiencia como enfermera. Tôru pasaba la mayor parte del día en el pabellón de Kinué. A lo largo de la jornada podía escucharse a través de las puertas la voz suave de Kinué. Tôru no parecía molestarse en responder.

Quedó atrás su cumpleaños el veinte de marzo. No mostró indicios de ir a morir. Aprendió a leer en Braille. Cuando se hallaba sólo, escuchaba discos. Era capaz de reconocer a los pájaros por sus cantos. Un día, tras un larguísimo silencio, habló a Honda. Le pidió autorización para casarse con Kinué. Aun sabedor de que su locura era hereditaria, Honda otorgó su permiso inmediatamente.

La decadencia progresaba, los signos del final aparecían quedamente. Como los pelos que le cosquilleaban en el cuello cuando volvía de la peluquería, la muerte, olvidada la mayor parte del tiempo, llegaría cosquilleando al recordar. A Honda le parecía extraño que a pesar de haber hecho todos los preparativos para recibirla, la muerte no llegara.

Durante aquellos días Honda había sido consciente de una cierta pesadez en la zona del estómago pero, contra lo que hubiera podido esperarse del antiguo Honda, no se apresuró a ir al médico. Éste diagnosticó las molestias como indigestión. Siguió teniendo poco apetito después del Año Nuevo. Mas él no era hombre para considerar esta circunstancia como resultado exclusivo de las preocupaciones ni para estimar la demacración como una consecuencia de la angustia mental.

Pero había llegado a parecerle que no existía distinción entre el dolor del espíritu y el dolor de la carne. ¿Cuál era la diferencia entre la humillación y una próstata inflamada? ¿Entre las congojas de la pena y una neumonía? La senilidad constituía una verdadera dolencia tanto del espíritu como de la carne y el hecho de que la senilidad fuese una enfermedad incurable significaba que la existencia era una enfermedad incurable. Se trataba de una enfermedad que nada tenía que ver con las teorías existencialistas, la propia carne era la enfermedad en la que se hallaba latente la muerte.

Si la causa de la decadencia era enfermedad, entonces la causa fundamental de aquélla, la carne, era enfermedad también. La esencia de la carne era su decadencia. Tenía un lugar en el tiempo para dar prueba de destrucción y de decadencia.

¿Por qué las gentes se tornaban por vez primera conscientes del hecho sólo cuando sobrevenía la vejez? ¿Por qué cuando zumbaba tenuemente el oído en el fugaz mediodía de la carne, la advertían sólo para olvidarla? ¿Por qué el atleta joven y sano, en la ducha tras el esfuerzo, cuando observa cómo las gotas de agua caen como granizo sobre su piel tersa, no ve que la pleamar de la propia vida es la más

cruel de las enfermedades, una oscura hinchazón ambarina?

Para Honda ahora, la vida era senectud, la senectud era vida. Constituía un error el hecho de que estos dos sinónimos se calumniaran el uno al otro constantemente. Sólo ahora, ochenta y un años después de haber caído a este mundo, conocía Honda la esencia perversa en el meollo de cualquier placer.

Apareciendo ahora en este lado y luego en el otro de la voluntad humana, alzaba una niebla opaca, la defensa de la voluntad contra la afirmación cruel y terrible de que vida y senectud son sinónimos. La Historia sabía la verdad. La Historia era el producto más inhumano de la humanidad. Roía la totalidad de la voluntad humana y, como la diosa Kali en Calcuta, goteaba sangre de su boca mientras mordía y mascaba.

Somos el forraje para atiborrar algún buche. A su manera superficial, Imanishi, que murió en el fuego, fue consciente de ello. Para los dioses, para el destino, para la Historia, el único empeño humano que imita a los dos, resultaba prudente dejar al hombre inconsciente del hecho hasta que se hubiera hecho viejo.

¡Qué forraje había sido Honda! ¡Qué forraje insustancial, insípido y polvoriento! Negándose instintivamente a tornarse sabroso, ahora al final de todo deseaba perforar la boca de su devorador con los huesos insípidos de su conciencia; pero estaba seguro de fracasar.

Tôru se había quedado ciego tras su suicidio frustrado. Su vigésimo primer cumpleaños llegó y pasó. Honda ya no tenía más deseos de buscar posibles rastros dejados por la persona desconocida y muerta a los veinte años, que fuera la verdadera reencarnación. Si había existido semejante persona, muy bien. Honda carecía ya de energía para observar la vida de esa persona ni le hubiera convenido hacer el esfuerzo. Los movimientos de los cuerpos celestiales le habían dejado al margen. Por un pequeño error de cálculo habían conducido a Honda y a la reencarnación de Ying Chan a partes diferentes del Universo. Tres reencarnaciones habían ocupado la vida de Honda y después de trazar sus rastros de luz a través de ella (también esto había constituido un accidente muy improbable) habían partido en otro estallido de luz hacia un desconocido rincón de los cielos. Quizás en alguna parte, en algún tiempo, Honda se toparía con la centésima, la diezmilésima, la cien millonésima reencarnación.

No había prisa.

¿Por qué tener prisa? Ni siquiera sabía a dónde estaba llevándole su propio camino. A tal conclusión llegó Honda, un hombre que no sentía prisa por morir. Lo que había visto en Benarés era la indestructibilidad humana como esencia fundamental del universo. El otro mundo no yacía palpitante más allá del tiempo ni extendía resplandeciente más allá del espacio. Si morir significaba retornar a los cuatro elementos, disolverse en la entidad colectiva, entonces no había ley que

determinara que el lugar del nacer y del renacer tuviera que hallarse aquí y no en otro punto. Fue un accidente, un accidente profundamente desprovisto de sentido el hecho de que los tres, Kiyoaki, Isao y Ying Chan hubiesen aparecido junto a Honda. Si un elemento en Honda poseía exactamente la misma cualidad que un elemento en el otro extremo del universo, una vez perdida la individualidad, no existía procedimiento de intercambio para que pudieran unirse deliberadamente a través del espacio y del tiempo. La partícula de aquí y la partícula de allá poseían precisamente la misma significación. No existía nada que impidiera que el Honda del próximo mundo existiera en el otro extremo del universo. Cuando se corta el hilo y las cuentas se dispersan sobre la mesa, son ensartadas en otro orden y, siempre que no hayan caído algunas cuentas de la mesa, la única regla indestructible es que su número debe ser el mismo de antes.

La Eternidad no cobra existencia porque yo piense que existo. A Honda se le antojaba ahora sólida desde un punto de vista matemático la doctrina budista. El yo era el orden de las cuentas determinado por el yo y en consecuencia carecía de validez.

Estos pensamientos y la casi imperceptible decadencia de la carne marchaban juntos como las ruedas de un carro. Todo estaba bien, resultaba incluso agradable, por así decirlo.

Hacia mayo empezó a sufrir dolores en el abdomen. Eran muy tenaces y a veces se prolongaban a la espalda. En la época en que aún veía a Keiko las dolencias surgían inevitablemente en la conversación. Él hablaba despreocupadamente de alguna enfermedad grave y entonces, con grandes aspavientos, ella procedía a su disección. Con un hiriente género de amabilidad mezclado a una tierna tendencia a la exageración, le atribuiría todos los términos médicos malignos que fuese capaz de concebir y él se encaminaría burlón hacia una clínica. Ahora que ya no veía a Keiko había perdido hasta un grado sorprendente este tipo de entusiástica inquietud. Los dolores que era capaz de soportar quedaban confiados a las atenciones de su masajista. Le cansaba incluso la idea de un médico.

Indudablemente el debilitamiento general y los rítmicos ataques del dolor dieron nuevos poderes a su pensamiento. Su cerebro envejecido había perdido toda capacidad para concentrarse, pero ahora retornaba e incluso cuando el dolor se mostraba agresivo, surgían para soportarlo otras facultades vitales diferentes de las puramente racionales. A los ochenta y un años Honda alcanzaba un reino maravilloso y misterioso que siempre le había estado vedado. Ahora sabía que una visión más amplia del mundo había de proceder más de la depresión física que de la inteligencia, más de un dolor sordo en las entrañas que de la razón, más de una pérdida del apetito que del análisis. La incorporación de un único y vago dolor de espalda a un mundo que había sido al ojo penetrante de la razón una estructura sutilmente trazada bastaba

para que empezaran a aparecer grietas en las columnas y en las bóvedas, para que lo que había parecido dura roca resultara ser blanco corcho, para que lo que se le había antojado una forma sólida fuese una incipiente jalea.

Honda había logrado por sí mismo ese aguzamiento de los sentidos que tan pocos conseguían en este mundo y que le permitía vivir la muerte desde dentro. Cuando observaba retrospectivamente su vida desde su extremo, de una manera que no fuese un caminar por una superficie plana, esperando que reviviría lo que había declinado, tratando de creer que el dolor era pasajero, aferrándose ávidamente a la felicidad como a algo momentáneo, pensando que a los buenos ratos deben seguir los malos, viento en todos los altibajos, ascensiones y caídas, el terreno para sus propias perspectivas, entonces todo se situaba en su lugar, todo se afirmaba y la marcha hacia el final se conformaba a un orden. Desaparecía la frontera entre hombre y objeto. El portentoso edificio de diez pisos al estilo americano y los frágiles seres humanos que caminaban por debajo poseían como una condición la de sobrevivir a Honda pero como condición de igual importancia la de que caerían como el arrayán tan bárbaramente arrancado. Honda ya no tenía motivo para compadecerse y había perdido la imaginación que suscita la compasión. La pérdida había sido fácil porque él siempre se había mostrado escaso de imaginación.

La razón aún funcionaba pero se hallaba congelada. La belleza se había convertido en un espectro.

Y él perdió la más grande enfermedad del espíritu, la de querer y proyectar. En un sentido que era la gran liberación proporcionada por el dolor.

Honda escuchaba el parloteo que envuelve el mundo como polvillo de oro. Afirmaciones condicionadas, que reivindican ruidosamente una residencia permanente.

—Abuelo, iremos a un balneario cuando te sientas mejor. ¿Te gustaría Yumoto o profieres Ikaho?

—Tomaremos una copa cuando se firme el contrato.

—Vamos.

—¿Es cierto que es un buen momento para invertir en Bolsa?

—¿Podré comerme yo sólo toda una caja de bollos de crema cuando sea mayor?

—Iremos a Europa el año que viene.

—En tres años y con lo que ahorre podré comprarme una lancha.

—No puedo morir hasta que él crezca.

—Me jubilaré, construiremos una casa de apartamentos y disfrutaremos de una vejez tranquila.

—¿Pasado mañana a las tres? No sé si podré o no. No, tienes que creerme, no me es posible. Si quieres, diremos que irás si te viene bien.

—El año que viene tendremos que comprar un nuevo acondicionador de aire.

—Es un verdadero problema. ¿No podemos al menos reducir nuestros gastos de diversiones del año próximo?

—Dicen que a los veinte puedes disfrutar tanto como quieras del tabaco y del alcohol.

—Gracias. Muy amable. El próximo martes por la tarde, a las seis.

—Ésa es la cuestión. Así son las cosas. Aguarda dos o tres días y empezará a rondarte avergonzado para pedirte disculpas.

—Adiós. Ya te veré mañana.

Todos zorros, caminando por el Sendero de los Zorros. El cazador no tenía más que aguardar en la espesura.

A Honda le parecía que él era un zorro con los ojos de un cazador, caminando por el Sendero de los Zorros, aun sabiendo que sería capturado.

Se acercaban el verano y la sazón.

A mediados de julio Honda se decidió por fin a acudir al Instituto de Investigaciones del Cáncer.

El día antes del fijado para la cita y contra su costumbre echó un vistazo a la televisión. Era una tarde soleada, las lluvias estivales acababan de concluir. En la pantalla apareció una piscina. En el azul desagradablemente artificial del agua unos jóvenes se salpicaban, saltaban y nadaban.

¡El tenue y fugaz rastro de la carne bella!

Rechazar la carne, verla como esqueletos luciéndose junto a una piscina bajo el sol de verano era ordinario, romo. Cualquiera podía hacerlo. Cualquiera podía rechazar la vida, ver al través los huesos bajo la superficie juvenil. La más mediocre de las personas era capaz de eso.

¿Qué desquite podía haber en tal acción? Honda concluiría su vida sin haber experimentado los sentimientos del poseedor de carne bella. ¡Si durante un solo mes pudiera vivir en su seno! Debería haberlo intentado. ¿Cómo sería vestir semejante envoltura? Ver desplomarse a la gente ante ella. Cuando la admiración dejara de ser gentil y dócil para transformarse en adoración lunática, se convertiría en un tormento para el poseedor. En el delirio y en el tormento radicaba la verdadera santidad. Lo que Honda no había conocido había sido el sendero umbrío y estrecho a través de la carne hasta la santidad. Recorrerlo era desde luego privilegio de unos pocos.

Mañana sufriría un profundo reconocimiento. Ignoraba cuáles serían los resultados. Al menos debería hallarse limpio. Hizo que le prepararan el baño antes de la cena.

El ama de llaves de mediana edad, que había sido enfermera y a la que contrató sin consultar con Tôru, era una mujer desgraciada, que había enviudado dos veces pero que constituía un modelo de amabilidad y de atenciones. Honda había pensado en asignarle un legado en su testamento. Le acompañaba incluso al baño para evitar

que se cayese y abandonaba los temores de su vigilancia como telarañas en el vestidor. A Honda no le gustaba que le viese desnudo una mujer. Se despojaba de la bata de baño ante el empañado espejo. Se observaba. Resaltaban agudamente sus costillas, caía el estómago y bajo su sombra colgaba un ailanto arrugado; y así descendiendo hasta las blanquecinas canillas de las que parecía haber sido arrancada la carne. Las rodillas eran como tumefacciones. ¿Cuántos años de autoengaño harían falta para hallar rejuvenecimiento en esta fealdad? Pero era capaz de consolarse a sí mismo con una prolongada sonrisa de conmiseración ante la idea de cuánto peor hubiera sido si al principio hubiese sido bello.

El reconocimiento se prolongó durante una semana. Acudió al hospital para informarse de los resultados.

—Debe ingresar inmediatamente. Cuanto antes mejor. —Así que ya había sucedido—. En todo este tiempo jamás detectamos el más ligero rastro y parece injusto que surja de repente sin previo aviso. Pero nunca se tiene suficiente cuidado.

El médico mostró a Honda una sonrisa beatífica como si le censurara su negligencia.

—Pero al parecer es sólo un tumor benigno en el páncreas. Todo lo que tenemos que hacer es extirparlo.

—¿No era en el estómago?

—El páncreas. Cuando lleguen las gastroscopias se las enseñaré.

El diagnóstico había coincidido con su propia opinión. Solicitó una semana de plazo.

Escribió una larga carta y la envió por correo urgente. En su misión informaba al Templo de Gesshû que lo visitaría el veintidós de julio. Como la carta llegaría el veinte, el día después de echarla al correo, o el veintiuno, esperaba que pudieran convencer a la abadesa para que le recibiera. Describió su carrera a lo largo de los últimos sesenta años y se disculpó por no haber aguardado una invitación. La cuestión, explicó, era bastante urgente.

El veintiuno, la mañana de su partida, se dirigió al pabellón.

El ama de llaves le había rogado que le permitiera acompañarle a Nara pero él respondió que debía hacer el viaje solo. La mujer le dio minuciosas instrucciones. Llenó su maleta de ropas cálidas que le protegieran del aire acondicionado. Pesaba casi más de lo que un anciano podía levantar.

Le proporcionó meticulosas instrucciones para su visita al pabellón. A Honda le pareció que podía estar disculpándose de un exceso de celo por su parte.

—Debo advertirle que el señor Tôru viste un kimono blanco como un pájaro sus plumas. A la señorita Kinué le gusta mucho y cuando traté de quitárselo para lavarlo me mordió en un dedo, así que sigue con él. Como usted sabe, el señor Tôru es una persona que nada exige y no parece importarle vestir ese kimono día y noche. No se

extraña por eso. Y además, no sé cómo decirlo, la criada que cuida del pabellón dice que la señorita Kinué vomita mucho y que tiene extraños hábitos alimenticios. Parece como si le encantara hallarse realmente enferma. No sé. En cualquier caso, usted debe estar preparado.

Probablemente no advirtió cómo brillaban los ojos de Honda ante este oráculo que le decía que su linaje sería despojado del ojo de la razón.

Apoyándose con su bastón, Honda se sentó en la galería. La puerta se hallaba abierta. Desde el jardín había podido ver el interior del pabellón.

—Hola, padre —dijo Kinué—. Buenos días.

—Buenos días. Salgo para Kyoto y Nara por unos días y quería pedirte que te encargaras de cuidar de la casa.

—¿Un viaje? Qué bien.

Luego, desinteresándose, retornó a su tarea.

—¿Qué estás haciendo?

—Preparándome para la boda. ¿Le gusta? No es sólo para mí sino también para Tôru. La gente dice que jamás vio una pareja tan bella.

Entre los dos, con gafas oscuras, Tôru permanecía sentado en silencio.

Honda nada sabía de la vida interior de Tôru desde que perdió la vista y mantenía dominados sus siempre limitados poderes de imaginación. Así vivía Tôru. Pero nada era más capaz de suscitar pesadumbre en Honda que este nudo de silencio que ya no constituía una amenaza.

Bajo las gafas oscuras las mejillas parecían más pálidas y los labios más rojos. Tôru siempre había sudado profusamente. En el cuello abierto de su kimono había gotas de sudor. Permanecía sentado con las piernas cruzadas y confiaba todo a Kinué, pero el esfuerzo de ignorar a Honda resultaba evidente en el nerviosismo con que se rascaba una pierna y se enjugaba el pecho. No había fuerza en sus movimientos. Era como si le moviesen unos hilos que partieran del techo.

Aunque su oído era al parecer agudo, no daba señales de que captara a través de los sonidos el mundo exterior. Indudablemente otras personas, salvo Kinué, habrían tenido la misma impresión, pero por seguro de sí mismo que se acercara el visitante, era para Tôru un abandonado despojo del mundo exterior, una lata enmohecida y cubierta por las hierbas del verano.

Tôru no mostraba desdén ni resistencia. Permanecía sentado en silencio.

Aunque se la sabía engañosa, la belleza de sus ojos y de su sonrisa le habían valido una cierta aceptación por parte del mundo. Ahora la sonrisa le había dejado. Podría haber llegado algún consuelo de ser visibles la pesadumbre o la aflicción, pero no revelaba emoción ante nadie excepto Kinué, y ella no hablaba de lo que veía.

Las chicharras alborotaban desde la mañana. Entre las ramas del descuidado jardín, el cielo brillaba como una cinta de cuentas azules. El pabellón parecía aún más

sombrío que de costumbre.

El jardín de té se reproducía en los círculos de las gafas oscuras que en cualquier caso rechazarían el mundo exterior. No había plantas en flor ahora que había desaparecido el arrayán que se alzaba junto al estanque de piedra. Los matorrales que crecían entre los pedruscos no llegaban a constituir un paisaje. La luz que se filtraba entre los árboles incidía sobre las gafas.

Los ojos de Tôru ya no recogían el mundo exterior. La escena de afuera, no ligada ya a la visión y a la conciencia, llenaba de intrincados detalles los negros cristales de las gafas. A Honda le pareció extraño que todo lo que viera fuese a sí mismo y al pequeño jardín que tenía a sus espaldas. Si el mar y las naves que Tôru había visto a lo largo de tantos días y sus llamativos emblemas de las chimeneas eran una parte íntima de su conciencia, entonces tales imágenes debían estar encerradas para siempre tras los cristales y los ojos que, blanquecinos, se agitaban de vez en cuando. Si para Honda y para todo el mundo siempre había sido un misterio la vida interior de Tôru, entonces no había por qué sorprenderse de que allí estuvieran también encerrados dentro el mar, los barcos y los emblemas de las chimeneas.

Pero si pertenecían a un mundo ajeno a Tôru e irrelevante para él, tendrían que dibujarse detalladamente sobre las gafas. ¿Había fundido por completo Tôru el mundo exterior con el interior? Una blanca mariposa voló cruzando la imagen de los negros cristales.

Los talones de Tôru asomaban bajo el borde de su kimono. Blancos y arrugados, parecían los del cadáver de un ahogado. Como pedazos de azogue se extendían las manchas de suciedad. El kimono había perdido completamente su forma. En el cuello el sudor había dejado manchitas amarillentas.

Desde hacía algún tiempo Honda era consciente de un extraño olor. Advirtió que la suciedad y el aceite sobre el kimono se habían mezclado con el sudor hasta formar el olor de un húmedo canal que exhalan los hombres jóvenes en el verano. Tôru debía prestar atención a su persona.

Y faltaba el aroma de las flores. La habitación estaba sembrada de flores pero no despedían olor. Por todas partes malvas rojas y blancas, sin duda traídas de una florería pero tenían ya varios días y aparecían secas y marchitas.

El pelo de Kinué estaba adornado de malvas blancas, no introducidas entre los cabellos sino colocadas sobre el pelo y sujetas de una manera desigual por gomas. Cuando movía la cabeza crujían con un sonido seco.

Se levantaba y volvía a sentarse, adornando los todavía espléndidos cabellos de Tôru con malvas rojas. Una goma ceñía su cabeza. Introducía bajo la goma los tallos de tres o cuatro secas malvas rojas y luego, como alguien que estudiara el arte de colocar las flores, retrocedía unos pasos y observaba el efecto logrado. Tenían que molestarle las flores que caían sobre sus orejas y sobre sus mejillas, pero Tôru había

renunciado al dominio de las regiones por encima de su cuello. Al cabo de un rato Honda fue a vestirse para el viaje.

Capítulo 29

Tras haberse informado que la carretera a Nara se hallaba ahora en excelente estado, Honda tomó una habitación en Kyoto. Se instaló en el Hotel Miyako y alquiló un coche para el mediodía del veintidós. El calor parecía haber desatado las nubes. Probablemente llovería en las colinas.

Así que aquí estaba él, Honda, gozoso. Las sensaciones llegaban como a través de pantallas hasta su cuerpo y su corazón fatigados, bajo un immaculado y anticuado traje de lino. Había traído una manta, previniéndose contra el aire acondicionado. Las estridencias de las chicharras en el distrito de Keagé, próximo al hotel, penetraban a través de las ventanas.

Cuando el coche se puso en marcha tomó una firme resolución: «Hoy no voy a ver esqueletos bajo la carne. Son sólo un concepto. Veré y recordaré las cosas tal como son. Será mi último placer, mi último esfuerzo. Mi última visión bella. Debo mirar. Debo captarlo todo, con un corazón vacuo».

El coche dejó atrás el templo de Sambôin en Daigo. Desde el puente junto al templo de Kajûji entró en la carretera nacional de Nara y desde el parque de Nara a la carretera Tenri. En una hora estuvo en Obitoké.

Honda había advertido que muchas mujeres de Kyoto llevaban sombrillas, no muy frecuentes en Tokio. Algunas debajo de las sombrillas resplandecían, otras —quizás por culpa de los dibujos de las sombrillas—, parecían morenas. Algunas bellamente resplandecientes, otras bellamente morenas.

Cuando abandonaron los arrabales meridionales de Yamashina se encontraron entre eriales suburbanos, una región de pequeñas fábricas que ardían bajo el sol estival. En una parada de autobús, junto a varias mujeres y niños, aguardaba una embarazada, alegre, con un vestido de estampado audaz al estilo occidental. Las caras mostraban una cierta parálisis, como hojas de té que flotaran en torrentes de vida. Más allá se extendía un polvoriento campo de tomates.

El distrito de Daigo era un amasijo de todos los rasgos tristes de las nuevas edificaciones, tal como pueden verse a través del Japón: materiales de construcción sin revoco y tejados de tejas azules, torres de televisión y cables del tendido eléctrico, anuncios de Coca-Cola y restaurantes económicos de carretera. Entre montones de cascotes, al pie de farallones en donde las margaritas silvestres apuntaban al cielo, se extendían los cementerios de coches, azules, amarillos y negros, precariamente apilados unos sobre otros y cuyos colores charros se fundían al sol. Ante esta triste acumulación, que el coche ocultaba las más de las veces, Honda pensó en una historia de aventuras que había leído de niño y en los montones de marfil en donde los elefantes iban a morir. Quizás, sintiendo la proximidad de la muerte, también los coches se reunían en sus propios cementerios. En cualquier caso la vivacidad, la

franqueza y la desvergüenza le parecían completamente automovilísticas.

A partir de Uji las colinas fueron por vez primera verdes. Un cartel proclamaba: «Deliciosos dulces fríos». Las hojas de bambú se entrecruzaban sobre la carretera.

Cruzaron el Puente de la Luna en Uji y alcanzaron la antigua carretera de Nara. Pasaron Fushimi y Yamashiro. Un cartel les informó que Nara se hallaba a treinta kilómetros. Transcurría el tiempo. A cada indicador Honda pensaba en la expresión «jalones en el camino a la tumba». Le parecía inconcebible que retornase por la misma carretera. Un indicador seguía a otro, señalando claramente el camino que tenía que recorrer. Veintinueve kilómetros a Nara. Un kilómetro más cerca de la tumba. Abrió una ventanilla un par de centímetros por donde escapó el aire acondicionado mientras que las chicharras empezaron a zumbear en sus oídos como si todo el mundo resonara desierto bajo el deslumbrante sol del verano.

Otra estación de gasolina. Más Coca-Cola.

Lejos, por la derecha, se extendía el bello y verde ribazo del río Kizu. Parecía desierto. Sus árboles lozanos se recortaban contra un fondo de nubes turbias. En el cielo resplandecían fragmentos de azul.

¿Y qué podía ser?, pensó distraído Honda. La verde plataforma era como una repisa de muñecas. Las nubes turbulentas hacían que pareciera que allí se habían alineado unas muñecas que luego habían desaparecido. O quizás seguían allí filas de muñecas transparentes ¿Serían imágenes fúnebres? Quizás unas imágenes de la oscuridad hechas añicos por una tempestad de luz aún dejaban rastros contra el cielo; y por eso el ribazo era tan grande, tan solemnemente respetuoso. Alzaba al cielo la luz abandonada por filas de muñecas. O quizás la luz que creía ver constituía el negativo de una negrura insondable.

Era consciente de que unos ojos iban de nuevo tras los objetos. Eran las miradas que habían proscrito cuando salió del hotel. Si permitía que siguieran su capricho el mundo concreto se desplomaría otra vez como un dique por obra del agujero abierto con sus ojos. Debía perseverar todavía un poco más. Tenía que sostener un poco más la pieza de vidrio, tan delicada y dispuesta a quebrarse.

El Kizu corrió a su derecha durante algún tiempo. A sus pies se extendían sus numerosos bancos de arena. Una línea del tendido eléctrico se curvaba hacia abajo como si el calor la hubiera fundido e inclinado.

Luego la carretera cruzó el Kizu por un puente de acero y un cartel les dijo que Nara estaba sólo a ocho kilómetros. Cruzaron muchos blancos senderos rurales, bordeados de hierbas que aun no tenían penachos. Los bosquecillos de bambúes eran espesos. Sus hojas jóvenes, empapadas de luz del sol como si fuese agua tibia, mostraban un lustre blanco y dorado, como la piel de los zorrillos, contra la silenciosa negrura de las coníferas.

Ya se veía Nara.

Al descender a lo largo de las colinas y entre los pinos, el enorme y protector tejado curvo del Tôdaiji y las doradas colas de cometa de sus aleros eran Nara.

El coche pasó por calles silenciosas. En antiguas tiendas entoldadas se vendían guantes blancos y otros artículos. Llegaron al parque de Nara. El sol cobró más fuerza y se tornaron más intensos los zumbidos de las chicharras que martilleaban en la nuca de Honda. A través de los moteados haces de luz flotaban y se agitaban las blancas manchas de la piel estival de los ciervos.

Tras penetrar en la carretera de Tenri cruzaron entre campos bajo el sol. A la derecha de un inusitado puentecillo, una carretera conducía a Obitoké y a la estación de Obitoké; a la izquierda, otra llevaba a las colinas a cuyo pie se alzaba el Gesshûji. Bordeaba arrozales y ahora estaba pavimentada. Era fácil llegar hasta la puerta inferior.

Capítulo 30

El chófer dijo que podía llevarle perfectamente hasta la puerta de la montaña, una distancia considerable colina arriba y excesiva para que la salvara a pie un anciano. Al tiempo reparaba en el fuerte sol en un cielo sin nubes; pero Honda se negó y le encargó que le aguardara en la puerta inferior. Tenía que experimentar por sí mismo los sufrimientos de Kiyoaki sesenta años atrás.

Apoyado en su bastón, miró hacia abajo desde la puerta, dando la espalda a la sombra atrayente de su interior.

El zumbido de las chicharras y de los grillos llenaban el aire. Aquella quietud se entrelazaba con el rumor de los coches de la carretera de Tenri, más allá de los campos de labor. En la carretera que se extendía ante él no había coches. Sus cunetas estaban cuidadosamente cubiertas por gravilla blanca.

La serenidad de la planicie de Yamato era la que siempre había sido. Se prolongaba llana como el mundo del hombre. Obitoké refulgía en la distancia, con sus tejados como conchas de moluscos. Un rastro de humo se alzaba por encima. Quizás había ahora allí pequeñas fábricas.

La posada en donde Kiyoaki había yacido enfermo se hallaba al pie de un talud de lajas que probablemente aún existiría en la aldea; pero juzgó que sería inútil buscar aquella posada.

Un inacabable cielo azul se extendía sobre la aldea y la planicie. Unas nubes arrastraban jirones de blanco satén como espejismos de las colinas más lejanas y envueltas en la niebla. Sus trazos superiores se recortaban en el cielo con una belleza clara y estatuaría.

Honda se puso en cuclillas, abrumado por el calor y la fatiga. Sentía como si la luz maligna de las aguzadas briznas de la hierba estival apuñalara sus ojos. Advirtió cómo percibía aquel decaer una mosca que le había rozado en la nariz.

Con la mirada censuró al chófer que había salido del coche y, preocupado, se dirigía hacia él.

En realidad comenzaba a dudar de que pudiese llegar a la puerta de la montaña. Le dolían la espalda y el estómago. Rechazó con la mano al chófer y cruzó la puerta, resuelto a aparecer en buena forma mientras el hombre le observara. Jadeante, ayudado por las curvas, consiguió ascender por la pina carretera cubierta de grava. Con el rabillo del ojo izquierdo captó el amarillo brillante del musgo, como una enfermedad, sobre el tronco de un níspero; y a su derecha, las campanillas de color lavándula de los rapónchigos que habían perdido casi todos sus pétalos.

Las sombras que por delante de él cortaban el camino poseían una especie de mística quietud. La pendiente carretera, que con las lluvias se convertiría en lecho de un río, refulgía en donde la alcanzaba el sol como un afloramiento mineral y

murmuraba con la frescura de sus sombras. Había una razón para que existieran las sombras pero Honda dudaba de que los mismos árboles fuesen tal razón.

Se preguntó a sí mismo y a su bastón en qué sombra podría descansar. La cuarta sombra, ya invisible desde el coche, le invitaba silenciosamente. Al llegar, se sentó, casi abatido, sobre la raíz de un castaño.

«En el principio», pensó Honda como si de una indiscutida realidad se tratase, «se decidió que en este día y en este momento yo descansaría a la sombra de este árbol».

El sudor y los zumbidos de los insectos, olvidados mientras caminaba, retornaron al sentarse. Oprimió su frente contra el bastón. La presión del mango de plata ahogó el dolor que palpitaba en su estómago y en su espalda.

El médico le había dicho que tenía un tumor en el páncreas. Sonriente, había aclarado que era benigno. *Sonriente, benigno*. Prolongar esperanzas con tales palabras era hollar el orgullo de un hombre que había vivido ochenta y un años. Honda pensó en rechazar la intervención quirúrgica a su regreso a Tokio. Si procedía así el médico indudablemente ejercería presión sobre los «parientes próximos». Ya había caído en la trampa. Cayó en una trampa al nacer en este mundo y no debería haber otra trampa aguardándole al final del camino. Debía burlarse de todo aquello, pensó Honda. Debía simular que alentaba esperanzas. El chivo del sacrificio en la India siguió pugnando hasta que cayó su cabeza.

Como ya no tenía clavados en él los ojos del molesto supervisor, Honda se apoyó en su bastón y se tambaleó extravagantemente mientras remontaba la cuesta. Empezó a sentir como si estuviese bromeando. El dolor le abandonó y sus pasos cobraron más viveza.

El olor en la hierba estival penetraba el aire. A lo largo del camino se espesaban los pinos. Apoyado en su bastón, alzó los ojos al cielo. Bajo la intensa luz del sol entre las ramas gruesas, resaltaban unas sobre otras las escamas de las pinas. Alcanzó a su izquierda un abandonado campo de té, cubierto de telarañas y enredaderas.

Más adelante había franjas de sombra. Las más próximas eran como las tablillas de una persiana rota. Las más lejanas, muy oscuras, como brazaletes de luto, se congregaban en grupos de tres o cuatro.

Sobre el camino había caído una gran pina. Con el pretexto de recogerla se sentó en la raíz de un gigantesco pino. Su estómago le ardía pesada y dolorosamente. La fatiga, incapaz de hallar un alivio, le doblaba como un alambre mohoso. Jugueteó con la pina, completamente abierta y seca y las escamas de color de té opusieron una firme resistencia a sus dedos. Las commelinas moteaban el suelo, el sol marchitaba sus pétalos, delicadas manchas de un pálido verdipúrpura entre hojas como alas de golondrinas jóvenes. El gran pino contra el que se apoyaba, el verdeceledón del cielo arriba, las nubes como despojos de una escoba, todo era amenazadoramente seco.

Honda no pudo identificar los cantos de insectos que llenaban el aire. Un sonido

como el zumbido bajo de todos los insectos, un sonido como el rechinar de dientes en una pesadilla, un sonido como el vago resonar contra las costillas.

Se alzó de nuevo y de nuevo se preguntó si llegaría a la puerta de la montaña. Caminando, sólo podía contar ya el número de sombras que tenía por delante. ¿Cuántas más podría cruzar bajo la violencia del calor y el tormento de la pendiente? Pero ya había pasado tres desde que empezó a contar. Una sombra se tendía tan sólo hasta la mitad del camino. ¿Debería contarla como sombra completa o tan sólo como media sombra?

En donde el camino se desviaba suavemente hacia la izquierda había bosquecillos de bambúes. Eran como caseríos en el mundo del hombre. Las delicadas hojas jóvenes se apretaban unas contra otras, algunas tan claras como espárragos, otras negras con una malicia y perversidad intensas.

Al sentarse una vez más y enjugarse el sudor vio una mariposa, la primera. Era un esbozo en la distancia. Al aproximarse distinguió el cobalto intenso que adornaba el rojo de las alas.

Llegó a un marjal. Descansó bajo el intenso verde de un castaño que crecía en la orilla. No corría un soplo de aire. Un pino seco había caído como un puente sobre una esquina del marjal verdiamarillento cuya superficie sólo quebraban los rastros de los zapateros. En torno de éstos se agitaban minúsculas ondas que alteraban el turbio reflejo azul del cielo. El árbol seco era de un color pardo rojizo hasta la punta de sus acículas. Apoyado al parecer sobre ramas en el fondo del marjal, el tronco se hallaba fuera del agua, rojo enmohecido en un mar de verde, todavía intacta su forma originaria. Sin duda seguía siendo un pino.

Se puso en marcha otra vez, como si siguiera a la mariposa que partió alegremente de las hierbas sin penacho y los almorijos. El verde sin lustre de los cipreses que crecían al otro lado del marjal se extendió también a esta orilla. Poco a poco las sombras se espesaban.

Sentía el sudor que se filtraba a través de su camisa y empapaba la chaqueta de su traje. No podía estar seguro de si se trataba de un sudor sano, obra del calor, o de un sudor frío y aceitoso. En cualquier caso nunca había sudado tanto desde que llegó a la vejez.

En donde los cipreses daban paso a un bosquecillo de cedros japoneses se alzaba un solitario árbol *nemu*. Los blandos racimos de hojas entre las duras agujas de los cedros eran como espectros, como un sueño en la tarde. Le hicieron pensar en Tailandia. Una mariposa blanca que procedía del *nemu* le precedió en su camino.

La carretera era ahora más pina. La puerta de la montaña estaría cerca. Los cedros japoneses se espesaron y entre ellos vino una fresca brisa. Ahora era fácil caminar. Las franjas que cruzaban la carretera habían sido hasta ahora las sombras de los árboles. Ahora eran trechos soleados.

La mariposa se abrió paso titubeante entre la negrura de los cedros japoneses. Trazó una línea baja sobre helechos que brillaban líquidamente hasta llegar al interior de la oscura puerta. Por alguna razón, pensó Honda, las mariposas de los alrededores siempre volaban muy cerca del suelo.

Franqueó la puerta negra. Más allá estaba la puerta de la montaña. Así que por fin se hallaba en el Gesshûji. Había vivido estos sesenta años sólo para volver.

Contemplando el pino de forma de proa que servía para detener los vehículos, a Honda le resultó difícil creer que estaba allí. Se sintió extrañamente aliviado, incluso sin deseo de llegar a su destino. Se detuvo ante una columna de la puerta a la que flanqueaban dos puertas inferiores y mucho más pequeñas. En las tejas del caballete aparecían estampados crisantemos de dieciséis pétalos. En la columna de la izquierda un cartel de trazos nítidos y femeninos identificaba el templo como el Gesshûji, bajo la protección de la Casa Imperial. En la de la derecha una tenue inscripción en relieve anunciaba: «Paz en la Tierra. Dentro se guarda el Texto de la Recitación Imperial del *Prajñâparamitâ-sûtra*. Una Fortaleza de la Ley de Su Benigna Majestad».

Había cinco bandas en el muro de adobe color de huevo para indicar el elevado rango del templo. Sobre un espacio cubierto de gravilla amarillenta unos estriberones escaqueados llevaban hasta la entrada. Honda los contó con su bastón y cuando llegó a noventa se halló ante las puertas cerradas. En el esconce de la manija su mano tocó un crisantemo y nubes recortadas de papel blanco.

El rincón más escondido del interior volvió a él. Permaneció inmóvil, olvidando anunciar su llegada. Sesenta años atrás el joven Honda se había hallado en este mismo umbral, ante esta misma puerta. En todos esos años el papel habría sido cambiado un centenar de veces pero una superficie blanca y clara le cerraba el camino ahora como en aquel frío día de primavera. Aunque las vetas de la madera parecían resaltar un poco más, mostraba leve huella del desgaste de los vientos y de las nieves. Sólo había transcurrido un instante.

Enfermo en la posada de Obitoké, Kiyoaki lo había esperado todo en este viaje al Gesshûji. Febril, seguiría aguardando el retorno de Honda. ¿Y qué pensaría cuando viese que en aquel instante Honda se había convertido en un anciano encorvado e inmóvil?

Acudió a recibirle un criado de camisa de cuello abierto, que probablemente había cumplido ya los sesenta. Le ayudó a salvar el último y elevado escalón y le precedió por una serie de estancias hasta llegar al salón principal. El hombre le dijo cortésmente que habían recibido su carta, se refirió a su contenido y le condujo hasta un cojín colocado con precisión geométrica sobre una esterilla de orla floreada, blanco sobre negro. No recordaba las habitaciones de seis décadas atrás.

En el pergamino del nicho, al estilo de Sesshû, un dragón se contraía y retorció

entre nubes borrascosas. Abajo había un ramillete delicadamente formado por claveles silvestres. Una vieja bonzesa de blanco kimono de crepé de algodón y un obi blanco trajo en una bandeja rebordeada dulces rojos y blancos y té frío. A través de las puertas abiertas llegaba el verde del jardín. Había una espesura de arces y tuyas, más allá una blanca galería y nada más.

El criado hablaba de esto y de aquello y transcurría el tiempo. Honda permanecía sentado y silencioso recibiendo la brisa. El sudor y el dolor le habían abandonado. Sintió que había llegado el rescate.

Se hallaba en una sala del Gesshûji que había creído que sería imposible visitar. La cercanía de la muerte había propiciado su visita, le había liberado del peso que le retenía en las profundidades de la existencia. Era incluso un consuelo pensar, tras la ligera placidez que le había aportado la pugna con la colina, que a Kiyoaki, pugnando contra la enfermedad al ascender por el mismo camino, le habían crecido alas con las que remontarse a través de la negativa que le aguardaba.

El chillido de las chicharras subsistía en sus oídos pero aquí en la penumbra era fresco, como el eco moribundo de una campana. El viejo seguía hablando pero no volvió a aludir a la carta. Honda no pudo evitar preguntarse si vería a la abadesa.

Empezó a temer que el transcurso vacío de los momentos fuese una forma circunspecta de informarle que la abadesa no le recibiría. Quizás el viejo criado había visto el artículo en el semanario. Tal vez le había aconsejado que alegara hallarse indispuesta.

Aunque consciente de su culpa, a Honda no le acobardaba verla. Sin el crimen y la culpa y la muerte no hubiera tenido valor para aquella ascensión. Ahora advertía que el escándalo le había dado su primera y oscura incitación. El suicidio frustrado de Tôru, su ceguera, la enfermedad de Honda, el embarazo de Kinué, todo apuntaba en la misma dirección. Era cierto: se habían arracimado inmóviles y le habían empujado cuesta arriba por este camino abrasador. Sin ellos sólo podría haber contemplado el resplandor del Gesshûji desde una lejana cumbre.

Si, después de todo, la abadesa se negaba a recibirle por culpa del incidente, podría llamarlo destino. No la vería en esta vida. Pero se hallaba, sin embargo, seguro de que la contemplaría un día, aunque se le negara una cita en este último lugar, en esta última hora, en este mundo.

Para hacer soportable el paso del tiempo, una fría calma reemplazó a la agitación, una resignación al pesar.

La vieja bonzesa reapareció y murmuró algo al oído del criado.

—Su Reverencia nos ha informado que está dispuesta a verle —dijo con acento de la región occidental—. Acompañeme, por favor.

Honda deseaba dar crédito a sus oídos.

La luz verdosa del jardín septentrional era demasiado fuerte y por un momento no lo reconoció. Pero fue allí en donde sesenta años atrás le recibió la predecesora de la abadesa.

Recordó el brillante desfile de las estaciones en el biombo de entonces. Había sido sustituido por un sencillo biombo de juncos entretejidos. Más allá de la galería brillaba el verde de un pequeño jardín de té, rebosante del zumbido de las chicharras. Tras una profusión de matas de arce, ciruelos y plantas de té, asomaban los rojos capullos de un oleandro. La luz estival caía violentamente sobre los blancos brotes de un bambú enano entre los estriberones, repitiendo la blanca luz del cielo sobre las colinas boscosas.

Un aleteo pareció casi golpear el muro. Un gorrión vino de la galería y volvió hacia allá mientras su sombra se agitaba sobre la blanca pared.

Se abrió deslizándose la puerta de las estancias interiores. Precedida por una novicia vestida de blanco, la vieja abadesa apareció ante Honda, que había unido sus rodillas ceremoniosamente. La pálida figura de blanco kimono y un manto de intenso color púrpura tenía que ser Satoko, ahora con ochenta y tres años.

Honda sintió que las lágrimas acudían a sus ojos. Se sentía sin fuerza para alzar la mirada.

Se situó frente a él, al otro lado de la mesa. La nariz era la misma, finamente cincelada, de aquellos años y los ojos poseían la misma belleza de aquellos ojos. Satoko había cambiado profundamente pero con una sola mirada supo que era Satoko. La lozanía de la juventud, en un salto de sesenta años, se había trocado en el extremo de la edad, Satoko había esquivado el viaje a través del mundo tétrico. Una persona que cruza el puente de un jardín de la sombra al sol puede parecer que cambia de cara. Si la cara joven y bella era la cara en la sombra, tal, no más, era el cambio a la cara vieja y bella ahora al sol. Recordó que al salir del hotel las caras de Kioto le habían parecido claras y morenas bajo las sombrillas y cómo era posible adivinar la calidad de la belleza de la claridad y de la oscuridad.

Para Honda habían transcurrido sesenta años. ¿Habrían sido para Satoko el tiempo que lleva cruzar el puente de un jardín desde la sombra al sol?

La edad había corrido en dirección no de la decadencia sino de la purificación. La piel parecía resplandecer con una luz inmóvil; la belleza de los ojos era más clara y brillaba como a través de una pátina. La edad había cristalizado en una perfecta joya. Fría aunque diáfana, de contornos suaves aunque dura, y los labios continuaban humedecidos. Había arrugas, profundas e innumerables, pero refulgían como si hubieran sido lavadas una a una. Existía algo brillantemente vigoroso en la diminuta y un tanto encorvada figura.

Ocultando sus lágrimas, Honda alzó los ojos.

—Ha sido muy amable viniendo —dijo plácidamente la abadesa.

—Fue descortés por mi parte presentarme sin advertencia pero agradezco su amabilidad al recibirme.

Como por encima de todo quería evitar la familiaridad, Honda se vio empleando el más afectado de los saludos. Le avergonzaba su voz vieja y cascada. Consiguió sobreponerse.

—Me dirigí a su criado. Me pregunto si tuvo la gentileza de mostrarle mi carta.

—Sí, la vi.

Surgió una pausa. La novicia aprovechó el momento para retirarse.

—Cómo vuelven los recuerdos. Como puede ver, soy tan viejo que no puedo tener la seguridad de pasar de esta noche.

Cobró valor del hecho de que ella hubiera leído su carta. Las palabras surgieron con más felicidad.

La abadesa rió y pareció inclinarse suavemente.

—Su interesante carta parecía casi demasiado ansiosa —como el criado, hablaba el dialecto de la región occidental—. Juzgué que debía existir algún sagrado lazo entre nosotros.

Las últimas gotas de juventud saltaron dentro de Honda. Había retornado a aquel día de sesenta años atrás, cuando con ardor juvenil suplicó a la predecesora de la abadesa. Abandonó su reserva.

—Su reverenda predecesora no me permitió verla cuando llegué con la última súplica de Kiyoaki. Así tenía que ser pero me enfurecí. Después de todo Kiyoaki Matsugae era mi más querido amigo.

—Kiyoaki Matsugae. ¿Quién pudo haber sido?

Honda la miró sorprendido.

Cabía que fuese dura de oído pero no parecía posible que no le hubiese comprendido. Sin embargo las palabras de ella se hallaban tan fuera de lugar que sólo cabía creer que le había entendido mal.

—¿Cómo ha dicho? —deseaba que las repitiera.

Y no hubo rastro de disimulo en la repetición de sus palabras. En cambio en sus ojos había una especie de curiosidad juvenil y bajo ellos una serena sonrisa.

—¿Quién pudo haber sido?

Honda advirtió que deseaba que le hablara de Kiyoaki. Escrupulosamente cortés, le refirió sus recuerdos del amor de Kiyoaki y su triste conclusión.

La abadesa permaneció sentada inmóvil durante todo el largo relato, con una sonrisa siempre en los labios. Ocasionalmente asentía. Escuchaba con atención incluso cuando con elegancia tomó el refrigerio que le trajo la bonzesa vieja.

Tranquilamente, con un tinte de emoción, dijo:

—Ha sido una historia muy interesante pero por desgracia yo no conocí al señor Matsugae. Temo que me ha confundido con otra persona.

—¿Pero no se llama Sotoko Ayakura? —dijo tosiendo en el apremio de sus palabras.

—Ése era mi nombre en el mundo.

—Entonces tiene que haber conocido a Kiyoaki —estaba irritado.

No podía ser un olvido sino una descarada mentira. Sabía que la abadesa poseía razones para fingir ignorancia; pero una mujer lejos del mundo vulgar, de su venerable estado, que mintiera así tan abiertamente daba pie a que se dudara de la hondura de sus convicciones. Si todavía llevaba consigo la hipocresía de aquel otro mundo entonces cabía dudar de la validez de su conversión cuando penetró en éste. Los sueños de sesenta años parecieron traicionados en aquel instante.

Su insistencia pasó del límite de lo razonable pero ella no pareció ofenderse. Pese a todo el calor su manto púrpura estaba frío. Sus ojos y su voz siempre bella se mostraban serenos.

—No, señor Honda, No he olvidado ninguna de las gracias que fueron mías en el otro mundo. Pero temo que jamás oí el nombre de Kiyoaki Matsugae. ¿No será, señor Honda, que jamás existió tal persona? Usted parece convencido de que existió. ¿Pero no será que, desde el principio y en parte alguna, existió semejante persona? No podía dejar de pensarlo mientras le escuchaba.

—¿Por qué entonces nos conocemos? Y los Ayakura y los Matsugae deben conservar sus archivos familiares.

—Sí, tales documentos pueden resolver problemas en el otro mundo. ¿Pero conoció usted realmente a una persona llamada Kiyoaki? ¿Y puede decir con seguridad que nosotros dos nos vimos antes?

—Yo vine aquí hace sesenta años.

—La memoria es como un espejo espectral. A veces muestra cosas demasiado lejanas para ser vistas y a veces las revela como si estuviera aquí.

—Pero si desde el principio no existió Kiyoaki...

Honda vacilaba en la niebla. Su cita allí con la abadesa le parecía medio soñada. Hablaba muy alto como para recobrar el yo que desaparecía como se esfuma el vaho de una bandeja de laca.

—Si no existió Kiyoaki, entonces tampoco existió Isao. Ni existió Ying Chan y quién sabe, quizás tampoco yo haya existido.

Por primera vez había fortaleza en los ojos de ella.

—Eso también es como es en cada corazón.

Siguió un largo silencio. La abadesa batió palmas suavemente. Apareció la novicia y se arrodilló en el umbral.

—El señor Honda ha sido muy amable al venir hasta aquí. Creo que debería mostrarle el jardín meridional. Yo le llevaré.

La novicia le tomó de la mano. Honda se alzó como si unos hilos hubieran tirado de él y las siguió a través de las oscuras estancias.

La novicia abrió una puerta deslizante y le condujo hasta la galería. Ante él tenía el ancho jardín meridional.

El césped, con las colinas detrás, resplandecía bajo el sol estival.

—Esta mañana llegaron los cuclillos —dijo la novicia.

En la espesura tras el césped predominaban los arces. Una puerta entretejida conducía a las colinas. Algunos de los arces estaban rojos, incluso ahora en verano, llameantes entre el verde. Sobre el césped surgían dispersos estriberones y entre ellos florecían tímidamente los claveles silvestres. A la izquierda, en un rincón, había un pozo y una polea. Sobre el césped un taburete de cerámica parecía tan caliente que con seguridad se quemaría quien pretendiera sentarse allí. Nubes de verano alzaban sus vertiginosos hombros sobre las verdes colinas.

Era un jardín resplandeciente y recoleto, sin rasgos de relieve. Como un rosario desgranado entre los dedos, el chillido estridente de las chicharras mantuvo su fuerza.

No había otro sonido. El jardín se hallaba vacío. Había llegado, pensó Honda, a un lugar sin recuerdos, sin nada.

El sol estival del mediodía caía sobre el jardín inanimado.

25 de noviembre de 1970

Notas

[¹] El código es el empleado por los japoneses conforme al silabario Kana. <<